

BENJAMIN BLACK

A woman with blonde hair styled in a bun, wearing a black dress, is seen from behind as she descends a grand, ornate staircase. She is holding a handgun in her right hand. The staircase has dark wood paneling on the walls and a patterned carpet. A window with a decorative frame is visible at the top of the stairs, and a desk with papers is partially visible on the right side.

LAS INVITADAS
SECRETAS

RBA

Título original: *The Secret Guests*

© John Banville, 2019.

© de la traducción: Miguel Temprano García, 2019.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2019.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF: ODBO635

ISBN: 9788491875284

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34

BENJAMIN BLACK EN RBA

La niña se quedó de pie en la oscuridad delante de la alta ventana y observó con emoción y fascinación las bombas que caían sobre la ciudad. El cielo en el este, donde estaban los muelles, se incendiaba y centelleaba con toda suerte de colores —amarillos y azules y rosas y malvas—, mientras ascendían grandes nubes de humo ribeteado de rojo. Era como si se hubiese adelantado la noche de Guy Fawkes. O no: parecía una especie de acontecimiento teatral, como el último acto de una ópera, y que toda la actuación la dirigiera el barrido de la batuta de los reflectores.

De hecho, se veía a sí misma como una figura en un escenario, ahí de pie, con la enorme habitación en sombras a su espalda y el cielo incendiado a lo lejos.

Entonces, algo llegó volando a toda prisa de la oscuridad y golpeó contra el cristal de la ventana que tenía delante, y le hizo dar un respingo. Después del primer sobresalto, se acercó a la ventana y vio al pájaro fuera sobre la gravilla, tumbado de espaldas con las alas recogidas contra los costados con una pulcritud antinatural. Estaba estremeciéndose y tenía los ojos abiertos, vio cómo brillaban igual que pequeñas cuentas negras bajo el resplandor del cielo. ¿Qué tipo de pájaro era? Un búho no —¿habría búhos en medio de la ciudad?—, pero podía ser un estornino o incluso un cuervo pequeño. Ella sabía que iba a morir, y, mientras aún lo estaba mirando, las convulsiones cesaron y las alas se relajaron.

Imaginó a la gente en los muelles, a los obreros, a los marineros, a los bomberos, a las personas que iban por la calle e incluso a las que estaban en sus casas, muriendo así, con los brazos apretados con fuerza contra los costados y mirando el cielo en llamas, y luego imaginó sus ojos apagándose y los brazos relajándose.

La puerta se abrió a su espalda.

—¿Qué haces? —preguntó con aspereza su hermana.

La niña no se apartó de la ventana.

—Nada —respondió.

Su hermana se adelantó de prisa y corrió las gruesas cortinas, lo que hizo que las anillas sonaran arriba en el riel.

—¿No sabes que hay que apagar las luces?

Su hermana era cuatro años mayor que ella, y muy mandona.

—Las luces no estaban encendidas.

—Da igual..., la norma es tener las cortinas echadas en todo momento después de que oscurezca.

La niña suspiró. Se llamaba Margaret. Tenía diez años.

—Un pájaro se ha estrellado contra la ventana y se ha matado —dijo—. Está fuera, en el suelo, si quieres verlo.

—No deberías estar aquí, de pie al lado de la ventana. Si cayese una bomba, habría una

explosión y el cristal se haría pedazos y te mataría.

—¿Lanzarían bombas aquí, contra nosotros?

Era una posibilidad que no se le había ocurrido. Sintió curiosidad por saber cómo sería que te volaran por los aires. Pero el palacio era tan grande que no se desplomaría, ¿no? Solo se dañaría el tejado y se caerían las chimeneas.

—Lanzan las bombas en todas partes —respondió su hermana—. Vamos..., mamá y papá nos están esperando.

Salió la primera de la habitación. Fueron por un pasillo ancho donde había arañas de cristal, e hileras de sillas doradas a ambos lados unas enfrente de otras, y grandes espejos ornamentados en las paredes, impasibles como centinelas.

Mientras andaban, Margaret estudió a su hermana con interés.

—Estás temblando —dijo.

—¿Qué?

—¿Te dan miedo las bombas?

Su hermana no la miró.

—Pues claro que no.

Llegaron a una ancha puerta doble, con dos lacayos con librea en posición de firmes, uno a cada lado.

—Vete a saber por qué habrá volado el pájaro hacia la ventana —dijo pensativa Margaret—. A lo mejor también tenía miedo de todo ese ruido y de las luces.

Los lacayos se adelantaron con elegancia y abrieron cada uno una hoja de la puerta para dejar pasar a las niñas.

El enorme salón de techo alto tenía un empapelado dorado descolorido y una alfombra de color amarillo oscuro. También ahí había una araña de cristal. Cuadros grandes y borrosos, retratos en su mayoría, en diversos tonos de marrón y negro y rojos descoloridos, se inclinaban un poco de las paredes, como si las personas en ellos escucharan con atención todo lo que ocurría en la sala. Había una enorme chimenea de mármol con un fuego de carbón absurdamente pequeño que humeaba detrás de la rejilla: en época de guerra todo el mundo tenía el deber de ahorrar combustible.

El padre de las niñas, alto, delgado y con un terno de *tweed* gris, estaba de pie junto a la repisa de la chimenea con una copa de jerez en una mano y un cigarrillo en la otra. La madre, con un vestido de seda gris y un peinado como un casco de cabello ondulado, estaba sentada en un sofá de cretona; también ella tenía un cigarrillo y una copa, aunque la suya estaba llena de ginebra.

—¡Vaya, hola a las dos! —dijo el padre alegremente. Una serie de bombas cayeron no muy lejos y estremecieron los cristales de las ventanas en sus marcos, por lo que él añadió—: Vaya un estruendo, ¿eh?

Tenía un ligero tartamudeo que empeoraba cuando estaba nervioso o enfadado.

Al cabo de quince minutos las sirenas dieron la señal de todo despejado. Margaret y su padre se habían sentado a una mesita redonda de patas retorcidas y pies como garras de león. Estaban jugando a las damas. Su madre, todavía reclinada en el sofá, hojeaba un ejemplar de *Punch*. La hermana mayor estaba en un sillón con un libro abierto sobre el regazo. Era evidente que fingía leer, Margaret la miró y luego volvió a mirarla con los ojos entornados; notó que su hermana seguía asustada, aunque el bombardeo hubiese cesado, de momento.

Su padre hizo un movimiento en el tablero.

—¡Ajá! —exclamó triunfal—. ¿Ves?, estoy a punto de coronar.

Margaret se rio despreciativa.

—Así serán dos coronaciones.

—Es ve... verdad —dijo su padre, sonrojándose un poco por la dificultad al pronunciar la palabra; le avergonzaba su tartamudeo o su «impedimento en el habla», como insistía en que lo llamara su madre, aunque de hecho rara vez aludía a él y nunca en su presencia. A Margaret le inspiraba lástima. No conocía a ningún otro adulto que tartamudeara.

—Lilibet, cariño —le dijo la mujer del sofá a su hija mayor, que estaba sentada con el libro en las rodillas—, ¿estás segura de tener todo listo y empaquetado? La señorita Nashe llegará enseguida.

—Sí —replicó la niña—, todo está preparado.

La niña siguió con los ojos fijos en el libro. Margaret volvió a mirarla. El ambiente en la sala se había vuelto tenso.

—Vais a tener que ser valientes —dijo su madre, con voz suave—. Será solo una temporada y luego volveremos a estar juntos.

—¿Por qué no podemos ir a Escocia y así podríais venir con nosotros? —preguntó Margaret.

—Porque tu padre y yo debemos quedarnos para estar con el pueblo y compartir su... su...

—¿Su qué? —quiso saber la niña.

—Su valentía —dijo el padre—. Y para demostrarle al señor Hitler que no tenemos miedo ni de él ni de sus bombas y que nunca nos rendiremos a sus a... amenazas. —Se volvió hacia su hija mayor—. ¿Verdad, Lilibet?

—Sí, papá —dijo la niña del sillón. Su padre hizo ademán de mover una ficha, cambió de opinión y se sentó pensativo.

Margaret volvió a mirarla de cerca, y, sin que la vieran sus padres, hizo una mueca y le sacó la lengua.

—No entiendo qué tiene que ver la valentía con enviarnos a Irlanda —le dijo a sus padres—. A mí me parece huir.

Su padre y su madre cruzaron una mirada.

—A veces pienso —dijo el rey, sonriéndole a su hija pequeña por encima del tablero— si no

deberíamos enviarte a ti con el señor Hitler, cariño. ¡Estoy convencido de que le darías un susto de muerte solo con mirarlo!

Fuera volvieron a sonar las sirenas. La niña del sillón apartó la vista de su libro para mirar las cortinas que tapaban las ventanas y pasó la página.

El subinspector de la Garda Strafford se detuvo al pie de las escaleras del Kildare Street Club y miró irritado por tercera o cuarta vez calle arriba en dirección a los edificios del gobierno. El ministro llegaba diez minutos tarde, Strafford estaba seguro de que a propósito: los hombres que se creían importantes nunca desaprovechaban una oportunidad, por muy trivial que fuese, de demostrar su importancia.

Era la hora de comer de un cálido día de octubre. El sol se alzaba en el cielo en alguna parte, y el aire estaba impregnado de una suave y pálida neblina dorada. Strafford, congénitamente delgado, llevaba un terno de *tweed* oscuro que le quedaba grande a su figura alta y esquelética, una camisa verde oscuro y una corbata oscura. En la mano derecha tenía un suave sombrero de fieltro y en el brazo izquierdo, una gabardina doblada. Su pelo era tan claro que casi no tenía color, y un mechón de la frente tendía a caerle sobre los ojos, de modo que tenía que apartarlo constantemente con un rápido gesto de la mano y cuatro dedos extendidos y rígidos.

Volvió a mirar calle arriba.

Era raro pensar que en Europa estuviesen en guerra mientras ahí reinaba una paz soñolienta, o al menos eso parecía. La República de Irlanda se había declarado neutral en el conflicto y pensaba seguir así, por lo que ni siquiera llamaba a la guerra, guerra, y se refería a ella llamándola «La Emergencia». Los graciosos de los pubs hacían muchas bromas con eso.

El ministro de Asuntos Exteriores, Daniel Hegarty —Dan el Hombre de la Calle, como le gustaba que lo llamaran los fieles del partido y también la gente normal, sobre todo en época de elecciones—, la persona a quien esperaba con impaciencia Strafford, tenía fama de ser casi cultivado. En su juventud había estudiado una temporada en Heidelberg, y se decía que había cenado una vez con W. B. Yeats y *lady* Gregory en el hotel Russell. No obstante, él se quitaba importancia. Uno de los puntales de su estrategia política consistía en fingir que era un simple campesino, aunque no se dejaba engañar por nadie, y todo el mundo lo sabía.

Un coche enorme, negro y reluciente se detuvo al lado del bordillo, un chófer con un traje negro se apeó con elegancia y abrió la puerta trasera, y el ministro en persona salió y se puso el sombrero.

Rondaba los cuarenta años, aunque parecía mayor. Su figura recordaba a un barril de cerveza Guinness ligeramente comprimido y alargado. La impresión la subrayaba un abrigo negro, largo y amplio, un poco ceñido a la altura de donde debía de estar la cintura, si es que alguna vez había tenido cintura, por un ancho cinturón muy apretado. Su cabeza era grande, demasiado para sus rasgos, que se apelotonaban en el centro de una cara tan ancha y redonda como un plato. Llevaba

gafas sin montura y un bigotito negro, como una mancha de hollín aplicada con el dedo debajo de la nariz, que era un regalo llovido del cielo para sus oponentes, que le apodaban Adolf. Sus ojillos azules estaban profundamente hundidos entre los pliegues de grasa, y su boca, que a Strafford le recordaba a la válvula de un balón de fútbol, estaba curvada hacia abajo por las comisuras. Se decía que era más ladrador que mordedor —aunque había algunas personas en política que podían mostrarte las huellas de dientes que les había dejado en varias partes blandas de su anatomía— y que, cuando estaba con sus amigos, le gustaba relajarse delante de una botella de cerveza o un vaso de whisky. Incluso se sabía que una noche, en la fiesta de la conferencia anual del partido, había hecho algún chiste que otro y que había cantado una canción rebelde, con una suave e inesperada voz de barítono.

—¿Es usted Strafford? —preguntó. Tenía un marcado acento de Cork—. ¿Qué edad tiene? Parece que vaya aún en pantalón corto.

Le estrechó la mano con indiferencia al policía. Era una mano suave y caliente y sorprendentemente pequeña, casi delicada, y por un momento a Strafford se le pasó por la cabeza que en el interior de los pliegues del enorme abrigo había escondida una mujer minúscula, una ayudante, o incluso una esposa o una hija, a quien el ministro llevaba consigo a todas partes para que estrechara las manos por él. A Strafford se le ocurrían a menudo esas ideas extrañas. Eso le hacía pensar que en esencia debía de ser muy frívolo, sin duda una grave debilidad en un policía, pero no sabía cómo ponerle remedio.

Los dos hombres subieron las escaleras, pasando entre las columnas de piedra pulida que había a ambos lados, y Strafford abrió la puerta con el gran panel cuadrado de cristal y se apartó para dejar pasar primero al ministro. ¿Convendría aludir a la leyenda de que habían colocado el cristal en la puerta en la guerra de Independencia para, en caso de asalto, ver llegar a los pistoleros por las escaleras? Por supuesto que no, pensó, recordando justo a tiempo que, en aquellos días, el propio ministro había sido un pistolero. Strafford pensó también en señalarle en la fachada el friso con los monos de piedra jugando al billar, una rareza —¿a quién se le habría ocurrido?—. Pero dudó de que a Dan el Hombre de la Calle le interesaran esos detalles imaginativos.

A diferencia de Strafford, el ministro Hegarty se tomaba a sí mismo muy en serio.

A través de la puerta abierta los recibió una corriente de aire caliente cargado del olor de humo de cigarro, ternera recocida, vino añejo y hombres viejos. El Kildare Street Club era el cuartel general no reconocido de la Irlanda protestante angloirlandesa. Strafford notó por el modo en que el ministro miraba aquí y allá, haciendo un esfuerzo por enderezar los gruesos hombros, encorvados e imposibles de enderezar, no solo que el sitio no le era familiar, sino que además lo intimidaba.

El ministro se quitó el sombrero y se debatió para desembarazarse del abrigo. Llevaba un traje cruzado de sarga azul marino, una camisa blanca de cuello alto y almidonado y una corbata de color azul oscuro con un nudo minúsculo que daba la impresión de no haber sido deshecho desde

la primera vez que lo anudó. A Strafford, el ministro le había recordado a alguien desde el momento en que se apeó del coche, ahora recordó a quién era. Con ese traje ceñido y la asfixiante corbata, con la cabezota y el fino mechón de pelo negro y brillante pegado a la frente pálida y húmeda, era el vivo retrato de Oliver Hardy.

Un anciano encorvado de pelo blanco con un frac polvoriento se materializó de pronto ante ellos —como salido en ese mismo instante de una trampilla oculta en el suelo—, y el ministro retrocedió con un respingo y apretó posesivamente el abrigo y el sombrero contra el pecho.

—Vengo a ver a... —empezó.

—Sí, sí, señor Hegarty —lo interrumpió el conserje, cogiendo las cosas del ministro—, venga por aquí.

Hegarty echó una mirada perpleja al policía —¿cómo había sabido el conserje quién era?— y Strafford sonrió y le hizo un gesto con la cabeza para animarlo. Estaba acostumbrado a sitios así. Su padre había sido miembro del club, aunque hacía mucho que había dejado de pagar las cuotas. Cuando el padre de Strafford iba a pasar su acostumbrado fin de semana a la ciudad, se entretenía plantándose delante del enorme ventanal que daba a la calle Nassau, con su traje de cuadros más chillón y el chaleco a juego, las manos entrelazadas detrás de la espalda, la cadena del reloj y el pañuelo de seda, los atributos de su clase, bien visibles, y viendo pasar con mirada furiosa a los transeúntes.

El ministro accedió por fin a soltar el abrigo y el sombrero, y el anciano conserje se los cogió, se puso el abrigo en el brazo, colocó encima el sombrero y los acompañó al bar.

A Strafford se le ocurrió que, igual que Hegarty era clavado a Ollie Hardy, tal vez él mismo recordara a su vez al joven Stan Laurel, pálido y larguirucho como era, con el pecho hundido, la cabeza alargada y su actitud amable y distraída. Tuvo que apretar con fuerza los labios para contener una sonrisa. Su madre, muerta hacía mucho tiempo, decía, cuando él era niño, que tenía un sentido del humor raro, y él pensaba que en conjunto tenía razón, aunque, a medida que se fue acercando a la edad adulta, fue aprendiendo a mantenerlo a raya. Siempre había sido un solitario, y sus bromas privadas eran una especie de compañía, igual, suponía, que el amigo imaginario de un niño.

El bar estaba vacío, excepto por el barman, con pantalones de rayas y chaleco negro. El ministro pidió un Jameson.

—Imagino que no podrá usted beber, estando de servicio —le dijo a Strafford.

—Bueno, hablando estrictamente, no estoy muy seguro de estar de servicio, ministro. Tomaré un Bushmills.

Hegarty sorbió aire por la nariz. Bushmills, claro: la bebida de los protestantes.

El camarero colocó los dos vasos de licor de color tostado sobre la barra, señalando cuál era cuál, luego puso al lado de cada uno de ellos un vaso de agua.

Hegarty levantó el vaso de Jameson.

—*Sláinte* —dijo, con una leve provocación en la voz; se sabía que era muy radical en la cuestión de la lengua, y una vez incluso había propuesto un plan de diez años para que el irlandés fuese obligatorio en todo el país. Llevaba un pequeño alfiler circular de oro en la solapa y se proclamaba *gaeilgeoir*.

Strafford también cogió su vaso.

—*Sláinte* —respondió con resolución; la vida social era un campo minado en esa todavía joven nación.

Bebieron un rato en silencio, observando el espejo y las botellas alineadas detrás de la barra. Hegarty miró el reloj.

—Debería haber llegado ya, ¿no? —dijo malhumorado—. Pensaba que su gente era siempre puntual.

Strafford entendió con exactitud lo que quería decir con eso de «su gente». Era uno de los pocos no católicos en la Garda, hasta donde él sabía, el único protestante con el rango de subinspector. Había ascendido deprisa —solo llevaba un par de años en el cuerpo cuando lo sacaron de las calles y lo ascendieron a subinspector—, aunque aún no estaba del todo seguro de por qué había ingresado en la Garda. Tal vez quiso hacer un gesto de apoyo al nuevo orden. Los protestantes eran solo el cinco por ciento de la población de la República, y la mayoría se habían retirado discretamente de la vida pública con la llegada de la independencia, dejando que dirigiera el cotarro la nueva burguesía católica. Trafford era de ascendencia angloirlandesa —aunque como individuo no podía ser más diferente de los caballeros rurales aficionados a montar a caballo de Yeats— y había tenido un vago y levemente pudoroso sentido del deber, no habría sabido decir con exactitud respecto a qué. En cualquier caso, ahora se había reconciliado con su anómala situación como miembro protestante de una institución casi exclusivamente católica del Estado, y apenas pensaba en ello salvo en las ocasiones en las que se lo recordaban a la fuerza.

El ministro y él casi habían terminado la copa y el funcionario de la embajada británica, que era la razón de que estuviesen allí, seguía sin aparecer. Trafford podía oír al ministro respirando con fuerza por la nariz, el ruido de un hombre importante que se sentía ofendido y tenía dificultades para controlar su genio. El ministro Hegarty no estaba acostumbrado a que le hicieran esperar.

Al final pasó más de un cuarto de hora antes de que apareciera Richard Lascelles. Era uno de esos ingleses de aspecto lánguido —Trafford conocía bien el tipo— deliberadamente afectados, pero con una voluntad de acero templado y un brillo implacable que asomaba detrás de una sonrisa despreocupada y cuidadosamente mantenida. Llevaba un abrigo militar, unos zapatos gruesos y relucientes hechos a mano, y un sombrero hongo sujeto por el ala con el pulgar y en equilibrio sobre la parte interior de la muñeca; daba la impresión de que debía de haberle costado mucho tiempo y esfuerzo dominar ese truco, cuyo propósito no quedaba muy claro, como no fuese el

placer que debía de proporcionarle llevar a cabo con tanta habilidad algo trivial y difícil al mismo tiempo.

Sí, decidió Strafford, Lascelles, detrás de esa apariencia tan cortés, debía de ser un poco guasón. Valía la pena tenerlo presente.

—Siento llegar tarde —dijo Lascelles, alargando el brazo, haciendo que el sombrero diera un salto mortal, cazándolo al vuelo con la punta de los dedos y dejándolo sobre la barra; sus llamativas habilidades eran inagotables—. Hemos tenido un poco de lío en la embajada. —Le estrechó la mano a Hegarty y echó una sonrisa extrañada en dirección a Strafford—. Pensaba que esta iba a ser una reunión privada —añadió con una sonrisa.

Hegarty le presentó al subinspector. Lascelles volvió a sonreír, con más calidez. Le había bastado otra mirada más detenida a la ropa y a la actitud de Strafford para identificar con precisión la clase social, la casta y la religión del joven.

«Vaya a ver qué quiere —le había dicho a Strafford su jefe, el inspector Hackett—. Usted habla su mismo idioma».

En el departamento del ministro se habían opuesto a que el subinspector estuviera presente, pero la petición para esa reunión había llegado desde la embajada a través de Hackett —los británicos lo conocían y confiaban en él, hasta donde confiaban en cualquiera en este país— y habían creído aconsejable que alguien del cuerpo acompañara al ministro.

Strafford pensó que todo era claramente irregular, dadas las tensiones con Gran Bretaña por la neutralidad, y por las presiones del gobierno británico por las exigencias de la Armada de tener acceso a los puertos irlandeses, que el gobierno irlandés se había negado en redondo a conceder. ¿Y por qué el Kildare Street Club? Aunque estos días casi todo era irregular, con las ciudades inglesas atacadas cada noche por los bombarderos alemanes y el Reino Unido preparándose para una invasión.

—Bueno —dijo Hegarty—. ¿Qué puedo hacer por usted, señor Lascelles?

Le habían ofrecido una copa a Lascelles, pero él había declinado. Entonces dijo:

—¿Por qué no vamos arriba y comemos? Aquí la carne no está mal y tienen una bodega muy buena.

Hegarty y el subinspector apuraron el whisky, que habían estado moviendo con cuidado, y los tres subieron las escaleras hasta el comedor del primer piso. Ahí, tres grandes ventanales inundados de luz daban a la calle Nassau, a las verjas del Trinity College y al campo de críquet que había detrás. Estaban jugando un partido, sin duda uno de los últimos de la temporada, y las pequeñas figuras de blanco se movían sobre la hierba como a cámara lenta, igual que los celebrantes de un arcaico ritual religioso, que, pensó Strafford, en cierto modo es lo que eran.

En la sala habría una docena de hombres comiendo, algunos de dos en dos, pero sobre todo solos. Ese día no había mujeres, aunque un par de años antes se había acordado, contra una fuerte oposición, que los miembros pudieran invitar a señoras a comer o cenar en el club. En un rincón

había una mesa para tres claramente apartada: la gente de Hegarty había llamado para asegurarse de que no habría nadie sentado lo bastante cerca para oír lo que decía el ministro. Aunque la embajada no había revelado la naturaleza del asunto que iban a tratar en esa reunión, estaba claro que tendría cierto peso y relevancia y que, dada la delicada situación de las relaciones anglo-irlandesas en esa época de crisis y conflicto internacionales, no era conveniente que saliera a relucir.

Hegarty y el inglés eligieron sopa de rabo de buey de primer plato, y los tres pidieron lenguado a la plancha de segundo. Lascelles propuso tomar una copa de vino tinto, puesto que beberían una botella de blanco con el pescado.

—El burdeos de la casa es excelente —dijo.

Pidieron una botella de burdeos, aunque Strafford no bebió y dijo que prefería esperar un poco; por lo general apenas bebía, había pedido el whisky en el bar solo para dejar claras ciertas cosas, y ahora empezaba a notar los efectos.

Mientras esperaban a que llegase la sopa, Lascelles hizo un gesto con la cabeza en dirección a los lejanos jugadores de críquet.

—Quién pudiera estar ahí en vez de aquí —dijo melancólico, luego se volvió a toda prisa hacia los dos hombres sentados a la mesa y añadió—: Dicho sea sin ánimo de ofender a los presentes, claro.

—Bueno, señor Lascelles. —Las gafas sin montura de Hegarty brillaron con la luz reflejada de la ventana—. ¿Vamos al grano? Sospecho que quiere pedirme usted algo.

Lascelles volvió a dirigir la mirada hacia el partido de críquet, apoyándose con un codo en el reposabrazos de su silla y frotándose la barbilla lentamente con la punta del dedo justo debajo del labio inferior.

—Bueno, el caso es, ministro —dijo, y dudó un momento, era evidente que estaba escogiendo sus palabras con cuidado—, que nuestros jefes de Londres nos han ordenado, a la embajada, quiero decir, que hagamos una petición un tanto delicada a su gobierno.

—¿Qué clase de petición? —preguntó Hegarty, sin hacer el menor esfuerzo por disimular el tono de hostilidad y suspicacia de su voz. Lascelles no se dio por enterado; no llevaba mucho en su puesto, pero ya tenía bastante experiencia en tratar con la burocracia irlandesa.

—Se trata de dos niñas —dijo.

Hegarty lo miró con intensidad.

—¿Niñas?

—Eso es. De dos niñas pequeñas, para ser exactos.

En ese momento les llevaron la sopa, y la frugal ensalada verde, que había pedido Strafford para no llamar la atención mientras los otros dos tomaban el primer plato. No obstante, Hegarty miró con desprecio la lechuga un poco ajada; sin duda pensaba que Strafford estaba siendo ostensiblemente sobrio, o eso pensó Strafford; con un hombre como Hegarty no había término medio; ¿qué debían de haber pensado Yeats y *lady* G. de él?

Strafford vio que los jugadores de críquet habían parado para hacer un descanso y se dirigían al pabellón. Despreciaba todos los deportes, menos el tenis, que le gustaba por su fluida elegancia: no era que se le diese bien, pero había admirado, y en algunos casos envidiado, a los pocos jugadores de talento que pasaron por su colegio.

—Las niñas tienen diez y catorce años —estaba diciendo Lascelles, rociando vigorosamente la sopa de sal—. Tienen que salir de Londres cuanto antes. Desde que empezó el *Blitz*, no hemos sabido qué hacer con ellas. Pero es primordial que estén a salvo en algún sitio, en un lugar del que podamos estar seguros.

Hegarty, con la cuchara sopera suspendida en el aire, estaba observando a Lascelles con la mayor atención.

—¿Y puede saberse quiénes son esas «niñas»?

Lascelles también dejó de comer y volvió a esbozar una sonrisa, mostrando los dientes. Era apuesto, en un sentido refinado aunque algo brutal, con la frente estrecha, los pómulos marcados y los ojos oscuros y con un brillo extraño. Su piel tenía una textura correosa, como si hubiese pasado muchos años en un clima ecuatorial. Los diplomáticos, por la experiencia que tenía Strafford de ellos, eran una raza aparte; su frecuente desarraigo y los traslados a diversos sitios del mundo les daban, además de su actitud estudiada e insulsa, un no sé qué de nervioso y agitado, como si temiesen que en cualquier momento pudiera llegar un mensajero con la orden de hacer las maletas y partir al cabo de una hora.

Hegarty seguía esperando la respuesta a su pregunta. Lascelles miró a un lado un momento con los labios apretados.

—Digamos solo, ministro —respondió en voz baja—, que son de buena familia..., de muy buena familia.

—Entiendo —dijo Hegarty, y volvió a meter la cuchara en la sopa. Estaba sonriendo con gesto astuto, lo cual tenía el efecto de hacer que se le contrajeran los rasgos faciales, de modo que parecían apelotonarse aún más—. Su rey y su reina, tengo entendido —dijo en tono conversacional, tapándose los ojos—, insisten en quedarse en Londres mientras duren los

bombardeos nocturnos para... —alzó la vista, con las cejas arqueadas— compartir el sufrimiento de la gente corriente.

—Sí, desde luego. Sus majestades son inflexibles, no se dejarán convencer.

—Muy noble por su parte, estoy seguro —observó Hegarty, con un leve y seco gesto desdeñoso—. ¿Y su familia se quedará también con ellos?

—Se supone que sí —dijo, midiendo sus palabras—. Pero, claro, en tiempos así, hay muchas cosas que es mejor ocultarle a la opinión pública. Podría afectar a la moral, ya me entiende.

—Ah, ¿sí? —dijo Hegarty con una risa ronca.

Sentado entre el ministro y el diplomático, Strafford estaba fascinado al observar el avance de la negociación que estaban llevando a cabo, aunque todavía no se habían planteado las condiciones de ningún trato que pudiesen llegar a hacer.

Dos niñas, de una familia de la más alta sociedad inglesa; tenía bastante idea de quiénes podían ser. Aquel encuentro se había vuelto muy interesante de pronto.

Hegarty terminó la sopa, apartó el cuenco a un lado, se llevó la servilleta a la boca pequeña y rojiza y tosió en el puño minúsculo; a pesar de su corpulencia, varias partes de su cuerpo estaban hechas en miniatura, como si se hubiese detenido su desarrollo, los últimos vestigios, por así decirlo, del niño que, por implausible que pudiera parecer hoy, debía de haber sido.

—Irlanda es neutral en esta guerra, señor Lascelles —dijo puntilloso—. Como usted sabe muy bien.

—Por supuesto. Pero también sé, de hecho creo que los dos lo sabemos, qué es lo más conveniente para los intereses de Irlanda.

El camarero, un gorila de pelo cano con chaleco de rayas, se acercó a la mesa. Les ofreció la carta de vinos, y Lascelles la cogió y la estudió con el ceño fruncido y toqueteándose el labio inferior entre el dedo índice y el pulgar. Hegarty miró a Strafford y, sin modificar lo más mínimo su expresión, le guiñó el ojo.

Lascelles miró al camarero.

—Creo que tomaremos el Riesling seco, Dudley —dijo.

—Muy bien, señor Lascelles —gruñó el camarero. Tenía la piel de las mejillas y la barbilla enrojecida, con manchas y pelada con escamas grises. A Strafford le pareció que tenía pinta de boxeador retirado. El personal de esos sitios siempre era interesante, y le resultaba frustrante no haber podido dar con la manera de hacer averiguaciones sobre su pasado sin parecer prepotente u ofenderlos. Lo último que podía imaginarse era que Dudley se llamara Dudley. Pero así se llamaba, a no ser que Lascelles se lo hubiera inventado, lo cual era muy posible, en vista de su idea de la diversión. Los tipos de mirada dura como él disfrutaban burlándose de lo que ellos habrían llamado las clases inferiores.

—Lo más conveniente para nuestros intereses, dice usted —observó Hegarty, mirando pensativo a los jugadores de críquet—. ¿Y de qué se trata, según usted?

La niebla se estaba espesando sobre el campo de juego, y al sol le costaba más que nunca atravesarla.

—Lo cierto es que, en mi opinión, nuestros intereses, los suyos y los nuestros, coinciden en este caso —respondió en voz baja Lascelles, mirando a izquierda y a derecha, asegurándose dos veces de que nadie podía oírle.

—Los ingleses fusilaron a mi padre hace veinte años, en la guerra de Independencia —dijo Hegarty en tono cordial e incluso amistoso—. ¿Lo sabía, señor Lascelles?

Lascelles apuró el vino de la copa, la dejó sobre el mantel y le dio vueltas y vueltas despacio sobre la base, mirándola fijamente.

—Sí, lo sabía —dijo en voz baja—. Pero, por lo que he oído, en esa época tan lamentable su padre también se las arregló para fusilar a unos cuantos de nuestros muchachos. De hecho —volvió a sonreír, mostrando otra vez los dientes—, si no estoy equivocado, usted mismo empuñó las armas, de joven en..., ¿dónde fue? ¿La Brigada del Oeste de Cork? —Se volvió y miró hacia la ventana—. ¡Muy buen lanzamiento, sí, señor! —exclamó.

Lascelles rellenó su copa y la del ministro, Strafford puso la mano sobre la suya. Mientras asistía a la conversación de aquellos dos hombres, había ido teniendo cada más la sensación de estar perdiendo la pigmentación, de modo que, muy pronto, acabaría volviéndose transparente del todo. De hecho, por lo que se refería a la pareja sentada con él a la mesa, era como si fuese ya invisible, una figura hecha de cristal, hasta ese punto lo estaban ignorando. No le importó; en las relaciones sociales era, y se alegraba de serlo, un espectador nato, más a menudo un observador, rara vez un agente.

Dudley el Improbable llegó con el pescado, ayudado por un joven pelirrojo —un crío, en realidad— de nudillos agrietados, que parecía un ternero asustado. Trajeron el Riesling y Dudley lo descorchó con una brusca pericia de la que se sentía vanamente orgulloso. Sirvió un poco en la copa de Lascelles y esperó, con el antebrazo detrás de la espalda. Lascelles probó el vino, se enjuagó la boca con él, llenó una mejilla y luego la otra antes de tragárselo, después asintió con la cabeza en dirección al camarero.

—¿Debo entender, señor Lascelles —dijo Hegarty, cuando se marcharon Dudley y su ayudante—, que querría usted separar a esas dos niñas de su muy buena familia y enviárnoslas una temporada para que cuidemos de ellas?

Lascelles había cortado trocitos de pescado y patatas en cubos individuales del tamaño de un bocado. Debía de haber pasado al menos parte de su juventud en Estados Unidos, decidió Strafford, pues sabía que así era como enseñaban a comer a los niños estadounidenses. Igual que pasaba con el personal del club, era imposible saber, en el caso de esos tipos de la embajada, de dónde procedían o cuáles eran sus antecedentes. Este parecía y sonaba como el típico alumno de

Eton y Oxford, pero podía haber sido de cualquier parte. ¿Era Lascelles un apellido inglés? Aunque Strafford creyó recordar que el secretario personal del rey tenía un apellido parecido..., de hecho, entonces recordó que no era parecido sino idéntico: Tommy Lascelles. Le habría gustado saber si este sería algún pariente suyo; no podía haber muchas familias con ese apellido.

—Esa es la idea general, sí —dijo entonces Lascelles, todavía diseccionando con habilidad su comida—. Como acaba de señalar, ministro, Irlanda es neutral, y me alegra decir que es un lugar muy pacífico —hizo una pausa— hoy en día. Y, por tanto, resulta ideal para nuestro propósito. Al principio pensamos que lo mejor para ellas sería Canadá, pero los submarinos de los *jerries* empiezan a ser preocupantemente eficaces en el Atlántico norte. ¿Australia?, está demasiado lejos. ¿Sudáfrica...?, en fin. Así que se nos ocurrió, quiero decir que a Londres se le ocurrió, que tal vez ustedes aceptarían acoger a esas pobres niñas desamparadas y darles protección por un tiempo. — Dio un sorbo al vino y frunció apreciativamente los labios—. No está mal este vino blanco del Rin, ¿verdad?

Hegarty siguió con la cara inclinada sobre el plato —igual que una oveja sobre la hierba, pensó Strafford—, aplastando las patatas en la salsa del pescado y metiéndose bocados de la papilla resultante en la boca, proceso acompañado de pequeños sorbidos de apreciación, sin duda inconscientes.

—Y dígame, señor Lascelles —dijo, masticando todavía y sin alzar la mirada—, ¿qué...? — Hizo una pausa de un instante y luego continuó—: Para no andarme con remilgos, ¿qué sacaríamos nosotros de esto?

Lascelles estaba absorto en separar, medir y cortar la comida. A pesar de su manera yanqui de comer, tenía que haber estudiado en un colegio privado, decidió Strafford: solo alguien que hubiese asistido a uno de los establecimientos educativos más exclusivos de Inglaterra podría comer el lenguado aguado y las patatas blandas con una indiferencia tan natural, aunque también él había dejado los gruesos guisantes, que no eran verdes sino de un tono grisáceo y polvoriento muy poco apetitoso. Irlanda, pese a su neutralidad, también sufría algunas de las privaciones de la guerra.

A pesar de las apariencias, Lascelles estaba escuchando. Dejó el cuchillo y el tenedor, bebió otro trago de vino y, secándose la boca con la servilleta, acercó la silla a la mesa y se inclinó hacia delante como quien hace una confidencia.

—Su país, según tengo entendido, necesita carbón —dijo en voz baja, hablando por la comisura del labio—. E Inglaterra, señor Hegarty, tiene carbón en abundancia...; es uno de nuestros pocos recursos inagotables en estos tiempos tan difíciles.

—No lo dudo —respondió Hegarty, entornando los ojos de párpados ya gruesos de por sí—. Las cuencas de Yorkshire, los valles de Gales... —dejó la frase en unos soñolientos puntos suspensivos; Irlanda solo tenía su turba.

—Exacto —dijo Lascelles, asintiendo con la cabeza—. Pues bien, el gobierno de su majestad,

por medio del Foreign Office, propone la posibilidad de un envío quincenal al puerto de Dublín de..., bueno, digamos de momento X toneladas de ese material como regalo del antiguo opresor — esbozó una sonrisa burlona— al antiguo oprimido.

—¿Un regalo? —dijo Hegarty, adelantando el labio inferior y mostrando el interior purpúreo y brillante, en lo que parecía al mismo tiempo una sonrisa y un gesto desdeñoso.

—Un incentivo, entonces —concedió Lascelles sin darle importancia.

De pronto se volvió hacia Strafford como si acabara de recordar que estaba allí, y se dirigió a él:

—Y a usted, joven, ¿qué le parece el lenguado?

—Muy bueno —respondió Strafford del modo más inexpresivo e indiferente posible.

De hecho, había dejado el pescado, que además de insípido estaba tibio. Lascelles seguía comiendo el suyo con infatigable celeridad, llevándose las porciones individuales del plato a la boca con rapidez de experto. Strafford especuló sobre qué edad podía tener. Debía de rondar los cuarenta, supuso, como Hegarty, pero, a diferencia de este, parecía más joven de lo que era, con esos grandes dientes blancos y la piel bronceada, que en los pliegues de debajo de los ojos y detrás de las orejas tenía un tono decididamente negruzco. Sí, sin duda había estado en las colonias.

Entretanto, Hegarty miraba por la ventana e intentaba quitarse un trozo de pescado que se le había quedado entre las muelas.

—Pide usted mucho —dijo por fin, dirigiéndose a Lascelles—. Si la legación alemana llegara a olerse el trato que propone, nos veríamos todos en una situación muy delicada.

—¿Cómo iban a «olérselo»? —preguntó riéndose Lascelles.

—¿Y si alguien las reconociera?

—Nuestra impresión es que su presencia en las regiones más remotas..., su presencia en la Irlanda rural resultará tan improbable que a nadie se le ocurrirá que puedan ser ellas. Se las ha advertido de que tendrían que usar un nombre falso, Ellen y Mary. Estoy seguro de que se lo tomarán como una especie de juego, y se dejarán llevar por el espíritu de la idea.

—Es arriesgado.

—Desde nuestro punto de vista, dejarlas en Londres sería un riesgo mucho mayor. Todo se ha tenido en cuenta. Podemos enviar a las niñas en avión una noche oscura o en un navío de la Armada sin distintivos, y nadie se enterará.

—No, para empezar solo los empleados y las limpiadoras de la embajada británica —respondió con sequedad Hegarty. Siguió un rato intentando quitarse el trozo atrapado entre las muelas—. Y dígame —quiso saber—, ¿qué se supone que debemos hacer con esas crías si dejamos que vengan?

El inglés cerró los ojos un momento e hizo con la mano izquierda un gesto como para limar asperezas.

—Hemos hablado con el duque de Edenmore —murmuró—, y está dispuesto a alojarlas. Su casa está en Clonmillis Hall, cerca del pueblo de Clonmillis en el condado de Tipperary... —Se interrumpió—. ¿Sabe que hasta que me destinaron aquí nunca caí en que Tipperary era un sitio real? Pensaba que era un nombre inventado en la vieja canción bélica. —Se rio y negó con la cabeza. Luego volvió a ponerse serio—. El duque es una especie de pariente de... de la familia de las niñas. La propiedad de Clonmillis es muy grande, está bastante aislada y es segura. Según nuestra gente, no podría haber un sitio mejor para esas pobrecitas.

Hegarty echó una mirada inquieta por la sala. Daba la impresión de que quería poner fin al encuentro.

—Lo único que puedo hacer es trasladar su petición a... a nuestra gente —dijo.

—¡Excelente! —Lascelles dio un alegre golpecito en el borde de la mesa con la punta de los dedos de ambas manos—. En ese caso, esperaré su respuesta. —Volvió a ponerse solemne—. Pero debo subrayar que es un asunto de la mayor urgencia.

—Lo entiendo —dijo Hegarty, con un toque de irritación—. De todos modos, tendremos que evaluar los diversos aspectos del asunto. Está la cuestión de la seguridad, la confidencialidad y... todo lo demás. —El almuerzo había concluido. Volvió a mirar a su alrededor con aire indeciso. Era idéntico a Oliver Hardy en esos momentos en las películas en las que el gordo empieza a darse cuenta de que algo está a punto de ir muy mal—. ¿A quién le pido la cuenta en este sitio?

—¡Oh!, no se preocupe por eso, lo cargarán automáticamente a la cuenta de la embajada —dijo Lascelles con un gesto cordial—. ¿Tomará un café antes de irse?

—¿Cree que podrían prepararme una taza de té?

—Seguro que sí, ministro, seguro que sí. ¿Y usted, señor Stafford..., prefiere café o té?

—Es Stafford —dijo Stafford, y sonrió—. Con erre. No se preocupe, todo el mundo lo dice mal.

Por su aspecto, Celia Nashe parecía la clásica rosa inglesa, pero su padre, que había servido varios años en el cuerpo de policía de Palestina, siempre decía que ella era con mucho la más dura de los dos. Tenía lo que un publicitario describiría como una tez de melocotón, pelo corto entre rubio y pajizo que nunca había necesitado una permanente, y una de esas sonrisas que cualquier aviador se sentiría afortunado si fuese su último recuerdo mientras su Spitfire caía chirriando hecho pedazos con el morro por delante hacia el mar. Había sido uno de los pocos miembros femeninos de la sección especial —su padre tenía buenos contactos allí—, pero cuando la posibilidad de la guerra se convirtió en una certeza, se las arregló para pedir el traslado al MI5, en parte gracias a sus propios méritos, pero sobre todo al recurso a numerosas influencias, una vez más de su padre, y también, y de manera mucho más notable, de un tío materno que era general de brigada en la Guardia Real.

Cualesquiera que fuesen sus expectativas sobre el servicio, la realidad había sido, tenía que admitirlo, una clara decepción. Desde el principio, sus colegas masculinos le habían dejado claro, sin lugar a dudas, que las «puñeteras mujeres» eran lo último que necesitaban o hacía falta allí; que solo la habían dejado entrar porque estaban en guerra y los hombres hacían falta en otra parte; y que no pensara que jamás podría llegar a ser un agente operativo. La dejarían en la reserva hasta que se presentara alguna tarea más fácil.

La misión que acababan de encargarle le parecía no tanto fácil como decididamente extraña. Sus jefes le habían dado poca información. Debía partir de Londres a un lugar no muy lejano —a Escocia, supuso, o incluso a Gales, aunque esperaba que no fuese allí— y llevar consigo ropa y bártulos para lo que podía ser una larga estancia. Su trabajo sería cuidar de «un par de crías», le había informado pomposamente Manling, su jefe directo, mientras se daba golpecitos en la nariz con el dedo índice.

—¿Puedo saber quiénes son esas niñas, señor? —había preguntado ella.

—No, no puede, jovencita —le había respondido Manling con una risa altanera—. Pronto lo averiguará. Mañana la llevarán a recogerlas, luego las trasladarán a las tres a la costa para coger un barco.

Así que no era a Escocia, pero tampoco a Gales, algo era algo.

—¿Un barco adónde?

Manling se había limitado a sonreír y a negar con la cabeza con fingido pesar; ella notó lo mucho que le divertía mantenerla en la inopia. Era gordo, de mediana edad, con un caso grave de caspa y las manos muy largas —lo había intentado con ella más de una vez, y en cada ocasión

había sido educada pero firmemente rechazado—, y le gustaban la intriga y el misterio del mundo en que se movía.

Pero todos los hombres con los que trabajaba eran así, si es que podían llamarse hombres, porque, por lo que había visto, más bien eran como colegas maduros. Esperaba que supieran lo que hacían. Había oído rumores de más de una operación que se había ido al garete porque los mandarines al mando habían sido desastrosamente arriesgados. Todos eran demasiado displicentes respecto a la vida de los hombres sobre el terreno. Después de un desastre total, en el que habían muerto tres agentes experimentados, había oído al jefe de Manling, que era incluso más pomposo que este, observar casi divertido: «Vaya, no ha sido uno de nuestros mejores momentos, ¿no?».

Las mujeres, por supuesto, lo harían mejor, pero las mujeres nunca llegarían a lo más alto, no en ese oficio, a no ser que, como en la Gran Guerra, muriesen los hombres suficientes. Pero los tipos como Manling —a menudo se sonreía por lo adecuado de su nombre— nunca arriesgarían el cuello entrando en acción. Eran un hatajo de chupatintas, a pesar de sus andares de guerreros endurecidos en la batalla, recién llegados de una ofensiva extremadamente secreta y peligrosa.

Le dieron una automática Browning —«Firme aquí y no me apunte a mí»—, un arma excelente y manejable, pensó ella, y una tarde la llevaron a un campo de tiro en Surrey para enseñarle a disparar. De hecho, resultó no ser tan manejable, y además era sorprendentemente pesada. Las lecciones sobre su uso fueron rudimentarias, pues nadie imaginó por un momento que tuviese que disparar un cargador con rabia. El cabo al mando la felicitó por la rapidez con que le había cogido el tranquillo y le dijo que tenía muy buena puntería, luego lo estropeó invitándola a ir con él al cine.

La noche en que iba a dejar Londres, un coche enorme, negro y reluciente como un animal salvaje, más parecido a un navío de guerra que a un automóvil, con los faros pintados de negro y solo unas pequeñas cruces visibles en medio de cada faro, la había recogido justo antes de las diez en su piso de Finchley Road y la había llevado a lo que ella supuso que era el centro de la ciudad: debido al apagón era difícil saber en qué dirección iban. Luego se produjo un bombardeo, aunque lo peor se concentró lejos, en los muelles. El chófer, un civil, o al menos con ropa de civil, la había saludado con sequedad y luego no había dicho ni una sola palabra. Ella hizo ademán de sentarse delante a su lado, pero él la empujó sin muchas ceremonias al asiento trasero.

Todo se volvió cada vez más irreal. Mientras viajaban en la oscuridad, apenas distinguía la silueta del chófer y empezó a pensar que era un autómatas, y que seguirían así toda la noche, con el coche avanzando susurrante, los edificios cerniéndose a su alrededor y luego desapareciendo a su espalda, las bombas cayendo al este y el cielo inflamándose en llamas entre turbias nubes de humo y la vívida tracería del fuego antiaéreo.

Por fin terminó el bombardeo, aunque los muelles siguieron ardiendo, y continuarían haciéndolo hasta el amanecer y más tarde.

La noche estaba nublada, pero luego salió brevemente la luna y vio que estaban en el Mall, con la mole baja, grisácea y alargada del Palacio de Buckingham justo delante de ellos. Supuso que iban camino de la casa segura que había oído que el servicio tenía cerca de la estación Victoria. No obstante, cuando parecía que iban a dejar atrás el palacio y a encaminarse hacia el sur, el chófer, para su sorpresa y su súbita consternación, dobló por una puerta lateral, que se abrió lentamente ante ellos, y llegaron a un patio pequeño y adoquinado.

El rey y la reina —por poco se desmaya: ¡el rey y la reina!— la recibieron en un salón amarillo.

—¿Nadie la ha advertido de la naturaleza de la ta... tarea que se le ha confiado, querida? —le preguntó con amabilidad el rey.

—Bueno, sabía que tenía que acompañar a dos niñas en un viaje al extranjero, pero no quiénes eran las niñas o adónde íbamos a ir.

Fue evidente que a la pareja real le disgustó oír lo poco que le habían contado, y Celia notó que estaban haciendo un esfuerzo por no demostrarlo.

—Bueno —continuó su majestad, volviéndose hacia Celia—, no nos corresponde a nosotros pre... preguntarnos el porqué en tiempos como estos, ¿eh? Estoy seguro de que hará usted una labor espléndida. ¡Desde luego, le deseamos la me... mejor de las suertes!

Siguieron charlando unos minutos, aunque luego apenas pudo recordar lo que habían hablado: la reina había guardado silencio con una vaga sonrisa a media distancia. Al principio había sido abrumador, pero luego, en fin, bastante normal. La pareja real lo mismo podrían haber sido un tío y una tía acaudalados a quienes no hubiese conocido nunca, pero tan tibios, distantes y educados como tienden a ser siempre los parientes ricos.

Luego aparecieron las niñas, con sus abrigos de viaje y sus zapatos discretos y se las presentaron. Ella recordó hacer una reverencia: puede que fuesen unas niñas, pero también eran princesas. La mayor parecía incómoda y evitó mirarla directamente a los ojos, le resultó difícil decidir si por altanería o por timidez. La pequeña, lo notó enseguida, era dura como el pedernal, y la miró con frialdad de arriba abajo con ojos calculadores y, a menos que fuesen imaginaciones suyas, escépticos. ¡Menudo descaro, aunque fuese una alteza real!

Las dos llevaban bolsitos idénticos, de aspecto sorprendentemente vulgar, hechos de cuero rosa con el asa de cadencia dorada, y, por alguna razón, la conmovieron y despertaron su instinto maternal y protector. Como todo el mundo, se estaba acostumbrando a la guerra, pero en ocasiones como esa reparaba en que cientos, incluso miles, de personas, entre ellas niños no muy distintos de esas dos, estaban siendo masacrados en las calles, en sus casas, en refugios antiaéreos improvisados, cada noche en las grandes ciudades industriales por todo el país. Durante la preocupante falta de incidentes de los primeros meses, los meses conocidos como la guerra

Ilusoria, todo el mundo había especulado sobre cómo sería una guerra total en el frente doméstico; ahora ya lo sabían.

Salió del salón dorado y esperó discretamente en el pasillo mientras los padres se despedían de sus hijas. Todavía le temblaban las manos. ¡Pensar que acababa de estar en presencia de la realeza, del rey y la reina de Inglaterra, y que habían confiado a sus hijas, la mayor de las cuales era la primera en la línea de sucesión al trono, a su cuidado! La idea hizo que la cabeza le diera vueltas.

Luego, las niñas salieron, con aire valeroso, pero también pálidas, incluso la pequeña, a quien el labio le temblaba como si se esforzara por contener las lágrimas.

Las condujeron por pasillos oscuros y repletos de corrientes de aire y bajaron una escalinata, con las niñas por delante —al fin y al cabo conocían aquel lugar—, y luego volvió a estar en la oscuridad. Casi tuvo que pellizcarse para asegurarse de que estaba despierta y de que el último cuarto de hora no había sido un sueño.

Dos criados de palacio, hombres anónimos en mangas de camisa con delantales negros, estaban metiendo el numeroso equipaje de las princesas en el maletero del coche. Las bolsas eran de cuero con relucientes hebillas de latón, y hacían que su propia maleta rozada y su bolsa Gladstone parecieran lamentables y andrajosas. El chófer estaba en la puerta fumando un cigarrillo, pero al ver aparecer al grupo lo tiró a toda prisa, lo apagó con el pie e hizo una torpe reverencia a las dos niñas. Luego se sentó al volante y partieron.

Pero ¿adónde?

Fue un viaje largo y fatigoso. Las niñas, que apenas le habían dirigido la palabra a Celia, pronto se quedaron dormidas, acurrucadas la una contra la otra debajo de una manta de lana de color pardo. Celia se sentó a su lado, viendo pasar el paisaje nocturno por la ventanilla. En cuanto salieron de la ciudad, el cielo se despejó, volvió a salir en parte la luna y bajo su reflejo plateado pudo ver kilómetros y kilómetros de campiña llana. Pasaron Reading y atravesaron los Downs de Berskshire, bordearon Bath y Bristol y siguieron el curso del Avon hasta la costa, donde se detuvieron por fin.

Estaban en un anónimo pueblecito de pescadores, sin el menor indicio de vida por ninguna parte y ni una sola luz encendida. En el muelle los esperaba una embarcación de la Armada. Habían pintado encima de todos los distintivos. Celia pensó que podía tratarse de una corbeta, aunque apenas sabía nada de barcos. Tuvieron que despertar a las niñas —la pequeña estaba murmurando en sueños y apretando los dientes— y subieron a bordo ayudados por personal claramente perteneciente a la Armada, aunque iban vestidos de marineros normales, con jerséis gruesos, monos de trabajo y gorras.

Debajo de la cubierta apenas había espacio para moverse y olía a aceite de motor y a sudor. Instalaron a las niñas en el camarote de proa, donde había dos literas. A Celia le asignaron una especie de cubículo detrás del mamparo, en el que el único sitio donde dormir era un sillón viejo y desvencijado con los muelles sueltos que se clavaban por todas partes y que no le dejaron disfrutar más que de breves intervalos de sueño agitado y plagado de pesadillas.

El capitán era desalentadoramente joven, no debía de tener más de veinticinco años. Era apuesto y tímido, habló a Celia con deferencia y se disculpó por la suciedad y la incomodidad a bordo.

—Los que mandan han pensado que una vieja bañera como esta atraería menos atención, Dios sabe por qué —dijo—. Una vez salgamos del estuario, la travesía será rápida, unas pocas horas, si no cambia el tiempo.

—Pero ¿adónde vamos? —preguntó Celia, molesta consigo misma por sonar tan irritada; estaba cansada y nerviosa después del largo viaje en coche.

El joven agachó la cabeza para disculparse de nuevo.

—¿No se lo han dicho? —empezaba a ser la muletilla de la noche—. A Irlanda. Iremos directos a Waterford, y las dejaremos en la costa. Las estará esperando un coche...

—¿Quiere decir que nos espera otro viaje al llegar?

Una vez más, intentó no parecer quejosa.

—Eso me temo.

—¿Tenemos que ir muy lejos?

Nunca había estado en Irlanda y apenas sabía nada de ella; lo mismo podía haberle dicho que se dirigía a una ignorante colonia en la costa africana.

—Eso no lo sé —dijo el joven—. Mis órdenes son llevarla allí y asegurarme de que suben al coche. Después...

Se encogió de hombros, mostrando su cordial compasión por medio de una sonrisa deliberadamente cómica y contenida.

Le dio las gracias, y él respondió con un torpe saludo y salió al puente. Ella se acomodó como pudo en el sillón.

¿Para eso había implorado a su tío el general de brigada que la recomendara para entrar en el servicio de seguridad?

Al cabo de un rato cayó en una especie de sueño, pero luego despertó alarmada con un sobresalto, incapaz al principio de saber dónde se encontraba o qué estaba sucediendo. El pequeño barco se balanceó sobre una ola larga y lenta. Celia se sentó con las manos sobre el reposabrazos del sillón y escuchó, o más bien sintió, el ritmo irregular de la hélice, que producía rápidos y sucesivos estremecimientos en la embarcación y hacía que las planchas de acero temblaran y traquetearan.

Debía ir a ver a las niñas.

Cuando abrió la puerta del camarote, girando el picaporte con mucho cuidado para no despertarlas con el ruido, notó que un escalofrío de terror le oprimía el corazón. Una luz en el techo vertía un leve resplandor azulado sobre el minúsculo camarote y vio que una de las literas estaba vacía. La niña mayor seguía allí dormida, con un brazo cruzado en diagonal sobre la cara, como para protegerse de un golpe. Había un fuerte olor a vómito.

Celia volvió corriendo al pasillo, se detuvo un momento y miró a su alrededor. ¿Qué camino seguir?

Reparó en que estaba rezando, murmurando: «¡Por favor, Dios mío!», una y otra vez para sus adentros. A la izquierda, el pasillo terminaba en una puerta de latón y caoba; a la derecha, un breve tramo de escaleras llevaba a la oscuridad de la noche. Recordó que por ahí era por donde había ido el capitán cuando se marchó. Sus zapatos resonaron sobre los escalones con un ruido terrible, como si fuese el latido, muy amplificado, de su propio corazón golpeando enloquecido en su caja torácica.

El barco chocó con una ola especialmente grande y dio una guiñada bajo sus pies. Casi perdió el equilibrio, y se habría caído de no haber habido una barandilla metálica a la que pudo agarrarse. La luna se había puesto, pero había un lívido resplandor en el cielo a popa, que supo que no era el amanecer.

Cuando vio a la minúscula figura recortada contra aquella lejana refulgencia, al principio pensó

que debía de estar imaginándolo. Pero no.

—¡Estás aquí! —gritó, sujetando a la cría de los hombros y apretándola con fuerza contra sí.

Se le pasó por la cabeza una absurda incoherencia: ¿cómo debía llamarlas?, ¿cómo debía dirigirse a ellas? Sería ridículo llamar a una niña su alteza. Pero nadie se lo había dicho; en realidad, nadie le había dicho nada: solo que no debía dirigirse nunca a las princesas como tales, y que nadie debía conocer su verdadero nombre. ¿Cómo iba a arreglárselas si la habían dejado en la inopia de ese modo? No era justo, como diría su madre subrayando enfadada las palabras: ¡sencillamente no era justo!

—Estaba viendo el bombardeo —exclamó la niña, mientras se debatía para librarse del estrecho y aliviado abrazo de Celia.

Esta miró hacia el cielo encendido a lo lejos. Luego se enteraría de que el objetivo del bombardeo habían sido los astilleros de Pembroke.

—¡No deberías haber subido aquí! —casi chilló—. Podrías haberte caído por la borda y... y...

La niña se soltó y dio un paso atrás con la barbilla baja y los puños apretados contra los costados.

—¡Sé lo que se puede hacer en un barco! —dijo con voz malhumorada y ominosamente baja—. Mi padre tiene un yate del tamaño de... del tamaño de... —Le falló la imaginación—. Es veinte veces más grande que esta barcaza ridícula, y cuando estoy a bordo me dejan estar en cubierta y ver todo lo que hacen.

—Deberías haberte quedado en el camarote. ¿Por qué has salido?

—No paraba de vomitar.

—¿Tu hermana?

—Era asqueroso, hacía unos ruidos...; tendría que haberlos oído.

Por un momento ninguna de las dos dijo nada; luego, Celia bajó la cabeza arrepentida, como si se sintiera una idiota por habérselo tomado así.

—Perdona —dijo—. No debería haberte abrazado de ese modo. Pero me asustó que...

—Todo el mundo está asustado —declaró la niña con desdén—. Pero a mí me gusta ver los bombardeos.

—¡Oh, querida! —dijo Celia con un nudo en la garganta—. Mi querida..., mi querida y dulce Margaret, no debes decir algo así, sobre todo cuando sabes muy bien que no es cierto.

La niña volvió a reírse, pero esta vez con menos rudeza, aunque con idéntico desprecio.

—¿Me va a llamar así? ¿Quiero decir, por mi verdadero nombre?

—No, no, lo siento, quería decir...

—Papá me pidió que dijese que me llamo Mary. Dijo que sería como un juego, pero yo sé que no es verdad. ¿Cree que estaremos en peligro allí —movió la cabeza en dirección al oscuro horizonte al oeste— ya que tenemos que fingir que somos otra persona?

—No estaréis en peligro, te lo prometo —dijo Celia—. Por eso estoy con vosotras, para que

estéis a salvo... y fuera de peligro.

Sir William Fitzherbert, duque de Edenmore, cruz del Mérito militar, orden de Servicios Distinguidos, se detuvo ante la ventana del salón del primer piso de Clonmillis Hall y observó con sorpresa y no poca consternación el automóvil que se aproximaba por el camino rodeado de hierba. Debía de haber habido alguna confusión, porque no esperaban su llegada hasta después de mediodía. La señora O'Hanlon se llevaría un buen disgusto. La idea de ver a su ama de llaves con uno de sus ataques de mal humor le produjo una profunda aprensión. Temía a aquella mujer, no le importaba reconocerlo, al menos a sí mismo, pero sabía que la casa no podría funcionar sin ella.

El coche era un Bentley de color granate, largo, bajo y brillante, lo mejor para pasar desapercibido en los caminos menos transitados de Tipperary, reflexionó el anciano con ironía. ¿En qué estaban pensando esos tipos tan inteligentes en Whitehall, o dondequiera que estuviese en esos tiempos el servicio de seguridad? Toda la operación debía ser estrictamente secreta, ¿no? Él mismo había participado en unas cuantas misiones clandestinas en la última guerra, pero imaginaba, o al menos esperaba, que, en esta segunda ocasión de darles una buena tunda a los alemanes, el servicio habría mejorado y funcionaría de manera más profesional que en su época. La imagen de un Bentley granate dando sacudidas por el camino no le inspiró mucha confianza. Si se lo hubieran pedido, podría haber enviado a Hynes a buscarlos a algún lugar cercano en el viejo y destartelado Humber, lo cual no habría causado ningún comentario. Todos en el condado conocían el coche del duque.

Entretanto, en el ofensivamente ostentoso vehículo el ambiente, que al principio había sido tenso, se había relajado por el aburrimiento y la fatiga. El trayecto desde Waterford no había sido para tanto, pero se les había hecho largo después del viaje desde Londres y luego la travesía por mar. Lascelles iba al volante, pues el Bentley era suyo, uno de los pocos lujos que se había permitido en compensación por haber sido destinado a este ridículo país dejado de la mano de Dios. Había bajado la ventanilla, pero el aire en el interior aún conservaba el olor agrídulce del vómito: la mayor de las princesas se había mareado y le olía el aliento.

El subinspector, sentado a su lado en el asiento del acompañante, no había dicho ni una sola frase completa desde que salieron de Ballymacpalurdo, o comoquiera que se llamara el lugar en la costa sureste donde había amarrado el barco de la Armada. Strafford estaba en el muelle esperando, una figura solitaria con una gabardina y un sombrero de fieltro, delgado e inmóvil. En

la oscuridad, antes de amanecer, lo habían llevado hasta allí desde Dublín en un coche militar de las fuerzas de defensa y lo habían abandonado a su suerte en el muelle desierto.

El barco, ancho y plano como un barco de pesca, había llegado tarde porque habían encontrado mal tiempo en la costa de Pembroke; mejor así, puesto que el propio Lascelles también se había retrasado, no por la meteorología, sino por otra clase de tormenta, en concreto una riña, una más, con su novia en Dublín, la actriz novel Isabel Galloway —aún no había cumplido los diecinueve, como había descubierto con sorpresa y cierta alarma hacía poco tiempo—, de quien empezaba a pensar que no valía la pena tanto esfuerzo, pues tenía la mitad de años que él y su obstinación era agotadora.

La ropa de Strafford, cuando subió al coche, desprendió un frío vaho de aire salado y húmedo. A Lascelles le parecía un hombre ridículo y preocupantemente joven, casi tanto como su novia, Isabel, y, desde luego, demasiado joven para una operación tan delicada y costosa como esa.

Después de cambiar unos saludos murmurados y de estrecharse la mano, pasaron media hora en silencio uno al lado del otro, mirando por el parabrisas hacia la oscuridad, fumando —o más bien fue Lascelles quien fumó, pues Strafford no era fumador y, según se vio después, tampoco bebía mucho—, hasta que el barco de guerra, sin ninguna luz encendida, apareció de pronto detrás del muelle, un leviatán surgiendo de las profundidades.

El traslado de las niñas soñolientas y de su asistente femenina se llevó a cabo deprisa y en silencio. Luego, a un kilómetro y medio del pueblo, dos coches salieron de detrás de una cerca y los acompañaron, uno delante y el otro detrás. En cada uno viajaban cuatro hombres con sombrero muy rígidos y erguidos, como los maniqués de un escaparate. Habían advertido a Lascelles que habría una escolta de la sección especial. Los coches, con los faros atenuados, mantendrían una velocidad constante y una distancia discreta, y los acompañarían hasta su destino.

Estaban llegando a Tipperary cuando amaneció, y una luz neblinosa que parecía agua de lavar los platos cubrió la ladera de unas montañas llamadas Knockmealdowns, nombre que a Lascelles le sorprendió recordar; aunque, bueno, era difícil de olvidar.

Ahora, mientras el Bentley avanzaba por el camino, las niñas en el asiento trasero miraron con ojos indiferentes por la ventanilla los acres de terreno que estaban recorriendo. Iban sentadas cada una a un lado de su..., ¿qué era aquella joven? ¿Su acompañante? ¿Su guardaespaldas? Ambas cosas, supuso Lascelles. Ella tampoco habló mucho. ¿Cómo se llamaba? Maldita sea: se lo había dicho, pero no lo recordaba. ¿Cómo iba a presentársela al dueño de la casa?

Suspiró. Había sido un candidato para el puesto de segundo secretario de la embajada en París, antes de que estallara el globo. ¡París! Un mundo perdido, al menos para él.

De todos modos, era muy guapa, la rubia señorita Como-sellame, hecho que contrastaba con la seriedad de sus modales: se comportaba como un joven oficial de permiso que estuviese deseando volver al frente.

¡Celia!, recordó al menos el nombre. Pero ¿cómo se apellidaba?

Cuando llevaban recorrido medio camino de acceso —debía de ser cerca de un kilómetro, calculó Lascelles—, apareció un joven andando en dirección contraria. Llevaba pantalones de pana, un chaleco de cuero sin mangas sobre un jersey de lana y una gorra plana de *tweed*; en el hueco del brazo izquierdo portaba una escopeta abierta por la recámara. No miró siquiera al coche, sino que siguió con los ojos bajos y no aminoró el paso. Cuando pasaron a su lado, la niña más pequeña se volvió y ladeó el cuello para mirarlo por la ventanilla trasera. Una mata de rizos negros y relucientes asomaba por debajo de la gorra. Le recordó a uno de los criados en Balmoral; a uno en particular, igual de hosco y moreno, un tipo agitanado y justo con esos mismos rizos.

Lascelles describió un amplio círculo a la derecha sobre la gravilla con el coche —le gustaba jugar con esa máquina enorme y maravillosa, le encantaba cómo vibraba la parte de atrás al tomar una curva cerrada, igual que una chica tímida bailando el jitterbug— y se detuvo delante de las escaleras. Dejó el coche en marcha, por el placer de escuchar su ronroneo exquisitamente calibrado, pero también para tener ocasión de hacer un rápido reconocimiento visual de la mansión. Había musgo entre las losas de las escaleras, un pasamanos oxidado que llevaba hasta una puerta principal muy estropeada por las inclemencias del tiempo, un dintel de granito picado de viruelas por los siglos. El aire general de decrepitud de una mansión que aún no estaba en ruinas, pero sí camino de estarlo. No había duda de que, financieramente, Edenmore no tenía mucha suerte.

¿Es que nadie había ido a revisar aquel lugar antes de escogerlo como cobijo de las refugiadas reales?

Aunque tal vez, pensó, ahí estuviera la clave: en ocultar a las niñas donde nadie lo esperara, en una casa en ruinas que se encontrara en el quinto pino.

En el asiento trasero la niña que se había mareado se movió aletargada. La joven les estaba diciendo a ella y a su hermana que recordaran bajar todas sus cosas del coche. Strafford estaba aplanando las abolladuras del sombrero. Lascelles reparó en que el subinspector apenas se había tomado la molestia de mirar hacia la casa; probablemente conociera una docena de sitios así: le habían asegurado que Strafford era un auténtico descendiente de colonos protestantes del siglo XVII. Pero, si era así, ¿qué demonios hacía en el supuesto cuerpo de policía de Paletolandia, que por lo que él sabía no era más que una panda de pistoleros con pensión, embutidos en uniformes de sarga azul a los que habían dado la orden de portarse bien?

—Esperen aquí un minuto —dijo Lascelles—. Avisaré de que hemos llegado.

Se apeó del coche y subió las escaleras, y, nada más alargar el brazo hacia el aldabón, la puerta empezó a inclinarse despacio por arriba. ¿Qué diablos...? Se sintió como Buster Keaton, allí de pie con la boca abierta y la mano levantada mientras la puerta se alejaba con un lento desvanecimiento hacia atrás en el recibidor.

Un tipo con un mono de trabajo y una camisa sin cuello soltó las manos de la puerta y lo miró

con la boca abierta. Los dos se quedaron igual de perplejos. Luego, detrás del operario, apareció el duque ceñudo, colérico e irritado.

—¡Por el amor de Dios, McLaverty —le espetó—, se suponía que tenía que haber terminado hace una hora! ¡Quite ahora mismo esa puerta de en medio!

McLaverty, que era joven, pelirrojo, de rostro sonrosado y con pecas, cogió la puerta y la arrastró hacia el recibidor —igual que si fuese un cadáver aplastado con una apisonadora y rígido por el *rigor mortis*—, la levantó y la dejó apoyada de lado en la pared. Por el suelo empavesado de piedra había desperdigadas varias herramientas, y un caballete de madera apoyado sobre las patas robustas igual que un burro recalcitrante. Olía a virutas de madera y a podredumbre seca.

—Lo siento, lo siento —le dijo sir William a Lascelles, abriéndose paso entre las herramientas del suelo—. Edenville. ¿Cómo está? Disculpe el desorden. Las bisagras estaban oxidadas y pensé que sería mejor arreglarlas antes de que llegasen, pero es evidente que no ha salido como había planeado. ¿Quién es usted: Lascelles o el otro tipo, el policía?

Lascelles ejecutó el truco con el sombrero hongo, balanceándolo sobre la parte inferior del brazo y luego lanzándolo sobre la mano, lo que hizo que sir William parpadeara y frunciera el ceño.

—Richard Lascelles, señor. De la embajada. Hablamos por teléfono.

—Sí, por supuesto. —Se habían dado la mano de forma brusca y torpe—. ¿Y sus altezas...? — se interrumpió, y enseguida se corrigió—, las señoritas, quiero decir.

Las niñas, seguidas de Celia y de Strafford, estaban subiendo los escalones. Andaban con paso lento y decidido, como les habían enseñado a hacer desde que dieron sus primeros pasos. Con sus abrigos de viaje abotonados hasta el cuello, los pulcros sombreros, los guantes de lino blanco y los bolsos rosas sobre la muñeca, tenían un aire solemne y pintoresco; podrían haber sido, pensó Strafford, un par de infantas sacadas de uno de los retratos cortesanos de Velázquez.

Entonces, otra persona surgió de las profundidades de la casa, una mujer menuda, regordeta y casi de forma cuadrada con un vestido del color de las gachas y un cárdigan negro. Su pelo era un amasijo de espesos rizos grises, como volutas de lana de acero, amontonadas en la espalda y arracimadas por delante sobre la frente. Tenía la cara pequeña, que podía haber sido bella en otra época; fríos ojos azules y la boca fruncida. Era la señora O'Hanlon, el ama de llaves del duque. En realidad se llamaba Bean Ó Hanlúain, pero el duque, a pesar del miedo que le inspiraba, se negaba en redondo a dirigirse a ella por la versión gaélica de su nombre. Avanzó con paso regio y el duque, sin verla, retrocedió un paso, chocó con ella y estuvo a punto de pisarla. Strafford, que acababa de llegar al umbral, vio a un joven pelirrojo esforzándose en recoger las herramientas de su oficio.

Lascelles les presentó a las niñas. Dijo que se llamaban Ellen y Mary, y el duque lo miró sorprendido un instante con gesto inexpresivo.

—Ah, sí —dijo a continuación, dejando de fruncir el ceño—. Ellen y Mary. Entiendo. —Miró a

las niñas y esbozó una especie de parodia de una sonrisa, espantosa de contemplar, con una hilera de dientes descoloridos y mal colocados—. Bienvenidas a Clonmillis ... —Se interrumpió—. Queridas, sed muy bienvenidas.

Sujetó al ama de llaves por la parte superior del brazo y la empujó con fuerza, colocándola delante de él y convirtiéndola en una especie de escudo humano. La señora O'Hanlon empezó a hacer una reverencia, pero Lascelles negó rápidamente con la cabeza para advertirla.

Celia Nashe —¡sí, Nashe, pensó Lascelles, así se llamaba!— estaba escudriñando con recelo las sombras del pasillo. La cabeza y la cornamenta de un animal muy grande, debía de ser un ciervo o un alce —¿no había leído en alguna parte que todavía quedaban alces en Irlanda?— estaba montada en la pared de la derecha y se contemplaba a sí misma con mirada vidriosa en un espejo con marco dorado y cagadas de mosca que había enfrente.

Debajo del espejo había una enorme mesa de caoba oscura con un estilizado jarrón chino con la base desportillada, en cuyo interior había un ramo de crisantemos secos. Strafford, que había pasado su infancia en un ambiente igual de frío e intimidante, sintió lástima por la joven, que sin duda estaba pensando, igual que él, en las semanas, tal vez meses, que les quedaban por delante, cuando la humedad del otoño diese paso al férreo frío del invierno y la casa se sumiera en un estado de semihibernación.

Hasta ese momento ninguna de las niñas había dicho una palabra, y ahora la que iba a llamarse Ellen tomó la iniciativa: se apartaron de la melé que se había formado en la puerta y pasaron al recibidor, se detuvieron y se dieron media vuelta para mirar a los demás. McLaverty estaba apoyado en una rodilla, recogiendo virutas de madera y metiéndolas en un saco de arpillera. Las niñas ni siquiera lo miraron mientras estaba ahí arrodillado, el plebeyo suplicante. De hecho, daban la sensación de estar ignorándolos a todos, bien entrenadas como estaban en el sutil arte de no reparar más que en aquellos objetos e instancias en las que se centraba específicamente su atención.

—Sí, sí —dijo el duque—, sí, entremos. —Buscó al ama de llaves, que había vuelto a colocarse detrás de él—. Señora O'Hanlon, ¿podría preparar un poco de té tal vez?

Encabezó la marcha, y los demás lo siguieron. Strafford y Celia Nashe se quedaron en la retaguardia. Strafford le rozó el codo con el dedo a la joven.

—Todo irá bien —murmuró.

Ella le dedicó una mirada dura y fría.

Por supuesto, había sido una tontería por su parte, pensó divertido y desazonado al mismo tiempo, dar la impresión de que quería ponerse a su misma altura al intentar ofrecerle consuelo. No dudó de que para ella ocupaba una posición muy baja en la escala de importancia, en alguna parte entre ella, en la cúspide, y, digamos, el joven carpintero pelirrojo en el suelo.

La señora O'Hanlon estaba preguntando a las niñas si el viaje desde Inglaterra había sido agradable.

—Ella vomitó —dijo la pequeña, señalando a su hermana con un placer vengativo.

Entraron en tropel en el salón del desayuno. Todo estaba patas arriba no solo por el hecho de ser ellas quienes eran, sino también por la razón más prosaica de que habían llegado antes de lo esperado. Nadie parecía saber cómo comportarse, dada la sensación generalizada de agitación y contingencia creada por la llegada de la realeza; nadie, claro, excepto la real pareja, que parecía totalmente serena, a pesar del leve olor a vómito que despedía aún una de las niñas.

Sir William echó una mirada anhelante hacia la fila de botellas del aparador que había al lado de la chimenea: alineadas por tamaños, y desempolvadas una vez a la semana por la propia señora O'Hanlon. Probablemente fuese demasiado pronto para ofrecerles un jerez, y además no estaba muy seguro de a quién podía ofrecérselo. A Lascelles sí, pero ¿y al subinspector y a la institutriz, o lo que quiera que fuese, de las niñas?

Suspiró. No había podido declinar la oferta de dar cobijo a las princesas —era primo de su abuela, la reina anterior—, pero iba a ser muy delicado tenerlas allí. En realidad, la casa no estaba preparada para alojar a unas niñas. *Lady* Pamela, su mujer, había muerto veinte años atrás, sin descendencia, y, cuando lo dejó, él volvió a sumirse en un estado de soltería más o menos complacido.

La señora O'Hanlon apareció y se detuvo en el umbral, con las manos entrelazadas en el regazo. Había expresado ya algunas quejas no muy sutiles sobre la carga que supondría la presencia de las crías en su tiempo y sus energías. Si no hubiesen sido quienes eran, probablemente habría ideado algún modo de impedir su llegada. Aunque saber que era la única persona en la casa, aparte del duque, a quien se había informado de manera oficial de la verdadera identidad de sus jóvenes invitadas la había ablandado un poco.

El duque se volvió hacia las niñas, con otro sorprendente destello de dientes amarillentos.

—Supongo que querréis ver vuestra habitación —dijo, haciendo un esfuerzo por mostrarse cordial—. Señora O'Hanlon, ¿quiere acompañar a las niñas a su cuarto?

—¿Antes o después de pedir el té? —preguntó con marcado sarcasmo.

—¿El té? —dijo vagamente el duque, y luego hizo un gesto de impaciencia—. Sí, sí, llévelas primero a su habitación, tendrán que deshacer el equipaje y demás.

El ama de llaves se apartó, y las niñas pasaron a su lado para salir. Con el abrigo, el sombrero y los guantes parecían versiones reducidas a escala perfecta de dos mujeres adultas, muy atildadas y seguras de sí mismas.

Celia Nashe las siguió —por la mirada gélida del ama de llaves comprendió que la imponente y formidable mujer se había puesto en su contra—, y el duque, siempre contento de librarse de la

presencia de las mujeres, se frotó las manos con un gesto vigoroso, como si se las estuviese lavando, y fue a por las botellas. Le daba igual lo pronto que fuese, él iba a tomar un trago de alguna cosa.

Se sorprendió cuando Dick Lascelles —que era evidente que necesitaba algo más fuerte— rechazó el jerez, y le preguntó si en vez de eso podía tomar un whisky. El inspector declinó el ofrecimiento con mucha educación.

—Siéntense, siéntense —les dijo sir William a los dos, mientras se entretenía con las copas y las botellas.

No había querido dar un sentido universal a su invitación, pero al darse la vuelta vio que no solo Lascelles sino también el subinspector le había tomado la palabra. El primero se había repantingado en un sillón al lado de la chimenea, como si llevase allí toda la vida, y el segundo se había sentado en un sofá delante de la ventana. Como veterano del ejército, el duque no estaba del todo seguro de que el policía, que, aunque fuese civil, sin duda debía ser considerado «de rango inferior», tuviera derecho a ponerse cómodo con tanta familiaridad. No obstante, lo pasó por alto; en esos tiempos tan revueltos había que pasar por alto muchas normas.

Le dio el whisky a Lascelles, y con una modesta copa de jerez para él se levantó y se plantó delante de la chimenea, de espaldas al fuego, o más bien al humo, pues la turba estaba húmeda y solo ardía con un resplandor hosco.

—En Inglaterra se están llevando una paliza espantosa —dijo, dirigiéndose a Lascelles—. ¿Cree que la gente aguantará?

Lascelles había dado un sorbo a su bebida y estaba alzando la copa ante sus ojos y contemplando el licor, denso y pardo como la turba, con un gesto de profunda apreciación. Al menos, se dijo, no era una casa de abstemios, como se había temido, por más que estuviesen en Irlanda; ni con los protestantes ni con los terratenientes rurales, que casi siempre eran una y la misma cosa, se podía estar seguro de cuáles serían las costumbres. Él prefería ocultarlo, pero por parte materna descendía de unos presbiterianos escoceses, así que sabía lo que decía. Aún tenía parientes allí a los que de vez en cuando se veía obligado a visitar. Un par de años antes había pasado unas navidades en una mansión de granito cerca de Auchendinny en Midlothian, cuyos horrores quedarían grabados para siempre en su memoria.

—¿Que si aguantará? —Se encogió de hombros—. Todo es cuestión de moral. Winnie insiste mucho en lo de la moral, ya sabe. En este momento, es la palabra clave.

—¿Winnie? —preguntó bruscamente el duque.

—El señor Churchill.

—¡Oh!, ¿así lo llaman?

Sabía muy bien que sí, pero desaprobaba un poco el desenfado con que Lascelles se había referido al primer ministro. Estaba claro que a esos jóvenes les faltaba respeto por la autoridad. La guerra tenía el deplorable efecto de relajar las normas sociales. Dedicó un torvo recuerdo al

joven McLaverty y a su descuidada y chapucera forma de trabajar. En esa ocasión, Irlanda ni siquiera era uno de los combatientes, a diferencia de la vez anterior, pero, si se paraba a pensarlo, los principios estaban en decadencia igual que al otro lado del mar o tal vez incluso más. En los viejos tiempos era distinto. De hecho, nada había sido igual desde 1922, cuando el país, o veintiséis condados de los treinta y dos, había ganado, supuestamente, su supuesta independencia.

—Somos parientes —dijo Lascelles.

El duque, desconcertado por un instante, lo miró por debajo de las canosas cejas.

—¿Eh?

—Los Churchill y mi familia. Una especie de primos lejanos, de la época del primer duque de Marlborough.

—Entiendo. —Sir William carraspeó. Dudó de si aludir a sus vínculos familiares, aún más elevados: su prima, la reina María de Teck, se había alojado una vez en la mansión; pero prefirió no hacerlo; era mejor no parecer competitivo en esos asuntos. Además, supuso que el tal Lascelles ya debía de saberlo; diría muy poco de él y de la embajada si no hubiesen investigado esas cosas. Pero, si lo sabía, podía demostrar un poco más de deferencia. Era el típico tipo moderno y engreído—. Bueno, si alguien puede salvar la situación, ese es el señor Churchill —dijo el duque en tono concluyente.

Su copa estaba vacía —se había servido muy poco— y también, reparó, lo estaba el vaso de Lascelles. ¿Debería ofrecerle otro? No quería dar la impresión de que en la casa se pasaban el día bebiendo. En fin, correría el riesgo.

Cogió el vaso de Lascelles y volvió al aparador.

—¿Cuál es la impresión en la embajada? —preguntó—. ¿Cuánto tiempo costará quitarle la alfombra de debajo de los pies a ese tal Hitler?

Lascelles cogió el vaso lleno de whisky y le dio las gracias con un murmullo.

—No estoy seguro de que vaya a ser tan fácil. Si los alemanes cruzan el Canal, en fin... —Saboreó la bebida con placer—. Dicen —prosiguió— que hay un avión siempre dispuesto para llevar al primer ministro y a sus ministros más importantes a Canadá en caso de invasión.

El duque volvió a su sitio delante del fuego.

—Así hablan los derrotistas —dijo con tanta brusquedad que le aletearon los labios—. La última vez les dimos una buena.

—Me temo que esta vez es muy diferente. —Lascelles se volvió hacia Strafford, que estaba sentado con los dedos en punta debajo de la barbilla escuchando la conversación solo con relativo interés. De hecho, se arrepentía de haber rechazado la oferta de una copa; no porque necesitase el alcohol, sino porque se habría sentido más cómodo con un vaso en la mano: en presencia de los demás, siempre le resultaba difícil saber qué hacer con las manos; teníamos demasiadas extremidades, o eso le parecía a él.

—Quisiera saber, amigo —dijo Lascelles—, si podría disculparnos un minuto o dos. El duque y

yo tenemos unos asuntos que hablar.

—Por supuesto —dijo Strafford, se levantó, cruzó la sala, salió y cerró la puerta sin ruido a su espalda.

—Qué tipo tan peculiar —dijo sombrío el duque—. Casi se me había olvidado de que estaba ahí.

—Tengo entendido que es uno de los suyos.

—¿Eh? ¡Ah!, sí... Iglesia de Irlanda, diría yo. ¿Qué hace en la Garda?

Lascelles no respondió, excepto para mostrar su temible dentadura; tenía un no sé qué de quien lleva en África mucho tiempo, un cazador de caza mayor o algo por el estilo. El duque no estaba seguro de que le gustara. ¿Qué clase de diplomáticos tenían en esos tiempos?

Por lo que podía ver, casi todo se estaba yendo al garete. Era difícil creer que en la última guerra las cosas hubieran ido tan mal. Había combatido en Passchendaele, donde lo licenciaron con un pulmón dañado por los gases y una esquirla de metralla en la rodilla izquierda, y cuando volvió a casa todo parecía seguir como antes de ir a la guerra. Los muchachos que habían muerto en esa batalla —¡tantos!— apenas reconocerían el mundo hoy, el mundo por el que creían haber luchado.

Lascelles encendió un cigarrillo y sacó del bolsillo de la pechera un pequeño libro de notas encuadernado en cuero y un portaminas de plata.

—En fin —dijo en un tono súbitamente enérgico y prosaico—, hablemos de las condiciones.

El duque volvió a toser, y se mostró claramente cohibido. La palabra «condiciones» le pareció demasiado grosera y mercantil, ¡como si estuviesen regateando!

—Habrás gastos, sí —concedió con hosquedad—. Es inevitable.

—¿Bisagras y cosas por el estilo? —dijo en tono bromista y sin sonreír.

Un rubor de resentimiento oscureció el ceño del anciano.

—No estamos preparados para alojar invitados mucho tiempo —le espetó—. Tendrían que haberlo previsto. Estas niñas... —Se encogió de hombros y se entretuvo bebiendo un sorbo de jerez. Al cabo de un momento volvió a hablar, esta vez con más templanza—: Lo siento, pero no tenemos lujos. Sus altezas tendrán que conformarse con lo que hay. Recuerde que no estamos en los condados de los alrededores de Londres..., esto es Irlanda.

Lascelles golpeó el cigarrillo contra el borde del cenicero.

—No debe, nadie en la casa debe, referirse a las niñas de ese modo —dijo con severidad—. No son sus altezas..., olvide que pertenecen a la realeza. Supongo, dicho sea de paso, que los criados no están al tanto del secreto.

—Bueno, si lo dice por eso, a nadie se le ha revelado la verdadera identidad de nuestras invitadas —respondió cauto sir William. ¿Quién podía decir lo que sabrían o dejarían de saber los criados?—. Tuve que decírselo a la señora O'Hanlon, claro, pero estoy seguro de que podemos contar con su discreción.

—Necesitaremos un poco más que discreción —dijo Lascelles.

—¡Oh, seguro que guardará el secreto —dijo el duque. Soltó una risa—. Se considera un escalón por encima de los demás criados. —Además, pensó, daba igual, la verdad se sabría antes o después.

Lascelles no le estaba escuchando. Miró fijamente la chimenea y negó con la cabeza.

—Este puñetero país lo dirigen bárbaros que creen que la guerra de Independencia aún no ha terminado. No es seguro.

—Entonces, ¿por qué traer aquí a las niñas? —lo interrumpió el duque. Estuvo a punto de reírse. Pues claro que no era seguro..., ¿cómo podía nadie haber pensado que lo sería?

Lascelles frunció el ceño con una mezcla de irritación y fastidio, y soltó una bocanada del cigarrillo.

—Yo me opuse. Pero el gobierno fue inflexible, igual, para mí sorpresa, que palacio. Si querían un sitio neutral, ¿por qué no Suecia o incluso Suiza? Tienen parientes en todos los reinos y principados de Europa. Pero no, tenía que ser aquí. Conque aquí estamos. —Abrió el libro de notas y se lo puso sobre la rodilla, sosteniendo en el aire el portaminas de plata—. En cualquier caso, la embajada está autorizada para cubrir cualquier gasto que pueda presentarse, y que tenga un coste razonable, claro. Por supuesto, habrá que llevar las cuentas al dedillo y entregar los recibos.

La frente ya ruborizada del duque se puso de color rojo ladrillo. ¿Cómo se atrevía ese advenedizo de las colonias a hablarle de ese modo? Entonces, un movimiento al otro lado de la ventana distrajo su atención. Una de las criadas estaba en el jardín colgando las sábanas en el tendedero. Mientras el anciano la miraba, la esquina de una de las sábanas se soltó y cayó en un charco de barro, la criada la sacó y empezó a frotar con fuerza la mancha, después de escupir en ella.

—Recibos —dijo resignado—. Muy bien, hablaré con la señora O'Hanlon. Es ella quien se encarga de esas cosas.

La señora O'Hanlon, que efectivamente se encargaba de casi todas, si no de todas, las cuestiones prácticas de la vida en Clonmillis Hall, condujo a Celia Nashe y a las niñas por dos tramos de escaleras, el segundo más deslucido que el primero, y por una serie de pasillos tortuosos hasta lo que parecía un ala separada de la casa. Las niñas iban a compartir habitación; no porque no hubiese cuartos disponibles de sobra, sino porque alguien había pensado que sería mejor ponerlas juntas para que se hicieran compañía. Era un cuarto grande y austero de techo alto, con una amplia ventana de guillotina que daba a una franja de césped y a un bosque. Había dos camas estrechas una al lado de la otra, separadas por una cómoda de roble sobre la que habían dejado una jarra de agua y dos jofainas de esmalte. Había también un gigantesco ropero de caoba con un espejo en la puerta, un par de sillas larguiruchas de espalda recta y un sofá que no parecía muy cómodo lleno de bultos y con unas volutas de madera talladas en el respaldo. Habían subido las maletas de las niñas y las habían dejado una al lado de la otra, formando un pulcro pelotón delante del armario.

—¡Vaya, qué bonita! —dijo animosa Celia Nashe, mirando a su alrededor—. ¿No os parece bonita, niñas?

Ellen y Mary, como habían pasado a llamarse ahora, con sus abrigo y sus sombreros, se quedaron también una al lado de la otra, igual que las maletas, y le devolvieron la mirada en silencio. A pesar de esa actitud inflexible, que rozaba la mala educación, Celia sintió una oleada de simpatía por ellas, aunque se cuidó mucho de demostrarlo. Todos tendrían que tomarse las cosas según vinieran. No obstante, al igual que Dick Lascelles, dudó de si los padres de las niñas sabrían la clase de sitio al que habían enviado a sus hijas, ¿se habían alojado alguna vez en Clonmillis Hall?, ¿lo habían visitado siquiera?

Ella no habría dejado ni a un perro en un mausoleo tan siniestro como ese.

Pero, como todo el mundo sabía, los miembros de la realeza eran distintos de los demás, vivían en un mundo diferente, un mundo que se regía por normas que las personas normales desconocían y cuyas exigencias apenas podían imaginar.

Le sorprendió ver que las camas no estaban hechas. La señora O'Hanlon reparó en su mirada, y su tensa expresión se tensó aún un poco más.

—No esperábamos a sus alt... a las señoritas hasta después de comer —dijo—. Debe de haber habido algún malentendido. A mí no se me consultó, así que no sé qué puede haber ocurrido para que hayan llegado ustedes tan pronto.

Mary se sentó al lado de una de las camas sin hacer, botó un par de veces arriba y abajo e hizo una mueca. Tenía el bolsito sobre el regazo. El sombrero era una boina escocesa y debajo del

abrigo llevaba una falda de cuadros decorada con un enorme imperdible. Celia, que era soltera y sin hijos, sabía no obstante algo de niños —su hermano tenía dos hijas, más o menos de la misma edad que esas dos— y notó que la pequeña estaba a punto de enfurruñarse. Sin duda, debía de echar de menos a sus padres, aunque era evidente que no tenía intención de admitirlo.

La señora O'Hanlon se detuvo al lado de la ventana y miró hacia el jardín. Chasqueó la lengua.

—Esa chica... —murmuró. Luego se volvió hacia Celia—. La hemos puesto en la habitación Azul —dijo—. Siguiendo por el pasillo.

—¿Podemos deshacer el equipaje? —preguntó Ellen, la hermana mayor. Se había desabrochado el abrigo, pero no se lo había quitado. El día se había nublado y el aire en la habitación de techo alto era gélido; hasta entonces el otoño había sido clemente, pero empezaba a avizorarse la inminente llegada de la humedad y la oscuridad del invierno.

Mary se levantó de la cama, fue a la ventana y se asomó para ver qué o quién había merecido la desaprobadora atención de la señora O'Hanlon. Vio a la criada en el jardín, debatiéndose aún con la sábana de lino húmeda y pesada. Desde esa parte de la casa, si Mary aplastaba la cara contra el cristal y miraba en ángulo hacia un lado, podía ver también al duque, en el salón del desayuno, de pie y de espaldas a la ventana. Mientras la observaba, la criada, una joven rolliza con el pelo negro recogido debajo de un gorro blanco de lino, cogió el cesto de la ropa y se fue con él debajo del brazo hacia una puerta abierta que parecía llevar a la lavandería. Cuando llegó a la ventana, que estaba unos centímetros entreabierta, aminoró el paso y, por el modo en que se demoró, agachándose un poco, Mary comprendió que estaba intentando escuchar lo que se decía dentro. Luego entró en la lavandería.

Ellen había subido una de sus maletas al sofá y la estaba deshaciendo.

—Deja que te ayude —dijo Celia, avanzando hacia ella.

La señora O'Hanlon fue hacia la puerta.

—Bueno, yo las dejo —dijo.

Nadie le hizo ningún caso. Celia se había arrodillado delante de la maleta, de la que Ellen estaba sacando un vestido de color azul pálido, y Mary reparó con interés en la mirada vengativa que le echó la mujer de más edad a la más joven antes de atravesar el umbral. Era evidente que esas dos no iban a congeniar. A Mary le gustaba observar a la gente y ver cómo se comportaba. Pensaba que podría ser una buena detective, probablemente mejor que el flacucho ese de la gabardina que les habían asignado, y de quien se suponía que ella ni siquiera tenía que saber que era policía.

Detrás de ella, su hermana le habló a Celia en ese tono mandón que adoptaba siempre que se dirigía a un criado.

—De verdad, señorita Nashe, puedo deshacer la maleta sola, gracias. Seguro que tiene usted sus propios asuntos de los que ocuparse.

Mary notó la sorpresa de Celia, por no hablar de su desconcierto, cuando le habló en ese tono

tan arrogante. Bueno, tendría que acostumbrarse. Mary ya había ideado un apodo —doña Estirada — para su cuidadora de ojos gélidos.

—Bueno, si estás tan segura... —le dijo Celia, todavía de rodillas, a Ellen—. Y, por favor, llámame Celia. —Miró a Mary, en la ventana—. No os importa, ¿verdad?

Ellen fingió no haberla oído. Estaba enfadada, lo que significaba que no estaba segura de cómo comportarse en esas circunstancias concretas.

Celia se puso en pie y se alisó la falda. Esbozó una sonrisa vaga y un tanto insegura en dirección a Mary y salió de la habitación.

Había que reconocerle una cosa a su hermana, pensó Mary: enfadada o no, sabía poner a la gente en su sitio con solo una mirada y un leve endurecimiento de la voz.

—Será mejor que tú también deshagas las maletas —le dijo entonces Ellen, sin darse la vuelta—. Pensaba que tendríamos al menos nuestra propia doncella, pero está visto que en Irlanda eso no se estila.

Mary podía oír en el cuarto contiguo —la habitación Azul— a la señora O'Hanlon y a Celia conversando en tono gélido.

—Si necesitan alguna cosa —estaba diciendo la señora O'Hanlon—, lo que sea, solo tienen que pedírmela. Yo soy la persona indicada para lo que puedan necesitar.

—Gracias, señora... —Celia había olvidado el nombre del ama de llaves.

La señora O'Hanlon dejó que pasaran unos momentos de tenso silencio —Mary imaginó el brillo de sus ojos azules y pálidos— y luego subrayando mucho las palabras dijo:

—Me llamo O'Hanlon.

—¡Claro, claro! —exclamó cohibida y apurada Celia—. Lo siento mucho. Señora O'Hanlon. Gracias.

El ama de llaves salió de la habitación, y Mary la oyó alejarse por el pasillo. Esperó un momento, abrió sin hacer ruido y siguió a lo largo de la pared hasta llegar a la habitación Azul. La puerta estaba entreabierta. Celia había dejado la bolsa Gladstone encima de una cómoda baja al lado de la cama y sacó de ella algo que Mary tardó un momento en reconocer: una pistolera de cuero marrón oscuro y brillante, con una solapa y cierre metálico. Celia abrió el cierre, levantó la solapa y sacó una pistola negra, azulada y reluciente. La comprobó un momento, volvió a meterla en la pistolera, abrió uno de los cajones de la cómoda, guardó en él el arma y la pistolera y lo cerró.

A Mary no le sorprendió lo más mínimo lo que acababa de ver, tan solo le pareció emocionante. Estaba segura de que alguien tenía que ir armado.

De modo que sí que estaban en peligro.

Oyó abajo a una persona que empezaba a subir las escaleras, así que corrió y se metió en lo que supuso que tendría que empezar a considerar su habitación, la suya y la de su hermana. Ellen había dejado de deshacer la maleta y estaba de pie delante de la ventana, inmóvil, contemplando la

mañana nublada. ¿Por qué estaba tan quieta?, ¿y por qué tenía la mano delante de la cara? ¿Estaba llorando? Cuando reparó en la presencia de Mary a su espalda, volvió donde la maleta, pero continuó apartando la cara.

Mary se tumbó en la cama que había elegido. Seguía con el abrigo puesto. Cruzó las manos sobre el pecho —a menudo se tumbaba así, rígida e inmóvil, practicando cómo ser un cadáver— y se quedó mirando el techo. Le gustaba el aspecto de las sombras en los rincones; tenían un no sé qué de misterioso y de agradablemente melancólico. A todos los techos les pasaba lo mismo, incluso en las habitaciones más luminosas. A menudo deseaba poder flotar fuera de su cuerpo, flotar y quedarse allí, como una araña, suspendida en ese crepúsculo permanente y soñoliento.

La persona que subía por las escaleras había llegado al rellano, oyó unos pasos de hombre por el pasillo y giró la cabeza justo a tiempo de ver al subinspector pasar por delante de la puerta.

Volvió a pensar en la pistola de Celia Nashe. Un día que no estuviese Celia se colaría allí, la sacaría de su funda y la sostendría en la mano. Quería saber qué se sentía al empuñar un arma. Esta sería diferente de las escopetas que tenía su padre para cazar aves. No eran tanto armas como herramientas. La pistola de la señorita Nashe era muy diferente.

Se oyeron unos martillazos a lo lejos; debía de ser el joven de las pecas —McLavery, se llamaba— ocupado aún en la reparación de la puerta. ¿Por qué recordaba su nombre, pero había olvidado el del subinspector? La vida estaba llena de extrañas contradicciones como esa. Pensó en el joven con el que se habían cruzado en el camino de entrada. Le habría gustado saber cómo se llamaba. Se parecía mucho a Jamie McDonald, el criado de Balmoral. Solo que este era más guapo que Jamie.

Strafford se dedicó a deambular a sus anchas por la casa, al principio por el primer piso —la biblioteca había sido una decepción nada inesperada: ejemplares mohosos, encuadernados en piel de *Hudibras*, el *Ivanhoe*, de Scott, y otros títulos por el estilo— y luego se aventuró en las regiones más elevadas. Era consciente de sentir un leve desaliento. Esa fue la única palabra que se le ocurrió para describir su estado de ánimo, aunque la sensación no fuese del todo negativa; de hecho, tenía algo de placentero: el tenue placer que por lo general le proporcionaba la nostalgia. Todo lo que encontraba le resultaba familiar desde la infancia, sobre todo los olores —a polvo, a desagües, a friegasuelos Cardinal en las baldosas rojas, a una miríada inmemorial de cenas más cocinadas de la cuenta—, así que se sentía como si anduviera en sueños por un lugar que hubiese conocido bien, hacía mucho tiempo, cuando estaba despierto.

Cuando llegó al segundo piso, pasó por delante de la puerta entreabierta de la habitación de las niñas, pero no se asomó ni se detuvo. Le resultaba un poco inquietante su presencia; seguían pareciéndole figuras de algún famoso cuadro antiguo que hubiesen cobrado vida por arte de magia.

Se asomó desde una ventana del rellano y vislumbró el Bentley de color castaño que arrancaba y se alejaba por el camino. «*Lascelles fugit*», pensó sardónicamente, recordando a su aún más sardónico profesor de latín en la escuela cuáquera de Waterford.

Siguiendo por el pasillo encontró otra puerta abierta y vio a Celia Nashe moviéndose por la habitación.

Dudó. De niño había pasado una semana no muy feliz en el hospital donde le extirparon el apéndice, y allí lo había cuidado una enfermera llamada Nashe. La enfermera Nashe era una persona gélida e intimidante con las manos muy grandes y un bigote ratonil, cuyas primeras palabras, cuando lo estaba metiendo en la cama la mañana de su ingreso, fueron que no iba a «pasarle ni una sola tontería». En el viaje hasta allí, esta señorita Nashe había tenido la misma actitud severa y glacial con él, y parecía dispuesta a seguir haciéndolo. No había duda de que estaba decidida a demostrar que era una profesional fría y distante, y él no tenía razones para dudar que lo fuera.

Suponía que no era la institutriz de las niñas —no tenía pinta de institutriz, aunque no estaba muy seguro de qué pinta tenían las institutrices—, sino una agente de los servicios de inteligencia británicos. Su jefe, Hackett, le había asegurado que le habían dado muy poca información sobre ella en la embajada, sobre ella y sobre cualquier otro aspecto de la operación. Strafford suponía que le preocupaba que al ser una mujer no la tomaran en serio en su papel, cualquiera que fuese

este en una misión tan delicada y potencialmente peligrosa. Aun así, estaban en eso juntos, ella y él, tanto si les gustaba como si no, y tendrían que llevarse lo mejor posible. No le importaba que ella tuviese mayor rango que él. Tendría que asegurarse de decírselo; lo último que quería era discutir con ella por cuestiones de autoridad.

Llamó despacio a la puerta con los nudillos y la joven se sobresaltó y lo miró por encima del hombro.

—¡Ah!, pase, subinspector —dijo; parecía todo menos cordial.

Le habría gustado saber si iba a seguir dirigiéndose a él con tanta formalidad mientras estuvieran en Clonmillis; en tal caso, ¿cómo debería llamarla él? Sin duda, también debía haber alguna forma de tratamiento, aunque ella no parecía tener la menor intención de decirle cuál era. Creía recordar que a los oficiales del servicio secreto se los llamaba comandantes. Tal vez probase a llamarla así, a ver cómo respondía. Luego cambió de opinión. La mayor parte de las veces sus chistes no hacían gracia.

Estaba ocupada terminando de deshacer el equipaje. En un cajón abierto vio una pulcra pila de medias de seda dobladas, con otras prendas íntimas inidentificables, y, como era un hombre joven bien educado, apartó enseguida la mirada, aunque no antes de vislumbrar, casi oculta por la ropa, una pistolera debajo de cuya solapa era claramente visible el brillo de una pistola.

No debería, pero en cierto sentido le sorprendió. Esperaba que fuese equipada con algo mucho más sutil: veneno en un anillo, tal vez; una espada dentro de un bastón de caza o incluso un paraguas mágico, como Mary Poppins.

Celia preguntó qué había sido de Lascelles. Él le respondió que el inglés había partido hacia Dublín hacía solo un minuto —los neumáticos traseros del Bentley habían lanzado lo que parecía una burlona lluvia de grava, mientras se alejaba dando tumbos de la casa—, y el rostro de ella dejó entrever por un segundo un destello de dolida sorpresa. A él mismo no le había parecido muy educado por parte de Lascelles marcharse sin molestarse en despedirse de ellos. La fugaz expresión de la señorita Nashe, a no ser que estuviese equivocado, le dio a entender que Dick Lascelles había empezado a gustarle; debía de ser su tipo.

—Veo que está usted instalándose —dijo, cruzándose de brazos y apoyando un hombro contra el marco de la puerta.

—Bueno, lo intento —respondió con una sonrisita triste y estirada—. No esperaba que la casa fuese tan enorme.

Él creyó detectar un leve temblor en sus manos; el cansancio del viaje, supuso: las niñas y ella habían hecho un largo trayecto. ¿O estaba preocupada? Supuso que él también debería estarlo.

Un cigarrillo encendido, manchado de carmín por un extremo, estaba en equilibrio sobre el borde de un cenicero encima de la cómoda y emitía una fina y ondulante línea de humo.

—Cuando se acostumbre, verá que no es tan grande —dijo—. Estas casonas viejas siempre engañan.

En el acto, se lo reprochó para sus adentros; a esas alturas ya debería haber aprendido a no jactarse de estar familiarizado con las casas grandes y venerables. Ella pensaría que estaba intentando impresionarla.

—¿Y las... las niñas? —preguntó, ¿cómo diablos debía referirse a ellas?—. ¿Cree que se acostumbrarán a este sitio? Es un poco abrumador.

Ella colgó un cárdigan de color rosa pálido en una percha del armario.

—Se nota que ya echan de menos su casa —dijo—. Pero se acostumbrarán. Ellen animará a la pequeña.

—¿Eso cree? Yo tengo la sensación de que será más bien al revés.

—Estoy segura de que en gran parte es solo apariencia. Las niñas de diez años siempre parecen muy decididas hasta que algo va mal.

—Pues esperemos que nada... vaya mal, ya me entiende.

Ella no le devolvió la sonrisa, sino que frunció el ceño, cogió el cigarrillo y dio una calada. Strafford notó que hacía poco tiempo que fumaba, y que lo hacía como si llevase a cabo una tarea pequeña, difícil y delicada, sujetando el cigarrillo en un ángulo inexperto y sin tragarse el humo. Su madre fumaba así, recordó, cuando estaba nerviosa o disgustada. Miró con más atención a la señorita Nashe. Estaba claro que se sentía incómoda. ¿Sería posible que no fuese la doncella de hielo que quería aparentar? En cualquier caso, le pareció improbable que le dejara acercarse lo bastante para tomarle la temperatura.

Guardó el cárdigan en el armario y sacó un par de zapatos de la maleta.

—¿Y usted? —preguntó, sabedor de que se estaba aventurando en aguas peligrosas—. ¿Se acostumbrará?

Ella le echó una mirada cortante —sus ojos tenían un tono de gris particularmente luminoso—, pero luego se encogió de hombros.

—Sí, estoy perfectamente —dijo con energía, aunque en un tono de voz más suave del que él habría esperado; así que no era del todo impermeable a la compasión. Se quedó con la mirada perdida—. No se me van de la cabeza..., no sé. Los niños perdidos en el bosque. Los príncipes, o en este caso las princesas, en la torre. Es ridículo, claro. Solo que este país, este lugar... no son lo que esperaba.

Él volvió a sonreír.

—¿Y qué esperaba?

Ella se quedó pensando un instante, de pie en medio de la habitación con los zapatos en una mano y el cigarrillo a medio fumar en la otra.

—Algo menos abrumador, supongo —dijo—. Un poco más acogedor. Los irlandeses que una conoce en Inglaterra, siempre son muy cordiales. —Se interrumpió—. ¿Suena muy paternalista? Usted es irlandés, ¿no?

—Sí, claro.

Apartó la mirada y frunció el ceño. Se había sorprendido a sí mismo: ¿por qué «claro»?

—No parece usted como... como los demás irlandeses con los que he hablado a lo largo de estos años —dijo la joven. Se agachó y dejó los zapatos en el suelo del armario, uno al lado del otro, con la punta hacia fuera; eran negros, no nuevos, pero limpios y con el talón pulcro y cuadrado—. Quiero decir que su acento es distinto.

—Ah, ¿sí? Yo no me doy cuenta. —No era cierto, sí se daba cuenta, siempre, pero le pareció que era mejor decirlo.

Celia dio una última y rápida calada al cigarrillo y lo apagó en el cenicero.

—No me haga caso —dijo, visiblemente irritada consigo misma—. Me estoy comportando como una tonta..., y no lo soy. —Lo miró a los ojos—. Más vale que me crea.

Le pareció no tanto una súplica como una advertencia.

La creyó; tenía un no sé qué de dureza en el fondo, a pesar de esos ojos tan bonitos y del cárdigan rosa. No olvidaba, claro, que todas las mujeres inglesas le parecían más o menos duras; era algo en su forma de hablar, seca, rápida y siempre vaga y fríamente divertida. O eso le parecía a sus oídos irlandeses. Si no hablaba como los irlandeses que ella estaba acostumbrada a oír, tal vez también oyera diferente.

—No creo que se esté portando como una tonta —dijo, haciendo un esfuerzo por parecer caballeroso.

—Lo siento —dijo, sonrojándose un poco—, pero se me dan muy mal los nombres. Es horrible, lo sé. Antes he olvidado el del ama de llaves y se ha enfadado. ¿Le importa repetirme el suyo? —Él se lo dijo—. Strafford —repitió ella—, sí, debería haberlo recordado. No es muy frecuente, ¿no? Con erre, quiero decir.

Él cayó de pronto, para su sorpresa, en que le gustaba bastante aquella chica, a pesar de su actitud deliberadamente fría y distante o tal vez debido a ello. Y, sin embargo, no parecía sentirse muy atraído por ella. Quizá fuese más bien que la admiraba, que admiraba su aspecto, su forma de comportarse, estirada, firme, como un paquete envuelto con pulcritud en papel de estraza. Y tenía una sonrisa bonita, aunque rara y reticente. Podría haber sido su hermana, si la hubiese tenido.

De todos modos, esa demostración desprevenida de agitación e inseguridad le preocupó un poco. No habría llegado tan lejos para decir que pensaba que corría peligro de que le fallaran los nervios, pero había vacilado, eso era indudable. Recordó una vez más a Hackett subrayándole, o más bien advirtiéndole, que esa era la operación de Celia Nashe, y que su posición era estrictamente secundaria. Estaba ahí como refuerzo, le había dicho Hackett, solo como refuerzo, y también, claro, para servir de ojos y oídos del ministro Dan Hegarty en Clonmillis Hall, aunque nadie se lo hubiera dicho con tantas palabras. Pero ¿era esta señorita Nashe tan dura como pretendía aparentar? Esperó que sí.

El país estaba lleno de antiguos pistoleros, y de algunos nuevos, que albergaban un odio eterno a la pérfida Albión. ¿Y si le ordenaban intervenir? Era policía, no un agente secreto. Ni siquiera

iba armado. Cuando ingresó en el cuerpo le dieron un arma —un revólver, un objeto grande y difícil de manejar con un cañón de seis pulgadas y un cordón trenzado en la culata—, pero nada más tomar posesión de él lo guardó en un cajón y procuró olvidarlo. Ahora, no obstante, empezaba a pensar que debería haberlo llevado consigo. Si la enfermera Nashe iba armada, ¿no debería estarlo él también?

¡La enfermera Nashe! Tendría que tener cuidado de no llamarla de esa forma burlona.

Sí, debería haberse llevado el arma. Todavía seguían cometiéndose actos violentos, sobre todo en el campo. A veces, una banda de pistoleros, miembros descontentos del IRA que añoraban la guerra, que había concluido hacía casi dos décadas, decidían salir a matar un policía, y a menudo los policías respondían matándolos a su vez. El Estado había llevado a cabo ejecuciones sumarias. Eran tiempos peligrosos, como habría dicho su padre. ¿Y si una banda de exaltados se presentaba allí una noche oscura con metralletas y granadas de mano? ¿Con qué se suponía que iba a rechazarlos? ¿Con su acento afectado?

En todo caso, lo último que quería era tener que matar a alguien. No era una cuestión de valor —se le ocurrían bastantes candidatos sobradamente merecedores de recibir un balazo—, pero sabía que lo cambiaría todo. Sería una persona que habría matado a alguien; una persona a la que, vista ahora ante la posibilidad del suceso, no reconocía; un extraño.

—Habrá patrullas militares alrededor del perímetro de la propiedad —informó—. Usted no las verá, pero estarán ahí. Todo irá bien, estoy seguro.

Lo cual era otra falsedad: no tenía esa certeza.

Celia soltó una risita breve, sorprendentemente firme y casi alegre; había recobrado la calma.

—Sí, no debo dejarme llevar por la imaginación —dijo ella—. ¿Quién iba a querer hacer daño a dos niñas pequeñas?

Una vez más, él no respondió; si hubiese dicho lo que pensaba de verdad, no le habría servido de consuelo. Irlanda había estado bajo el dominio británico durante ochocientos años, más o menos, según quién llevara la cuenta, y aunque ahora la mayor parte del país era independiente, el hecho de haber sido ocupado tanto tiempo tenía una importancia poderosa, duradera y visceral para una parte considerable de la población.

—Tiene razón, claro —contestó Trafford, optando otra vez por la falsedad tranquilizadora—. ¿A quién se le iba ocurrir hacerle daño a dos niñas?

Ella se lo pagó con una sonrisa, una sonrisa que transformó su rostro, haciendo que pareciera más suave, menos acerado.

Pero, si de verdad pensaba que no había peligro, ¿no le parecía superfluo que hubiese un pelotón de soldados armados vigilando el perímetro de la propiedad noche y día?

De abajo llegó el tañido reverberante y extrañamente ominoso de un gong golpeado con suavidad. Las campanas, tres en lenta sucesión, parecieron rebotar por las escaleras como livianos globos de cobre grandes, suaves y bruñidos.

—Debe de ser la hora de comer —dijo Trafford con una sonrisa.

Oh, qué fácil era sonreír, pensó, sobre todo cuando una sonrisa era lo último que requerían las circunstancias.

Era cierto que el gong anunciaba la comida, que resultó ser una colación muy agitada, lo cual no sorprendió a Strafford, que conocía bien la tendencia de las cocinas angloirlandesas a rozar el colapso cuando se alteraba siquiera mínimamente el ritmo diario de la casa.

Durante años esa casa se había dejado arrastrar sin quejarse, como un enorme navío sin anclas en un mar en calma. Las últimas personas que habían ido de visita habían sido el sobrino del duque, un tal capitán Danvers y su pelirroja mujer. A los criados les había parecido una pareja un tanto ligera de cascos: el capitán se bebía todo lo que caía en sus manos, y a la hora de acostarse siempre estaba como una cuba, mientras que la señora D., como se hacía llamar, coqueteaba, por decirlo suavemente, con cualquier cosa que llevara pantalones. Desde entonces, apenas había sucedido nada capaz de levantar olas en la plácida superficie de la vida en la mansión. Ahora, no obstante, todo se había alterado al tener que alojar a un grupo de desconocidos exóticos, misteriosos y un poco terroríficos.

Se había hecho correr el rumor entre los criados, quienes, como es natural, se encargarían de extenderlo por toda la casa, de que las dos niñas, evacuadas hasta que cesaran los bombardeos nocturnos de Londres, eran las hijas de la sobrina nieta del duque —aunque, por supuesto, no existía esa persona— que estaba casada con un oficial de alto rango, a quien habían destinado con su mujer a El Cairo. Se suponía que Celia Nashe era su institutriz, llegada para cuidar de ellas en la casa de un soltero.

Explicar la presencia de Strafford requirió un poco más de ingenio. Al final se decidió presentarlo como un primo de la señorita Nashe. La consanguinidad entre la señorita y el caballero era una manera muy inteligente de preservar el decoro, que tácitamente exigiría la señora O'Hanlon, y era de suponer que el resto del servicio, sobre todo las mujeres.

En teoría, el joven había ido al campo por motivos de salud, que no era muy buena, como demostraba la palidez tuberculosa de su piel y su constitución escuálida. Alguien oyó decir a Maggie, la doncella, que «no tenía ni media torta», lo cual no impidió que, a medida que pasaban los días, le hiciese ojitos siempre que se presentaba la ocasión; de Maggie, aunque no era una belleza, se decía que era «alocada» y que convenía vigilarla. Era ella quien había hecho suspirar irritado al duque y chasquear la lengua a la señora O'Hanlon, cuando desde distintos sitios la vieron escupir en la esquina de la sábana y frotarla con fuerza antes de colgarla en el tendedero.

Strafford habría querido saber hasta qué punto se creían esas elaboradas ficciones; suponía que muy poco. Según su experiencia, los criados sabían todo lo que ocurría en una casa, tanto en las habitaciones de los criados como en las de los señores. «Pues claro, ¿acaso no hacemos las

camas?», le había dicho una vez una doncella, con una mirada risueña y descarada. Lo raro, no obstante, era que apenas parecían valorar lo que sabían, tal vez basados en el principio de que si estaban al tanto de un secreto era porque no debía valer mucho la pena y probablemente no fuese un gran secreto.

La comida apenas había empezado cuando Hynes, el mayordomo y factótum general, un anciano de pelo rebelde tan blanco y fino como la hierba algodонера y un marcado temblor en las rodillas, tropezó con el quicio de la puerta del comedor y se le cayó al suelo una bandeja de col, con tal estrépito que a los comensales les pareció tan ruidoso y catastrófico como el son de la última trompeta. Florence, la camarera, una joven alta, de cuello largo, guapa y demacrada, también estuvo muy manazas, como le confesó después a Elsie, la encargada de fregar los platos. Elsie era un poco simple y hacía tanto tiempo que la gente la llamaba la «pobre Elsie» que casi había llegado a reemplazar su verdadero nombre.

Entretanto, el duque contempló la mesa con ojos dubitativos, como si no estuviera del todo seguro de si las personas sentadas a su alrededor eran reales o solo el producto fantasmagórico de su imaginación; con los años había desarrollado una tendencia cada vez mayor al ensimismamiento. A esas alturas ya estaba tristemente convencido de que haber aceptado alojar a las princesas había sido un error, aunque a cambio consiguiera su objetivo secreto, que era sacar suficientes beneficios de su acto de magnanimidad para reparar el tejado de la mansión. La reparación hacía mucha falta, pero la descarada palabrería de Lascelles sobre las cuentas, los recibos y demás le habían hecho dudar de la viabilidad de su plan. ¡Recibos nada menos!

Después de la agitación inicial del viaje y de la llegada, Strafford notó en su interior una vaga desesperación que iba en aumento como el nivel de agua en la bodega de un barco hundiéndose. ¿Cómo demonios iba a soportar el tedio de los próximos días y semanas..., tal vez meses? Su trabajo ahí no era un trabajo, más que potencialmente. Era policía y, en circunstancias normales, lo llamaban cuando se había cometido un crimen. ¿Qué trabajo era, si es que lo era, que le ordenasen esperar y vigilar por si pasaba algo? ¿De verdad hacían falta una agente del servicio secreto y un subinspector de policía?

Su desánimo creció cuando descubrió que no iba a alojarse en la casa principal, sino en una especie de anexo en los establos, hecho de piedra tosca, con ventanas minúsculas y un empinado tejado de pizarra. La escala del lugar parecía equivocada, como si fuese demasiado estrecho para vivir en él, y al acercarse desde el patio no le habría sorprendido ver a sus verdaderos ocupantes, una familia de elfos, con botas y gorritos escarlatas y chaquetas verdes, agolpándose en las ventanas para ver al enorme invasor que iba a tomar posesión en su vivienda.

Dentro había dos habitaciones, una sala de estar sin apenas espacio para moverse y un incómodo y claustrofóbico dormitorio, y, al fondo, una cocina poco mayor que un armario grande. Adosado a la cocina había un retrete con el techo de hierro galvanizado, un váter con el asiento de madera astillada y dos viejos grifos que asomaban de una pared de escayola sobre un fregadero de

esmalte desconchado. En el cuarto de estar había una mesa y una silla, una *chaise longue* despanzurrada, con las tripas de paja colgando por debajo y descansando en parte en el suelo, y una estufa de leña con forma de tetera cuya chimenea oxidada asomaba por un agujero en el techo. La cama era un artilugio metálico plegable por debajo del cual asomaba coqueta el asa de porcelana blanca de un orinal, clara evidencia de que el váter no funcionaba. Cuando Florence, la doncella, lo acompañó allí por primera vez, él dejó la maleta en el suelo y miró a su alrededor con lo que debió de ser, a juzgar por la expresión compasiva de la joven, un gesto de profundo desánimo.

«Estará de maravilla, viviendo a lo grande —le había asegurado Hackett—. Lo más probable es que lo instalen en el ala oeste, en varias habitaciones con chimeneas de mármol y vistas al lago».

Nada de grandes habitaciones ni chimeneas de mármol, al menos para él; y ni siquiera había un lago.

Confió en que le permitieran estar al menos las horas de luz en la casa principal; si tuviera que pasar la mayor parte del día desterrado en ese cuchitril, correría un serio peligro de perder la razón.

Había media docena de caballos en los establos, que en su primera aparición acudieron a la puerta de la cuadra y asomaron la cabeza para mirarlo con esa mezcla equina de curiosidad e indiferencia vidriosa que siempre le había parecido desasosegante y un poco intranquilizadora. No montaba, aunque en su juventud siempre había habido caballos en la casa.

Había sido un chico solitario, esquivo y, para quienes lo rodeaban, inescrutable y desconcertante. Luego se le ocurrió que debía de haber sido un motivo de decepción para sus padres, sobre todo para su madre, que cuando llegó recién casada a Roslea aspiraba a ser una grande *hôtesse* y a tener la casa abarrotada de visitantes, si hubiesen estado disponibles en el desolado rincón del condado de Wexford donde se alzaba Roslea House, al final de un tortuoso camino de entrada con hierba en el centro, que era al menos el doble de largo que el de Clonmillis. Su padre, que siempre trató a su hijo con benévola indiferencia, frustró las pretensiones de grandeza de la madre, pues vivía solo para la granja y el ganado y detestaba las reuniones sociales de cualquier tipo, distinguidas o no.

—Ese tipo de la embajada se ha ido casi sin avisar —dijo el duque, interrumpiendo los descorazonados recuerdos del joven—. No parecía gustarle mucho la vida en el campo. El coche que llevaba... —Su voz descendió hasta convertirse en un sombrío murmullo, mientras masticaba la comida.

Strafford vio que Mary estaba ocupada separando con cuidado un trozo de brécol de la comida que tenía en el plato y apartándolo a un lado con el tenedor. Su hermana, sentada enfrente, tenía la espalda tan rígida que desde los hombros hacia abajo formaba un arco levemente cóncavo. Su pelo oscuro estaba rizado por encima de la frente y alrededor de la cabeza de un modo que a

Strafford le recordó a una tiara o incluso —¡ja!— a una corona. Tal vez, pensó, el efecto fuese intencionado.

—Seguro que por aquí cerca debe de haber sitios preciosos para pasear —dijo Celia Nashe de pronto, levantando la mirada del plato con una alegría forzada—. ¿Tiene mucho terreno?

Sir William la miró ceñudo, arqueando indignado una de sus cejas espesas; fue como si le hubiese preguntado por el estado de su cuenta bancaria.

—¿Terreno? —preguntó, como si exclamara alguna idea de una extravagancia inconcebible—. No tengo ni idea de a qué llama usted «terreno». Hay tres mil acres de tierra más o menos. —Hizo un movimiento de masticación—. La mayor parte se puede recorrer a pie, supongo. No estoy seguro de que vayan a parecerle preciosos —la palabra «preciosos» fue seguida de un leve bufido desdeñoso—, aunque hay bastante caza y en nuestro riachuelo, el Henny, quedan muchos salmones que los furtivos aún no han podido pescar.

—¿Hay biblioteca en el pueblo? —preguntó Strafford.

Eso hizo que el duque le echara una mirada biliosa. Quien respondió fue Celia Nashe.

—Hay una biblioteca Carnegie, sí —respondió—. Lo comprobé antes de venir.

—Muy inteligente por su parte —dijo Strafford—. ¿A cuánto está de aquí?, quiero decir el pueblo.

—A quince kilómetros a pie —respondió el duque con otro leve bufido, como para dar a entender que para alguien acostumbrado a vivir en el campo eso era poco más que unos pasos por el camino. Esbozó su espantosa y nada alegre sonrisa—. Ocho, a caballo y a campo través, aunque no tiene usted pinta de montar. Hay un autobús que para en la puerta.

Celia había vuelto la mirada hacia la ventana y el vago mundo del exterior. Strafford la observó sin que se diera cuenta. Su expresión era la de quien acaba de llegar a la cárcel y está planeando ya cómo escapar.

Una vez más, a la suave luz de la ventana, reparó en lo guapa que era. No se interesaría lo más mínimo por él —la había visto mirarlo y descartarlo, al menos en el aspecto amoroso—, pero Dick Lascelles era diferente. Sería interesante ver qué ocurriría si el diplomático volvía y se quedaba una temporada en Clonmillis Hall. Un pequeño amorío, de esos en los que a buen seguro estaba especializado Lascelles, elevaría al menos la temperatura emocional de la casa uno o dos grados.

No obstante, lo que le ocurría a Celia en ese momento, como Strafford se habría dado cuenta si se hubiese parado a pensarlo, era sencillamente que estaba furiosa consigo misma por haberse portado como una tonta cuando él apareció en su habitación y la pilló desprevenida al ser amable y preguntarle si se encontraba bien.

Por supuesto, había llegado en el momento en que ella se sentía todo menos bien, justo cuando se sentía fatal; de hecho, después de la espantosa travesía por mar y de la impresión de desembarcar ahí en el castillo de los Rackrent. ¿Qué debía de haber pensado de ella y de su

cháchara sobre los niños perdidos en el bosque y las princesas de la torre? Se suponía que era una profesional, ¿no? Pero, como le había confesado —¡ay!, ¿por qué no se habría callado?—, no estaba preparada para Irlanda, ni para ese viejo caserón, ni para el acento de la gente que al principio le sonó tan teatral que pensó que lo fingían para burlarse de ella. Y luego esa ama de llaves, ¿cómo había dicho que se llamaba?, Hanly o Hanlon o algo por estilo, que le había declarado la guerra nada más verla.

¿Cómo se las arreglaría? No la habían entrenado para cuidar de dos niñas decididas, cada cual a su manera pero con idéntica determinación a hacerle la vida imposible.

En fin, tendría que hacer de tripas corazón. Era una profesional, aunque sus jefes hubiesen decidido encargarle una misión que cualquier mocoso recién llegado habría podido realizar con perfecta competencia.

Por fin, después de lo que pareció un rato muy largo y fatigoso, terminó la comida, lo que arrancó un suspiro de alivio casi audible a todos los comensales. La ocasión había sido tan lúgubre que Strafford fantaseó tristemente con la idea de preguntar si en el futuro podría comer en su cuarto en los establos, pero sabía que allí solo, con la humedad y el frío, sería aún más incómodo y desazonador.

Ellen y Mary pidieron permiso para levantarse de la mesa y fueron a terminar de deshacer el equipaje, o eso dijeron. El duque encendió su pipa. A Strafford le interesó ver si Celia seguiría su ejemplo y encendería un cigarrillo para demostrar que era una mujer moderna.

Fuera la niebla otoñal, más gris que dorada, se extendía espesa e inmóvil sobre los campos silenciosos.

—Y díganme —empezó sir William, soltando una voluta de humo que rodeó su cabeza como un ectoplasma—, son ustedes una especie de equipo, ¿no? —Strafford y Celia Nashe lo miraron inexpresivos—. Están aquí para protegerlas, ¿no? —prosiguió malhumorado el anciano—, a las princesas, o las niñas, o comoquiera que haya que llamarlas.

—Me ocupo de su seguridad, sí —dijo Celia, escogiendo cuidadosamente las palabras con los labios apretados, dejándole claro al anciano que no le gustaba que le hablaran de forma tan desdeñosa—. Yo no usaría la palabra «protegerlas», sobre todo en su presencia.

El duque volvió su mirada furiosa hacia Strafford.

—¿Y usted? —le espetó.

Strafford sonrió. El viejo les estaba ofreciendo una perfecta y deliciosa parodia de sí mismo.

—Pertenezco a la Garda...

—Por Dios, ¡ya lo sé! Lo que quiero saber es qué va a hacer usted en la casa. Esto es una granja.

Strafford no respondió, pero volvió a pensar con tristeza en la extraña misión que le habían

encomendado. La presencia de la realeza convertía Clonmillis Hall en una especie de extensión de la embajada británica, por lo que era, como la embajada, una pequeña parte de Inglaterra acordonada en medio de lo que durante siglos había sido territorio rebelde. El gobierno irlandés no habría aceptado proteger a las princesas de no haber mediado la oferta de envíos regulares del carbón que necesitaba desesperadamente. Debido a su educación, a Strafford —cuyo padre despreciaba la vida pública y a todos los que vivían de ella— el trato al que habían llegado las dos partes le parecía repugnante. En el mejor de los casos era un ejemplo de gobierno frío y pragmático; en el peor, un ejemplo de la falta de escrúpulos de Inglaterra y de la codicia y el oportunismo desvergonzado de la neutral Irlanda.

—Creo que debo delegar en la señorita Nashe la cuestión de la seguridad —le dijo ahora al duque, y añadió en voz baja—, suponiendo que la haya. —Miró a la joven sentada enfrente de él, pero ella parecía decidida a no mirarlo a la cara—. En mi opinión —prosiguió—, hasta donde puedo permitirme opinar, deberíamos demostrar toda la calma y naturalidad posibles para no preocupar a las dos señoritas.

—Pero ¿qué van a hacer? —gimió el duque. Se asomó a la ventana, mientras de la cazoleta de la pipa salía otra nube de humo mezclado con chispas—. Tenemos caballos, claro —continuó en tono esperanzado, respondiendo a su propia pregunta—. A las niñas les gustan los caballos, ¿no? Nos deshicimos de los perros cuando tuvimos que matar a uno que asustaba a las ovejas de una granja vecina. Creo que también hay un gato, está en la cocina, por los ratones. Aunque debe de ser medio salvaje. ¡Ay, Dios!

Strafford tuvo la sospecha de que, al igual que él, a Celia Nashe le resultaban irresistiblemente cómicas las jeremiadas del anciano; al menos, parecía tener dificultades para contener una sonrisa. Apartó la vista, temeroso de que los dos se echaran a reír si cruzaban una mirada, y se quedó inmóvil, observando decidido la mesa y sin decir una palabra.

Extrañamente, esta falta de contacto visual le pareció el primer momento de verdadera comunicación que la joven y él habían compartido hasta ese momento. ¿Sería posible que la señorita Nashe tuviese sentido del humor, a pesar de todo? ¿Que incluso la divirtiera en secreto, como a él, el absurdo esencial del mundo? Después de un momento de reflexión, llegó a regañadientes a la conclusión de que en conjunto era improbable. Era evidente que la señorita Nashe era una joven de los condados cercanos a Londres, si no por nacimiento, al menos en espíritu —por su acento podía haber nacido en cualquier lugar al sur del Wash—, y como tal dudaba de que la vida y sus vicisitudes le parecieran un asunto divertido.

—No creo que hagan muchas cosas divertidas en su casa —se aventuró a decir por fin, todavía con la vista fija en la mesa y dando vueltas a una miga de pan con la punta del dedo—. Siempre me ha dado un poco de pena la realeza, esforzándose por contener los bostezos en medio de toda esa pompa y circunstancia.

El duque lo miró, al notar el sarcasmo, e incluso una leve burla, no solo de la familia real, sino

también de él y los de su clase. ¿Quién era ese tipo para creerse con derecho a hablar de sus superiores?

Strafford: dio vueltas al nombre en su cabeza. Granjeros, probablemente, venidos a menos. Suspiró: los Fitzherbert de Clonmillis Hall tampoco ocupaban un lugar muy alto en la escala social; en otro tiempo sí lo habían ocupado, ¡ay, uno de los más altos!, pero ya no.

Entretanto, Celia Nashe sacó un paquete de cigarrillos —Senior Service, por supuesto— y encendió uno, sin decir siquiera «con su permiso», de modo que el duque la miró furibundo también a ella. Clonmillis podía estar en territorio neutral, como el resto de ese exasperante país —su país, aunque al mismo tiempo no lo era—, pero lo habían invadido. ¿Cuánto tiempo, se preguntó sombrío, duraría esa ocupación?

La exploración ociosa de la mansión se convirtió desde muy pronto en el principal pasatiempo de Mary. Deambulaba horas enteras por la casa en complacida soledad, a menudo hablando para sus adentros con una vocecilla cantarina y chillona que la divertía cuando se daba cuenta, aunque la mayor parte del tiempo parloteaba sin percatarse. Sobre todo le gustaban las plantas superiores de la casa, donde las habitaciones estaban descuidadas y mohosas, y el aire olía, por alguna razón, a manzanas podridas, un olor melancólico y evocador que le gustaba, aunque no habría sabido decir por qué.

Un día, en uno de sus solitarios vagabundeos por la casa, Mary se detuvo en un pasillo lleno de corrientes de aire y se entretuvo delante de una ventana que daba al patio del establo. Los cristales estaban rajados y velados por el polvo. Apoyó la frente en el marco de la ventana. Su madre y su padre les habían telefoneado la noche anterior, aunque como de costumbre con quien más hablaron fue con su hermana. Luego lloró hasta que se quedó dormida, y si su hermana la oyó no hizo ningún comentario.

Apoyada allí en la ventana tenía la esperanza de vislumbrar a Billy Denton.

Billy era el joven de la escopeta a quien había visto andando por el camino el primer día, y cuya imagen se le había grabado firmemente en la memoria. Desempeñaba varias tareas en la mansión, y una de las principales era el cuidado de los caballos. Desde la primera vez que lo vio se había cruzado con él varias veces. Era, como se había dado cuenta entonces, muy guapo, aunque su gesto era siempre hosco. Tenía los ojos castaños y el pelo negro y rizado que relucía como el carbón mojado. En repetidas ocasiones había intentado que le dirigiese la palabra, pero él pasaba de largo como si no la viese.

Sería diferente, no le cabía ninguna duda, si supiera quién era en realidad, y a menudo le entraban ganas de decírselo solo para ver qué cara ponía.

Esa mañana a quien vio en el patio no fue a Billy, sino a alguien que le pareció un vagabundo, aunque no se le ocurrió cómo podía haberse colado allí un vagabundo. Había llovido por la noche, pero en ese momento volvía a hacer buen tiempo, y los adoquines del patio brillaban bajo la luz húmeda y neblinosa. El hombre, a quien al principio vio solo de espaldas, estaba arrodillado, atándose un tosco cordel amarillo alrededor de la pernera de los pantalones a la altura del tobillo.

Era bajo y rechoncho, y llevaba una chaqueta de *tweed* remendada, un viejo y abollado sombrero de fieltro gris y unas botas claveteadas. Incluso de espaldas notó que era viejo. Estaba a punto de seguir su camino cuando de pronto volvió la cabeza, o más bien la giró, como si

estuviera montada sobre un pivote, y la miró directamente a los ojos. Fue inquietante..., ¿cómo había sabido que estaba allí arriba, observándolo? Tenía el rostro ancho de rasgos torvos y unos ojos peculiares, que no parecían encajar del todo.

Ella se apartó enseguida de la ventana, asustada por su fijeza y el modo desquiciado en que la miró.

¿Sería una de las personas que se suponía que debían vigilar la señorita Nashe y el subinspector? En tal caso, no estaban haciendo muy buen trabajo. El vagabundo, o lo que quiera que fuese, podría entrar con facilidad en la casa desde el patio, pues la puerta nunca se cerraba, excepto de noche, y no siempre. Si se colaba en la casa, ¿tendría que dispararle la señorita Nashe con su pistolita corta y reluciente? Era una posibilidad muy emocionante. Si ocurría, esperaba estar allí para verlo. Una vez había visto matar a un caballo —era una carrera a campo través y el animal se había roto una pata al saltar—, pero nunca a una persona.

Le habría gustado saber si la señorita Nashe había matado a alguien. No lo parecía, pero ¿qué aspecto tendría alguien que hubiese matado a otro? Los soldados se mataban y se volaban por los aires unos a otro todo el tiempo, y no parecían muy distintos de los demás, excepto los que padecían neurosis de guerra, como el viejo Jeavons, el ayudante del guardabosques de Windsor, que había luchado en la guerra anterior y estaba siempre nervioso y hablaba consigo mismo sin cesar.

«Dios mío —pensó—, ¿me pareceré a Jeavons cuando hablo para mis adentros?». No supo si reírse o asustarse de esa idea.

Al final resultó, con cierta decepción por su parte, que el anciano del patio no era un vagabundo ni un intruso llegado para matarlas a ella y a su hermana. Se llamaba Pike y era uno de los empleados de sir William.

Se lo encontró en persona la tarde del mismo día en que lo vio desde la ventana y se volvió para observarla con esa mirada tan torva y temible. En esa ocasión estaba sentada en el tocón de un árbol al lado de lo que llamaban el picadero de abajo, y que no era más que un círculo de tierra pisoteado rodeado por una cerca desvencijada de pino de tea situado en un hueco cerca del bosque desde donde no se veía la mansión.

Su hermana estaba haciendo sus ejercicios de doma en un caballo que le había prestado sir William. Príncipe, como se llamaba el animal —¡menudo nombre tan estúpido!—, se negaba a colaborar, pues aún no estaba acostumbrado a su nuevo jinete, o eso supuso Mary: no le gustaban los caballos y, por tanto, no los entendía, aunque sus padres insistían en que montara. Este no hacía más que espantarse, cabecear y tirar de las riendas hasta casi derribar a su hermana de la silla.

El policía que se suponía que ella no debía saber que era un policía estaba al otro extremo del potrero, con una gabardina y un par de botas de goma prestadas que era evidente que le quedaban grandes. Había ocupado su sitio al otro lado de la cerca, donde había apoyado los codos, y estaba

leyendo un libro. Notó por su gesto alicaído que estaba aburrido... Mary sabía muy bien lo que era aburrirse. Era tan delgado que debía de tener tuberculosis. No estaba muy segura de lo que era la tuberculosis —lo único que sabía es que tenía que ver con los tubos del interior del pecho—, pero era una enfermedad de la que la gente hablaba todo el tiempo en voz baja, o lo era hasta que llegaron los bombarderos alemanes y proporcionaron algo más inmediato a lo que temer y de lo que hablar sin parar.

De pronto, Príncipe se detuvo en seco, con tanta brusquedad que su hermana estuvo a punto de darse un batacazo, alzó la cabeza, mordió el bocado y soltó un relincho asustado con un centelleo del blanco de los ojos.

Algo lo había asustado.

En ese momento apareció Pike, empujando una carretilla, cuya única rueda soltaba un leve y angustiado chirrido cada vez que giraba. La verdad, pensó ella, es que los caballos eran animales muy estúpidos, cualquier cosa podía asustarlos, un conejo que saliera de una zanja o un tractor que petardease a un kilómetro de distancia; incluso un pedazo de papel arrastrado por el viento podía hacer que se encabritaran aterrorizados.

Príncipe se apartó de Pike y de la carretilla ruidosa, echó las patas por alto y relincho aún con más fuerza que antes, y su hermana tuvo que hacer un esfuerzo para que no diera con ella en el suelo.

El subinspector alzó la mirada de su libro y frunció el ceño, justo cuando el caballo, después de abrir la puerta con las ancas, salía del picadero, daba media vuelta y echaba a galopar a lo largo del bosque con su impotente jinete en la silla hasta desaparecer de la vista.

Mary observó al policía con gran interés. ¿Qué haría? Movié la cabeza a izquierda y a derecha, un poco como había hecho el caballo —¿a quién estaba buscando para que le ayudara?—, luego se guardó el libro en el bolsillo del abrigo y echó a correr detrás de su hermana y del caballo desbocado.

Pike, que se había detenido cerca de donde Mary estaba sentada, dejó la carretilla en el suelo, se enderezó, se puso la mano en la espalda y sonrió mientras observaba cómo corría el subinspector por el prado en pendiente, balanceando los brazos, moviendo las rodillas nudosas como pistones y con los faldones del abrigo al viento.

—¡Dios mío, sí que corre deprisa ese chico! —exclamó con una risa jadeante—. ¡Es todo un campeón!

Visto de cerca, Pike era de una fealdad fascinante. Era exactamente igual que un sapo, con la boca ancha y plana y los labios carnosos, el inferior de los cuales colgaba flácido y húmedo. Sus dientes manchados por el tabaco estaban rotos y descolocados. Además iba sucio, con pequeñas manchas negras, que le recordaron con repugnancia al caviar, en los poros de las mejillas y en la nariz de patata. Lo que más llamaba su atención eran sus ojos. Eran de color diferente, gris el

derecho y de un irreal azul brillante y vidrioso el izquierdo. El azul no se movía, y solo miraba hacia delante, como si estuviese fijo en alguna terrible posibilidad que solo él podía ver.

—Esa jovencita sabe montar muy bien —dijo.

—Se llama Ellen. —Se rio Mary; se estremeció divertida, probablemente porque era una mentira que le habían dicho que dijera y, por tanto, en teoría, no estaba mal—. Es mi hermana.

—¿Y usted cómo se llama?

—¿Yo? —Soltó otra risita—. Mary.

—Mary. Sí. —La miró con una expresión vacía unos segundos moviendo la mandíbula de forma circular, como si estuviese masticando algo blando y pegajoso. Luego dejó la carretilla y fue a sentarse a su lado en el tronco de árbol caído, quejándose y poniéndose otra vez la mano en la espalda. Olía a paja, a suciedad, a humo de tabaco y a algo más que no supo identificar, y que imaginó que debía de ser solo su olor a viejo.

—Veo que me mira usted el ojo —dijo.

—¿Es de cristal?

—Sí.

—¿Se puede quitar?

—Sí. —Se rio—. ¿Le cuento cómo perdí el de verdad?

—Sí, por favor.

Ella se estremeció de impaciencia: le encantaba que le contaran accidentes espantosos.

—Fue una enorme corneja gris —dijo Pike, inclinándose hacia delante con las manos sobre las rodillas y mirando pensativo hacia delante con el ojo sano—. Estaba allí, en el prado, cogiendo nabos, y se abalanzó sobre mí, tal vez me confundiera con un carnero viejo con la pata rota, y ¡zas! —Chasqueó los dedos en el aire delante de la nariz de la niña—. Me arrancó el ojo de la cara.

Ella se volvió hacia él con un gesto de profundo escepticismo.

—¿De verdad?

—Tan cierto como que hay Dios, señorita —le aseguró Pike—. Por supuesto que sí, ¿por qué iba a mentirle?

Justo en ese momento los interrumpió otra voz.

—No le crea una palabra.

Billy Denton se les había acercado por detrás sin que lo oyeran. Llevaba una chaqueta vieja y raída con un cinturón a la espalda, pantalones con brillos en las rodillas y una gorra. Sujetaba la escopeta en el hueco del brazo derecho. Estaba mirando ceñudo a lo lejos, en dirección a los árboles. La niña vio enseguida que era una de esas personas tímidas que intentan ocultar su timidez dando a entender que están pensando todo el tiempo en algo muy grave que les pone de mal humor.

—Perdió el ojo —dijo— al caerse en la zanja una noche que volvía como una cuba del pub.

Era la primera vez que Mary oía hablar a Billy Denton —tenía una voz suave, profunda y

redonda, como si llevara un hueso de melocotón o algo parecido en la boca— y decidió en el acto que se había enamorado de él. Se levantó del tronco para que tuviera que mirarla por fuerza, pero él le dedicó solo una brevísima mirada, todavía hosco y solemne.

En ese momento volvió su hermana, con el caballo sometido. Lo llevó hasta el picadero. El animal no parecía nada avergonzado por su absurdo comportamiento. La verdad es que era como un animal prehistórico, con esa cara pequeña y plana y los enormes ojos negros y vidriosos.

—Es hora de cambiarnos para la cena, Mary.

—¡No! —gritó indignada la niña. Había reparado en cómo su hermana evitaba mirar a Denton, probablemente ella también estuviera enamorada de él; era típico de ella encapricharse de cosas que querían los demás y que le importara un bledo lo que sintieran cuando se las arrebatara.

El brillante pelaje de Príncipe humeaba después de la galopada, y todavía mordía el bocado y resoplaba. ¿Cómo podía alguien que afirmaba que le gustaban los caballos obligarlos a ir horas y horas con una barra metálica metida entre los dientes?

—Le estaba diciendo a la niña, señorita —dijo Pike, alzando la mirada con los ojos entornados hacia Ellen, que seguía a horcajadas sobre el animal—, lo buena amazona que es usted.

—Gracias —respondió con sequedad Ellen, luego desmontó y le tendió la mano con impaciencia a su hermana—. Vamos, o tendrán que retrasar la cena y la señora O’Hanlon se enfadará.

Mary frunció el ceño —una de las maneras de irritarla que tenía su hermana era actuar como si estuviera segura de que le tenía miedo al ama de llaves, aun así, accedió a acompañarla, Príncipe fue detrás de ellas con la cabeza baja, como si escrutara el suelo en busca de algo que se le hubiese perdido.

—Vaya dos mocitas, ¿eh? —le dijo Pike a Denton, mirando a las niñas mientras se marchaban—. Aunque la mayor parece un poco estirada. —Se puso en pie con rigidez, sorbiendo aire entre los dientes—. ¡Ay, la espalda me está matando! —exclamó—. ¿No tendrás un pitillo?

Denton sacó un paquete de Player’s y le dio uno al viejo, luego encendió una cerilla y se la ofreció, cubriendo la llama con el hueco de la mano.

—Más vale que su excelencia no te oiga contándoles tus historias —dijo.

—¿Qué historias? —preguntó con inocencia Pike, aspirando con fuerza el cigarrillo para que no se apagara. El humo le causó en el acto un ataque de tos que le hizo doblarse en dos, con el puño apretado contra el esternón, la cara de rana congestionada y una lágrima en el único ojo útil. Denton lo observó sin inmutarse, y se cambió la escopeta del brazo derecho al izquierdo.

Strafford, todavía con las rodillas y los codos subiendo y bajando, llegó corriendo por el prado hacia el potrero.

—¿Han visto a la chica? —preguntó jadeante, y apartándose un mechón de pelo que le caía

sobre la frente.

—Sí —respondió Pike, recobrando también el aliento después de tanto toser—. Las dos se han ido a cenar.

—Dios —masculló Strafford. Se volvió hacia Denton—. No nos conocemos —soltó—. Me llamo Strafford..., con erre.

Los dos jóvenes se dieron la mano, Strafford con una sonrisa —no convenía enemistarse con los lugareños— y Denton con el ceño fruncido y una mirada de soslayo.

Pike había recuperado el aliento lo bastante para arriesgarse a dar otra calada. Sostenía el cigarrillo con delicadeza entre el pulgar y el dedo corazón. Reparó en que ese tipo de Dublín no se había molestado en presentarse a él.

—No tiene que preocuparse por esa cría —dijo—. Muy brioso tendrá que ser el caballo que se atreva a derribarla.

Strafford estaba pisando el barro con la punta de la bota de agua; las botas que le había dejado sir William eran tres tallas grandes y tenía ya los talones rozados. Estaba enfadado consigo mismo y con la niña por perder el control del caballo; y también con esos dos palurdos, el mayor de los cuales no hacía el menor esfuerzo por disimular su diversión ante lo ocurrido, mientras el joven seguía con la mirada perdida como si todo le molestara. Strafford tuvo la impresión de que el día entero se burlaba de él. En silencio maldijo al inspector Hackett por endilgarle esa misión absurda e inútil; en ese momento le traía sin cuidado que unos pistoleros irrumpieran en la casa, secuestrasen a las dos mocosas reales, si querían, y pidieran rescate por cualquier suma que se les ocurriese exigir.

Dio media vuelta. Era raro que perdiera los estribos de ese modo. Debía controlarse. Si alguna vez había habido un momento en el que tuviera que tener la cabeza fría, era ese. Aun así, se alejó dando zancadas, con las manos apretadas con fuerza a la espalda.

Pike miró divertido a Denton.

—Son tiempos extraños, ¿eh?

Pero Denton no respondió, y se marchó también en dirección contraria al subinspector. Con una sonrisa sardónica, el anciano lo vio alejarse, luego escupió copiosamente, se agachó con un gemido, sujetó los mangos de la carretilla y la empujó con esfuerzo.

No pareció un verdadero grito, y medio segundo después de despertar, ella creyó haberlo soñado. Pero no, no había sido en su cabeza. Procedía de algún lugar cercano de la casa, y había perforado la oscuridad como el ruido de una hoja de papel de estraza al rasgarse por el medio. El grito de un niño.

Le costó comprender que ya no estaba en la cama, pues se había levantado por instinto un segundo antes de despertarse del todo. Se puso el batín y se ató como pudo el cinturón mientras iba hacia la puerta —tenía unas zapatillas, pero no recordaba dónde las había dejado al deshacer el equipaje—, y corrió descalza por el pasillo hacia el cuarto de las niñas.

Las cortinas estaban descorridas —¿no las había cerrado?—, y en una mesita debajo de la ventana había una lamparilla con una bombilla de pocos vatios que arrojaba un leve resplandor amarillento por la habitación. Mary estaba sentada en la cama, sollozando aún, y frotándose los ojos con ambas manos. Celia se sentó al borde de la cama y la abrazó.

—Tranquila, tranquila, no pasa nada —dijo—. ¿Has tenido una pesadilla?

La niña se resistió a su abrazo; estaba envarada por el miedo, pero también temblaba, molesta de que la abrazara así una persona a la que no conocía apenas, sensiblera como todos los adultos, y que olía a cerrado como les ocurre siempre a los adultos, sobre todo de noche.

—Estoy bien —dijo.

Estaba disgustada y molesta al mismo tiempo. Tenía el pelo enredado. Debajo de las gruesas mantas había tenido demasiado calor, pero ahora se estaba helando de frío. Estaba enfadada consigo misma por haber gritado así. Se sentía como una idiota.

—¿Qué es lo que te ha asustado? —preguntó Celia.

—Había alguien en el bosque, y el cielo estaba en llamas.

—Ha sido solo un sueño, querida, solo un sueño. Ya se ha pasado.

—¡No ha sido un sueño! —gritó indignada la niña, y se liberó de los brazos que la rodeaban—. Y aún sigue ahí.

—¿Quién? ¿Dónde?

—Ya se lo he dicho..., ¡en el bosque! Un hombre con cara de pájaro. Lo he visto.

—¿Con cara de pájaro? ¿Qué clase de pájaro?

—¿Cómo quiere que lo sepa? ¡Vaya una pregunta tan tonta! Un pájaro, con pico y ojos brillantes.

Ellen, en la otra cama, estaba tumbada de lado con la mejilla apoyada en las manos. A la luz de la lámpara su piel era brillante y cetrina, y parecía una muñeca gigantesca.

—Odia este sitio —dijo en voz baja—. Y yo también. Es un sitio horrible.

—No será por mucho tiempo —dijo Celia—. Solo hasta que paren los bombardeos.

—No pararán nunca —respondió Mary en tono práctico, y se secó la nariz con la manga del pijama—. Los aviones seguirán llegando hasta que lo hayan volado todo por los aires. Luego vendrán aquí y harán lo mismo.

—¡Ay, calla! —dijo Ellen en su tono de voz hastiado y adulto—. Pareces una niña pequeña. — Con un movimiento brusco se volvió hacia el otro lado, de modo que quedó mirando a la pared, y se tapó la cabeza con las sábanas.

Celia alargó la mano hacia Mary, pero la niña se apartó y la miró furiosa entornando los ojos en los que se reflejaba un leve brillo de la bombilla.

—Vuélvete a dormir, querida —murmuró la joven, esforzándose en sonar tranquila y reconfortante, pero sin conseguirlo del todo. Ella misma no es que estuviera muy tranquila—. Pronto será de día y todo te parecerá distinto a la luz del sol.

La niña volvió a tumbarse, le dio también la espalda y no dijo una palabra más.

Celia apretó las manos con fuerza contra las rodillas y se puso trabajosamente en pie. Las niñas tenían razón: era un sitio horrible. Ojalá Dick Lascelles no se hubiese ido tan pronto. En él sí confiaba, aunque estaba segura de que no debería, al menos no para ciertas cosas; a juzgar por su mirada dura y risueña estaba claro que se creía un donjuán.

Se alejó de puntillas de las camas. Al pasar por delante de la ventana se asomó a la oscuridad y se detuvo. ¿Había visto moverse algo en el jardín, más allá del tenue reflejo de la bombilla en el cristal? Acercó la frente a la ventana, tapando la luz de la lámpara con la mano, y escrutó la noche con más atención.

Abajo, el césped estaba gris a la luz de la luna.

¿Tenía razón la niña?, ¿había de verdad alguien o algo ahí fuera o es que las dos lo habían imaginado?

Tal vez hubiese sido un animal, aunque no lo creía. Pero ¿quién iba a estar andando por el jardín a esas horas de la noche? ¿Tal vez un soldado que se hubiese acercado para hacer una inspección más de cerca? Pero Lascelles le había asegurado que las patrullas no se acercarían a la casa, y que ni siquiera las vería, a menos que fuese a la carretera a buscarlas.

Volvió a mirar a las chicas, dos formas yacentes e inmóviles. Tuvo la impresión de que debería quedarse cerca, por si la pequeña volvía a tener pesadillas.

El pasillo estaba a oscuras. Se escabulló por él sin hacer ruido, fue a su propio cuarto y cerró la puerta. Tenía fríos los pies descalzos. Su ventana daba a la misma franja de césped que se veía desde la habitación de las niñas. Se detuvo un momento, oculta detrás de la cortina, y escudriñó a

través del cristal. Desde luego ahora no había nada, solo el resplandor del claro de luna en el césped, el bosque oscuro y, a lo lejos, el vago perfil de una colina gibosa.

No, no había nadie; su imaginación le había gastado una jugarreta; esas cosas pasaban, de noche, en una casa ajena.

Y, sin embargo...

Se puso unos pantalones de pana viejos, unos calcetines gruesos y las botas de cordones, un jersey, una chaqueta de alpaca y un gorro de lana que le tapaba las orejas: cuando todavía tenía la esperanza de que la enviaran a Escocia se había pertrechado para dar largos y agradables paseos por paisajes ásperos pero acogedores, con arroyos trucheros que cabrilleaban sobre las piedras y el brezo reluciendo bajo la luz otoñal. Pero de eso nada.

Cogió la Browning del cajón, la sacó de la funda de cuero todavía rígido e incómodo y se metió el arma en el bolsillo, nuevamente sorprendida de lo mucho que pesaba para su tamaño.

Volvió otra vez a la ventana, se hizo sombra con las manos y escrutó la noche una vez más.

Solo el polvo plateado y gris de la luna sobre la hierba, el bosque oscuro y la colina a lo lejos.

¿Se estaba portando de manera ridícula? Estas eran circunstancias especiales, pero eso no era excusa para dejarse llevar por fantasías. Aun así, no quería correr riesgos; tendría que asegurarse.

Fue a la puerta, la abrió, salió al pasillo, se detuvo y guardó silencio un instante, escuchando. Desde la habitación de las niñas le llegó el ronquido de una de ellas, probablemente Mary. Ojalá Ellen también hubiese vuelto a dormirse. Debía hacer todo lo posible para que no se asustaran; los niños asustados, lo sabía muy bien, eran más difíciles de manejar, y en el caso de estas dos manejarlas era a lo mejor que podía aspirar.

Un hombre con cabeza de pájaro; tenía que confesar que esa imagen la había desasosegado. Qué difícil era controlar la imaginación, sobre todo en medio de la noche. Pobre Mary, pobrecilla, aunque todo pareciera indicar que iba a ser una auténtica descarada.

Era raro, pensó Celia, lo poco que había tardado en llamar a las niñas por sus nuevos nombres, lo rápido que se había acostumbrado. Para ella las dos habían dejado de ser princesas; era como al final de un cuento de hadas, cuando se rompe el hechizo de la bruja y las niñas vuelven a ser seres humanos normales. No eran más que dos niñas pequeñas que tenían pesadillas porque las habían separado de sus padres. Recordó sus primeros días, y noches, en el internado. Había implorado que la llevaran a casa, con las cosas que conocía. Pero nadie había atendido sus súplicas.

La escalera no estaba iluminada, lo que le recordó que tenía una linterna eléctrica. Volvió a su cuarto y encontró la linterna en un compartimento oculto de la maleta, no pudo recordar por qué había decidido esconderla. Sus documentos personales también estaban allí, sus documentos de identidad y su cartilla de racionamiento y un pasaporte que le había extendido el servicio, pero que aún no había tenido ocasión de usar. Vete a saber si sobreviviría a esta guerra y vería algún día sus páginas selladas en algún puerto extranjero. Para ella, y suponía que para todo el mundo,

el futuro se había convertido en un concepto claramente finito. Recordó el resplandor de los astilleros navales bombardeados en Pembroke que había visto desde el barco de camino aquí.

¿Qué había dicho Mary? Que el cielo estaba en llamas.

Se metió la linterna en el bolsillo, en el otro llevaba la pistola, y bajó los escalones sin hacer ruido.

Nunca era fácil orientarse en un lugar con el que no se está familiarizado, pero en una casa del tamaño de Clonmillis Hall resultaba casi imposible. Intentó recordar la ruta por la que las había llevado la señora O'Hanlon hasta esa ala del edificio, cuando las acompañó a sus habitaciones la mañana anterior. Lo único que recordaba era que habían subido dos tramos de escaleras; en su memoria lo demás era una confusión de pasillos inacabables, paredes vacías y puertas blancas.

Al llegar, los habían llevado a todos al salón del desayuno, y luego habían comido en el comedor, ambas estancias estaban en la planta baja pero lejos la una de la otra. ¿Y dónde estaba la puerta principal? Aunque no tenía mucho sentido salir por ahí, incluso aunque McLaverty hubiese colocado las bisagras nuevas, pues la parte del jardín que se veía desde la habitación de las niñas y desde la suya, donde le había parecido vislumbrar a alguien moviéndose, estaba a un lado de la casa.

Ante ella solo había oscuridad, sin una sola rendija de luz que la guiara. No quería usar la linterna, pues el merodeador, si es que lo había, la vería.

Desde el pie de las escaleras siguió por lo que solo podía ser un vestíbulo. Una corriente de aire llegada de alguna parte le acarició el rostro con dedos sedosos. Notó el olor alquitranado de un fuego de turba que se había apagado hacía varias horas; creyó notar también el persistente aroma del tabaco de pipa de sir William.

Los olores eran lo que se notaba primero y con más fuerza al llegar a un sitio nuevo. Nunca reparaba en los olores de su piso, excepto cuando volvía después de pasar mucho tiempo fuera, lo cual no ocurría casi nunca, y sin duda no ese último año, desde que empezó la guerra. Recordó la impresión que le causó volver por primera vez del internado —tenía once años— y notar el tufo, al mismo tiempo triste, penetrante y vergonzoso, que le golpeó en la cara en cuanto cruzó el umbral y dejó la maleta en la alfombra. ¡Cuánto la había mortificado pensar que ese olor era lo primero que notaban sus amigos cuando los llevaba a su casa!

Anduvo a tientas un rato, extendiendo la mano y chocándose contra los muebles. Se golpeó la espinilla contra una mesita baja con el tablero de mármol, y que no vio, pues el mármol era negro. Maldijo para sus adentros y dio gracias por la gruesa pana de los pantalones que se había puesto.

Olisqueando de nuevo en busca de olores que la guiaran, pasó una puerta forrada de paño y por un pasillo estrecho, siguiendo el olor de la comida y el gas doméstico, y se encontró, con toda seguridad, en la cocina. Vio vagamente que era una sala grande y cuadrada con el techo bajo en

medio de la cual había una enorme mesa de pino, sobre la que la luna arrojaba un delicado cuadrilátero de luz granulada a través de la ventana.

Era raro, pensó, lo amenazadores que podían parecer casi todos los objetos domésticos en la oscuridad de la noche: el escurrerplatos negro, que parecía tener un par de metros de anchura, tenía el aspecto de un animal gigantesco, un toro, digamos, o incluso un rinoceronte, acurrucado con la cabeza gacha y a punto de embestirla.

La ventana con sus múltiples y minúsculos cristales daba a un patio rodeado por una tapia.

Se quedó inmóvil al lado de la mesa, escuchando. Seguía sin oírse ni un ruido en ninguna parte. Oyó el latido de su corazón.

La puerta trasera estaba cerrada, aunque no habían girado la llave. Descorrió el cerrojo, despacio y con cuidado para que no chirriase, y salió a la noche, llevándose consigo la enorme llave de hierro y volviéndose para cerrar la puerta con ella.

Fuera hacía una temperatura inesperadamente agradable para la hora y la época del año. El cielo estaba despejado, una gigantesca cúpula aterciopelada salpicada de más estrellas de las que había visto jamás. Vio la luz de la luna, pero no pudo encontrar la propia luna, que debía de estar baja, cerca del horizonte, o tal vez oculta detrás de las copas más altas de los árboles del bosque. De pequeña no entendía que la luna salía y se ponía; imaginaba vagamente que estaba siempre en el cielo, en una posición fija, aunque vista desde ángulos diferentes, incluso de día, cuando el sol la volvía invisible, y no siempre, pues a veces asomaba como una especie de fantasma transparente en el cielo azul y brillante, ciertas mañanas de otoño y tardes de invierno.

El patio estaba empedrado con adoquines planos y redondeados colocados de lado, uno junto a otro y ligeramente superpuestos, como las escamas de un pez, lo cual hacía difícil andar por los bordes afilados. Supuso que estaban colocados así para que los animales de la granja no entraran en el patio.

¿Cómo diablos podía vivir la gente en el campo?

Se abrió paso a tientas a lo largo de la tapia, rodeando una nudosa glicinia casi sin hojas con el tronco tan ancho como el muslo de un hombre, y llegó a una puerta estrecha con un arco. Supuso que la puerta metálica estaría cerrada, pero no lo estaba; tendría que considerar lo de los cerrojos y demás: era evidente que Dick Lascelles no había revisado la casa con la escrupulosidad debida. Tal vez la seguridad no fuera parte de su misión y fuese obligación de quienquiera que estuviese al mando de las patrullas del ejército. Se dijo que tenía que averiguar quién era y hablar con él cuanto antes.

Descorrió el cerrojo de la puerta —este sí que chirrió quejoso, aunque no muy fuerte— y pasó por debajo del arco hacia el jardín. El claro de luna que tenía delante era una especie de brillo opaco, como una telaraña que lo cubriera todo; más luminoso ahí, sin duda, que en la ciudad; supuso que siempre era así lejos de la metrópoli: la luz más luminosa y la oscuridad más oscura.

Ahora tenía la luna detrás, así que la tapia a su espalda arrojaba una cuña de oscuridad sobre el jardín. En realidad no veía la hierba que pisaba, tan negra era la sombra que la cubría, y solo notaba su presencia por la blandura del suelo.

Se quedó inmóvil, mirando aquí y allá. El bosque, a su derecha, formaba una densa masa negra, una espesura aparentemente impenetrable, que volvió a recordarle a los cuentos de hadas, a la bruja malvada y a la manzana, a la Bella Durmiente encerrada en su castillo en medio de un bosque de espinos.

Con las dos manos se subió los pantalones de pana hasta la cintura, pues corría el peligro de

tropezar con los bajos —los pantalones se le habían caído por un lado por el peso de la pistola que llevaba en el bolsillo y por el otro por el de la linterna y la llave de la puerta trasera—, y continuó andando a lo largo de la tapia, en esta ocasión por el lado exterior, agradecida por su sombra protectora.

En el bosque, un ave nocturna soltó un grito desgarrador que la sobresaltó. ¿Qué era? ¿Un búho? La verdad es que nunca le había gustado la naturaleza, o ni siquiera había pensado mucho en ella, y ahora la idea de estar rodeada de animales salvajes, en los árboles, en la maleza, en las madrigueras subterráneas, le dio escalofríos. Había crecido en Wimbledon, y se había educado en el colegio Roedean, donde los domingos por la tarde la llevaban con las otras niñas de su clase a dar tediosos paseos con una estricta vigilancia por los Downs de Sussex. En una de esas salidas, una gaviota hizo sus necesidades en la copa de su sombrero del uniforme. A la maestra no le había hecho ninguna gracia y la había regañado, lo cual a Celia le pareció muy injusto.

No, que se quedasen otros con la naturaleza; ella prefería las calles abarrotadas de Piccadilly o Fitzrovia, o incluso la calle Mayor de Wimbledon.

Empezó a pensar que era una tontería haber emprendido esa búsqueda inútil, solo porque hubiese creído ver con el rabillo del ojo una sombra que se movía en el jardín en la oscuridad de la noche. ¿Acaso no merodeaban esas omnipresentes criaturas salvajes al caer la tarde, cazando, escarbando y demás? Sin duda, lo que había visto debía de haber sido una de ellas, si es que había visto algo. Un ciervo, probablemente; o incluso un animal doméstico, ¿no había dicho el duque que había un gato en la casa?, o algún animal que se hubiera escapado del establo. Qué tonta se sentiría si acababa apuntando con la Browning a una vaca.

¿Estaba perdiendo los nervios, o si no los nervios al menos el juicio, para salir allí solo por una sombra? Se recordó a sí misma, una vez más, que era una profesional, y que la clave de ser una profesional era estar preparada y ser capaz de cumplir con cualquier misión. Pero lo último que esperaba era que, en plena guerra, cuando la civilización misma estaba en peligro, la enviarían nada menos que a cuidar de dos niñas. Ciertamente, no eran dos niñas cualesquiera, pero no dejaban de ser dos niñas.

«No se olvide de avisarme cuando liquide a su primer alemán», le había dicho alegremente a modo de despedida el cabo Lucas.

El cabo Lucas era el joven del campo de tiro que le había enseñado a usar la Browning, la postura correcta para sujetarla, cómo apuntar con ella y qué hacer con el gatillo: «No lo apriete, guapa, acarícielo», le había dicho, guiñándole insinuante el ojo, aunque ella optó por hacer como si no lo viera.

Pero ninguno de los dos pensó que estuviese bromeando cuando le habló de matar alemanes, aunque al decirlo le sonriera con un gesto descarado y de soslayo que seguro que él creía irresistible.

Matar a gente no era precisamente lo primero que había pensado cuando decidió solicitar un

puesto en el servicio de seguridad, pero había ingresado —o más bien la habían dejado ingresar medio a regañadientes— antes de la guerra, y, ahora que el enemigo estaba a las puertas, estaba más que dispuesta a utilizar su arma contra él, de hecho contra ellos, si llegaba la ocasión.

Puede que pareciera una versión más guapa de Vera Lynn —más de un joven había creído ver un parecido, aunque Celia no tenía la dentadura de la «novia de las tropas», gracias a Dios—, pero había una faceta suya que no solo no temía la posibilidad de la violencia, sino que la anhelaba en secreto. Su padre tenía razón: era dura, y estaba deseando poner a prueba su dureza.

En vista de lo cual, era una suerte que no hubiese oído a su jefe, Lesley Manling, decir en una ocasión de ella, mientras comía con tres colegas en el Travellers Club, que, aunque ella se creía una mezcla de Juana de Arco y la reina de las amazonas, se parecía más a la señorita Muffet de la cancioncilla infantil.

—Sí, sentada en su taburete —respondió uno de los otros, y todos soltaron una risa ronca.

En cualquier caso, ella era muy consciente de que lo que más apreciaba estaba gravemente amenazado. Había crecido en un jardín inglés, pero el jardín se había convertido en una selva, donde la ley, como en todas las selvas, era matar o que te mataran.

¡Y mira dónde había acabado! La línea Maginot estaba muy lejos de Tipperary.

Esta no era la primera vez que hacía de niñera, que era como llamaban a estas misiones en el servicio, en este caso con razón. Más o menos un año antes, justo después del inicio de la guerra, al primer secretario de la embajada británica en El Cairo, un individuo llamado Watson-Wade, cuyo trabajo implicaba de manera natural un poco de espionaje, lo habían sorprendido pasando información a su colega alemán. No había motivos ideológicos, el tipo lo había hecho solo por dinero: tenía una esposa cara. Lo habían llamado a Londres para dar un informe rutinario, pero en cuanto puso el pie en suelo británico lo detuvieron y lo trasladaron a un agujero secreto y bien custodiado en el interior de Cornualles, para que los chicos de la seguridad interna lo pasaran por el exprimidor.

Antes de partir de El Cairo, Watson-Wade había preguntado si podía llevar consigo a su mujer, y habían juzgado aconsejable permitirselo, pues de lo contrario podía haber sospechado algo e incluso huido. La mujer se llamaba Siri y era cristiana copta. Celia, para su propia vergüenza, jamás había oído hablar de los coptos y ni siquiera sabía que hubiese una secta cristiana en Egipto.

La mujer era guapa, tenía que admitir Celia, aunque de un modo curtido y meridional, con la piel suave y morena con un toque de negro mezclado con el bronceado, parecida de hecho a la tez tostada por el viento y el sol de Dick Lascelles. Tenía los pómulos marcados, los ojos negros y brillantes como pozas de agua en un oasis, manos nervudas y dedos largos y ahusados adornados con gruesos anillos de oro repujados con piedras preciosas.

Era evidente, en vista de esa opulencia, por qué el pobre Watson-Wade había tenido que vender secretos por dinero.

Como Celia era la única mujer disponible, la habían destinado a cuidar de la señora Uve Doble Uve Doble, como la llamaba todo el mundo —a veces incluso en los informes oficiales—, y que, como era previsible, tenía una personalidad crispada por no decir histérica.

Las instalaron a las dos en Bayswater, en un piso moderno, deprimente y abarrotado, con cortinas de plástico, que debían estar echadas día y noche para evitar las miradas de los transeúntes curiosos. Se alimentaban de comida enlatada, bebían incontables tazas de té —la señora Uve Doble Uve Doble tomaba el suyo negro como el alquitrán—, y durante las horas del apagón dormían como podían en camas de campaña cuyo bastidor chillaba de dolor al primer movimiento de sus ocupantes. La señora Uve Doble Uve Doble apenas hacía otra que cosa que ir y venir por el piso, toquetear lo que Celia tomó por una especie de rosario, fumar malolientes cigarrillos egipcios —había traído dos docenas de paquetes en la maleta— y despotricar contra las autoridades británicas que habían secuestrado a su marido y se lo habían llevado a Dios sabe dónde para hacerle Dios sabe qué. No le habían informado de qué se le acusaba, pero por supuesto ella lo había adivinado; de hecho, Celia sospechaba que sabía muy bien a qué se había dedicado.

La noche del tercer día de su encierro, llegaron un par de gorilas con gabardina y, con gran alivio para Celia, se llevaron a esa dichosa mujer, que siguió quejándose con voz chillona, en un coche con la ventanilla trasera y las laterales tapadas. Luego, Celia se enteró por fuentes oficiosas de que habían juzgado a WatsonWade a puerta cerrada, lo habían encontrado culpable de traición y lo habían enviado a la cárcel de Pentonville, mientras que a su mujer la metieron en un avión de transporte de la RAF en Brize Norton, después de amordazarla para acallar sus gritos de protesta, y la enviaron de vuelta a El Cairo.

En los tres largos días que pasaron juntas, la mujer había hecho caso omiso de Celia, excepto cuando interrumpía su ir y venir para dedicarle inconfundibles maldiciones en voz baja, ya fuese en egipcio o en copto —si es que los coptos tenían una lengua—, acercando su rostro al de Celia, con los labios apartados, mostrando los dientes y cubriéndola de saliva.

No obstante, hubo un momento de calma cuando, agotada y con la cara sucia de lágrimas —la alheña de los párpados se le había corrido por las mejillas formando largos regueros negros—, la mujer se desplomó en uno de los dos sillones cubiertos de cretona en lo que llamaban con mucha imaginación la sala de estar y se quedó allí acurrucada largo rato, mirando con fijeza hacia delante con ambos puños apretados contra la boca.

—¿Sabe? —dijo por fin, con la voz ronca y quebrada después de pasarse casi todo el día despotricando—, ustedes los ingleses se creen los dueños legítimos del mundo, como si el pueblo elegido fuesen ustedes y no los judíos.

Celia, agotada también por la constante tensión y por los gritos inacabables, se dejó caer en el otro sillón que había enfrente al lado del fuego de gas y, casi sin saber cuáles serían sus palabras, se oyó decir:

—Pero no fue a propósito. Alguien, lord Curzon o alguien parecido, dijo una vez que Gran Bretaña había acumulado su imperio por accidente.

Al oírla, la señora Watson-Wade resopló con profundo desprecio.

—¡Ja! Así es como se engañan y limpian su conciencia, si es que la tienen. Pero son como animales rabiosos; como todos, embisten contra el mundo y arrancan trozos sanguinolentos con sus dientes y sus garras. Chacales, eso es lo que son. —Y una vez más hizo aquel gesto desdeñoso con los labios—. ¡Simpáticos chacales patrioteros!

Celia se había quedado horrorizada y fascinada. La voz de la mujer le había sonado de pronto tan antigua como el país del que procedía, la voz de una sibila, o de una esfinge, implacable y aterradora, hablando desde las cegadoras extensiones abrasadas por el sol del desierto. Lo impresionante no era lo que había dicho, sino el tono en que lo había dicho. Hasta ese momento, a Celia no se le había ocurrido que Inglaterra, su Inglaterra, con sus suaves colinas, sus casitas de campo, el Big Ben, el rey y la reina, el pudin de Yorkshire y los helados a la orilla del mar, pudiera ser objeto de un odio y un desprecio tan violentos.

Watson-Wade murió en Pentonville, poco después de dictarse la sentencia. Lo encontraron colgado de una sábana rasgada y anudada a los barrotes de la ventana de su celda una fría noche de diciembre; supuestamente había sido un suicidio, pero en el cuartel general del servicio, que en la época estaba ubicado temporal e irónicamente en otra cárcel, Wormwood Scrubs, desalojada con ese propósito, se rumoreaba que dos hombres con gabardina, habían ido a visitarlo ese día, y que nadie los había visto salir, al menos por la puerta principal. Solo llevaban unas pocas semanas en guerra, y, como la vez anterior, todo el mundo decía que terminaría antes de Navidad; todo el mundo, claro, menos los que habían participado en la anterior.

¿Sería posible que pudieran perder la guerra?, se preguntó a sí misma Celia. ¿Podría ser derrotada Inglaterra, y su pueblo acabar sometido y esclavizado? Esa posibilidad no se le había ocurrido ni por un momento, hasta que se enteró de la muerte de WatsonWade.

No sabía por qué su muerte, por mano propia o ajena, tendría que causarle tan negros presentimientos, pero así fue; y no habían disminuido por más que los había empujado al fondo de su conciencia. Estaban siempre ahí, las imágenes del pobre hombre, por más que fuese un traidor, colgando del cuello en su celda, y de su mujer, ahora su viuda, en una mísera habitación de El Cairo encima de un zoco, llorando su dolor ante la ventana abierta donde una luna como una cimitarra colgaba torcida en el pálido azul nocturno tachonado de estrellas indiferentes, mientras a lo lejos, en el norte, vastos escuadrones de hombres y máquinas avanzaban implacables hacia el oeste por los campos, ciudades y pueblos de una Europa que pronto estaría anegada en sangre.

Celia sabía que, si llegaban los alemanes, ella y los demás agentes como ella serían los primeros en ser fusilados.

De pronto, en la oscuridad del jardín, algo la arrancó de sus lúgubres ensoñaciones. Se ocultó

en la negra sombra de la tapia y empuñó la pistola que llevaba en el bolsillo, que le pareció enorme y difícil de manejar en su puño frágil y pequeño.

Había una figura de pie, totalmente inmóvil, debajo de un árbol en la linde del bosque. No sabía cómo había podido verlo, pues, al igual que ella, estaba envuelto en sombras, pero el caso es que lo vio.

Llevaba lo que a ella le pareció una gabardina.

No tuvo miedo, no exactamente. Todos sus sentidos estaban alerta. Los latidos de su corazón, que ella pensaba que se acelerarían, se habían ralentizado hasta seguir un ritmo firme, casi solemne; era como el retumbar lejano de un tambor fúnebre. Temió hacerse pis no de miedo, sino por la presión de la adrenalina que corría por sus venas.

Sacó la Browning del bolsillo y le quitó el seguro.

¿Y ahora qué? Todo parecía irreal, como sacado de una película de serie B de Hollywood; un jardín en plena noche, una figura misteriosa oculta entre las sombras y una rubia con una pistola en la mano. Lo único que faltaba era el gemido de una sirena de policía en la distancia.

Habría podido ser divertido, pero no lo era.

No era una película; estaba ocurriendo de verdad. Alguien podía acabar muriendo, y ella podía ser ese alguien, incluso aunque estuviese armada y prevenida. Sí, era real, pero, en cierto modo..., en fin, en cierto modo también ridículo.

Al verlo, pensó que el hombre al pie de árbol podía ser un intruso, aunque no fuese necesariamente una amenaza para sus pupilas reales. En el mejor de los casos podía ser un cazador furtivo, pero en el peor de..., en fin, no estaba segura de qué podía ser en el peor de los casos.

¿O puede que no fuese ningún intruso? ¿No sería alguien del servicio doméstico? Por lo que ella sabía, podía haber una tradición centenaria según la cual algún pobre palurdo tuviera que montar guardia toda la noche, incluso en tiempo de paz, incluso cuando no había ningúnpreciado huésped en la mansión que necesitara protección. Podía tener un título: el Centinela Nocturno de su Excelencia, o algo igual de absurdo y anticuado. Estuvo a punto de echarse a reír; la tensión la estaba mareando.

La muñeca le dolía por el peso de la pistola —¿por qué tenía que pesar tanto?— y cada vez estaba más impaciente, titubeando allí, incapaz de pensar qué debía hacer con exactitud. Por alguna razón tuvo la impresión de que la situación requería un comportamiento muy puntilloso, pero no habría sabido decir por qué.

—¡Usted! —gritó, con una voz que sonó extrañamente insulsa en la vastedad de la noche—. ¡Usted, el de debajo del árbol..., salga de ahí! —El hombre de la gabardina se sobresaltó, y giró la cabeza a un lado y al otro, evidentemente sorprendido e incapaz de decir con exactitud de dónde llegaba la voz—. Salga —volvió a gritar Celia—, salga de la sombra. En la hierba, donde pueda verlo. Se lo advierto, estoy armada.

Ahora que había tomado la iniciativa, la situación parecía incluso más melodramática e irreal

que hasta ese momento. Incluso se le pasó por la imaginación que todo podía ser una broma, organizada para asustarla y demostrarle que era la tonta que había negado ser, y que por la mañana sería el hazmerreír de toda la casa, tanto de los criados como de los señores. Había oído que a los irlandeses les encantaba burlarse de los desconocidos y hacerles quedar como idiotas —¿no había algo llamado una «broma irlandesa»?— y que se suponía que eso era parte de su encanto.

Por fin, el tipo salió de su extraño trance y dio dos pasos adelante hacia el leve brillo mercurial del claro de luna, y se detuvo. Llevaba sombrero, y tenía la mano derecha en el bolsillo de la gabardina. ¿Y si él también tenía una pistola? Ni siquiera tendría que sacarla del bolsillo, podía disparar a través de la tela.

Pero no sabría adónde apuntar, puesto que no podía verla, acurrucada como estaba en la negra sombra de la tapia..., ¿o sí?

—¡Levante las manos!

Nunca había imaginado oír decir esa frase en la vida real, y desde luego no a sí misma.

—¿Señorita Nashe? —preguntó dubitativo el hombre del jardín. Sonó como si estuviese a punto de echarse a reír.

Era Stafford, o Strafford, o comoquiera que se llamase... ese irlandés extraño que no tenía acento irlandés. ¡Maldita sea! Ahora sí que se sintió idiota; menos mal que era de noche o la habría visto ruborizarse de vergüenza

Se incorporó, volvió a poner el seguro de la pistola y se la guardó en el bolsillo de los pantalones. Salió de la sombra protectora hasta la hierba. Ahora que sus ojos se habían acostumbrado podía ver con claridad. Todo estaba bien definido, aunque todo fuera distinto, como si estuviese viendo la escena en un negativo fotográfico.

—¿Qué hace aquí? —preguntó con voz más irritada que antes.

—Yo podría preguntarle lo mismo —respondió Strafford.

No parecía nada desconcertado, después de su primera sorpresa al verse sorprendido de manera tan inesperada, en un jardín, en plena noche. De hecho, ella sospechó que estaba sonriendo.

La oleada de adrenalina había pasado, y de pronto fue consciente de la frialdad del aire.

—¿Por qué está aquí? —volvió a preguntar.

—Me ha parecido oír algo —respondió él—. Una especie de grito.

Debía de haber sido el grito de Mary. Le sorprendió: sus habitaciones estaban a cierta distancia de la mansión, al otro lado de los establos. Debía de tener muy buen oído; también le sorprendió que estuviera tan vigilante. Si ella hubiese estado dormida en los establos, ¿habría oído un grito, aunque fuese tan agudo, desde tan lejos?

Él pareció leerle el pensamiento, pues añadió:

—Estaba despierto, leyendo. Lo siento, pero padezco un poco de insomnio.

Ella no lo creyó, pensó que debía de ser una mentira piadosa, por si alguien lo acusaba de estar

despierto y vigilante mientras los demás dormían. O sea, que era un caballero. No estaba acostumbrada a semejantes demostraciones de tacto en su trabajo. Le hizo sospechar; ¿estaría burlándose de ella? Se dijo que no debía estar siempre a la defensiva. Era una debilidad suya, pensar siempre que se estaban burlando de ella. Esperó que eso no fuese señal de una profunda inseguridad; tendría que soportar muchas burlas masculinas, si es que iba a hacer carrera en el servicio.

—Es probable que sí oyera usted algo —dijo—. Fue un grito. La pequeña, Mary, tuvo una pesadilla. Soñó que había un hombre en el bosque y que el cielo estaba en llamas.

—¡Ah!, por eso está usted aquí.

—No había nadie, ¿verdad? Quiero decir aparte de nosotros. ¿Ha visto a alguien?, ¿a algún intruso?

—Ni a un alma.

—Dijo que el hombre tenía la cabeza de pájaro.

—Bueno, desde luego no he visto a nadie así. Tampoco he visto el cielo en llamas.

—Ya se lo he dicho —respondió con sequedad—, era un sueño.

—Sí, claro —replicó en tono más humilde.

Y, no obstante, Celia notó que también él se sentía cogido en falta. Debía de ser vergonzoso que a uno lo sorprendieran así, merodeando en la oscuridad entre los árboles. A lo mejor estaba orinando; por lo que ella sabía, bastaba que los hombres salieran de los confines de las cuatro paredes en las que se encontraran para que sintiesen la inmediata necesidad de desabrocharse la bragueta y apuntar al árbol o la maleza más cercanos. Seres primitivos. Bueno, si por el motivo que fuese se sentía incómodo, ella se alegraba. Equilibraba la balanza entre ambos, que se había inclinado mucho hacia su lado el día anterior cuando se permitió expresar todas sus dudas e incertidumbres. Ahora podía empezar de nuevo, en pie de igualdad: los dos se habían puesto en ridículo.

—¿De verdad tiene un arma? —preguntó él.

Sonó impresionado y escéptico al mismo tiempo, y también vagamente divertido.

—¿Y usted? —replicó ella.

—No. Bueno, tengo una, quiero decir que me dieron una, pero no la tengo conmigo. Supongo que ha sido una negligencia por mi parte.

Su timidez resultaba irritante y al mismo tiempo extrañamente reconfortante; sí, los dos habían sido cogidos en falta.

—Pronto amanecerá —dijo ella.

—Sí. ¿Está bien la niña?

—Pues claro. Ya se lo he dicho: ha sido solo un sueño.

Una luna creciente se había alzado detrás del bosque y colgaba por encima de la masa de

árboles, como apoyada en una hamaca invisible. Strafford ladeó la cabeza y se quedó mirándola pensativo.

—¿Me habría disparado? —preguntó con suavidad, todavía contemplando la luna.

—A usted espero que no, pero a otra persona sí. Quiero decir a un intruso.

—¿Lo ha hecho antes?, me refiero a lo de dispararle a alguien.

De pronto ella cayó en que debía de ser mayor que él. Le habría gustado saber cuántos años. ¿Tres?, ¿cuatro? ¿Tal vez más? Le sorprendió pensarlo. Casi todas sus amigas ya estaban casadas.

—Hace frío —dijo con brusquedad—. Deberíamos entrar.

Ella tenía razón al pensar que lo había cogido en desventaja, y también al suponer que había mentido al decir que estaba despierto cuando oyó el grito. Era verdad que sufría episodios de insomnio, algunos de los cuales duraban meses, pero esa noche estaba profundamente dormido cuando le despertó el grito de la niña. Había sido una tontería fingir lo contrario, y no estaba seguro de por qué lo había hecho.

Cuando el grito perforó el silencio de la noche, se había levantado con un sobresalto de su camastro estrecho —cuyos muelles cedidos hicieron un estridente tintineo— y no había reconocido el oscuro lugar dónde se encontraba.

Estaba seguro de que lo que había oído era un grito. ¿Tal vez un conejo al ser atacado por un zorro? Había oído esos ruidos de niño en Roslea. Siempre le habían helado la sangre, cuando estaba en la cama contemplando las sombras del follaje en la pared y oyendo gemir el viento nocturno debajo de los aleros de la casa vieja, y pensaba en la minúscula criatura que agonizaba en una zanja fangosa de algún campo lejano.

Pero ¿y si lo que había oído no era el gemido de un animal agonizante, sino alguna criatura humana aterrorizada?

Se levantó temblando en el aire frío y húmedo —ni siquiera el caluroso verano de ese año había entibiado las piedras de las paredes del establo— y se puso un jersey y unos pantalones encima del pijama, se echó por encima la gabardina, se abrochó el cinturón, todavía medio adormilado, cogió el sombrero y se internó en la noche.

Fuera el aire era sorprendentemente tibio, casi cálido. El cielo estaba despejado y la luna pendía sobre el bosque, como un ojo brillante bajo el párpado que siguiera sus movimientos con interés vengativo; la luna siempre le había parecido inquietante, un testigo sigiloso colgado allí arriba, observándolo todo.

Fue por el patio de adoquines hasta la casa. No había luz en las ventanas y la puerta trasera estaba cerrada. Se quedó escuchando, pero no oyó ni un solo ruido.

Tal vez lo del grito lo hubiese imaginado o soñado.

Rodeó la casa, moviéndose con facilidad a la luz del claro de luna, llegó al jardín y anduvo a lo largo de la linde del bosque antes de volverse hacia el ala oeste que sobresalía del edificio. Allí tampoco había luz en ninguna ventana. No pudo identificar dónde estaba la habitación de las niñas. Tal vez estuviese en el lado equivocado de la casa.

Algo pasó volando sobre su cabeza, aunque bastante bajo, haciendo un ruido sordo y susurrante en la oscuridad. alguna ave nocturna, supuso, de caza.

Retrocedió hacia la sombra de los árboles.

Hacía mucho que no estaba así, en el jardín de una casa de campo, en plena noche. Le sorprendió lo lejos que alcanzaba la vista, a través de los campos y los prados. Una larga bufanda de niebla blanca se extendía en un hueco al pie de una colina lejana, inmóvil como si la tierra hubiese exhalado un último suspiro antes de sumirse en el sueño. Olió la parda y densa fragancia de las margas y las hojas caídas. La luna brillaba entre la espesura por encima de él. Era como si algo estuviese dispuesto a manifestarse, alguna verdad íntima y profunda, y la cabeza le dio vueltas en una especie de éxtasis mudo mientras esperaba el secreto que sin duda estaba a punto de revelarse.

Luego había oído la voz de una mujer y él se había estremecido de miedo y súbita conciencia de sí mismo, con la nuca acalorada y un cosquilleo en la punta de los dedos.

Reconoció la voz de Celia. Le impresionó su frialdad. Era una presencia singular, ahí de pie delante de él, envuelta en la telaraña gris del claro de luna, al mismo tiempo sustancial —esa gruesa chaqueta y esos pantalones de acordeón— e irreal, como uno de los duendes de los bosques que aparecen ante las candilejas una sola escena. El gorro, con las orejeras levantadas a ambos lados, le daba el aspecto de un enorme animal peludo de juguete.

¿Quién era en realidad Celia Nashe? ¿Qué era? ¿De verdad había jóvenes como ella, tan serias y bien proporcionadas, en el servicio de seguridad? Pensaba que todo serían tipos de las colonias con barba de varios días, al estilo de Lascelles, o veteranos medio chiflados de gatillo fácil de los campos de batalla del Veldt o de Flandes.

Cuando ella dijo lo del frío y propuso que entraran, él estuvo de acuerdo, aunque no le parecía que hiciese frío, y eso que su gabardina era la mitad de gruesa que la chaqueta de ella. No le habría extrañado tener un poco de fiebre.

—No le haría ascos a una taza de té —añadió Celia, al volverse en dirección a la casa y la puerta de la tapia.

Fue delante por los adoquines y entraron por la puerta trasera.

Comparada con el claro de luna de fuera, la cocina parecía sumida en una impenetrable oscuridad. Tantearon la pared en busca de interruptores, pero allí no había electricidad. Strafford consiguió encontrar un quinqué y lo encendió, la bulbosa pantalla de cristal floreció como la cabeza de un gigantesco tulipán dorado. Celia, a su vez, encendió media docena de velas que había en un candelero sobre la mesa. Las sombras bailaron en las paredes a su alrededor.

El carbón de los fogones se había apagado hacía muchas horas; aún estaban demasiado calientes para tocarlos, pero no lo suficiente para calentar agua. Había un hornillo de gas, un artilugio alargado y ennegrecido apoyado en cuatro patas de hierro forjado extrañamente delicadas. Strafford encendió uno de los quemadores y puso el agua a hervir, mientras Celia preparaba las tazas, las cucharas, un azucarero y una jarra de leche. La leche resultó estar agria, pero, daba igual, tomarían el té solo. Celia pensó en la pobre señora Uve Doble Uve Doble y en

dónde estaría en ese momento. Tal vez hubiese olvidado Inglaterra y a los ingleses; tal vez se hubiese obligado a olvidar a su difunto marido y hubiera vuelto a casarse; no parecía de las que se quedan solteras mucho tiempo.

Celia echó el té en una tetera de porcelana, y Strafford le pasó el hervidor de agua.

Se sentaron cada uno en una esquina de la enorme mesa de pino.

—Es como un banquete a medianoche en el colegio —dijo Celia—, solo que sin las salchichas y los bollos. ¿Usted hacía banquetes a medianoche de niño?

—Fui a una escuela cuáquera —contestó Strafford—. No participábamos en muchas festividades de esa naturaleza.

—Dios mío. Suena muy lúgubre.

—En realidad no. En conjunto no estaba mal.

—Tuvo suerte. Mis hermanos lo pasaron fatal. Estuvieron en un colegio al estilo de Dotheboys Hall, ya me entiende.

Ahí, pensó Strafford, tenía una oportunidad para saber algo de sus orígenes y su educación en general. Aun así, dudó. ¿Quería conocerla en otras facetas, aparte de la profesional? No tenía ni idea de cuánto tiempo tendría que pasar en Clonmillis con ella, o al menos cerca de ella, pues lo de estar con ella no parecía una verdadera posibilidad.

Desde el primer momento le había dado la impresión de que no era una persona que pudiera interesarle especialmente. Agradable y admirable —incluso apetecible—, pero ni mucho menos fascinante. Le pareció una de esas inglesas amables, sosas y bien educadas que se veían a veces a este lado del mar de Irlanda, por lo general en bailes de caza durante la Semana de las Carreras de Caballos de Dublín, cuando llegaban pequeños grupitos de ellas desde Londres, como exploradoras decididas a conocer la vida y las costumbres de los nativos de una isla exótica y legendaria, Hy-Brasil de los Malditos, como le gustaba decir a un amigo suyo, un patólogo recién graduado que tenía un humor mordaz.

Siempre le sorprendía pensar que no se había enamorado de nadie, o al menos no demasiado. No tenía novia ni perspectivas de tenerla; incluso la palabra «novia» le sonaba improbable, y le sugería no la pasión y los trabajos del amor, sino más bien niñas en el internado, ruidosos partidos de hockey, encaprichamientos, notitas amorosas perfumadas y cajitas atadas con una cinta rosa. Era raro.

No era que no le interesaran las mujeres; todo lo contrario. Era solo que el cortejo y todo lo que implicaba le parecían demasiado complicado y un estorbo. Eso también era raro, suponía; pero, claro, la mayor parte del tiempo se sentía raro consigo mismo.

Había una actriz que le había presentado hacía poco precisamente su amigo el patólogo, pero después de una tensa primera cita —un té en el Shelbourne, un susurro de voces aflautadas en el salón de techo alto y la lluvia en los árboles al otro lado de la calle en Saint Stephen's Green—, ella empezó a colgar al oír su voz al teléfono; luego le dijeron que estaba saliendo con otro, un

inglés, por lo visto. No había sido una gran decepción; se habría sentido perdido en su mundo de noches de estreno, resacas por la mañana e interminables cotilleos teatrales.

Al menos fue lo que se dijo a sí mismo.

Isabel Galloway, la joven en cuestión —o, más bien, no en cuestión, se dijo con ironía—, era histriónica, frágil y brillante, pero también inteligente y no se dejaba manipular. ¿Debería haber insistido? Solo de pensar en tanto esfuerzo soltó un suspiro fatigado, que hizo que se irritara consigo mismo. Su padre a menudo bromeaba, a su manera astuta pero cariñosa, diciendo que, de los dos, él parecía el más viejo.

—Supongo que usted tampoco solicitó este puesto, ¿no? —preguntó entonces Celia Nashe.

A través de la ventana, Strafford vio un leve y sucio resplandor por encima del bosque. Un amanecer de octubre.

—En mi trabajo no podemos escoger —dijo.

—En el mío, tampoco —respondió enseguida Celia, como para subrayar la idea de que su «trabajo» no era más fácil que el de él.

Buscó en los bolsillos de su chaqueta de lana, sacó un paquete de Senior Service y encendió un cigarrillo. Cuando frunció los labios en un pequeño círculo y los inclinó hacia arriba para exhalar una bocanada en dirección al techo, pareció por un momento un golfillo del East End silbando *Coronel Bogey*. Strafford sonrió para sus adentros. Después, ella cogió su gorro y su chaqueta. En conjunto, con las caderas estrechas y las piernas largas, tenía un aire de muchacho en el que él no había reparado. Sí, era atractiva en muchos sentidos, tenía que admitirlo. ¡Ah!, en fin...

Pero ¿qué sucedería si se enamoraba de ella? No imaginó por un momento que fuese a hacerlo, pero, aun así, ¿y si ocurría? Le partiría el corazón, eso sin duda. Era la típica chica capaz de hacerlo, enérgica y decidida; una persona convencida de la importancia de su papel en el plan general de las cosas, y nada dispuesta a tolerar un lastre, como un devoto admirador rechazado implorando detrás de sus talones. No se imaginaba siquiera como su amigo, mucho menos como su amante; pero, si se enamoraba, y ella lo aceptaba, aunque fuese por un tiempo, para divertirse, imaginaba con claridad cómo lo dejaría: «Vamos, domínate, por el amor de Dios, no es el fin del mundo, ya encontrarás a otra». Sí, podía imaginar ese momento a la perfección.

Celia, que había puesto un codo en la mesa y tenía la barbilla apoyada en la mano, dijo:

—Vaya usted a saber por qué los irlandeses nos odiarán tanto.

—¿A nosotros? —preguntó él, sorprendido.

Ella lo miró.

—Quiero decir a los ingleses.

—¡Ah!

Había pensado que debía de estar refiriéndose a otra cosa: a los agentes secretos, por ejemplo, o a los guardianes de la ley y el orden en general. Tenía una sensación de mareo matutino, y una

leve picazón ardiente justo debajo de la piel, como si tuviera la carne inflamada. También le picaban los ojos.

—¿Ha oído hablar de la rebelión de Desmond, aquí en Irlanda? —preguntó él, mirando todavía hacia la ventana y dando unos golpecitos en la mesa con los dedos de la mano izquierda: era una vieja costumbre suya.

—No —respondió Celia en un tono no muy interesado en el que él no pareció reparar—. ¿Cuándo fue eso?

—En realidad fueron dos revueltas —dijo, animándose; siempre le había gustado la historia, en el colegio y después en la universidad—. Una en Munster, al suroeste del país, en 1570, y otra diez años después. El conde de Desmond era el jefe del clan FitzGerald, por confuso que parezca. Los geraldinos, como se los llamaba, de manera aún más confusa, habían llegado con los normandos en el siglo XII, y con el tiempo llegaron a ser, según se decía, más irlandeses que los propios irlandeses. Seguían siendo señores feudales y querían independizarse de la corona; tampoco eran partidarios de la Reforma, que para ellos no era ninguna reforma, así que en parte fue una guerra religiosa, la primera, pero no la última. —Volvió a dar unos golpecitos en la mesa con la punta de los dedos—. En la década de 1570 sufrieron su primera derrota —prosiguió—, pero sobrevivieron para volver a levantarse. Dos veces fueron demasiadas para los ingleses. Enviaron tropas desde Dublín y procedieron a ejecutar de manera metódica y con gran crueldad a todos los hombres, mujeres y niños que pudieron encontrar; mataron al ganado y devastaron la región: muchos años después aún seguía habiendo hambrunas en Munster y murieron decenas de miles de personas. Al conde de Desmond lo persiguieron y le dieron muerte. Enviaron su cabeza a la reina Isabel en un saco, según la costumbre de la época, y el resto lo colgaron en las murallas de Cork. —Hizo una pausa y sonrió con gentileza—. Los irlandeses tienen buena memoria.

Celia observó la punta encendida del cigarrillo con el ceño fruncido.

—Sí, ya sé que se hicieron cosas horribles... —empezó ella.

—Y luego vino Cromwell —dijo animado Strafford, o con lo que en él parecía animación—. No olvidemos a Cromwell, su jefe de hombres, pero nuestro demonio encarnado.

La joven suspiró; no era que no le interesase Irlanda y las injusticias cometidas con ella por sus compatriotas, pero esos horrores habían ocurrido hacía mucho tiempo. ¿Y las cosas no menos horribles que estaban sucediendo ahora, al otro lado del mar de Irlanda, donde cada noche cientos de esos mismos compatriotas —hombres, mujeres y niños— estaban siendo masacrados por las bombas alemanas?

Strafford suspiró también, pero siguió sonriendo de aquel modo vagamente melancólico. Sabía que el cuello de la chaqueta del pijama le asomaba por encima del jersey que se había puesto.

—Lo siento —dijo—. No debería haberle contado eso, lo de las revueltas, Cromwell y demás..., pero usted me preguntó por qué los irlandeses odian tan ferozmente a algunos de ellos.

—¿De «ellos»?

Él sonrió.

—De nosotros.

En el ceño de Celia se habían formado dos arrugas paralelas y verticales sobre el puente de la nariz.

—¿Usted nos odia? —preguntó—. Por lo que he visto, se parece más a nosotros que a ellos.

—¡Ah!, pero en realidad no me conoce. —Strafford parecía estar divirtiéndose.

—Eso es cierto —admitió ella—. De hecho, acabo de caer en que ni siquiera sé su nombre de pila. —Él se lo dijo—. ¡Oh! —murmuró ella.

—Sí, casi todo el mundo reacciona igual.

—Es solo que nunca había conocido a un St. John

—Yo tampoco. Y, a propósito, son dos palabras, «Saint» y «John».

Ahora sí estuvo segura de que se estaba burlando de ella. Pero esta vez no le importó.

La verdad es que parecía muy joven, demasiado, sin duda, para ser subinspector. Le recordaba un poco al primer chico con el que había salido a los diecisiete años; el pelo le caía sobre la frente igual que a Strafford. Leslie se llamaba, Leslie Dixon; le pareció raro acordarse de él en ese momento, ahí, en la mesa de la cocina de una casa en la linde del bosque, en un país totalmente desconocido y, sin embargo, a poca distancia del suyo al otro lado del mar. «La vida es rara —pensó—, muy rara».

Se oyó un roce en un rincón, y apareció un gato enorme con los ojos ribeteados de rosa que los miró con frialdad y luego se alejó furtivo entre las sombras.

El alba iba cobrando fuerzas y hacía palidecer la luz de la vela. Los dos notaron que entre ellos se había cerrado sin hacer ruido algo que no sabían que estuviese abierto. Igual que una ventana, algo que por un momento había dejado sitio a una posibilidad y ahora era una barrera, transparente pero impenetrable.

El sueño de una noche de otoño, pensó Strafford, con una extraña y súbita punzada de tristeza.

Se levantó de la mesa, llevó la taza al fregadero, la aclaró debajo del grifo y la dejó boca abajo en el escurrerplatos de madera de roble.

—No veo cómo se puede odiar a un pueblo entero —dijo—. A determinados individuos sí, incluso a muchos, pero como colectivo, no. De todos modos, entiendo, en los huesos, la amargura que hay en este país contra lo que llama usted «nosotros», me refiero a los ingleses. —Entonces se volvió y se quedó de espaldas al fregadero con cierta tensión en la mirada—. No sé en qué estarían pensando sus jefes en Londres al enviar aquí a esas dos niñas. De todos los sitios del... —Se interrumpió, levantó la mano y volvió a bajarla en un gesto que expresaba futilidad—. Da igual —prosiguió—, están aquí, y nuestra misión es asegurarnos de que estén a salvo.

Pasó una larga semana, empezó otra y persistió el suave tiempo otoñal, con nieblas por la mañana, tardes humeantes y cielos nocturnos cuajados de estrellas y atravesados por una luna lenta y creciente, un arco de plata empañada con reflejos de oro pálido. Strafford se sobresaltó un poco al mirar el calendario y percatarse de cuánto tiempo había pasado desde su llegada a Clonmillis. ¿Qué había hecho esos días? Apenas podía recordarlo. Cuando miraba atrás era como si escudriñase a través de la niebla y las personas y los objetos se viesan borrosos solo hasta cierta distancia, y más allá todo se perdiera en un borrón inmóvil y blanco como el hielo.

Había ocupado gran parte del tiempo dedicándose a la lectura, su pasatiempo favorito. Había tomado el autobús a Clonmillis, que resultó ser un pueblo anónimo muy parecido a cualquier otro, y había ido en busca de la biblioteca Carnegie de la que le había hablado Celia. Se hallaba en el último piso del ayuntamiento, un enorme castillo ruritano de falso gótico decimonónico, con torretas, aspilleras e incluso un falso puente levadizo sobre un foso cubierto de hierba donde no había habido más agua que la de la lluvia. Se adentró en aquel silencio religioso y solicitó una tarjeta provisional de lector.

La bibliotecaria, una tal señorita Broaders, anticuada, de aspecto cansado y con cierto aire monjil, lo miró con un destello de interés, pero no hizo ningún intento de averiguar quién podía ser o cómo y por qué había llegado a esos andurriales. Luego descubrió que era viuda; supuso que todas las bibliotecarias tenían el título de señoritas. Mientras cumplimentaba el impreso para la tarjeta, pensó en dar unas señas falsas, pero en vez de eso se limitó a escribir: «Clonmillis Hall», al ver lo cual la señorita Broaders arqueó una ceja, aunque continuó sin preguntar nada.

Luego resultaría ser más complaciente, de hecho, más amable, de lo que cabía esperar por la inexpresividad de sus modales. Cuando le pidió *Mujeres enamoradas* de Lawrence, ella le informó, con un parpadeo entre divertido y airado —su enfado, comprendió Strafford, estaba dirigido no a él, sino a las leyes censoras del país—, de que el libro estaba prohibido en Irlanda. Después se volvió hacia la subdirectora de la biblioteca, una joven de apariencia tímida con tendencia a ruborizarse, le pidió que se ocupara unos minutos del mostrador y condujo a Strafford al aparcamiento de abajo, y a su coche, un Morris Ocho con una enorme abolladura en el parachoques frontal. Allí rebuscó entre un montón de libros que había en el asiento trasero y se volvió con un ejemplar de la novela que le había pedido.

—No diga que se la he dado yo —murmuró, y Strafford creyó detectar no exactamente un guiño, pero sí un aleteo del párpado izquierdo, acompañado de otra mueca breve y divertida por el turbio acto de complicidad en el que se habían visto obligados a participar.

Acompañó a la señorita Broaders de vuelta a la biblioteca —subieron, igual que habían bajado, por una salida de incendios, lo cual contribuyó a aumentar el aire clandestino de la transacción que acababa de ocurrir— y allí sacó bastantes libros más. Se suponía que podía sacar un máximo de tres ejemplares, pero podían hacer una excepción, dijo la señorita Broaders, ya que vivía fuera del pueblo; este descarado incumplimiento de las normas hizo que la subdirectora mirara de reojo a su jefa, sorprendida y escandalizada.

De camino a Clonmillis Hall, Strafford se sentó al fondo del autobús, sonriendo como un colegial, con su tesoro de libros alineados en el asiento de al lado. Siempre le parecía que los pequeños placeres de la vida eran los que más compensaban.

En la mansión se había apropiado desde el principio, con discreción, pero con firmeza, de la biblioteca. La gran sala cuadrada era húmeda y mohosa, y consiguió convencer a la señora O'Hanlon de que le ordenara a Maggie, la doncella, que le encendiera el fuego en la alta chimenea de mármol rojo. Después de comer —las comidas no se volvieron menos opresivas con el paso de los días—, se retiraba allí y pasaba la tarde feliz, ojeando las pilas de libros que la señorita Broaders le había permitido llevarse prestados tan generosamente.

No había discriminado mucho en su elección. Estaba el libro de Lawrence, que resultó ser una decepción; un librito delgado, sórdido y emocionante de Simenon; el volumen I de la *Historia de la guerra de los Treinta Años*, de Schiller; *El Robinson suizo*, uno de sus favoritos en su infancia, y algunos más. A lo largo de la semana siguiente los leería todos con idéntica apreciación, y, a veces, idéntica falta de atención, mientras dejaba vagar y derivar sus pensamientos en la dirección que quisieran desde las líneas de letra cursiva. Las andanzas de los alegres naufragos suizos —¿de verdad podía ser Robinson un nombre suizo?— no requerían mucha concentración, y debido a sus chapuceros hábitos de lectura salió del volumen de Schiller sabiendo tan poco de los conflictos religiosos del siglo XVII como antes, aunque le interesó comprobar que el libro lo había traducido un tal capitán Blaquiere de la Real Artillería Irlandesa, y que la edición que se había llevado prestada la había publicado un tal N. Kelly en Dublín, en 1800. Estas pruebas de propinqua antigüedad entibiaron su corazón esencialmente anticuado.

Le habría gustado saber qué habría dicho el inspector Hackett si lo hubiese visto haraganeando allí al lado de la chimenea con la nariz metida en un libro. Sospechaba que el inspector Hackett no era muy aficionado a la literatura.

Estas tardes regaladas le recordaron una época de su infancia en la que tuvo que quedarse en casa todo un trimestre sin ir al colegio, enfermo de ¿qué había sido? ¿Fiebre reumática? ¿Difteria? ¿Paperas? Fuese lo que fuese, el principal síntoma fue una lasitud crónica y no del todo desagradable que hizo que se sintiese como si estuviera tendido y suspendido en las cálidas y sudorosas profundidades de un colchón de plumas celestial. Ahora, en su sillón de la biblioteca de Clonmillis Hall, al lado del fuego, se permitió sumirse en el mismo estado de placer protegido, plumoso y solo levemente culpable.

En esos días de dicha bibliófila apenas vio a las niñas o a Celia Nashe. El duque entraba y conversaba con él de vez en cuando, con el pretexto de buscar este o aquel volumen, que ambos sabían que no tenía intención de abrir, y mucho menos de leer.

¿De qué hablaban en el curso de esas visitas? Strafford nunca recordaba cuál había sido el tema de la conversación cuando el duque se marchaba, con sus zapatillas de cuadros y la bufanda roja que llevaba a diario, desde por la mañana hasta la noche, quejándose de que el otoño hacía que le doliera la rodilla, y de que era una época peligrosa para sus pulmones, que todavía sufrían los efectos del ataque con gas en lo que invariablemente llamaba «la primera función», como si la Gran Guerra hubiese sido para él una larga y ruidosísima representación de cabaré.

A veces Strafford miraba hacia la ventana de cristales emplomados que había enfrente de la chimenea y vislumbraba a la princesa Elizabeth —sabía que debería obligarse a pensar en ella exclusivamente como «Ellen», pero a menudo lo olvidaba— trotando con el caballo que el duque le había dejado escoger de su media docena de monturas. Por supuesto, había escogido el mejor, un animal muy bien proporcionado llamado, en lo que a Strafford le parecía una feliz coincidencia, Príncipe. La magnífica criatura era de color gris parduzco oscuro, con la cabeza de puro caballo árabe y una capa que ondeaba como un campo de cebada movido por un cálido viento veraniego.

A los catorce años la niña era ya, como incluso Strafford podía ver, una excelente amazona; era un placer muy peculiar, casi de transporte estético, verlos a los dos, amazona y montura, moviéndose sobre la hierba en perfecta sincronía física: el animal, que daba la impresión de rozar apenas el suelo con la punta de los cascos, y la chica, erguida sobre la silla e inclinada hacia delante en un ángulo perfectamente mantenido, se transformaban en un ser, no de carne y hueso, sino de materiales mucho más insustanciales, sutiles y fluidos como el aire neblinoso, a través del cual los dos se deslizaban como fantasmas.

Era evidente que la chica adoraba el caballo de manera posesiva y apasionada, con toda la fuerza de su alma joven y en el fondo ardiente. Era su capricho, su alegre liberación de los rigores de ser quien y lo que era. Años después, cuando creciera y heredara la corona, recordaría al bello y armonioso animal con lágrimas de arrepentimiento y felicidad evocada. Era su amigo, su guía, su salvador; era él quien hacía soportable su estancia en Clonmillis Hall; era, en suma —ella se reiría avergonzada de sí misma de pensarlo—, su príncipe.

Ella sabía muy bien que su hermana había reparado, con su aguda mirada de costumbre, en el vínculo instantáneo que habían forjado ella y el animal. Mary —la princesa Elizabeth, como Strafford, aunque con más diligencia que él, se esforzaba en pensar en Margaret y en sí misma con sus nombres supuestos o, más bien, impuestos— era una amazona pasable, pero nada más.

Mary también lo sabía y no le importaba. Para ella, un caballo no tenía personalidad, era solo

una bestia torpe y enorme, una fuerza físicamente más poderosa que ella, pero que aun así no merecía su consideración ni por un instante. No eran los animales lo que le interesaba, sino las personas, aunque las que más la atraían eran las más raras, las que más cerca estaban de ser animales. Por eso le gustaba cuando la familia iba a Balmoral, donde el personal, sobre todo el personal de la finca, que eran todos escoceses, hablaba siempre como si estuviesen peleándose, y la mitad del tiempo así era. La excitaba ver a la gente discutiendo; nada la desalentaba más que la paz y la tranquilidad, y, en particular, la concordia.

Pero, ¡ay!, echaba de menos a sus padres. Una noche en que no podía dormir fue a la habitación de la señorita Nashe, se metió en el refugio de su cama y se acurrucó contra la espalda cálida y el pijama de seda de la joven. Sabía que debía estar furiosa consigo misma por ser tan débil, pero esa noche la oscuridad parecía especialmente oscura; y las sombras que la rodeaban, más temibles y más vivas; y las bombas, más cercanas, y el cielo, en llamas justo detrás del horizonte. La señorita Nashe se despertó, pero no dijo nada, solo se puso en una acogedora postura en forma de ese y enseguida las dos se quedaron dormidas. Ni siquiera por la mañana aludió a lo sucedido por la noche, como había temido Mary, que se sintió agradecida e intentó olvidar el desagradable apodo que había ideado para su discreto consuelo nocturno.

Otra vez era de noche, y una vez más Strafford se despertó de madrugada, esta vez no por culpa de un grito, sino por el estrépito apremiante de un teléfono en el cuarto de al lado.

Se quedó un momento escrutando la oscuridad con el corazón desbocado. Pensó en su madre. Tenía cuarenta y tantos años cuando enfermó. Era verano. Los médicos le dieron seis meses de vida y, desde luego, en Navidad supo, como ella misma dijo, que había llegado su hora. Se trasladó al piso de abajo al lecho que le había preparado la anciana Kate, la doncella, la última criada que les quedaba —la casa llevaba décadas en decadencia—, en un enorme y blando sofá de una de las habitaciones traseras que daban al jardín.

Allí, la mujer agonizante había pasado sus últimas semanas, con las ventanas cerradas para protegerla del frío del invierno y con un fuego de troncos de haya ardiendo día y noche en la chimenea de azulejos azules. Tenía una campanilla en el suelo a su lado, un bonito instrumento de latón con el mango de madera pulido por el largo uso, como los que utilizaban con vigor perverso los monitores del colegio de Strafford para señalar el final del recreo y el inicio de las clases. Su madre lo usaba para pedir su «medicina», como llamaba a los tragos de brandi que tomaba a intervalos frecuentes a lo largo del día y hasta última hora de la noche, para aliviar el dolor de su cuerpo en decadencia.

Era una convención que la botella de brandi no debía guardarse en su habitación, sino que, cada vez que la pidiera, debían llevarla desde el armario del comedor, oculta, se suponía, en la funda de una bolsa de agua caliente. Strafford había vuelto a casa del colegio para pasar las vacaciones de Navidad, y era quien respondía casi siempre a la llamada, pues su padre se había sumido en un estado de luto prematuro y, a menudo, Kate no oía la campana. Recordó, como si los estuviera viendo, los labios de la mujer agonizante temblando contra el borde del vaso, y las gotas de brandi sobre la pechera de su camisón.

Su madre y él nunca habían congeniado, no sabía muy bien por qué; había sido una decepción para ella, en un sentido que ni ella ni él acertaban a entender. Ahora sintió una oleada de culpabilidad al recordar lo mucho que le había impacientado que tardara tanto en morirse.

Se obligó a levantarse del camastro metálico, cogió una manta, se la echó sobre los hombros y fue a la otra habitación —en realidad no podía considerarse una sala de estar, aunque solo fuese porque apenas estaba en ella— con los calcetines puestos y maldiciendo para sus adentros.

Habían instalado un teléfono de campaña para que pudiera estar en contacto con el pelotón de soldados que vigilaba el perímetro de lo que llamaban «la Granja». Él era el enlace militar con la casa. En el cuarto de Celia Nashe habían instalado un aparato mucho más sofisticado que la ponía

en contacto directo con la embajada en Dublín, y desde allí con el cuartel general de Londres, en los Scrubs.

El artilugio que le habían proporcionado a Strafford era una sólida caja de madera de roble con un auricular colgado de un gancho, y una manivela metálica a un lado que servía para cargar las baterías; un fino cable de goma que salía de él pasaba por la ventana y seguía por el jardín y a través del bosque hasta un escondrijo camuflado entre los árboles, cerca de una garita, también camuflada, en la carretera de Clonmillis. Era un aparato muy sencillo, pero por lo visto funcionaba, puesto que estaba sonando. Estaba encima de la mesa, sonando estridente con insistencia; a Strafford le recordó a un bebé furioso reclamando su biberón. Descolgó el auricular.

—Sí, sí, ¿qué pasa?

La voz que le habló era difícil de distinguir por culpa de los parásitos. Parecía llegar del otro lado del globo, como si hubiese atravesado montañas, llanos y valles y se hubiese arrastrado por el fondo del océano hasta emerger, por fin, convertida en una especie de leve silbido élfico, del auricular de baquelita que tenía apretado contra el oído.

—Soy el comandante De Valera —dijo.

Strafford pensó que había oído mal o que era una broma.

—Al habla Strafford. ¿Puede repetirme quién es?

—De Valera..., el comandante Vivion de Valera.

—Entiendo. ¿Es usted familiar de...?

—¿Qué?

—Da igual.

Éamon de Valera era el *taoiseach*, el presidente del Gobierno, una figura controvertida y famosa por sus pocas simpatías por los ingleses: unos meses antes había rechazado una oferta de unidad de Irlanda, hecha por el propio Churchill en persona, a cambio de que Irlanda participara en la guerra y abriera sus puertos a la Armada británica.

Después de un corte en la conexión, la voz del teléfono volvió a graznar aún más estridente que antes.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Strafford.

—¡Hemos capturado a un intruso!

—¡Ah! Ya. Lo han capturado, ¿eh?

—¿Qué?

—Nada, nada. ¿Quién es?

—No quiere decirlo.

—¿No pueden sacárselo?

—¿Cómo? ¿Qué ha dicho?

Strafford suspiró. No era momento para groserías.

—Iré a verlo. ¿Dónde están?

—Lo llevaremos a la puerta principal.

Habían acordado que los miembros de la guardia militar no entrarían en el recinto de la Granja. Esto era parte de la complicada charada concebida para ocultar a las princesas el hecho de que estaban bajo vigilancia las veinticuatro horas del día. A Strafford le parecía una norma absurda, pero sabía que sería inútil protestar.

—Muy bien —dijo irritado—. Los veré allí. Denme tiempo para llegar, está muy lejos.

Colgó el auricular y empujó la caja contra la pared, no sin esfuerzo, pues era un artilugio pesado. Miró el reloj: las cinco y media. Se vistió, se puso la gabardina y el sombrero, se enrolló una bufanda de lana alrededor del cuello y salió a la oscuridad.

El cielo estaba nublado y no había luna, por lo que tuvo que usar una linterna de bolsillo para ver el camino. A primera hora de la noche había llovido con fuerza, y cuando echó a andar olió los campos empapados a ambos lados y notó la frescura del aire limpio en la cara.

Un coche blindado estaba mal aparcado al otro lado de la puerta, con la parte de atrás asomando en el camino. Había cuatro o cinco soldados apelotonados a su lado, uno de ellos llevaba un farol de seguridad que arrojaba un resplandor ultraterreno hacia arriba y convertía sus rostros en máscaras de Halloween de mandíbula prominente y órbitas vacías. Dos hombres iban armados con carabinas en apariencia tan anticuadas que Strafford las miró con preocupación.

Strafford identificó al comandante De Valera —seguía sin poder tomarse el nombre en serio— por su gorra de plato y las estrellas en los hombros del uniforme. Debía de ser el hijo de Dev, sin duda, porque se parecía al jefe, una versión más joven y menos severa. Llevaba gafas de concha, tenía los ojos llorosos y enrojecidos y la nariz larga y curiosamente engrosada en la punta. Llevaba una extraña cartuchera de gran tamaño enganchada a los correaes. No parecía muy marcial; de hecho, aparentaba ser lo que sin duda era: un civil vestido de uniforme. ¿Por qué demonios lo habían escogido justo a él para cuidar de las hijas del rey de Inglaterra? Aunque quienquiera que estuviese al mando de la operación había tenido al menos el sentido común de no informar al comandante de la identidad de las dos niñas. Por qué había juzgado necesario hacer partícipe del secreto al ama de llaves del duque y no al oficial al mando de la guardia era un misterio para Strafford: otro de los muchos de esa operación descabellada.

—Es usted Stafford, ¿no? —preguntó con sequedad el comandante. Parecía malhumorado y tenso. Lo más probable era que llevase de servicio toda la noche, esforzándose por seguir despierto y por ocultarles a sus hombres lo soñoliento que estaba.

—Exacto, el subinspector de la Garda Strafford. ¿Dónde está ese tipo al que han pescado?

Habían metido al prisionero en el coche y habían cerrado la puerta, es de presumir que para que no se les escapara. Tenía veintitantos años, era delgado y con cara de rata, con la nariz tan larga como la del comandante aunque más puntiaguda y con un profundo surco debajo del puente, donde, en el pasado, debía de haber recibido un fuerte golpe con un objeto afilado.

Strafford abrió la puerta y apoyó el pie en el estribo.

—¿Su nombre?

—¿Quién quiere saberlo?

Después de una pausa, Strafford dijo en voz baja:

—Yo.

El hombre lo miró a los ojos y tragó saliva; Strafford, a pesar de su indolencia, sabía parecer amenazante cuando hacía falta.

—Harte —respondió el prisionero—. Joseph Harte.

Olía mucho a alcohol.

—¿Y qué hace por aquí a estas horas de la madrugada, señor Harte?

El tipo volvió a envalentonarse, se rio y dijo:

—Tomar el aire.

Se pasó un dedo con rapidez por debajo de la nariz arrugada. Sujetaba un saco sobre el regazo y, de pronto, algo se movió convulso en su interior.

—¿Qué es eso? —preguntó Strafford—. ¿Qué lleva ahí?

—Nada.

—Démelo —ordenó el comandante De Valera.

Harte se negó a soltar el saco, pero, a una señal del comandante, uno de los soldados se adelantó, se cambió el fusil de mano y se lo quitó.

—Cuidado —dijo Harte con una sonrisa astuta—. Se va a llevar un mordisco.

El soldado miró dubitativo al comandante.

—¿Qué es? —le preguntó De Valera a Harte con voz chillona—. ¿Un hurón?

Harte se encogió de hombros. Strafford estaba mirando el saco, en cuyo interior el animal se retorció con violencia. ¿Cómo era posible que el comandante y sus hombres no se hubieran dado cuenta hasta ese momento de que su prisionero llevaba un saco con un hurón en el interior?

—Le sugiero que lo lleve a la comisaría en Clonmillis —dijo Strafford—. Vea si quieren presentar cargos contra él.

Tenía instrucciones de evitar a los policías del pueblo. El comisario de Clonmillis era un bebedor notorio, y por tanto poco de fiar; le habían contado la historia de que circulaban rumores de que el IRA local planeaba atacar la mansión y quemarla, de ahí lo de las patrullas armadas.

—¿Cargos...? ¿Qué cargos? —quiso saber, indignado, Harte.

—¡Silencio! —le espetó el comandante. Se volvió hacia uno de los soldados—. Sargento, llévese a este hombre a Clonmillis y entréguelo en el cuartel de la Garda. Dígales que lo hemos sorprendido cazando sin permiso.

—Sí, señor —respondió el sargento.

El sargento era un tipo grandullón de cara de luna y aspecto jovial con el casco torcido sobre la cabezota, y era evidente que le costaba contener la risa: sin duda había calado al comandante De Valera. Otro soldado y él dieron la vuelta y subieron al coche. El soldado arrancó el motor —hizo

un ruido como el relincho de un caballo, luego petardeó—, llevó el vehículo a la carretera y se alejó echando humo por el tubo de escape.

Strafford se despidió del comandante, que irguió los hombros y le hizo un envarado saludo. Uno de los soldados levantó el brazo para seguir su ejemplo, y al hacerlo se las arregló para soltar el fusil. Cayó sobre el asfalto con estrépito. A Strafford le sorprendió que no se le disparase; habría sido el final perfecto, pensó, de esa alucinada aventura nocturna.

Volvió por el camino empapado por la lluvia, una caminata de diez minutos sobre la grava resbaladiza y las matas de hierba mojada. Una vez en su cuarto se quitó las botas de agua y se tumbó en el estrecho camastro, todavía con la gabardina, el jersey y los pantalones puestos. Al cabo de una hora, Maggie, la doncella, llegaría con un calentador lleno de agua caliente —o más bien tibia— para su afeitado. Luego cruzaría el patio con las mejillas cortadas e irritadas por la cuchilla, mientras los caballos del duque lo miraban escépticos desde las puertas del establo, entraría en la casa por la puerta de atrás y se sentaría a desayunar.

Después, a media mañana, Celia Nashe y las dos niñas fueron a dar un paseo por el bosque de Clonmillis. El bosque era alargado y solo tenía unos doscientos metros de anchura, se extendía más allá de la casa y descendía por la ladera de una suave pendiente, con prados desperdigados de vacas por el lado de la casa y con la carretera de Clonmillis por el otro. Empezaron a cruzarlo y, a medio camino, los árboles de hoja caduca dieron paso a filas de árboles de hoja perenne, y el suelo se convirtió en una capa de agujas de pino blanda y plana como una estera. Siguieron un sendero apenas distinguible que discurría en zigzag a lo largo de la colina.

Allí, en las profundidades del bosque, reinaba un profundo silencio, no se oían ni los pájaros ni el viento, y el aire bajo los árboles era una densa neblina verde azulada. Las niñas iban delante, la pequeña justo detrás de la mayor, y Celia, una docena de pasos por detrás.

A menudo le habría gustado saber de qué hablaban las hermanas cuando no había nadie que las oyese. Parecían congeniar más cuando estaban solas; en presencia de otras personas siempre discutían. Le sorprendía la violencia y la crueldad de las cosas que se decían. Ella no tenía hermanas.

Estas reflexiones ocupaban su imaginación a costa de su entorno cuando de pronto, justo detrás de ella, en su hombro, o eso le pareció, se oyó un tremendo estruendo que la sumió en un pánico impotente, se le aceleró el corazón y le temblaron las rodillas. En un primer momento no pudo conjeturar qué lo había causado, pero instintivamente, y antes de volverse, se apartó el abrigo y echó mano a la Browning que llevaba en la funda en la axila izquierda.

Oyó los pasos silenciosos de alguien que salía de entre los pinos y entonces sí se volvió, todavía sin saber qué esperar. Las niñas también se habían detenido y estaban mirando a ver qué pasaba. La mano de Celia, que empuñaba la culata de la pistola, estaba oculta por la solapa del

abrigo, pero aun así estaba segura de que Mary había vislumbrado la funda, a esa mocosa tan espabilada no se le escapaba nada.

Billy Denton salió de los árboles al camino y bajó el cañón de la escopeta para apuntar al suelo. Celia notó el persistente olor de la pólvora. Soltó una risita tensa y frágil.

—¡Ah, me ha asustado usted! —exclamó.

El joven llevaba una chaqueta Norfolk deshilachada, una camisa blanca sin cuello y no muy limpia, pantalones de pana marrones y unas robustas botas de cordones.

—Lo siento —dijo, aunque no sonó muy creíble—. Pensé que no había nadie.

—¿Qué hace?

—Disparar a los grajos.

—¿A los grajos? —Eran una especie de cuervos, pensó—. ¿Por qué?

—Son una plaga.

Celia frunció el ceño; no sabía que los pájaros pudieran ser una plaga, al menos los pájaros normales como los cuervos y los grajos. Supuso que debía de ser que se comían el grano o algo así, ¿o sería una broma de un tipo del campo a una joven de la ciudad? Desde luego no había ni rastro de humor en la mirada del joven. Era apuesto, aunque hosco, con rizos negros y brillantes, la piel pálida como la leche y unas pecas de color té sobre el puente de la nariz.

—Me llamo Nashe, a propósito —dijo—. Celia Nashe.

Extendió la mano, pero él fingió no verla.

—Denton —dijo.

Ella apartó la mano. Denton la miró con gesto inexpresivo y con la escopeta apoyada cómodamente en el antebrazo.

—Y esta es Mary —dijo Celia—, y su hermana, Ellen. Vivimos en la mansión.

—Sí, lo sé.

Su expresión pétrea siguió sin suavizarse. No parecía tanto hostil como decidida e indiferente.

Mary llegó corriendo adonde estaban, mientras Ellen se quedaba atrás.

—¿Cuántos ha cazado? —preguntó sin aliento. Lo miró con una sonrisa vaga y animada nada típica de ella, pensó Celia. Billy Denton frunció el ceño.

—¿Cuántos qué?

—Cuervos..., ¿no es eso lo que está cazando?

—Grajos —la corrigió. Celia creyó notar un leve cambio en su actitud, como si se ablandara un poco—. No muchos —prosiguió—. Son muy listos: nada más levantar la escopeta ven el brillo del cañón y desaparecen.

La niña tenía muchas más cosas que decirle, pero sin más palabras el joven retrocedió hacia la sombra azulada del bosque y al cabo de un instante había desaparecido de la vista. Mary se volvió hacia Celia Nashe con los ojos entornados y los labios apretados hasta convertirse en una línea fina; estaba claro que consideraba a Celia la responsable de espantar al joven.

—Se ha puesto pálida —dijo en tono acusador.

Celia pestañeó.

—¿Qué?

—¿Es que nunca había oído disparar una escopeta?

—Pues claro que sí.

—Pensaba que las armas no tenían secretos para usted.

—¡Oh, calla, por favor! —dijo Ellen mientras llegaba por el sendero y cogía a su hermana de la mano—. Sigamos.

Continuó andando, tirando de su hermana. Mary miró por encima del hombro hacia Celia con una sonrisa malvada, como diciendo: «Me las pagarás, no creas que vas a librarte».

—Dios —murmuró Celia para sus adentros, y se llevó la mano un momento a la frente. Todavía le zumbaban los oídos del estampido. De hecho, nunca había oído disparar una escopeta. Hacía un ruido fortísimo, y Celia comprendió que sus nervios estaban peor de lo que ella creía.

Billy Denton se alejó del sendero y se abrió paso entre los esbeltos troncos de los árboles. Se sentía inquieto, no estaba seguro del porqué. No eran más que una joven y dos niñas: ¿por qué iba a inquietarlo encontrarse con ellas? Era como uno de esos cuentos que le gustaba contar a Pike: la mujer, una bruja disfrazada de doncella; las dos niñas, sus cautivas hechizadas, y él, el inocente leñador con su escopeta. Sí, así lo habría contado Pike.

A Pike le gustaba dárselas de listo, de versado en la sabiduría popular y en las historias del pasado: era un *Ireland's Own* ambulante y tan falso como la mayoría de las cosas que contaba esa revistucha. Detrás de su labia y de su palabrería, Pike era tan astuto y escurridizo como una rata en una alcantarilla. Hasta su manera de hablar, todas esas expresiones campesinas, eran impostadas. Hablaba como esperan los estadounidenses que hable un irlandés.

Aquel era el límite de los árboles de hoja perenne —el duque los había plantado hacía años, convencido de que ganaría una fortuna con ellos, y luego había perdido el interés— y Billy se desvió y siguió por un cortafuegos que separaba los pinos de los árboles originales. Oyó algo que se movía delante de él entre el follaje, se detuvo, alzó la escopeta y apuntó por la mira.

Luego, despacio, volvió a bajarla.

Delante de él, escudriñando a través de la espesura, había un par de ojos y un rostro tiznado de hollín, con un casco camuflado con hojas de roble; la punta de un fusil asomaba entre las zarzas. Dio un paso atrás y apoyó la culata de su propia escopeta en el suelo. El soldado se levantó de su escondrijo en la maleza y se retiró despacio, sin dejar de mirarlo, todavía acurrucado, hasta que los árboles lo engulleron y desapareció de la vista.

Denton esperó un momento, por si había más soldados. Luego se rio en voz baja, movió la cabeza y se dirigió hacia la carretera de Clonmillis.

No era la primera vez que se topaba con los militares. Los había visto tres o cuatro veces a lo largo de esa última semana, tumbados en el suelo con el fusil dispuesto —¿para qué?— u ocultándose entre los árboles y haciéndose señas uno a otro o hacia atrás como un puñado de actores en una película bélica. Era incapaz de tomárselos en serio. Si no iban con cuidado, alguien acabaría llevándose un tiro.

Joey Harte pensaba a menudo que era una pena que ya nadie llevara capa, al menos sin correr el riesgo de atraerse las burlas de la gente. Él llevaría una, si pudiera. A Joey le gustaba creer que era un hombre misterioso, un lobo solitario al acecho, una especie de agente secreto. Tenía un aire tímido y furtivo, siempre andaba arrimado a la pared cuando iba por la acera y se escurría en silencio entre las sombras. De hecho, su apodo en la comarca era el Ecurrizado.

Vivía en una casa pintada de blanco —o de gris, como dijo una vez el gracioso del pueblo y todo el mundo recordaba— de una sola habitación, en la calle John, encajada entre la carnicería y la herrería, que había alquilado al carnicero por unos chelines al mes. Su padre era un borracho que se dedicaba a pegar a la madre de Joey, hasta que ella se fugó con un quincallero y Joey se llevó su parte de las palizas, además de la suya. Por fin hubo que sacarlo de la casa familiar, por miedo a que el padre pudiera matarlo en una mala noche.

Y así Joey pasó su adolescencia en varios hogares adoptivos y en las llamadas escuelas industriales, y en todas ellas lo habían maltratado los curas y los Hermanos Cristianos, y en general siempre había recibido golpes. Nunca había tenido un trabajo, y había vivido del paro, gorroneando bebidas y tabaco, dedicado a la caza furtiva y robando de vez en cuando. En el pueblo lo toleraban; era uno de sus «personajes».

Muy pronto entró en contacto con los Muchachos, como los llamaba la gente —por lo general desviando la mirada al techo, chasqueando la lengua o con una sonrisa tensa y tolerante— y con el tiempo se convirtió en su recadero. Eso implicaba poco más que ir al corredor de apuestas los sábados y llevar botellas de cerveza a las gargantas sedientas —los Muchachos hablaban mucho, vaya que sí— en el cuarto de atrás del piso de arriba de la taberna Redmond, que, en teoría, era su cuartel general.

Los Muchachos se reunían allí a puerta cerrada una vez por semana para debatir lo que tuvieran que debatir, como qué hacer para conseguir dinero de Estados Unidos, cómo hacerse con algunas armas o cómo planear otra incursión a la frontera para apedrear las ventanas de los puestos aduaneros del otro lado. Los Muchachos estaban «politizados», y se habían comprometido a echar a los británicos del norte y reunificar el país. En realidad, jamás habían puesto el pie en Irlanda del Norte y les habría costado nombrar los seis condados de la provincia. Todo el mundo se los tomaba un poco a broma, excepto ellos mismos.

El buen tiempo había terminado, y había vuelto a llover la tarde en que Joey se coló por la puerta lateral de la taberna Redmond, con el cuello levantado y la gorra calada sobre los ojos, convencido de ser un auténtico conspirador embozado en su capa.

El interior de la taberna tenía un aire tosco y desaliñado, como ocurría siempre durante el día, y olía a cerveza rancia y a humo de cigarrillo todavía más rancio. Aún no había ningún cliente. El viejo Redmond en persona estaba detrás de la barra, en mangas de camisa y tirantes, apoyado en el codo, hurgándose los dientes con una cerilla partida y leyendo un ejemplar del *Nationalist* de la semana anterior. Era gordo, con la cara hinchada y unos mechones de pelo rubio grisáceo pegados al cráneo calvo y picado. Alzó los ojos enrojecidos y sin pestañas y miró a Joey con gesto inexpresivo.

Joey se frotó las manos vigorosamente, como si tuviera frío; uno de sus hábitos que irritaba a todos los que pasaban con él más de cinco minutos.

—¿Está arriba el gran jefe? —preguntó, moviendo la cabeza en dirección a las escaleras del fondo.

—Sí.

—¿Solo?

Pero Redmond había vuelto a su periódico y no se molestó en responder. Joey salió del bar y trepó por las escaleras traseras.

En un rincón de la habitación de arriba había una estufa de queroseno de color verde pálido con manchas de tizne. La ventana estaba cerrada y las cortinas echadas para que no entrase la luz de la tarde, y el aire era fétido.

Tom Clancy, conocido por todos como el Jefe Clancy, estaba sentado a una mesa delante de la chimenea vacía. Una bombilla sin pantalla daba luz débilmente sobre la mesa, que como de costumbre estaba cubierta de pilas de documentos, en los que Clancy fingía estar muy ocupado. Nadie sabía qué importantes asuntos eran esos que requerían tanto papeleo, pero siempre que alguien entraba en la habitación lo encontraba encorvado sobre los papeles, lápiz en mano, frunciendo el ceño, suspirando y moviendo los labios mientras leía, con la pipa sobre el cenicero de hojalata que tenía delante.

—Joey, *a chara* —dijo sin emoción y sin levantar la mirada—. ¿Vamos ganando?

Clancy se había erigido en jefe de los Muchachos. Era un hombre fuerte y robusto —lo bastante mayorcito para no estar jugando a los soldados, como decía la gente a sus espaldas— con una cabeza del tamaño y la forma de una caja de zapatos sobre un cuello tan ancho como su frente, y el pelo negro y aceitoso peinado hacia atrás con tanta fuerza que parecía tirar de las cejas hacia arriba y le daba un perpetuo aire de enfado y de sobresalto. Llevaba una camisa blanca, una corbata roja y una chaqueta marrón claro de *tweed* cuyos tres botones llevaba abrochados casi todo el tiempo. Siempre estaba pálido, con la piel del color de una verdura escaldada. Daba la impresión de estar a punto de reventar y sudaba profusamente; la señora Redmond, la esposa del tabernero, una mujer taciturna de aire adusto que, no obstante, a veces tenía ocasionales salidas de ingenio sarcástico, juraba que, si uno lo miraba de cerca, podía ver el sudor que rezumaba de los ojales de los cordones de sus zapatos de la talla cuarenta y seis.

Joey había estado bebiendo la noche anterior, y en consecuencia tenía una sed terrible, pero no juzgó prudente insinuar siquiera la posibilidad de pedir una reparadora pinta de cerveza. Clancy atravesaba una de sus fases puritanas, y en los últimos tiempos había intentado que la Brigada jurase renunciar al alcohol —Clancy siempre llamaba a su pequeño grupo de voluntarios «la Brigada» y montaba en cólera si oía que alguien los llamaba «los Muchachos», un apelativo que le parecía despectivo: sus hombres no eran ningunos «muchachos». Era un hombre a quien convenía tener en cuenta en Clonmillis, pues, aparte de ser un insurrecto en secreto —por más que todo el mundo lo supiera—, regentaba la mayor ferretería del pueblo y era miembro del Consejo del Condado.

Dejó el lápiz y miró a Joey, que aguardaba al otro lado de la puerta.

—Si vas a pasar, pasa de una vez, ¡por el amor de Dios! —dijo con acritud.

Joey avanzó hacia la mesa, quitándose la gorra y sujetándola entre las manos. Los gases de la estufa habían depositado ya una mancha aceitosa sobre sus labios, que intentó limpiarse con el dedo, pero no pudo; odiaba el hedor a queroseno y no sabía cómo el Jefe aguantaba allí sentado horas enteras todos los sábados por la tarde y casi todos los días laborables por la noche, trabajando en sus papeles y fumando esa pipa que olía incluso peor que la estufa.

—¿Qué tal, Jefe? —se aventuró a decir.

—De maravilla —respondió con brusquedad Clancy—. ¿Qué tienes que contarme?

—Aún siguen allí, la rubia y las dos niñas. El inglés del coche elegante no ha vuelto.

—Pero ¿los del Estado Libre siguen vigilando la casa?

El «Estado Libre» era como se referían con desprecio los rebeldes a la Republica Irlandesa de De Valera; para los Muchachos y otros como ellos la amargura de las guerras pasadas seguía siendo tan profunda como siempre, o eso repetían una y otra vez, también a sí mismos.

Joey miró incómodo de soslayo.

—Eso he oído —murmuró.

No tenía intención de contarle al Jefe lo de su encuentro con los soldados del coche blindado en la carretera de detrás de la mansión en medio de la noche. Lo más probable era que acabara enterándose de todos modos: dos de los Muchachos eran miembros de la Garda y proporcionaban con regularidad informes al Jefe de lo que tramaban los del Estado Libre. Los soldados habían llevado a Joey a los cuarteles de la Garda en la calle Hill, aunque, en cuanto se marcharon, el sargento de servicio lo había soltado, con la advertencia de no volver a acercarse a las tierras del duque de Edenmore si no quería enfrentarse a una acusación de merodear con fines delictivos o incluso a algo más grave. Del saco con el hurón no hicieron ni caso.

La pipa de Clancy se había apagado, y entonces la cogió, encendió una cerilla y la acercó al poso de tabaco ceniciento que quedaba en el fondo de la cazoleta.

—Pues si el inglés se ha ido y el supuesto ejército de Dev sigue allí —dijo—, eso es que no

estaban protegiéndolo a él. —Se quedó pensando un momento, mientras inhalaba el humo del tabaco—. A lo mejor es que están protegiendo a la rubia, a la mujer.

—Y a las dos niñas.

—No, no. —Clancy negó con la cabeza—. ¿Un puñetero pelotón para vigilar a la familia de un tipo que trabaja en la embajada? No tiene sentido. Los británicos no son tan considerados con sus lacayos ni con las mujeres de sus lacayos. ¿Qué hay del otro tipo de Dublín, el subinspector?

—Se llama Strafford.

—¿Stafford?

—No, es Strafford, con erre. O eso dijo.

Clancy lo miró con los ojos entornados.

—¿Y cómo lo sabes tú? —Joey se ruborizó y sintió un gran alivio cuando el Jefe prosiguió—: Imagino que tu amiguita te cuenta todo lo que dice y lo que hace.

—Sí, sí, eso es —respondió atropelladamente Joey con una risa nerviosa.

Clancy lo miró en silencio unos momentos, mordisqueando la boquilla de la pipa. Había algo que no encajaba; Joey le estaba ocultando algo. Aunque, el Escurridizo era un mentiroso nato, de esos que mienten incluso cuando no es necesario, solo por costumbre.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a tu amorcito? —preguntó Clancy, como si tal cosa.

—La otra noche —replicó Joey.

—¿Qué otra noche? —Clancy estaba sonriendo..., al menos la expresión de su rostro era lo que, en su caso, podía tomarse por una sonrisa.

—El miércoles. No, el jueves.

—Entiendo —dijo Clancy.

Más valía dejarlo estar. Antes o después a Joey se le escaparía lo que estuviese ocultando; no tenía agallas, era igual que el inútil de su padre. Cuando llegara el momento de los disparos, a los primeros a los que habría que enviar a la batalla eran a los Joeys del mundo, aunque solo fuese para que el enemigo malgastase la munición. Para eso eran los voluntarios, y así se lo había dicho una vez a Séan MacBride, solo había visto en una ocasión al gran hombre, cuando todavía era el jefe del Estado Mayor del IRA, pero seguía siendo el encuentro más memorable de su vida, y nunca dejaba de encontrar un pretexto para aludir a él en las reuniones estratégicas semanales con la Brigada.

—¿Y nuestro hombre en la finca? —preguntó—. ¿Está atento a lo que pasa?

Joey se rio.

—¡Oh, sí!

Clancy, cuyos ataques de ira eran famosos, se sacó la pipa de la boca, cogió el lápiz y mordisqueó el extremo para no apretar los dientes.

—¡Dios! —gruñó—, los tenemos a los dos, a él y a tu amiguita, en la puñetera casa y seguimos sin saber qué pasa.

—Esta noche tengo una cita con Maggie.

—Ah, ¿sí? —dijo Clancy con los ojos muy abiertos fingiendo estar impresionado—. Una cita, nada menos, y eso que la viste la otra noche. Por lo visto, no puede estar sin ti.

—Me deja entrar por la puerta de atrás.

Al oírlo, la sonrisa de Clancy se convirtió en una mueca rijosa.

—¡Oh, de eso no me cabe la menor duda! —respondió.

Joey bajó la cabeza y volvió a ruborizarse. Por muy mala opinión que tuviera Clancy de él, no tenía por qué hablar con desprecio de la chica que le gustaba ni por qué ensuciar su nombre haciendo comentarios con doble sentido. Pensó en decir algo o en quejarse de algún modo, pero le faltó valor.

—Bueno —dijo con brusquedad Clancy—, entérate de lo que sabe de la situación y tenme informado.

Había detectado un destello de resentimiento en la mirada gacha de Joey. Ese día, Joey era una caja de sorpresas. Un minuto antes se había sonrojado al oír hablar de su amiguita, y ahora estaba mohíno por una broma hecha a sus expensas. ¿Acaso no era una criada en la mansión? El Jefe no entendía a esos tipos y sus novias. Aunque él mismo no tenía mucho éxito con las mujeres.

Se volvió hacia la mesa y sus papeles. Había enviado informes regularmente a la gente de Belfast —a la oficina central, como decía él guiñando el ojo— para tenerlos al tanto de la situación en Clonmillis Hall desde la llegada del misterioso grupo de cinco personas en el coche de color granate y del despliegue de patrullas militares para vigilar el lugar. En el pueblo decían que el propio hijo de Dev, Vivion, era el comandante en jefe. Esa noticia habría llamado la atención de los jefes en Belfast si se lo hubiera dicho, cosa que no había hecho, siempre convenía guardarse alguna cosa. No recordaba cuánto tiempo llevaba intentando hacer comprender a los chicos de Belfast que él y sus hombres estaban dispuestos para participar en una acción subversiva, pero no le habían hecho ni caso: al menos hasta ahora.

Joey no se había movido.

Clancy lo miró.

—¿Algo más, Ecurridizo?

—No, Jefe.

—Dile a Redmond que he dicho que te sirva una pinta y que la apunte en mi cuenta.

—Ah, gracias, Jefe —dijo Joey con una sonrisa—. Tengo tanta sed que podría...

—Claro, claro..., vamos, ve.

Clancy volvió con su papeleo y se pasó una mano por el pelo. Dios, pensó, imagina el calibre que tenían los hombres de 1916, todos poetas e intelectuales, mientras que él tenía que conformarse con tipejos como Joey Harte.

Strafford estaba felizmente hundido en su sillón de la biblioteca, con las largas piernas estiradas y los dedos de los pies tostándose delante del fuego, cuando oyó unos lejanos compases musicales que llegaban del piso de arriba. Estaba leyendo *Eustacia va a la escuela Chalet*, el único de los libros que había hecho mirar dos veces a la señorita Broaders, en su última visita a la biblioteca Carnegie. Cerró el libro y dejó el dedo entre las páginas para recordar por dónde iba.

La música era un vals, lo reconoció, aunque no pudo recordar el título; uno de esos numerosísimos Strauss, sin duda. Picada su curiosidad, dejó el libro boca abajo en el suelo al lado del cesto de la leña y se puso en pie. El fuego estaba apagándose, así que avivó las brasas con el atizador y echó unas ramas y un par de troncos a la chimenea; en uno o dos minutos ardería otra vez con fuerza.

Se desperezó y bostezó. Recordó que había una palabra para eso: «pandiculación». ¿Cómo demonios sabía eso? Su memoria retenía las cosas más raras; temía que eso fuese otro indicio de una falta de seriedad elemental.

Oyó voces en la habitación contigua. Celia Nashe estaba allí con Mary, poniendo a prueba su conocimiento de los verbos franceses; el tedio los estaba empujando a todos a los mayores extremos.

Fuera llovía.

El salón de baile estaba en el primer piso y se extendía desde la parte delantera hasta la parte de atrás de la casa. Strafford se detuvo ante la puerta abierta, justo delante del umbral, procurando no hacer ruido. De pronto recordó el nombre de la pieza: no era de la pluma de ninguno de los Strauss, era de Franz Lehár: el vals de *La viuda alegre*. Era uno de los favoritos de su madre, por eso lo conocía, pues él mismo no era muy musical. Ella siempre lo tarareaba y, por un momento, casi le pareció oírla: «Ta ra ra ra raaa, ta ra ra ra raaa».

La sala que podía ver desde el umbral era enorme, y aún lo parecía más porque casi no tenía muebles. Ni siquiera había cortinas en las tres ventanas en forma de arco extrañamente eclesiásticas. La vasta extensión del suelo de madera parecía no haber sido pulida en medio siglo, y estaba estriada con marcas y finas ondulaciones grises, como la superficie del hielo en una pista de patinaje. La chimenea, de mármol verde de Connemara, era lo bastante alta para que cupiera un hombre de pie, el techo también era más alto de la cuenta y estaba decorado con elegantes molduras de escayola que estaban pidiendo a gritos una buena limpieza.

Habían puesto el gramófono, un modelo anticuado de manivela con una florida bocina de latón, en el suelo debajo de una de las ventanas. El disco, con una etiqueta roja, que daba vueltas sobre el plato era lo único que se movía en la sala; eso, y la niña que bailaba.

Era Ellen. Llevaba un vestido azul con un corpiño plisado, calcetines blancos hasta los tobillos y zapatos negros de charol con una tira que se abotonaba por encima del empeine. Tenía el pelo peinado, igual que siempre, como una tiara, sujeto a un lado por un pasador de concha de tortuga. Bailaba el vals con elegancia al compás de la música con los ojos cerrados. En sus brazos, en lugar de una pareja de baile, tenía un vestido de noche victoriano de diáfano encaje blanco un poco amarilleado por el tiempo, con una mano se lo apretaba contra el cuello, mientras extendía la otra hacia la izquierda para sujetar la manga vacía. La luz lluviosa que entraba por la ventana formaba una neblina luminosa a su alrededor, y el roce de la aguja del gramófono en el surco le recordó a Strafford el lejano ruido del mar sobre los guijarros de la orilla.

Empezó a retirarse de puntillas desde el umbral cuando la música se interrumpió de pronto, la chica se detuvo, sus párpados se abrieron y los dos se quedaron mirándose a los ojos, ambos igual de sorprendidos, cada uno por motivos diferentes.

—¡Oh, lo siento! —dijo Strafford atropelladamente—, no había visto que...

Era una falsedad tan evidente que tuvo que cerrar los ojos un segundo con una mueca de vergüenza. La muchacha arrugó el vestido blanco y se lo apretó contra el estómago, fue hacia el gramófono, apoyó una rodilla en el suelo, levantó la aguja del disco, apartó el brazo del gramófono a un lado y lo enganchó en su soporte metálico.

Strafford, todavía titubeando con torpeza en el umbral, no tuvo otra alternativa que entrar en el salón. La joven se puso en pie y se volvió para mirarlo, pálida, avergonzada y un poco enfadada. De algún modo se las había arreglado para hacer desaparecer el vestido de baile, debía de haberlo tirado a algún sitio. Se pasó la mano por la falda para eliminar unas arrugas inexistentes.

Esa joven, se dijo Strafford, como quien se pellizca para despertarse, era una princesa de sangre real, la primera en la línea de sucesión al trono de Inglaterra y la futura gobernante del Imperio británico, y, no obstante, al mismo tiempo era solo una niña, sorprendida en una fantasía privada, un sueño adolescente de sofisticación y de romanticismo.

—Lo siento —repitió—. No pretendía...

No estaba seguro de qué era lo que no había pretendido. Se quedaron mirándose con una vaga desesperación, el joven alto y delgado y la chica todavía más joven con sus calcetines por los tobillos y los zapatos pulcros y brillantes. Pensó que ella se iría, después de deshacerse del vestido de encaje —¿qué habría hecho con él?—, pero parecía tan impotente como él mismo para romper el hechizo que los mantenía en esa situación tan extraña e incómoda.

Las tres ventanas altas, sobre las que caía la lluvia, proporcionaban una ondulante vista por encima de las copas de los árboles hasta la colina lejana y misteriosa que parecía ser visible desde todas las partes de la casa.

—Hace frío —dijo Strafford, estremeciéndose exageradamente para ilustrar sus palabras—. No sé cómo alguien puede vivir en una casa como esta.

—Sí —coincidió la chica, y después de una pausa añadió—: Mi familia lleva viviendo en casas así desde que tenemos memoria. —Una vez más hizo una pausa—. ¿Dónde se crio usted?

—Bueno, en realidad, también en una casa como esta, solo que más pequeña, claro. En un lugar llamado Roslea. No muy lejos de aquí, aunque en otro condado.

—¡Ah! —asintió con la cabeza—. Pero es usted irlandés, ¿no?

Qué sería era para ser tan joven, pensó él.

—Sí, sí, claro —respondió—. O angloirlandés. Así es como nos llaman los irlandeses. —Sonrió—. Los ingleses, por supuesto, no tienen muy claro qué somos.

—Es muy difícil de entender, ¿verdad?

Los dos apartaron la mirada al mismo tiempo. Strafford notó con claridad la incomodidad de la situación, de la que ninguno parecía saber cómo escapar. Por supuesto, podía limitarse a murmurar unas palabras educadas, darse la vuelta y marcharse. Aun así, se quedó. Era como si hubiesen trazado un círculo invisible a su alrededor en el suelo del salón de baile del que no podrían escapar hasta que uno u otro diese con la fórmula mágica.

—¿A qué huele? —preguntó Strafford—. Es como...

No supo identificar de qué se trataba, aunque era un olor que conocía bien.

—A bolas antipolilla, supongo —respondió Ellen—. Me huelen las manos por culpa del vestido.

—Claro. Es muy... —buscó la palabra—, muy evocador.

—Sí.

«Algún día, dentro de unos años —pensó—, cuando huela a alcanfor, recordaré este momento».

La lluvia susurraba contra los cristales de las ventanas. Las copas húmedas y brillantes de los árboles de fuera eran de color verde grisáceo, dorado, rojizo y rojo sangre.

—¿Va todo bien? —se oyó preguntar.

Ella no pareció sorprenderse lo más mínimo por la pregunta. Se quedó pensando muy seria un momento.

—Sí, eso creo —respondió—. ¿Por qué?

—Por nada. Es que yo echaría de menos..., no sé, muchas cosas.

—Sí. Pero nos han entrenado para no hacerlo.

—¿Para no hacer qué?

—Para no echar de menos las cosas.

Él volvió a sonreír y ladeó la cabeza.

—¿Entrenado? —dijo en voz baja.

—Pues educado. Aunque en realidad viene a ser lo mismo, ¿no? —La chica guardó silencio un momento con el ceño fruncido, igual que una maestra a punto de formular una proposición que

sabe que escapará a la comprensión de todos menos de uno o dos de los alumnos más brillantes—. Es parte de nuestro trabajo, ya me entiende.

—¿Parte de...?

—Sí. Parte de él consiste en no ceder a la debilidad, no querer cosas ni sentir lástima de nosotros mismos.

A Strafford no se le ocurrió qué responder a eso. Había reparado en el uso del plural mayestático. La mirada de ella se iluminó.

—Debe de ser la hora del té —dijo—. ¿Bajamos?

Salieron juntos, y bajaron por la escalera, uno al lado del otro, en silencio. Todavía se notaba un leve olor a bolas antipolilla.

Después de sus primeros días en la mansión, Strafford había dejado discretamente de tomar el té por la tarde. De las numerosas costumbres en que se dividía el día en Clonmillis Hall, esa en particular era la que le parecía más tediosa. De modo que, después de su encuentro con Ellen, en lugar de ir al salón del primer piso, donde se celebraba la ceremonia del té, volvió a la biblioteca.

El fuego que había avivado había vuelto a prender, y los troncos ardían con ensimismados arabescos. Cogió el libro y volvió a la historia de la vengativa Eustacia, que estaba urdiendo su plan para sembrar el caos en la escuela Chalet. Al cabo de un cuarto de hora en el sillón, arrullado por el calor del fuego y por las plácidas cadencias de la prosa de la señorita Brent Dyer, empezaron a pesarle los párpados y enseguida se sumió en una especie de somnolencia.

No llevaba mucho tiempo adormilado cuando lo despertó el ruido de una garganta que carraspeaba ruidosamente.

Sir William lo estaba mirando con el ceño fruncido en un gesto de reproche. «¡Ay, Dios —pensó Strafford—, dormido en acto de servicio!».

—Siento molestarlo —dijo sir William con marcada ironía—. Quería hablar con usted.

—Sí, por supuesto —respondió Strafford, apartando el libro a toda prisa e incorporándose más o menos en el sillón—. ¿No quiere sentarse?

—Prefiero seguir de pie.

Strafford, a pesar de su aprensión, estaba deseando saber qué quería. ¿Habría violado alguna norma no escrita de los protocolos de la casa? ¿Había ofendido al viejo su falta de asistencia a la ceremonia del té? No: era algo más serio.

—El caso —dijo el duque, desviando la mirada hacia el fuego que ardía en la chimenea— es que las chicas se han quejado..., bueno, quien se ha quejado ha sido la mayor, en nombre de las dos.

Fue el turno de Strafford de ponerse en pie. Tenía la ventaja de sacarle casi la cabeza al duque.

—Se han quejado ¿de qué? —preguntó en voz bajísima.

—Tal vez sea un poco excesivo decir que se han quejado. —Sacó la pipa del bolsillo, una vieja petaca de cuero y un pequeño utensilio erizado de púas, cuchillas y rascadores y empezó el ritual del fumador en pipa de rascar, rellenar, apretar y encender. La vida, pensó, es en realidad una sucesión de pequeñas tácticas de distracción en su mayor parte inadvertidas.

»Lo que dicen, lo que dice... —la pipa emitió una voluta de humo azul claro y transparente y de la cazoleta salió un ruido espantoso parecido a un estertor— es que están sometidas a una supervisión exagerada.

Strafford pensaba que se trataría de algo mucho más emocionante.

—¿Supervisión?

—Sí. Dice que usted y la señorita Nashe siempre están preocupándose por ellas, observándolas, escuchándolas y demás.

—Ya. —Strafford se sintió como si estuviesen haciéndole cosquillas y tuviera muchas ganas de reír, pero sabía que tenía que aguantar a cualquier coste—. Pero, claro, nuestro trabajo consiste en observar, escuchar y, en general..., no sé, estar al tanto de lo que pasa.

—Lo comprendo —dijo el duque, haciendo con paciencia un gesto como si cortara algo con la mano—. Por supuesto que lo comprendo. Pero, qué demonios, son niñas, necesitan un poco de libertad, para jugar... y... y ser ellas mismas y demás.

Sir William no era intrínsecamente divertido, pero siempre causaba en el joven la vertiginosa tentación de estallar en carcajadas.

Y, en cualquier caso, ¿a qué venía ese acceso de preocupación repentina del viejo por el bienestar de las niñas?

—En realidad, sir William, quería hablar con usted de ese mismo asunto.

—¿Eh? —El anciano lo miró sin parpadear, con una ceja baja y la otra arqueada, lo que le daba un aire de cíclope enfurecido. Había un poco de ceniza de tabaco en la pechera de su chaleco de *tweed*—. ¿Qué quiere decir?

—Bueno, tengo la impresión, y sospecho que la señorita Nashe estaría de acuerdo conmigo, de que hay demasiadas idas y venidas, sobre todo en los terrenos de la mansión.

—¿Idas y venidas? —El ojo del cíclope centelleó.

—Sí. Ese joven, ¿cómo se llama? ¿Denton? Parece tener libertad para ir a donde le plazca.

El duque, con las aletas de la nariz dilatadas, se estremeció indignado, movió los hombros y le tembló el labio inferior.

—¡Pues claro que puede ir a donde le plazca! Es casi como si fuese mi administrador.

—¿No mataron a su madre los Black and Tans?

Al oírlo, el duque se irguió de cintura para arriba y miró al joven con el ceño aún más fruncido.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó con un gruñido amenazador.

—Bueno, antes de enviarnos aquí a la señorita Nashe y a mí nos dieron, por separado, claro,

cierta información.

El duque dejó de mirarlo y empezó a describir un estrecho círculo con las manos a la espalda, moviendo la cabeza y haciendo un ruido parecido a un zumbido de una avispa.

—Por el amor de Dios —exclamó—, eso fue hace mucho tiempo, y además los militares negaron que hubiesen sido ellos.

Dejó de andar, miró furioso la cazoleta de la pipa y la apuñaló con una de las cuchillas de su utensilio de fumador.

—De todos modos, usted me entiende, sir William —dijo con amabilidad Strafford.

—Sí, y me parece absurdo. ¿De verdad cree que Billy Denton podría ser un..., cómo llamarlo, un riesgo para la seguridad? Y mi ama de llaves, la señora O’Hanlon, ¿qué me dice de ella? ¿Cree que lleva mensajes al IRA ocultos en las enaguas? ¿Y yo, qué pasa conmigo? ¿Qué me impide proclamar a los cuatro vientos que las dos niñas que se alojan aquí son en realidad...? —Se interrumpió y volvió a plantarse delante de Strafford—. De verdad, señor mío, esto no es el East End londinense, estamos en el centro de Irlanda.

La pipa ardía con fuerza, volvió a describir un círculo, esta vez más despacio, dejando un rastro de humo a su espalda, como una locomotora.

—No hace tanto que quemaban casas como esta —dijo Strafford en un tono más serio; de pronto se había cansado de que le echara el sermón—. No todos los pistoleros han desaparecido.

—¡Pero el pueblo, señor mío!, no tienen el apoyo del pueblo, ya no. A los irlandeses se les han quitado las ganas de pelear, la pobreza se encargó de eso, la pobreza y los sacerdotes, y también el tener que reparar en lo que hace falta para dirigir un país cuando uno no tiene a otro al que culpar si las cosas se complican. Y recuerde lo que dijo Napoleón: avanza sin el pueblo y avanzarás hacia la noche.

Strafford no objetó nada, se limitó a arquear las cejas y a hinchar las mejillas en una pequeña demostración de rendición. El duque le parecía un improbable defensor de la democracia, aunque tal vez conociera el campo mejor que él mismo.

Esa noche, antes de que todo el mundo en la casa bajase a cenar, Strafford fue a ver a Celia Nashe y le contó lo que había hablado con el anciano. Para su sorpresa, ella no se puso de su parte sino de la de sir William.

—De hecho, estaba pensando en comentárselo yo misma —dijo, con una especie de brillo acerado.

Estaban en el salón del piso de arriba, de pie al lado de una ventana que daba no a un paisaje ondulante, como sería de esperar, sino al jardín trasero de la mansión y a los establos. Estaba atardeciendo, la lluvia había cesado y empezaba a caer la niebla sobre la colina lejana y omnipresente —a Strafford le habría gustado saber si tenía siquiera nombre—, que parecía tan

plana e insustancial contra el cielo como si estuviese pintada en un fondo de teatro en tonos azul lavanda.

Celia estaba fumando, abalanzándose sobre el cigarrillo y no tanto dando caladas como picoteando con rapidez, igual que un mirlo alimentándose.

—Pensaba que no debíamos perderlas de vista —protestó con timidez Trafford.

—Oh, creo que podríamos darles un poco de libertad, ¿no?, y más tiempo para estar solas. Debe de ser muy agobiante saber que te están vigilando día y noche a todas horas. Además, estamos rodeados por todo un pelotón de soldados armados, ¿no?

Trafford no dijo nada, pero su mirada dejó traslucir sus dudas. Era evidente que ella tenía más confianza en el comandante De Valera y sus hombres de la que podía sentir él, además de que imaginaba que eran más numerosos de lo que eran en realidad. No obstante, recordó que era ella quien estaba al mando, y lo dejó correr.

Aun así, mientras bajaban por las escaleras, ambos fueron conscientes de que se había instalado un incómodo silencio entre ellos; era casi como si hubiesen discutido. Supuso que ella era más consciente que él de que en esa operación el orden habitual de las cosas se había invertido, en primer lugar, porque ella era una mujer y, en segundo, porque era mayor que él. Trafford podía haber sido un hermano pequeño a quien hubiesen obligado a acompañarla a una reunión de adultos. La idea le pareció tan absurda como desconcertante; y, no obstante, era algo extraño e incómodo con lo que ambos tenían que cargar.

Llegaron a la puerta del comedor. Dentro se oía el ruido de las sillas, de la cubertería y de las copas. La cena había empezado.

—Hay que respirar hondo, ¿eh? —dijo Trafford en tono frívolo.

Pero Celia no se dejó engatusar con tanta facilidad y fingió no haberle oído; además, se había adelantado y estaba entrando ya en el salón.

El nuevo régimen de seguridad más laxo exigido por las niñas, respaldado por sir William y al que Celia Nashe había dado el visto bueno, entró en vigor a la mañana siguiente, y al cabo de una hora ocurrió un pequeño desastre.

Era temprano, y Billy Denton estaba reemplazando la valla que había a lo largo del bosque; cargado con un rollo de alambre de espino iba de un poste a otro y se detenía para fijar el alambre nuevo a la madera con un par de abrazaderas metálicas en forma de U. Hacía una mañana tibia y neblinosa, bajo un cielo encapotado y blanco como el albero. Al llegar al extremo del prado oyó un ruido inesperado. Cerca de allí había alguien sollozando. Dejó el rollo de alambre, el martillo y la lata de clavos y se internó en el bosque.

La encontró en un claro entre los pinos, sentada en un pequeño montículo y sujetándose la pierna izquierda por el tobillo con ambas manos. Era la mayor, Ellen. El caballo, Príncipe, estaba a unos metros mordisqueando con despreocupación la hierba tierna que crecía en un pequeño oasis entre la capa de agujas de pino.

Al oír sus pasos, Ellen alzó de prisa la mirada, alarmada y con los ojos muy abiertos.

—¡Ah, es usted! —dijo aliviada.

Denton se detuvo delante de ella.

—¿Qué ha pasado?

Se secó a toda prisa las lágrimas de las mejillas.

—Príncipe ha vuelto a desbocarse. Debe de haber creído ver algo en la hierba, una serpiente o algo así.

—Aquí no hay serpientes —respondió lacónico Denton. Se inclinó y le miró el tobillo, intentando evaluar la gravedad de la lesión—. ¿Puede soportar el peso del cuerpo?

—No lo sé, no lo he intentado. Estaba aturdida, después de la caída. Ya estoy bien.

—Veamos. —Se arrodilló a su lado, le cogió el pie y lo giró primero a la izquierda y luego a la derecha. Ellen se quedó sin aliento y se mordió el labio—. ¿Tanto duele? —Ella asintió y frunció el ceño en un esfuerzo por contener otra efusión de lágrimas—. Habrá que quitar esa bota. Vamos.

La levantó en volandas, con un brazo por debajo del hombro y otro por debajo de las rodillas. Ella no tuvo más remedio que pasarle un brazo por el cuello. Se había olvidado el casco y la fusta en el suelo. Ya volvería después a por ellos, dijo. Olía a creosota.

—¿Y Príncipe? —preguntó la chica.

—No pasa nada porque se quede aquí un rato.

Echaron a andar entre los árboles.

Ellen se moría de vergüenza, de que la llevaran así, impotente, como una superviviente rescatada de una casa en llamas o algo igual de indigno.

Y, sin embargo, también era la primera vez desde que había llegado a Clonmillis que se sentía totalmente a salvo.

Parecía la cabaña de un cuento de hadas, minúscula, de un solo piso, con una pintoresca columna de humo que salía de la chimenea inclinada. Estaba en un calvero en la parte más antigua del bosque, apartada de la vista a poca distancia de la carretera principal. Había matas de musgo en el tejado y rosales debajo del alféizar de las ventanas; los miembros de una antigua y nudosa glicina se aferraban al marco de la puerta principal igual que unos dedos gruesos y prensiles.

Billy se las arregló para abrir la puerta incluso con la joven en brazos. La llevó al sofá y la tumbó en él. Ella se retorció para sentarse y se puso lo más erguida que pudo; al fin y al cabo, era quien era. Billy Denton la miró, con el ceño fruncido y la cabeza ladeada; era como si estuviese especulando cómo arreglar una máquina averiada, pensó ella. La idea le resultó tranquilizadora; le gustaba que la trataran de manera impersonal, como si fuese..., en fin, como si, por una vez, fuese igual que cualquiera.

Denton apoyó una rodilla en el suelo, le levantó la pierna con una mano debajo de la pantorrilla y con la otra sujetó el tacón de la bota. Ella volvió a tomar aliento con una especie de silbido y se mordió otra vez el labio. Denton se echó hacia atrás un segundo, luego se agachó y, sin previo aviso, dio un tirón rápido y hábil de la bota y la soltó. Ellen no pudo evitar soltar un gritito de dolor.

—Lo siento —dijo huraño Billy—. Era la única forma de hacerlo. O eso o cortar la bota. — Miró de cerca el tobillo hinchado y notó el olor cálido y lanoso de la media húmeda de sudor de la niña—. Bueno, al menos no está roto —observó.

Le dejó el pie en el suelo, se levantó, fue al fregadero y le dijo que se quitara la media. Ella hizo lo que le pedía mientras él abría el grifo y llenaba de agua una palangana de esmalte blanco. Ellen lo observó de reojo. Se había quitado la raída chaqueta Norfolk, la había dejado en el respaldo de una silla y se había arremangado la camisa. El colorido chaleco de punto tenía agujeros de polilla en la espalda. El suelo de linóleo estaba cubierto de barro seco caído del surco de la suela de las botas.

Todo era sencillo y hogareño, y, por un segundo, Ellen vio lo rígidas que eran las normas por las que le exigían que viviera, y sintió una punzada de resentimiento.

Billy Denton llevó la palangana y se la puso delante.

—Es mejor poner en remojo ese tobillo aquí unos minutos mientras voy a por el caballo.

—¿Se acordará de recoger también mi casco y mi fusta?

Volvió a ponerse la chaqueta y se marchó. Era como si hubiera un límite a sus respuestas

disponibles y tuviese que racionarlas con cuidado.

En un rincón había una cama baja y estrecha cubierta con una manta roja, bien metida por los lados. Había un banco de trabajo de madera con unos gatos y varias herramientas colgadas de clavos y organizadas por clases y tamaños. Olía a aceite lubricante. Unos faisanes colgaban de las patas de una viga del techo. Había encendida una estufa de hierro, las llamas arrojaban un resplandor rojizo detrás del cristal sucio de hollín de la puerta.

Le latía el tobillo, y el agua helada hacía que le dolieran los dedos. Aun así, sonrió. Se sintió como Blancanieves, aunque por suerte sin los siete enanitos. Apoyó la cabeza contra el respaldo del sofá y cerró los ojos. Todo estaba patas arriba, su mundo se había dado la vuelta, pero seguía con la sensación de encontrarse en un lugar seguro.

Tal vez, después de todo, sus padres hubiesen hecho bien al enviarla allí.

Cuando Billy Denton volvió, ella se había quedado adormilada. El ruido de los pasos en el umbral la despertó y, una vez más, se irguió a toda prisa. Billy apoyó una rodilla en el suelo y le examinó el tobillo. El agua de la palangana ya no estaba fría, y la piel de los dedos estaba blanca y arrugada como la parte superior de un pudín de sebo, pensó divertida. Oyó a Príncipe que pastaba fuera y el ruido de los arrees cuando arrancaba la hierba.

—Será mejor que volvamos —dijo Billy Denton—. Querrán saber dónde está o si se ha perdido.

Volvió a cogerla en volandas, deprisa, pero sin brusquedad, y la llevó en brazos hasta la mansión. El casco y la fusta descansaban en su regazo; llevaba en una mano la bota con la media y con la otra sujetaba la brida de Príncipe. El caballo iba detrás de ellos resoplando suavemente de vez en cuando. Estaba aburrido, pensó ella. A los caballos todo les parecía aburrido, menos comer y galopar, y, claro, eso otro que les gustaba hacer, cuando los usaban como sementales.

¿Qué habría pasado si Billy Denton no hubiese pasado por allí y la hubiera oído llorar? Podía haberse pasado horas sola en el bosque, incluso hasta que hubiera caído la noche; no la habrían encontrado hasta pasados varios días. Pero no, enseguida habrían enviado una partida de búsqueda. Aun así, le gustaba la idea de estar sola y abandonada, entre los árboles, mientras la rodeaban las sombras de la noche. Habría sido una prueba de su valor, de su fuerza de voluntad. Le gustaba ponerse a prueba; tenía que endurecerse para las obligaciones que la esperaban.

Era una joven muy seria; ser seria era otra parte del trabajo.

De todos modos, luego, ya de vuelta en la casa, tapada con una manta en un sofá y con todo el mundo preocupado a su alrededor, siguió notando detrás de las rodillas el calor y la presión del brazo izquierdo de Billy Denton.

Fue Strafford quien los vio primero, o los oyó más bien, a los dos y al caballo cuando llegaron al establo. Se había permitido el lujo de afeitarse tarde, y estaba de pie delante del lavabo en el baño de detrás de sus habitaciones. Al oír los cascos del caballo en el empedrado inclinó el espejo un poco —una grieta lo recorría, de modo que su cara parecía cortada en dos por un profundo tajo, plateado y sin sangre— y vio reflejado en él al joven con la niña tapada en brazos, y a Príncipe trotando tras ellos. Salió al patio, desenroscándose la toalla que llevaba al cuello y limpiándose la cara con ella. No se había puesto el cuello de la camisa —los gemelos metálicos brillaron a la luz matutina— y los tirantes le colgaban formando dos grandes bucles sobre los muslos.

—Vaya —dijo, dirigiéndose a la chica—. Una caída, ¿eh? Nada roto, espero.

—Es solo una torcedura —murmuró Billy Denton, molesto en apariencia con la súbita aparición de Strafford—. El caballo se ha asustado y la ha derribado.

Strafford asintió con la cabeza. Celia Nashe se pondría fuera de sí —he ahí los resultados de relajar la vigilancia, pensó complacido—, aunque él no tenía intención de hacérselo notar.

Le extrañó que Denton pareciera permanentemente ofendido, con esa mirada hosca, esquiva y ceñuda. ¿Era la muerte violenta de su madre, sucedida hacía tanto tiempo, cuando era niño, lo que le había dejado esa amargura?

¿Y si, se dijo Strafford, a su propia madre la hubiese asesinado una tropa de soldados borrachos? ¿Habría perdonado a las personas a quienes, en teoría, habían ido a proteger los soldados? Recordó cuando le había hablado a Celia Nashe de las rebeliones de Desmond y sus crueles y sangrientas consecuencias. ¿Cómo se le habría ocurrido? Sentía la crueldad de esas antiguas disputas y de los monstruosos señores de la guerra que las habían sofocado, pero eso no le hacía odiar a la nación o al pueblo de los que procedían esos señores de la guerra.

Sin embargo, como descendiente de los invasores que llegaron de Inglaterra tres siglos antes, ¿no estaba él mismo entre dos mundos?, ¿entre dos tipos de sensibilidad?, ¿entre dos elecciones imposibles? Pobre Irlanda, pensó; pobre país dividido, rumiando sus agravios, igual que un zorro atrapado en una trampa intentando arrancarse la pata a mordiscos.

A pesar de la adustez de Denton, Strafford tenía la intuición de que era de fiar. Sin duda, detrás de aquel exterior rencoroso era un tipo decente.

—De verdad, estoy perfectamente —dijo la chica.

Strafford reparó divertido en el tono altanero con el que pronunció esas palabras, tan discordante con el hecho de que estuviera en brazos de un hombre que era evidente que estaba deseando dejarla en alguna parte; tampoco su pie sonrosado colgando desnudo e hinchado estaba muy en consonancia con sus aspiraciones de altivez.

La llevaron a la cocina y la sentaron en el sillón de mimbre de la señora O'Hanlon, con el pie lesionado apoyado en un cojín sobre un taburete de tres patas. Eso, aunque ella no lo sabía, era un

notable honor, pues nadie recordaba que ninguna otra persona que no fuese su ocupante legítimo se hubiese sentado jamás en el sillón especial del ama de llaves.

La señora O'Hanlon en persona puso a calentar un cazo con leche para que la joven señorita pudiera beber un poco y calentarse, y hasta sacó una lata de bizcochos donde guardaba medio pudín de ciruelas que su hermana le había regalado en una visita reciente.

Entretanto, Maggie llenó otra palangana de agua fría para que la joven volviese a meter el tobillo hinchado. Florence, la doncella, fue a verla, pero se quedó en la sombra, con las manos largas y pálidas entrelazadas en el regazo y los ojos muy abiertos brillando con una luz trágica. Era de tendencias novelescas y consideraba hasta el más nimio accidente ocurrido en la casa un augurio de un desastre general e inminente. Con esa mirada afligida, el cuello largo y las manos pálidas, le recordó a Strafford a una figura prerrafaelita, una Ginebra o María Magdalena. Hasta la pobre Elsie encontró una excusa para emerger de su guarida en el lavadero para ver a la amazona caída. Era evidente que todos los criados agradecían en secreto esa breve interrupción del inmutable ritmo cotidiano de la casa.

A la propia Ellen, a pesar de que fingiera desagrado por ser el centro de tantas atenciones, no dejó de parecerle un poco placentero. Después de todo, no dejaba de ser una forma de desgobierno, un estado de cosas del que hasta entonces la habían protegido de forma estricta.

Billy Denton, el héroe del día, se había marchado sin que nadie se diera cuenta.

Por fin apareció Celia Nashe.

—¡Dios mío, niña! —gimió—, ¿qué ha pasado?

La señora O'Hanlon, con las ventanas de la nariz distendidas, le dedicó una mirada histriónica y acusadora: ¿dónde estaba esa autócrata de ojos fríos cuando su pupila se encontraba sola y herida en el bosque? ¿Y no era su consternación un poco exagerada?

Strafford estuvo de acuerdo. Remordimientos de conciencia, se dijo, e intentó no sonreír.

Le pareció que lo mejor era seguir el ejemplo de Billy Denton y retirarse en silencio. Había acabado las desdichas de Eustacia en la escuela Chalet y estaba a punto de zambullirse en una biografía del emperador Nerón, seguro que no sería aburrida.

Esperaba que Maggie hubiese encendido el fuego en la biblioteca.

Mary se encontraba con Pike en las porquerizas cuando Billy Denton pasó de vuelta a su cabaña y le contó, en poco más de una docena de palabras, el accidente que había sufrido la amazona en el bosque. No le sorprendió que el animal hubiese derribado a su hermana; aunque no fuese una experta, bastaba con ver a Príncipe para saber que era propenso a desbocarse. Sintió no haber estado allí para presenciar el accidente.

Estaba tumbada en una carretilla sobre un lecho de paja con las piernas colgando por el extremo, entre los mangos. Tenía el abrigo viejo y maloliente de Pike doblado a su espalda a

modo de almohadón, y se estaba fumando uno de sus cigarrillos Wild Woodbine. Ese viejo sinvergüenza le había cobrado un penique por él, cuando ella sabía que se podía comprar un paquete de cinco por solo dos peniques.

Era el tercer cigarrillo que fumaba desde su llegada a Clonmillis Hall. Ya había empezado a cogerle gusto, aunque las primeras caladas después de encenderlo siempre la hacían toser. Cuando apareció Billy Denton, tiró el cigarrillo a la paja y a punto estuvo de pegarse fuego, pero cuando Billy se marchó volvió a recuperarlo y se tumbó a fumar tan tranquila la mitad que quedaba, pensando en lo mucho que debía de parecerse a Marlene Dietrich, su estrella favorita en esa época.

—¿Cree que tendrán que sacrificarlo? —fantaseó en voz alta mientras observaba la línea azulada y estremecida de humo de cigarrillo que se elevaba recta en el inmóvil aire matutino. Llevaba una chaqueta de lana con el cuello de piel, botines forrados también de piel y una bufanda de seda que había tomado prestada de un cajón del cuarto de la señorita Nashe, sin el permiso de la señorita Nashe.

Pike estaba echando paja con una horca por encima del murete de las porquerizas. Dentro de la cochiguera, los cerdos hacían ruidos maravillosos y repugnantes. Le gustaba el olor de los cerdos; siempre le recordaba a Balmoral: de todos los castillos donde vivía su familia, Balmoral era su favorito. Su hermana le había dicho que era propiedad de sus padres, no de la corona, y eso le gustaba; había leído acerca de la Revolución francesa, y sabía lo que podía ocurrirle a los reyes cuando el pueblo se hartaba de ellos. Escocia sería un buen sitio donde retirarse, si era necesario; los escoceses eran muy leales, a pesar de todas las batallas en las que los ingleses los habían derrotado.

—¿Sacrificar a quién? —preguntó Pike, sin interrumpir su tarea.

—A Príncipe, claro —respondió Mary—, al caballo. —No sabía si Pike era tan tonto como parecía o si solo lo fingía para burlarse de ella y salirse con la suya. Sospechaba que, en realidad, era un viejo astuto y mañoso—. Si la hubiese matado, seguro que lo habrían sacrificado, ¿no? —dijo.

Entonces el viejo sí que interrumpió lo que estaba haciendo, se irguió y miró con su único ojo hacia la colina azulada en el horizonte.

Justo antes de que llegara Billy Denton, Mary le había pedido a Pike que le mostrara cómo se quitaba el ojo de cristal. Cuando lo hizo le causó una agradable repugnancia, se lo puso en la palma de la mano y se lo mostró: el ojo parecía enorme, pero lo verdaderamente nauseabundo era la órbita vacía y caída, que parecía exactamente igual que el pequeño agujero arrugado en el centro del culo de un cerdo.

—Bueno, antes de sacrificarlo —dijo pensativo el viejo—, habría que celebrar un juicio.

—¿Un juicio?

—Sí. ¿Nunca ha oído que llevaran a juicio a un caballo?

—Me toma el pelo.

Se había fumado el cigarrillo hasta el último centímetro y ahora se lo dio a Pike para que lo terminara; le gustaba el modo en que hacía muecas y apretaba la colilla húmeda como un experto contra los labios fruncidos para aspirar las últimas bocanadas de humo.

—¡Es tan cierto como que hay Dios! —dijo, girando el ojo y mirándola de soslayo con astucia—. Una vez hubo un semental en Tuckerstow que derribó a su amo y le partió el cuello. Lo llevaron a los tribunales ante el viejo juez Gilhooley y un jurado. La vista duró tres días. Y las cosas se habrían puesto feas para el semental si una yegua que estaba medio enamoriscada de él no se hubiese presentado a declarar a su favor.

La chica se burló con desdén.

—¡Vaya un mentiroso!

Pike negó con la cabeza con sagacidad, a la vez que movía un dedo.

—No hay una sola palabra de mentira en lo que acabo de contar —dijo—. Gracias a esa potranca salió impune, y desde entonces no ha vuelto a apartarse de su lado.

Cogió la horca y echó otra brazada de paja por encima del murete de la pocilga, para aprobación de los animales que no paraban de gruñir y resoplar al otro lado.

—¿De verdad los cerdos se comen a sus crías? —preguntó.

—Sí, son unas bestias despiadadas.

Se produjo un silencio. Mary balanceó las piernas que colgaban por encima del borde de la carretilla. Ahora fue su turno de mirar pensativa en dirección a la azulada colina de ensueño.

—Menos mal que no ha muerto —dijo, y se quitó con cuidado una hebra de tabaco que se le había pegado al labio inferior.

—Es cierto —dijo con sequedad Pike, y gruñó mientras se agachaba y clavaba la horca una vez más en el montón de paja levemente humeante—. Si hubiese muerto habría sido horrible.

—Porque entonces nunca habría sido reina.

Pike soltó una risa sibilante.

—¡Una reina! ¿Es eso lo que va a ser? ¡Dios bendito!

—No una reina —respondió Mary con desprecio—, la reina. Es lo que será cuando nuestro padre muera.

Pike se había detenido con la horca en el aire, y en ese momento volvió otra vez el ojo hacia ella, aunque esta vez con más atención.

—¿Y quién, si puede saberse, es tu padre?

—¡El rey, claro! No se entera usted de nada, ¿eh?

Cruzó los brazos sobre el pecho y miró a lo lejos con desprecio; cruzarse de brazos, mirar a un lado y chasquear la lengua era un gesto que siempre hacía su hermana antes de volverse tan engreída y dejar de hacer ninguna otra cosa que no fuese estar tan tiesa como la estatua que le

erigirían cuando muriese. Aunque tenía que admitir que, puesto que su hermana iba a ser reina algún día, tenía más derecho que nadie a ser engreída. Era irritante, pero así era.

Le preguntó a Pike por qué se ataba los pantalones con una cuerda a la altura de los tobillos. Pike apenas le prestó atención.

—No es una cuerda —respondió él distraído—, es un bramante.

—Sí, pero ¿por qué?

—Para que las ratas no me trepen por las piernas y me muerdan el culo.

Ese día, o más bien esa noche, fue cuando mataron a Joey Harte. El suceso disipó el ambiente extraño y de ensueño que había sumido a Clonmillis Hall en una especie de trance desde la llegada de las dos princesas. Nadie en la casa oyó siquiera el disparo que mató al pobre Joey, pero la muerte llegó de todos modos, despacio, en silencio, por la puerta trasera, por así decirlo, y a partir de entonces ya nada volvió a ser lo mismo.

Hasta ese momento de violencia inesperada todas las noches se habían parecido. Como era fin de semana, habían permitido a las niñas quedarse una hora más después de cenar, pero a las diez menos diez Celia Nashe las acompañó fuera del comedor para ir a la cama. Mientras salían, Florence, vestida de negro, como de costumbre, con una gargantilla de encaje al cuello, llegó con un carrito en el que había un enorme aparato de radio: sir William nunca se perdía las noticias de la BBC a las diez en punto. Detrás de la doncella entró la señora O'Hanlon con un decantador de cristal tallado sobre una bandeja de plata, que dejó en la mesa a la izquierda de sir William.

Sir William se volvió hacia Strafford.

—Tomará una copa de oporto, ¿no? —dijo en tono malhumorado. El duque seguía considerando a Strafford un criado de rango un poco superior y le molestaba que se creyera con derecho a participar en el ritual nocturno de la radio y el decantador.

—¡Oh, sí, gracias! —dijo alegremente Strafford con una sonrisa. No le gustaba demasiado el oporto: la combinación del alcohol y algo con un sabor parecido al jarabe pegajoso, dulzón y ligeramente rancio de un niño le parecía perversa, pero le divertía irritar al anciano, y sabía que habría preferido mil veces que se retirase después de la cena con las señoras.

Florence se puso a cuatro patas al lado del sofá para conectar la radio al enchufe eléctrico de la pared; ¿por qué —se dijo ocioso Strafford— nadie movía el sofá unos centímetros a un lado?

La señora O'Hanlon sirvió el oporto, lo cual era uno de sus pequeños privilegios.

—¿Desea alguna cosa más, excelencia? —preguntó como hacía todas las noches, y nadie le hizo caso, igual que ocurría todas las noches. Salió de la sala.

Sir William encendió la radio y esperó a que se calentaran las válvulas.

—Más reveses, supongo —murmuró sombrío el viejo soldado, bebiendo un sorbo de su copa—. A veces dudo de cómo se está llevando esta guerra. Estoy seguro de que hay demasiadas injerencias de los civiles en el Estado Mayor. Si dejasen que se encargasen el primer ministro y el ejército, todo terminaría en apenas un mes.

La radio cobró vida entre el ruido de las interferencias.

«... a las noticias de las diez, leídas por Alvar Lidell. Continúan los ataques aéreos contra

Londres y Coventry. En la capital, se ha informado de cuantiosos daños en el East End y en los muelles de Londres. Se desconoce el número de víctimas, pero se teme que muchas personas sigan atrapadas debajo de los edificios hundidos. En un discurso pronunciado esta tarde en la Cámara de los Comunes, el primer ministro ha hablado de la gravedad de la situación a la que se enfrenta el país, pero ha asegurado que...».

Sir William alargó el brazo con un gruñido de enfado y apagó la radio.

—Todas las noches lo mismo —dijo. Dio otro largo trago de oporto. Luego levantó la copa y la miró apesadumbrado—. Fonseca del cincuenta y tres —murmuró.

—Es muy bueno —dijo complaciente Strafford.

El duque asintió con la cabeza.

—Mi padre llenó una barrica para mí cuando yo todavía era un colegial. Solo quedan unas pocas botellas. —Hizo una pausa—. Todo se acaba. —Se volvió hacia Strafford—. No la envidio, quiero decir a su generación, o... —miró hacia la puerta por donde habían salido las niñas— a la de ellas. Cuando se gane la guerra, vaya usted a saber si seguirá habiendo imperio para que esa cría lo administre cuando crezca.

—¡Oh!, supongo que algo sobrevivirá —respondió con frivolidad Strafford—. El mundo siempre se recupera, de un modo u otro.

—Ah, ¿sí? —dijo el duque con una especie de mueca y se apartó del joven con una expresión de desprecio, apretando las mandíbulas—. Ah, ¿sí?

Desde luego, era un caballero muy irascible, pensó Strafford, y bebió otro sorbo de su copa. Fonseca 1853, ¿eh? Con razón sabía a moho.

Arriba, en el rellano, Mary estaba con los brazos cruzados sobre el pasamanos y la barbilla apoyada en ellos. Se había quedado rezagada para intentar oír lo que decían en las noticias, y, aunque solo pudo escuchar fragmentos, le bastó para enterarse de que habían vuelto a bombardear Londres. Vaya usted a saber si acabarían alguna vez. Antes o después tenían que terminárseles las bombas.

La señorita Nashe fue a buscarla —«No te entretengas, Mary»— y se la llevó a la otra ala del edificio. No entendía por qué su hermana y ella tenían que dormir tan lejos de todo el mundo. Era como si padecieran una enfermedad contagiosa.

Ellen estaba ya en la cama, sentada y leyendo un libro. Tenía un cojín debajo de la pierna para tener el tobillo en alto. Tal como había predicho Billy Denton, la torcedura había resultado no ser grave, aunque durante unos días Ellen tendría una leve cojera, que Mary estaba convencida de que era fingida para que todo el mundo le preguntase cómo se encontraba, ladeara la cabeza y pusiera esa sonrisa de payaso triste con las cejas fruncidas y las comisuras de los labios hacia abajo,

como hacía la gente cuando quería fingir que se compadecía de alguien. El libro que estaba leyendo era *Historia de dos ciudades*. «Oh, sí —se dijo Mary—, ¡qué adulta!».

Se desvistió y se puso el pijama, pero estaba demasiado inquieta para meterse en la cama todavía. Oyó a la señorita Nashe pulular por su habitación. Todas las noches a esa hora llamaba por el teléfono especial que le habían instalado al lado de la cama. ¿Con quién hablaba? Probablemente con el señor Lascelles, en la embajada: a ella le gustaba, lo había notado el primer día antes de que se marchase de forma tan grosera, sin molestarse en despedirse de nadie. No debía de tener muchas cosas que contarle..., nunca pasaba nada.

Un día en que la señorita Nashe había salido, Mary había descolgado el auricular para ver qué ruido hacía. Se sorprendió cuando una imperiosa voz de mujer le pidió un «código de color», vaya usted a saber qué sería eso. Colgó el teléfono y se marchó.

Apoyó la frente contra la fría ventana. Qué oscuro estaba fuera, y cómo parecía centellear la noche detrás del cristal.

¿Comprobaba Celia Nashe su pistola cada noche, para asegurarse de que estaba en perfecto uso? Mary le tenía envidia: ¡imagínate tener una pistola en el mismo cajón que las bragas y los calcetines!

—Te agradecería que dejases de moverte —dijo Ellen con ese tono suyo de Dios mío qué harta estoy, sin levantar la vista del libro.

Mary no le hizo caso; estaba arrancando trozos de sebo solidificado de una vela apagada que había en una palmatoria sobre el alféizar. ¿Por qué se llamaría palmatoria? ¿Y por qué no de otra manera?

—¿Cuánto tiempo crees que tendremos que quedarnos aquí? —preguntó. Ellen no respondió—. Pike dice que tendrán que sacrificar a tu caballo.

—¿Qué, a Príncipe? No seas ridícula.

—Es lo que dice él.

—No deberías hacer caso a ese viejo, ni a las tonterías que dice ni a sus espantosas historias.

Mary se metió en la cama y se tumbó de espaldas con las manos entrelazadas, contemplando cómo se amontonaban las sombras.

—Si cae una bomba en el palacio, ¿matará a mamá y a papá?

Su hermana soltó un suspiro exageradamente ruidoso e irritado, y siguió con la mirada fija en la página que tenía delante.

—No va a caer ninguna bomba en el palacio —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

Se oyó el leve ruido de los muelles de una cama, lo que significaba que la señorita Nashe se había acostado para pasar la noche. ¿Con qué soñarían los adultos?, habría querido saber Mary.

Cerró los ojos.

—Ojalá lo sacrifiquen —dijo soñolienta.

Ellen contó en silencio hasta cien para dar tiempo a su hermana de quedarse dormida, luego cerró el libro, se levantó sin hacer ruido, apagó la lámpara de la mesilla, fue a la ventana y levantó la cortina por un lado. La luna pasaba a toda prisa entre las nubes y las teñía de gélido color blanco por los bordes.

¿Y si de verdad caía una bomba en el palacio? Ojalá pudiera estar allí, aunque fuese en pleno bombardeo. Si sus padres morían, ella quería morir con ellos. Al menos, no imaginaba que pudiera querer seguir con vida si ellos muriesen. Se estremeció. Pero no morirían; era imposible. Y algún día terminaría la guerra.

Estaba a punto de volver a la cama cuando abajo, a un lado de la casa, se encendió de pronto una luz. Alguien había abierto la puerta de la cocina y una figura apareció en ella. Era Maggie, la criada. Estaba escrutando la oscuridad, y al cabo de uno o dos segundos otra persona cruzó el patio y fue hacia la luz —parecía un hombre—, los dos entraron, la puerta se cerró y volvió a reinar la noche.

Ellen se apartó de la ventana cuando una vocecilla habló desde la oscuridad.

—¿Está ahí?

—¿Qué?

Los ojos de su hermana la miraron brillantes.

—El hombre con la cabeza de pájaro.

—No hay ningún hombre con la cabeza de pájaro. Eso fue un sueño que tuviste.

—No —dijo Mary con una certeza firme e implacable—. Ya lo verás.

Maggie estaba amasando una barra de pan con levadura cuando oyó el suave silbido de Joey Hart en el patio. Dejó de trabajar la masa y miró hacia la pobre Elsie, que estaba inclinada sobre el gran fregadero blanco y desportillado del rincón lavando los platos. Aparte de un poco simple, Elsie era dura de oído, así que lo más probable era que no hubiese oído el silbido.

—¿No vas un poco lenta? —le gritó Maggie.

—No, ya he cenado, no estoy hambrienta —replicó plácidamente Elsie, sin volverse.

Maggie tardó un segundo o dos en entenderlo.

—He dicho lenta —chilló—, no hambrienta.

Le divirtió y exasperó al mismo tiempo, como le pasaba casi siempre que hablaba con la pobre Elsie. ¿Por qué los sordos siempre optaban por la versión más improbable de lo que no habían oído bien? ¿Qué sentido tenía que le preguntara si estaba hambrienta?

—Ya casi he acabado, solo quedan los últimos platos —dijo la chica, sin apartar la mirada del fregadero.

A veces Maggie pensaba que tal vez Elsie no fuese tan simple, o ni siquiera sorda, y que lo estuviese fingiendo para burlarse de todos ellos.

—Deja los platos en el escurrerlos y ve arriba.

—¿Puedo?

—Es lo que he dicho, ¿no?

Elsie sacó el labio inferior. Se secó la frente con el dorso de la mano.

—Estoy tan cansada que me caigo de sueño —dijo.

—Ve, ve, sube a acostarte. —Maggie tuvo que hacer un esfuerzo por ocultarle su impaciencia; la pobre Elsie era desquiciante, pero ¿quién podía tener el valor de gritarle?—. Los recogeré cuando estén secos.

—Eres muy buena conmigo, Maggie —dijo Elsie.

—¡Anda, vete!

Maggie observó a la joven subir por las estrechas escaleras de la parte trasera que después de varios tramos llevaban de la cocina hasta las habitaciones de los criados tres pisos más arriba, debajo del alero de los tejados. Por lo general, Elsie siempre encontraba una excusa para entretenerse hasta que la propia Maggie subiera a acostarse, pues le daba miedo la oscuridad de los rellanos de la escalera; esa noche parecía demasiado cansada para tener miedo.

Maggie esperó hasta que dejó de oír sus lentos y fatigados pasos al subir y luego fue a la puerta trasera.

Joey Harte entró frotándose las manos de esa manera suya tan irritante. Maggie se había acostumbrado y había dejado de regañarle. La joven echó una última mirada rápida al patio oscuro —si alguien la veía abriéndole a Joey, se acabó su trabajo en la mansión—, cerró la puerta, echó el pestillo y giró la llave. Todavía tenía harina debajo de las uñas —el viejo Hynes, el mayordomo, siempre decía que amasar el pan era la mejor forma de limpiarse las uñas; era la única broma que hacía— y tenía manchas blancas por todo el delantal azul oscuro.

Joey fue directo a los fogones para calentarse, todavía frotándose las manos. Siempre tenía frío, la culpa era de la sangre tan fina que había heredado de su madre, o eso decía. Esa noche parecía helado, tenía la cara del color de la leche aguada y la punta de la nariz roja e irritada como si estuviese agrietada. Estaba hecho una buena pieza, pensó Maggie, pero en el fondo era buena persona, aunque un poco descarriado; además, no tenía más remedio que admitir que, con su culo gordo y los pies planos, tampoco es que ella fuese una belleza arrebatadora.

Por supuesto, Joey era incapaz de atravesar la cocina sin tropezarse con algo, pues era el hombre más torpe que Maggie había conocido. Esta vez se enredó con las patas del taburete, que cayó con estrépito sobre las losas y fue rodando debajo de la mesa.

—¡Chis! —le musitó Maggie—. La chica acaba de subir, te oírás dando tumbos por ahí, tontorrón.

Él sonrió por encima del hombro, mientras extendía las manos al calor de los fogones.

—¿Tienes algo para mí? —preguntó.

—Algo ¿cómo qué?

—No diría que no a un trago de whisky de malta.

—¡Ya te daré yo a ti whisky de malta! —resopló Maggie. Le había dado forma de barra a la masa, la había puesto en una bandeja engrasada con mantequilla para meterla en el horno, y ahora fue al otro lado de la cocina en dirección a los fogones, cargada con la bandeja—. Hay té hecho, si quieres.

—¿Cuánto hace que lo has preparado? —preguntó él con suspicacia, levantando la tapa de la enorme tetera de hierro y escudriñando en el interior—. Parece de recuelo.

—Pues no lo tomes —dijo Maggie, amagando golpearlo con el borde de la bandeja.

Él se apartó y ella se agachó para meter la bandeja en el horno. Joey le puso una mano en el trasero, con suavidad, le gustaban las chicas con un poco de carne, pero sabía que no tenía que propasarse demasiado.

Maggie llevaba saliendo con él, de manera más o menos seria, desde hacía casi seis meses. Por supuesto, ninguno de los criados sabía que era su novio, y desde luego no que tenía la costumbre de ir a la casa de noche a verla. Le había preguntado más de una vez cómo se las arreglaba para colarse entre los soldados, pero él hacía un gesto astuto, sonreía y decía que eso era cosa suya y que nadie lo descubriría.

Ella sabía lo de los robos y la caza furtiva, pero era algo de lo que podía curarlo. El borracho

de su padre aún vivía, pudriéndose en el hospicio del condado, y cuando estirase la pata, y no tardaría mucho porque debía de tener el hígado destrozado, Joey heredaría la granja de Cullabawn. No era gran cosa, poco más de doce acres cubiertos de maleza y una casa destartada con el techo de teja, pero les serviría para empezar, llegado el momento.

No hablaban del futuro. Maggie suponía que por timidez, o tal vez fuese para no tentar al destino. En cualquier caso, ella tenía claro cuál sería ese futuro, para Joey y para ella, tanto si él lo sabía como si no. Estaba decidida a hacer que sentara la cabeza y se convirtiera en granjero; no le cabía la menor duda de que podría obligarlo a hacerlo. Joey no era ni mucho menos lo peor que había visto; a menudo le decía, con cariño, que lo tenía bailando al son de su música.

Le dio una taza de la alacena y él se sirvió el té y se sentó a la mesa, añadió leche y azúcar y dio un sorbo precavido. En el acto hizo una mueca que arrugó su nariz de cola de rata e hizo que casi desapareciera el surco de debajo del puente, y que era resultado de un golpe que le había dado una vez su padre con el filo de un formón.

—Sabe como el agua de la acequia —dijo.

Parecía preocupado. Maggie lo observó. Se sirvió té a su vez, en su propia taza especial —Royal Doulton, con flores y pájaros pintados— que sir William le había regalado un año por Navidad. Se sentó a la mesa y contempló de cerca a Joey. Sí, sin duda algo le rondaba por la cabeza; siempre se lo notaba.

Miró la esfera blanca del enorme reloj que había en la pared, encima de los fogones. Era la noche en que la señora O'Hanlon salía a jugar al *whist*, pero no volvería después de las once, y Joey tendría que irse antes. La vieja bruja la tenía tomada con Maggie, a raíz de una discusión hacía años por una suma de dinero que había desaparecido y que el ama de llaves había insinuado que había cogido Maggie, aunque luego apareció y solo eran unos pocos chelines.

Joey tomó otro sorbo de té; no parecía importarle su mal sabor.

—Bueno —dijo Maggie, poniendo una mano sobre la mesa—, ¿qué pasa?

—¿Qué?

Tenía una cicatriz, una especie de chirlo, en la piel pálida y suave de la comisura del ojo izquierdo, otro recuerdo del animal de su padre, que hacía que pareciera que estaba guiñando el ojo cuando miraba a alguien a la cara. Era una de las cosas de él, y no había muchas, que a ella le parecían encantadoras.

—Algo andas tramando —dijo—. Te lo noto.

Él se ruborizó y bajó la mirada; eso era otra cosa que le gustaba: el modo en que se ruborizaba con el menor motivo. Durante un rato no dijo nada y se limitó a toquetear el mango de la cucharilla.

—He estado hablando con el Jefe —balbució.

—¿Con quién, con Clancy? —Lo miró furiosa—. ¿No te he dicho que no te acerques a ese tipo? Era una queja ritual, que él descartó como hacía siempre.

—Me ha preguntado —movió la cabeza en dirección al piso de arriba— por la gente que se aloja aquí.

—Ah, ¿sí? —Maggie tenía la barbilla redondeada y pendular y la boca muy pequeña, y cuando apretaba los labios, como en ese momento, parecía que no tuviera ni un diente—. ¿Y por qué le interesa saber lo que ocurre en la mansión?

Joey siguió con la uña del pulgar las vetas de la madera de la mesa.

—Quiere saber por qué han enviado al ejército a protegerlos.

—¿Y se puede saber por qué cree el señor Tom Clancy que eso es asunto suyo?

—Siente curiosidad por saber quiénes son, solo eso, y por qué son tan importantes.

Maggie contuvo una sonrisa de complacencia secreta. Había adivinado quiénes eran las invitadas y por qué necesitaban patrullas del ejército para protegerlas. El día que llegaron había oído al duque llamarlas sus altezas y corregirse después. Luego, por la tarde, después de colgar a secar la colada, oyó por la ventana abierta del salón del desayuno a sir William mientras hablaba con el inglés; solo fueron unos segundos, pero suficientes para saber de qué estaban hablando. Por supuesto, no pensaba contárselo a Joey, que enseguida iría a decírselo al Jefe Clancy y a sus famosos Muchachos. Esos mozos eran probablemente la razón de que los soldados estuviesen patrullando la finca.

—¿Es por la rubia? —preguntó en voz baja Joey, todavía sin mirarla—. ¿Es alguien importante?

Maggie siguió imperturbable, con la barbilla hacia delante y la boca tan cerrada que parecía que hubiese desaparecido.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

Joey alzó la mirada y le dedicó su sonrisa más torva y seductora.

—Vamos, Maggie, aquí no pasa nada sin que tú te enteres.

—Sé muchas cosas que no te voy a contar, ni a ti ni a nadie.

Joey volvió a coger la taza de té.

—Se ha enfriado —dijo.

—Peor para ti —respondió con descaro Maggie.

Ella se quedó recta y envarada como una *squaw* india, mirando al muchacho pálido que tenía delante, que se esforzaba por parecer relajado y despreocupado, aunque tenía que saber que lo tenía calado.

—El tipo que vino en el coche rojo —dijo él, bizqueando en dirección a un rincón del techo—, ¿algún indicio de que vaya a volver?

Esta vez, Maggie puso los dos brazos en la mesa y se inclinó un poco hacia delante, sombría y tensa, tanto que daba la impresión de que estuviese a punto de levantarse y abalanzarse sobre él. Cuando se ponía así, callada y acusadora, y lo observaba con los ojos brillantes y diminutos, Joey le tenía un poco de miedo.

Se apartó de su temible mirada y miró a su alrededor, sacando la barbilla y moviendo el cuello, como si de pronto el cuello de la camisa se hubiese vuelto demasiado apretado.

—¿No hay nada de beber en toda la casa? —preguntó quisquilloso.

—Tienes que irte en un minuto. La señora O'Hanlon está a punto de volver de su partida de *whist*.

Él volvió a probar su sonrisa persuasiva, mostrando el negro tocón de un diente roto.

—¿Y un trago para el camino? —Sabía que tenía media botella de Powers oculta en el fondo del estante donde estaba la lata de la harina—. Para combatir el frío de la noche oscura —añadió con voz cómica y quejosa.

Maggie suspiró, cogió un vaso del armario de encima del fregadero, sacó la botella y le sirvió un poco de whisky.

—Bébetelo y vete.

Pero él tenía una sorpresa, que había estado reservando hasta que juzgara que el momento era el adecuado. La estaba observando con una expresión astuta, y ahora, mientras le ponía el vaso delante, sacó un trozo de papel y lo dejó sobre la mesa al lado del vaso, como un jugador de cartas que saca un as de la manga.

—¿Qué es? —preguntó ella insegura de pronto.

—Míralo.

Ella volvió a sentarse y cogió el trozo de papel manoseado. Era una reproducción de una fotografía arrancada de una página del *Irish Independent*. Mostraba a un grupo de personas de pie en un balcón, algunos con tricornos con plumas blancas, y todos saludando a lo que debía de ser una multitud que estaba mirándolos desde abajo. Habían dibujado dos círculos alrededor de dos de las figuras: dos niñas, una más alta que la otra.

—Sabes quiénes son, ¿no? —preguntó en voz baja Joey.

Maggie se mordió el labio. Temía hacer algo que la delatara. Pues claro que las había reconocido: ¿acaso no estaban en la casa?

—Veo quiénes son, así que lo sé —replicó como si tal cosa, aunque tuvo que carraspear—. ¿Qué pasa con ellas?

Tenía el corazón desbocado. Más que ninguna otra cosa, estaba enfadada, enfadada y decepcionada. Le habían arrebatado su secreto, o lo que ella consideraba su secreto. Se había aferrado a lo que sabía como a un anillo de diamantes que hubiese encontrado por casualidad, sabiendo que nunca podría ponérselo en público, pero sí guardarlo para la hija, o incluso la nieta, que estaba segura de que tendría algún día. Y ahora ahí estaba Joey Harte, sin duda respaldado por el Jefe Clancy, diciéndole que todo el mundo sabía que tenía el anillo, y no solo eso, sino que todos tenían un anillo igual.

Santo Dios, se dijo horrorizada, probablemente hasta la simple de la pobre Elsie lo sabía.

—Son ellas las que están aquí, ¿verdad? —preguntó Joey.

—¿Quiénes?

—No te hagas la tonta conmigo, Maggie Ryan.

Ella adoptó su expresión más boba, lo cual se le daba muy bien cuando se lo proponía.

Pero él no se dejó engañar; sabía que tenía razón.

Lo embargaba una emocionante sensación de haberse salido con la suya. Al Jefe Clancy no se le había ocurrido quiénes podían ser las niñas, pero Joey lo había adivinado, él solito, a pesar de que solo las había visto una vez, cuando paseaban por el pinar con la rubia y él estaba escondiéndose de los soldados. También le había llamado la atención el aire engreído y misterioso que había adoptado Maggie desde la llegada de los desconocidos. Ahora, a juzgar por el espanto de su mirada, que había reemplazado a su engreimiento desde el momento en que sus ojos se posaron sobre la fotografía, comprendió que tenía razón. Al día siguiente iría a la taberna de Redmond y le pondría la foto al Jefe delante de las narices, igual que la había puesto encima de la mesa hacía un minuto.

—No sé de qué me hablas —dijo Maggie.

Ahora sí que estaba furiosa; quería pegarle. Él se bebió el whisky de un trago, dejó el vaso con un golpe y le indicó con la cabeza que le sirviera otro. ¡Vaya con su sonrisa!, pensó con amargura Maggie. Volvió a llenarle el vaso, esta vez casi hasta el borde; sabía que no resistía el licor y que el muy torpe a lo mejor tropezaría con sus propias piernas por el camino y se abriría la cabeza como se tenía merecido.

Oyeron a lo lejos el ruido de la puerta delantera que se abría y volvía a cerrarse. Otro de los pequeños privilegios de la señora O'Hanlon era que podía entrar por la puerta principal de la casa, en lugar de entrar por la cocina como los demás criados: de hecho, no se consideraba una criada, y mucho menos como los demás.

Joey bebió un trago de whisky. Si no paraba de hacer eso con las manos, se dijo Maggie, le daría un pescozón en la oreja.

—Ahí llega la señora O'Hanlon —dijo.

—Ya me voy, ya me voy —respondió Joey, moviendo las manos delante de su cara—. No empieces.

Apuró el whisky que quedaba, se puso la bufanda sucia que llevaba tanto en verano como en invierno y se la anudó alrededor del cuello. Pero ella no estaba dispuesta a dejarlo marchar aún.

—¿Qué ocurre? —le dijo—. Dime

Él adoptó un aire de inocencia herida.

—Cómo que qué pasa. No pasa nada, que yo sepa: solo que estamos recibiendo una visita real, aunque se supone que no tenemos que saberlo.

Le lanzó una mirada cómplice y astuta, asintiendo con la cabeza y luego fue hacia la puerta. Maggie se levantó de pronto de la mesa.

—¡Joey Harte, vuelve aquí ahora mismo!

Había abierto el cerrojo y se detuvo con la mano en el pestillo.

—Hace un minuto me decías que me fuera —dijo—, y ahora me pides que me quede.

¡Oh!, se lo estaba pasando en grande.

Maggie atravesó la cocina a toda prisa, se plantó delante de él y lo agarró por las solapas de la chaqueta. Apenas le llegaba por la barbilla, pero cuando bajó la vista para mirarla, ella notó una chispa de nerviosismo en sus ojos. Y era cierto que le daba un poco de miedo. Vaya usted a saber de qué sería capaz; Joey no descartaba que ella cogiera el rodillo de amasar y saliera corriendo tras él.

Pero entonces se le pasó de pronto el enfado. Ese brillo en su mirada no era solo porque le tuviese miedo. Ahí en la cocina, después de tomarse un vaso de whisky, podía ser todo lo bravucón que quisiera, pero cuando tuviese que enfrentarse al Jefe Clancy la cosa sería muy diferente. Una cosa era que se preocupase ella, pero si él también se preocupaba, los dos podían tener problemas.

Cuando le habló, su voz sonó grave y firme, las palabras precisas y espaciadas, como una serie de pequeños clavos brillantes que fuese hundiendo con un golpe seco.

—Dile al Jefe Clancy y a esa pandilla de matones de los que se supone que es el jefe que no se acerquen a esta casa ni a quienes viven en ella.

Se quedaron ahí en el umbral, uno enfrente del otro, la criadita rolliza de mirada temible y al mismo tiempo insegura y el larguirucho de sonrisa nerviosa con quien no podía creer que pensara casarse. Luego, Joey se rio, soltó una especie de grito de vaquero, pasó uno de sus largos y huesudos brazos en torno a su inexistente cintura, la acercó hacia sí y la besó, o lo intentó, porque ella giró la cara en el último momento y sus labios se posaron en la oreja en lugar de en la boca.

—¡Dios, Maggie Ryan —exclamó—, vaya una moza que estás hecha!

Luego se marchó. Ella se quedó allí un momento con la puerta abierta, contemplando la humedad pegajosa de la noche y un escalofrío recorrió su columna vertebral. El precioso anillo de diamantes se le había caído al suelo, ¿y cómo iba a encontrarlo ahora en medio de aquella oscuridad?

Esta vez fue el teléfono de la casa el que sonó con noticias funestas. Uno de los hombres del comandante De Valera había intentado llamar a Strafford a su habitación, pero el subinspector aún estaba en la mansión. La cena había terminado hacía un rato y se había retirado a la biblioteca con la intención de tomar una taza de té y leer un libro al lado del fuego una o dos horas antes de retirarse a sus incómodas habitaciones en los establos.

El timbrazo del teléfono hizo que la propia casa se encogiera de sorpresa y espanto. ¿Quién podía ser a esas horas? Strafford supuso que debían de estar llamando al duque y volvió a su libro: *El otoño de la Edad Media*, no exactamente una lectura para antes de dormir, pero hacía tiempo que quería hojearlo. El timbre del teléfono coincidió con el lírico pasaje inicial de Huizinga sobre las campanas del norte de Europa dando las horas. Luego llamaron a la puerta y Hynes entró apresuradamente con su despeinada mata de pelo blanco más despeinada que nunca.

—Disculpe, señor —dijo con su voz leve y quejosa, como el ruido de una puerta oxidada empujada aquí y allá por el viento en invierno—, hay alguien al teléfono que pregunta por usted.

Strafford lo miró sorprendido, y al instante tuvo un mal presentimiento. Cerró el libro despacio y lo dejó a un lado.

—¿Quién es? —preguntó.

—Un hombre, señor.

—¿Qué clase de hombre?

—Yo diría que es un militar, señor.

—¿De Valera?

Hynes lo escrutó con sus ojos azules y húmedos, sin duda pensando que bromeaba.

—Oh, no, señor, no es el señor De Valera —dijo, un tanto confundido—. No creo que llamase a la mansión a estas horas, ni... —hizo una pausa, y las comisuras de su boca esbozaron una especie de sonrisa— a ninguna otra hora, la verdad. El señor De Valera no debe de tener tiempo para llamar a su excelencia ni a nadie de la mansión. —Una vez más se detuvo, como si hubiese olvidado de pronto la razón de su presencia en la biblioteca. Luego, su frente se despejó—. No, como le he dicho se trata de un militar. El sargento Brody, creo que ha dicho. ¿O era Brady? —Su voz se fue apagando.

Strafford siguió al anciano hasta el vestíbulo. El teléfono era un anticuado artilugio de pared. Lo descolgó y se llevó el pequeño auricular dorado a la oreja.

El sargento Brody, o Brady, apenas podía dominar su nerviosismo. Strafford tardó más de medio minuto en entender que se habían producido disparos. Al principio, supuso que debía de

haber sido un accidente —recordó el soldado al que se le había caído el fusil en la carretera la otra noche—, y por alguna razón pensó que la víctima era el propio comandante De Valera.

—No, no —balbució el sargento—, no ha sido el comandante..., es el mismo tipo al que detuvimos la otra vez, el que estaba cazando conejos.

—Ah. Entiendo. —Lo recordaba con claridad: alto, delgado, de mirada esquiva, la nariz puntiaguda con una cicatriz; no paraba de frotarse las manos y llevaba un hurón en un saco—. ¿Cómo dice que se llamaba?

—Harte, señor. Joseph Harte.

—¿Está muerto?

—No lo estaba cuando me fui, le dispararon en la linde del bosque, aunque debo decir que no tenía buena pinta. Le han dado en el cuello. Será mejor que se dé prisa, señor. Iré a buscarlo a la puerta, como la última vez.

Dios, pensó deprimido Strafford, otra vez toda esa pantomima. Y para colmo, según parecía probable, con un cadáver.

¿Debería informar al duque de lo sucedido? Probablemente sí, pero no tuvo valor. Además, seguro que el viejo ya se habría acostado: ya casi era medianoche.

Su abrigo y su sombrero estaban en el vestíbulo. Hynes le sujetó el abrigo mientras metía los brazos por las mangas. Escogió un par de botas de agua entre las que había debajo del estante de los sombreros y se las puso con cierta dificultad; si las de la vez anterior le habían quedado demasiado grandes, esas le quedaban demasiado pequeñas.

Solo entonces pensó en Celia Nashe, sin duda debería informarla de lo que pasaba. Sí, desde luego. Pero no lo hizo, y no hacerlo le proporcionó un leve placer, vengativo y vergonzoso.

Abrió la puerta y salió a la oscuridad.

El tiempo todavía era suave, aunque el aire estaba cargado de vapores otoñales. Olía como siempre a arcilla y a hierba mojada y a las hojas podridas de los árboles. No soplaba viento y no se oía otro ruido que el crujido gomoso de sus botas en la gravilla.

El coche blindado lo estaba esperando en la puerta, según lo prometido. El sargento Brody —al final resultó llamarse Brody y no Brady— era el tipo grandullón a quien recordaba de la vez anterior, un campesino, lento de movimientos y de voz suave. Estaba de pie al lado del coche fumando un cigarrillo, y al verlo tiró la colilla a la zanja e hizo un desaliñado saludo de gordo. El nerviosismo que había demostrado por teléfono se había evaporado, y parecía haberse dominado.

—Mal asunto, señor —dijo.

—¿Qué ha pasado?

—Le dieron el alto dos veces y se negó a identificarse: iba corriendo por ahí en plena oscuridad. Intentó darse a la fuga y uno de los muchachos perdió el control y disparó. Su intención era disparar al aire para que se detuviera, pero le dio en el cuello. Debió de seccionarle una arteria o algo así.

—¿Mucha sangre?

—Mucha, señor.

—Pero ¿dice usted que no está muerto?

—Yo diría que ya debe de estarlo. No era una de esas heridas de las que uno se recupera.

—Entiendo.

Subieron al coche blindado. Strafford nunca había visto un hombre al que le hubiesen disparado. Le interesó saber qué sentiría al ver el cadáver. ¿No vomitaba siempre alguien en el lugar del tiroteo al ver el cadáver empapado de sangre? No creía que fuese a vomitar, pero no podía estar seguro. Qué poco sabe uno de su propia visceralidad, reflexionó.

En cualquier caso, esperó no portarse como un idiota. ¿Habría visto el comandante De Valera morir a alguien de muerte violenta? Desde luego, su padre sí; De Valera padre había sido uno de los líderes del levantamiento de 1916. Los británicos lo habrían fusilado de no haber tenido la nacionalidad estadounidense. Se rumoreaba que había sufrido un colapso nervioso total, aunque temporal, cuando a él y a sus hombres los sitiaron en los molinos de harina Boland. Aunque, por mucho que le hubiese afectado, eso no le impidió librar una guerra civil especialmente brutal media docena de años después.

Delante de ellos apareció un zorro en la carretera, se dio la vuelta y echó a correr a toda prisa en línea recta, iluminado por los faros del coche, hasta que se desvió hacia la cuneta.

Se detuvieron ante la garita camuflada a un lado de la carretera. El sargento Brody lo guio hasta el bosque. No había sendero.

—Vaya con cuidado dónde pisa —dijo el sargento—. En algunos sitios el terreno es fangoso, y hay madrigueras de conejo.

Vieron el resplandor de un farol entre los árboles a poca distancia. También oyeron unas voces que susurraban.

¿Estaba el rostro carnosos y pálido del comandante De Valera un poco más pálido esa noche? Se volvió irritado hacia Strafford con un tono brusco y acusador en la voz.

—¡Ah, ya está aquí!

—No hemos podido llegar antes —replicó Strafford con su característica indiferencia.

—He pensado que sería mejor que viese usted los restos del tipo antes de nada —le espetó el comandante—. Al fin y al cabo, el policía es usted.

Lo dijo como si fuese algo de lo que Strafford tuviera que estar dispuesto a disculparse.

Joey Harte yacía encorvado boca abajo, tenía los dos brazos debajo del cuerpo y la cara medio enterrada en las hojas húmedas y mohosas. Strafford pensó enseguida en una fotografía que había visto una vez de un cadáver sepultado por la lava que habían excavado de las ruinas de Pompeya.

No tuvo ganas de vomitar, aunque notó una especie de zumbido en la cabeza que no creyó que tuviese nada que ver con los efectos de ver el muerto.

A su lado había tres soldados agrupados en torno a la lámpara. Un cuarto estaba aparte entre las

sombras, fumando nervioso un cigarrillo; se había quitado el casco; su arma no se veía por ninguna parte.

—¿Fue usted quien disparó? —le preguntó Strafford.

El comandante De Valera se estremeció como si hubiera recibido una descarga eléctrica y tosió con fuerza.

—No quiero que interrogue a mis hombres —dijo con una voz tan aguda que casi pareció un chillido—. Le he mandado llamar por pura cortesía. Este es un asunto militar. Se le dio el alto y no se detuvo.

—¿Estaba huyendo?

—Como le he dicho, se le dio el alto y no se detuvo. Le dispararon y le acertaron.

—¿Cuánto tiempo vivió?

—Solo unos minutos.

—Supongo que no dijo nada.

El comandante soltó un bufido que en otras circunstancias habría pasado por una risa.

—Difícilmente. Mire la herida.

Strafford se agachó al lado del cadáver. Había recordado coger su linterna, así que la encendió y dirigió la luz hacia la parte superior de lo que quedaba de Joey Harte. Tenía la cabeza vuelta en parte hacia la izquierda, y un ojo parecía estar mirando sobresaltado hacia la vacuidad del cielo nocturno. La bufanda que llevaba al cuello estaba empapada de sangre que, a la luz de la linterna, no parecía roja sino de un brillante tono negro purpúreo.

Con cuidado, ayudándose con el dedo índice, Strafford apartó el borde de la bufanda por donde más empapada estaba. Había un agujero de bordes irregulares en la parte izquierda del cuello; parecía una boca abierta y redondeada, igual que la boca de un cantante tirolés especialmente vociferante, pensó Strafford. En el poco tiempo que llevaba en la Garda, había aprendido que las tragedias nunca parecen trágicas.

—Este debe de ser el agujero de salida, ¿no?

—Pues claro —replicó el comandante De Valera—. La bala entró por la derecha.

—Debía de ir mirando hacia atrás por encima del hombro.

Se produjo un tenso silencio. Strafford supuso que a ningún soldado le gustaría que se supiera que había disparado a un hombre por la espalda, ¿o sería eso otro mito de los escritores de libros de guerra?

—Debería haberse detenido cuando se le dio el alto —dijo el comandante—. La orden fue clara e inconfundible. Yo mismo la oí.

Strafford intentó calibrar el estado de ánimo de los hombres que tenía delante en un semicírculo. Parecía predominar un hosco rencor, teñido de vergüenza y, por parte del comandante, de un toque desafiante. Strafford comprendió que no era bien recibido; su presencia solo estaba empeorando una situación ya mala de por sí. Era como si aquel grupo de hombres

estuviera celebrando un rito privado que requiriese oscuridad, luz de faroles y un claro en el bosque, y él se hubiese encontrado con ellos por una casualidad malhadada.

Ninguno de ellos, tampoco el comandante, parecía saber qué hacer a continuación.

Strafford supuso que convendría llamar una ambulancia, aunque nunca había entendido por qué malgastar retirando a los muertos un servicio pensado para atender a los vivos. El asiento trasero del coche blindado serviría igual, si tenían algo con lo que envolver el cadáver para que la sangre no manchara el suelo metálico. Aunque, si era un vehículo pensado para el campo de batalla, ¿por qué preocuparse por un poco de sangre?

—¿No deberíamos llamar a los guardias de Clonmillis? —preguntó el comandante De Valera, que parecía cada vez más molesto—. Dado que el muerto es un civil, los que tienen que encargarse son ellos.

Había dejado de ser una cuestión militar. A Strafford se le ocurrió que el comandante había decidido trasladar una situación delicada a otra autoridad, para poder seguir con la ocupación más seria de jugar a los soldados.

—Creo que será mejor que llame a Dublín —dijo Strafford. Se puso en pie, sintiendo una breve punzada de dolor en cada una de las rodillas anquilosadas. Todavía le zumbaba la cabeza; en conjunto tenía una sensación bastante rara.

¿Qué clase de dolor habría sentido el pobre Harte? Strafford siempre se mostraba escéptico cuando le decían que este o aquel muerto había fallecido al instante; ¿cómo podía saberlo nadie? El instante de la muerte podía ser una eternidad de angustia y agonía para el que se estaba muriendo.

Tomó una decisión.

—Deje a uno de sus hombres vigilando el cadáver —le dijo al comandante—, mientras el sargento me lleva de vuelta a la mansión. Es mejor no involucrar a la policía del pueblo. —¿No había dicho alguien que el comisario de Clonmillis era un borracho?—. Telefonaré a mi superior en Dublín y le pediré que envíen a alguien.

El comandante se limitó a sorber por la nariz, y Strafford decidió tomárselo por una muestra de hosca aquiescencia.

Strafford fue hacia el coche blindado, seguido por el sargento Brody. Entraron en el vehículo. Al cabo de dos o tres kilómetros, el sargento volvió a decir:

—Mal asunto.

—Muy malo.

Recorrieron otros dos kilómetros.

—En el pueblo no les va a gustar.

—No —dijo Strafford. «Y al inspector Hackett tampoco», pensó para sus adentros.

Todo era muy preocupante e incierto, pero se sintió extrañamente distante de todo el asunto. La escena en el bosque —los hombres agrupados bajo la cúpula de la luz del farol, la figura

acurrucada en el suelo, el que lo había matado apartado de todos, fumando un cigarrillo, y alrededor los negros árboles como centinelas— le había recordado un cuadro que había visto en alguna parte. ¿De qué trataba? ¿De una pausa en una batalla nocturna? ¿De la ejecución de Maximiliano I? ¿Algo por el estilo? La noche, unas vagas figuras sin rostro y un acto violento.

Sabía muy bien que por la mañana tendría que enfrentarse a muchas dificultades, pero no lograba interesarse lo bastante para pensar en eso de momento. Ojalá cesara el zumbido que notaba en la cabeza.

—Oía a alcohol —dijo el sargento Brody.

—¿Cree que estaba borracho?

—Yo no diría eso, señor, no. Pero había bebido, eso seguro.

—¿Hay alguna taberna por aquí cerca?

—La más cercana es la Gaffney, a doce o quince kilómetros por la carretera, cerca del pueblo.

Strafford asintió con la cabeza, más para sí mismo que para el sargento.

—¿Así que cree que había estado en la mansión, quiero decir en Clonmillis Hall, y que fue donde bebió y de donde venía? —El sargento Brody se limitó a encogerse de hombros, sin apartar los ojos de la carretera y de los faros; especular no era asunto suyo—. ¿Algún rastro de un hurón? —preguntó Strafford. En otras circunstancias se habría reído de lo absurdo de la pregunta; de hecho, estuvo a punto de reírse.

—Yo no lo he visto.

—O sea, que no iba de caza. —Una vez más, el sargento guardó silencio. Strafford volvió a probar suerte—. ¿Sabe si tenía amigos en el pueblo, exaltados, alborotadores?

—No sabría decirle, señor. No tenemos mucho contacto con los del pueblo. —La reja de Clonmillis Hall apareció ante sus ojos—. ¿Quiere que lo lleve hasta la casa, señor?

—No, será mejor que no, pero gracias de todos modos. Los faros despertarían a todo el mundo. A propósito —la pregunta no se le había ocurrido antes—, ¿dónde están acantonados? Quiero decir que dónde tienen el cuartel general.

El sargento Brody llevó el vehículo hasta el semicírculo de grava de delante de la puerta y lo detuvo. El motor siguió vibrando y silbando, como un penco al final de una carrera difícil. Los dos hombres quedaron envueltos en una miasma de vapores diésel, cálidos y empalagosos.

—Al otro lado de la colina hay un cuartel, unas viejas instalaciones del ejército británico —respondió el sargento—. Ahí es donde estamos.

—¿Qué tal es?

—Húmedo.

—¡Ah!

Y así la conversación llegó a su fin. Strafford siguió allí quieto un instante, luego se puso en marcha.

—Gracias por traerme, sargento.

Abrió la portezuela y bajó al camino de grava. La calidez del húmedo aire nocturno volvió a sorprenderle; ¿es que aquel tiempo sobrenatural no acabaría nunca? Estaba deseando que llegase el invierno. Estaba a punto de cerrar la portezuela cuando el sargento Brody se inclinó en el asiento y le habló.

—Tenga cuidado, señor, si no le importa que lo diga. Esto traerá cola. No todos los días el ejército mata a un hombre. —Brody hizo una pausa, aparentemente sorprendido por la incongruencia de lo que acababa de decir—. Al menos en tiempo de paz.

—Sin duda tiene usted razón —reconoció Trafford—. No en estos tiempos en la neutral Irlanda.

—Buenas noches, señor.

Trafford cerró la portezuela, dio media vuelta y se alejó por el camino.

¡Oh, sí!, aquello iba a traer cola; mucha cola.

Dio la vuelta a la casa y entró en las dependencias al fondo del patio del establo. El aire era más frío dentro que fuera. A esas alturas se sentía muy raro. Todavía tenía ese ruido estridente en la cabeza como el zumbido de una bombilla defectuosa, estaba mareado y sus miembros estaban tan rígidos que parecían pertenecer a otra persona. Se desvistió con torpeza, enganchándose con los botones, se puso el pijama con dificultad y se metió en la cama.

Descansaría un poco, solo un poco, luego iría a la casa y telefonaría al cuartel general en Dublín. Y le contaría a Celia Nashe lo sucedido; era muy importante contárselo. Sí, lo haría, se lo contaría a la señorita Nashe, y luego llamaría por teléfono a Dublín. Decidido a hacer todo eso, se sumió de cabeza en un profundo sueño.

En mitad de la noche, despertó aterrorizado cuando algo pesado con cuatro patas cayó en silencio sobre su pecho. Buscó a tientas el interruptor de lámpara de la mesita, se sentó parpadeando y vio al gato blanco de la cocina que se alejaba por encima de las mantas con la cola tiesa. Era un animal cubierto de cicatrices de guerra. Se llamaba Pangur. Tenía una oreja cortada y ahora reparó en que uno de sus ojos estaba ciego y blanco como el mármol pulimentado. Iba a menudo a visitarlo, sobre todo desde que él había empezado a escamotear comida de la cena para llevársela. No le atraían mucho los gatos, pero este tenía un aspecto de misántropo que le gustaba: los gatos nunca intentan parecer agradables. Se movía en silencio en la casi total oscuridad, andando con zarpas sigilosas, lívido y tenue, como el fantasma de sí mismo.

Volvió a tumbarse, con una especie de jadeo. Le ardía la frente. No sabía qué le pasaba. Tenía la vaga y opresiva sensación de haberse dejado algo importante sin hacer.

Después oyó vagamente, o creyó oír, el ruido de un coche que se acercaba por el camino de entrada y daba la vuelta a la casa, pero volvió a hundirse en la oscuridad blanda y comatosa.

Luego, tras otro intervalo de calenturiento estupor, volvió a despertarse, esta vez al oír llamar a la puerta. Al principio creyó ser objeto de una de esas advertencias bruscas y perentorias, como un disparo en la oscuridad, que hace a veces la imaginación llevada por el pánico cuando le asusta la mortal inmovilidad del cuerpo dormido.

Pero no, habían llamado; había alguien ahí fuera, golpeando la puerta con insistencia.

Se esforzó por levantarse, con el cerebro embotado, se puso la gabardina —¿por qué no se le habría ocurrido meter un batín en el equipaje?— y anduvo de puntillas sobre las frías baldosas.

Era Hynes, el mayordomo, muy nervioso, con los ojos legañosos encendidos por la agitación. Se había vestido a toda prisa y el cuello de celuloide de la camisa asomaba por un lado, como el del Sombrero Loco, ¿no? Hablaba atropelladamente, y, en un primer momento, Strafford no

entendió lo que decía, pero luego comprendió que lo llamaban a la casa y que debía ir de inmediato.

Miró por encima del hombro del anciano y vio un leve resplandor crepuscular detrás de la lejana colina sin nombre; el amanecer se estaba poniendo el maquillaje y preparándose para salir.

—Sí, muy bien —le dijo cansado al anciano—, dígales que estaré allí en un minuto.

Mientras se vestía recordó lo que había olvidado antes de desplomarse en la cama y quedarse dormido. Se suponía que tenía que telefonar al cuartel general en Dublín y pedir ayuda, tal como le había dicho al comandante De Valera. Lo cual significaba que el cadáver de Joey Harte seguía en el bosque bajo vigilancia y que llevaba allí toda la noche. Se miró adormilado en el espejo roto que usaba para afeitarse, parecía otra persona, un desconocido perplejo y desaliñado que se hubiera despertado en un entorno totalmente desconocido.

Entró en la casa por la puerta trasera. Maggie, ya vestida, pero todavía con cara de sueño, estaba en la cocina, de rodillas, delante de los fogones con la leña, una caja de cerillas y un cubo de antracita. Lo miró con sorpresa por encima del hombro —¿qué hacía levantado y vestido tan temprano?— y una sombra de temor recorrió sus facciones. Él se detuvo un instante y contempló el carbón del cubo y su brillo maléfico. Luego fue directo al vestíbulo y al teléfono. A pesar de estar tan embotado, sabía que antes de nada debía llamar a Dublín.

Pasó un rato antes de que respondiera la operadora de Clonmillis; por el tono espeso de su voz dedujo que la había sacado de la cama. Tuvo que esperar otra vez a que respondiera la conexión de Dublín. El sargento de guardia en la calle Pearse también parecía adormilado, y al principio no entendió lo que le decía Trafford. En la obstinada lucha entre el IRA y las fuerzas del Estado aún se producían muertes, no muchas, pero sí de vez en cuando, pero la muerte violenta de un civil seguía siendo un hecho raro en la Irlanda neutral.

—¿Me está diciendo que llame al inspector Hackett a su casa, a estas horas? —preguntó el hombre; parecía muy asustado por la idea de tener que llevar a cabo tan osada empresa.

—Sí, dígame que necesitamos gente aquí —replicó Trafford, y colgó el teléfono.

Se oyeron voces en el salón del primer piso. Mientras subía por las escaleras, Trafford tuvo la sensación de que sus piernas estaban menos bajo su control que nunca.

A pesar de la niebla que giraba en su cabeza, tenía la clara certeza de haberse metido en un buen lío, lo cual creaba una sensación peculiar, al mismo tiempo opresiva e incoherente. Era como si acabase de salir de la sala de exámenes y se hubiera dado cuenta de que había una pregunta obligatoria que había dejado sin responder. ¿Por qué, por qué no había hecho la llamada al cuartel general la noche anterior antes de sumirse en ese sueño febril?

Dick Lascelles, impresionante con su traje de raya diplomática, su pajarita y sus zapatos hechos a mano, estaba al lado de la chimenea del salón, con una mano en el bolsillo de los pantalones y

fumando un cigarrillo. La cadena de oro del reloj formaba un bucle sobre el chaleco y a Strafford le pareció que despedía un brillo agudo, antinatural y en cierto modo insidioso. Todo estaba demasiado iluminado: la cadena del reloj, la antracita de la cocina, la base metálica de una lámpara eléctrica que había sobre una mesa al lado de la ventana. Se puso una mano en la frente y vaciló un momento, como un junco doblándose ante la brisa.

Celia Nashe también estaba allí. Tenía el aire un poco desaliñado de alguien a quien han sacado de la cama y obligado a vestirse a toda prisa. Cuando llegó Strafford, los dos giraron la cabeza y lo miraron, Lascelles con una frágil sonrisa y Celia claramente furiosa.

—Por el amor de Dios, ¿dónde estaba? —preguntó.

—En el vestíbulo, haciendo una llamada telefónica —replicó Strafford.

Fue lo único que se le ocurrió decir, aunque por la mirada que le echó la joven, con los labios lívidos y los ojos encendidos, comprendió lo insolentes y falsas que debían de haber sonado sus palabras; aunque tal vez hubiese querido insultarla. Se sentía tan raro, que no podía estar seguro de nada.

—¿Por qué no me dijo que habían matado a un hombre? —quiso saber ella.

Esta vez no se le ocurrió ninguna respuesta insolente o no. Se volvió hacia Lascelles, que respondió a la pregunta que no había llegado a formular y dijo:

—Nos informó su comandante De Valera..., envió un despacho a la embajada. He venido en el acto.

—Entiendo —dijo Strafford, no del todo seguro de entenderlo.

El coche que había oído en el camino por la noche debía de haber sido el de Lascelles.

—Es una condenada deshonra —dijo el duque. Hasta que habló, Strafford no había reparado en él. Estaba sentado en una extraña postura simiesca en un sillón cubierto de cretona, llevaba un batín y unas zapatillas de cuadros, y por alguna razón daba la impresión de que esa noche hubiese encogido dos o tres tallas. También él, como Celia Nashe, estaba claramente furioso; al principio, Strafford no entendió qué era lo que le parecía una deshonra, aunque estuvo seguro de que no se refería a la muerte de Joey Harte.

—Hay una ambulancia en camino —dijo Strafford, sin referirse a nadie en particular—. Y varios forenses. Acabo de hablar con Dublín.

—Un poco tarde, ¿no? —observó con sequedad Lascelles, y tiró la ceniza del cigarrillo sobre las baldosas de delante de la chimenea. Se volvió hacia Celia Nashe, evidentemente retomando el hilo de lo que había estado diciendo antes de la entrada de Strafford—. No creemos que se trate de un acto violento, como un intento de asesinato o algo parecido. A juzgar por los datos que hemos reunido, y Dios sabe que es difícil conseguir un dato en este bendito país, parece más probable que estén planeando un intento de secuestro.

—¿Qué? ¿Aquí? —casi chilló el duque muy ofendido.

Lascelles no le hizo caso, y Celia Nashe tampoco. Esta última dijo:

—¿Sabemos quién podría estar detrás?

—Pues el IRA, o comoquiera que se hagan llamar hoy. Hay un tipo en el pueblo, un tal Clancy, que parece estar al mando de la sección local. Son bastante inofensivos, o lo han sido hasta ahora. Lo que nos preocupa es que Clancy pueda pedir refuerzos.

—¿Refuerzos? —preguntó Strafford, y su propia voz añadió otro tono de vibración al zumbido de su cabeza.

—Sí, refuerzos —respondió Lascelles, mirando la punta del cigarrillo—. De Belfast, lo más probable. Los más peligrosos están en Belfast.

Strafford asintió con la cabeza. El latido de sus sienes estaba empeorando. Supuso que debía de tener la gripe. ¡Qué absurdo, ponerse enfermo en un momento así!

—¿Estaba involucrado Joseph Harte? —preguntó.

Lascelles le dedicó una mirada de desprecio perezoso.

—Tal vez —dijo—. Aunque, por lo visto, era solo un individuo sin oficio ni beneficio. No creo que pudiera ser un peligro para nadie.

—Es posible que estuviese aquí, en la casa, anoche —dijo Strafford. Les contó que el sargento Brody le había dicho que el aliento del hombre agonizante olía a alcohol.

—Para eso no hace falta que estuviera aquí —dijo Lascelles—. No es que sea difícil encontrar bebida en Irlanda, ni siquiera en mitad de la noche.

Strafford se apartó de él y le habló a sir William.

—Supongo que no lo vería nadie, ¿no?

Sir William le echó una mirada furiosa.

—¿No cree que se lo habría dicho, si lo hubieran visto?

—Tal vez lo dejara entrar uno de los criados.

—¡No íbamos a ser nosotros! No creará que tenemos la costumbre de invitar a sujetos como Joseph Harte a pasar al salón y tomar una copa de jerez y charlar un poco por la noche, ¿verdad?

Celia Nashe se había puesto muy pálida y sus ojos brillaban con una luz nerviosa.

—¿Qué clase de intento de secuestro podían estar planeando? —preguntó.

Lascelles se detuvo a pensar.

—No lo sabemos —dijo—, eso es lo malo. Pero digamos que podían capturar a las niñas y llevárselas de aquí, tal vez a la costa oeste, donde podía haber un submarino esperándolas en algún tranquilo puerto pesquero. Cuando quisiéramos darnos cuenta, sus altezas reales estarían en el balcón de la Cancillería del Reich, con un radiante tío Adolf dándoles palmaditas en la cabeza.

Se interrumpió. Lo único que se oía era el leve silbido de los terrones de turba húmeda que ardían sin llama en la chimenea.

—Por el amor de Dios, hombre —dijo por fin el duque—, está usted exagerando.

—¿Eso cree? —preguntó Lascelles, como si de verdad esperase una respuesta—. Tiene que entender, sir William, que la mentalidad alemana es así. Demasiadas óperas de Wagner, si quiere

saber mi opinión. Creen en el poder de lo teatral, del espectáculo. Bombardear Coventry es una cosa, pero la captura de un par de princesas reales, eso, dirían ellos, sería el golpe de gracia a la moral de una nación que está ya bajo devastadores ataques nocturnos desde el cielo. Aturdida por la impresión, desanimada, la pobre Inglaterra estaría madura para la invasión. Luego tendríamos tropas de asalto en el Strand y *panzers* en Pall Mall.

Parecía estar divirtiéndose mientras describía la temible escena con la misma voz engolada con la que hablaba en su club.

—¿Y qué sería de los irlandeses? —quiso saber el duque. Sus mejillas habían adquirido un apoplético tono purpúreo.

—Yo diría que, en primer lugar, el pelotón de fusilamiento para De Valera y su gobierno —replicó Lascelles.

—¿Cree que si cayera Gran Bretaña los alemanes cruzarían el mar de Irlanda?

—La Wehrmacht no da mucha importancia a la idea de neutralidad. Aquí hay puertos de calado, muchos en la costa oeste, en el Atlántico. En cuanto a su Ejército Republicano Irlandés, tengo entendido que apoyan a Hitler, por eso del enemigo de mi enemigo y demás. Sin duda, contarían con ocupar el poder cuando llegaran los alemanes, aunque solo fuese en agradecimiento por el golpe del secuestro, y es probable que así fuese. Serían un bonito gobierno títere.

—Suenas como una fantasía sacada de una novela —dijo en voz baja Celia Nashe, horrorizada y asombrada.

—Sí, ¿verdad? —admitió con calma Lascelles—. Pero en la guerra ocurren las cosas más fantásticas. Fíjese si no en Dunquerque.

Un silencio abrió una especie de agujero en el aire, y tres de las personas presentes en la sala lo contemplaron sombrías, mientras la cuarta, Lascelles, con aparente despreocupación, arrojaba la colilla del cigarrillo al fuego.

—¿Qué hacemos? —preguntó Strafford—. ¿Llevamos a las niñas a Londres cuanto antes?

—¡Oh, no! —respondió Lascelles, con su sonrisa lánguida—. No, no creo. En conjunto, están más seguras aquí. En Londres las cosas están muy mal con los bombardeos y, según los que entienden de estas cosas, van a ir a peor. No..., ¿cómo dicen aquí?, es mejor no levantar la liebre por el momento.

Celia Nashe estaba encendiendo un cigarrillo. Strafford reparó otra vez en el leve temblor de sus manos que hacía que la llama brillara trémula. A pesar de la tensión del momento, se sentía cada vez más distante de lo que le rodeaba. Después de todo, no era tan sorprendente que no estuviese muy perspicaz; al fin y al cabo lo habían levantado de la cama en plena noche y lo habían llevado a ver a la luz de un farol el cadáver de un hombre con un tiro mortal en el cuello en medio de un bosque oscuro. Eso habría alterado a cualquiera, ¿no?

Un escalofrío le recorrió la espalda por debajo de la tela de la camisa que se había vuelto áspera de pronto.

Lascalles se volvió hacia él.

—A propósito, he hablado con su ministro.

Strafford recibió aquella noticia con una mirada inexpresiva.

—¿Con Dan Hegarty? —Estaba sorprendido, aunque supuso que no tenía motivos.

—Sí, con Hegarty —respondió Lascalles, sacando otro cigarrillo de una fina pitillera de plata—. El tipo con quien usted y yo comimos en el Kildare Street Club. Debo decir que no parecía muy contento con lo que he tenido que contarle, cuando su mujer o quienquiera que fuese consiguió despertarlo. No parecía muy sobrio. También me ha llamado un tal inspector No Sé Cuántos —miró a Trafford—. Creo que es su jefe, ¿no?

—Sí. El inspector Hackett.

—Eso es. El ministro le llamó después de hablar conmigo. Ha sido una noche muy movidita. —Hizo una pausa de un segundo, mostrando los dientes grandes y cuadrados en una sonrisa tranquila—. Al menos para algunos de nosotros.

Strafford absorbió el dardo; hacía mucho tiempo, en sus primeros días de colegial, había aprendido a ofrecer una fachada inexpresiva y obtusa ante el sarcasmo y otras cosas peores.

—He dado instrucciones de que lo llamen a su casa —dijo.

—No es necesario. Ha venido él mismo. Supongo que ya debe de estar ahí fuera.

—¿Hackett? —exclamó Trafford—. ¡Ah!, será mejor que vaya a informarle.

Lascalles acababa de encender un cigarrillo y en ese momento dirigió un cono de humo hacia el techo.

—Lo acompaño —dijo—. Puede mostrarme el camino.

Sir William hizo ademán de levantarse de la silla.

—Yo también debería ir.

—No, no —dijo impasible Lascalles, con otra sonrisa como la de una máscara—. No es necesario. Usted quédese también, señorita Nashe.

Celia asintió distraída con la cabeza, mientras miraba hacia la chimenea. Había arrojado su propio cigarrillo entre la turba y otra vez estaba moviendo nerviosa las manos como si amasara alguna cosa.

—Las niñas no tardarán en levantarse —dijo. Por alguna razón, se dirigió a Trafford al alzar la cabeza—. No voy a decírselo —añadió—. Quiero decir lo del tiroteo.

El duque resopló.

—Da igual que se lo diga o no —apuntó con una mueca sardónica—. No tardarán en enterarse por los criados.

Un rayo de luz pálida y húmeda se coló por la ventana y dejó un charco tembloroso de luminosidad sobre el hogar. Lascalles fue hacia la puerta y tocó un momento a Trafford en el codo al pasar.

—El inspector Hackett se estará poniendo nervioso —dijo.

En el Bentley, Strafford, que tenía un sentido del olfato especialmente agudo, notó un leve resto de perfume. Lascelles debía de haber tenido una cita la noche anterior o tal vez hubiese una esposa, una señora Lascelles, aunque por alguna razón eso no parecía probable.

—Caramba, amigo —dijo Lascelles, riéndose, mientras el enorme coche avanzaba retumbando por el camino de acceso a la casa—, ¿qué estaba haciendo que no advirtió a la Doncella de Hielo, o a cualquier otro, de lo que ocurría?

—Me llamó un sargento del destacamento —dijo Strafford. En el parabrisas brillaba pálidamente un débil rayo de sol matutino. Su sangre febril hervía mientras corría por sus venas—. Le eché un vistazo al cadáver y luego volví.

Lascelles volvió a reírse.

—Sí, pero ¿no se le ocurrió llamar a alguien cuanto antes, a mí, a su inspector o a quien fuese, para decirle que le habían pegado un tiro a alguien?

Strafford no respondió. Le extrañaba que el comandante De Valera no le hubiera llamado al teléfono de campaña al ver que pasaban las horas y nadie iba a hacerse cargo del cadáver de Joey Harte. Aunque, como Lascelles acababa de señalar, él tampoco había hecho una llamada de vital importancia. Era embarazoso, pero se le estaba pasando el rubor. Sería inútil, pensó, ofrecer excusas o justificaciones por su comportamiento; había cometido un error, y, de un modo u otro, tendría que rendir cuentas por él. El inspector Hackett era un tipo tranquilo, pero debía de haber límites incluso para su tolerancia.

A pesar de todo, Strafford solo sentía una leve curiosidad por saber qué clase de reprimenda le esperaba. No era de los que se regodean en sus errores o se agobian especialmente bajo su peso. Su indiferencia general por las formalidades y las exigencias de los procedimientos policiales, que nunca llegaba a la insubordinación, era un enigma para sus superiores, que, en consecuencia, evitaban el trato con él y en la mayoría de los casos lo dejaban en paz. El inspector Hackett no podía entenderlo, pero no parecía importarle. Strafford tenía potencial, decía Hackett a cualquiera que cuestionara las aptitudes del joven para su trabajo; tenía un futuro por delante, de eso no había duda.

No obstante, el propio Strafford no estaba tan seguro.

El Bentley giró al llegar a la reja y se deslizó despacio por la carretera con un ruido sedoso. Quedaba un poco de rocío en el asfalto.

—Pensaba que habría puesto al corriente de todo a la señorita Nashe —dijo Lascelles. Negó con la cabeza con triste sorpresa—. Y resulta que ni siquiera le había contado lo sucedido. —

Hizo una pausa, y luego prosiguió—: ¿Es que se llevan ustedes mal o qué? ¿Ha habido división en las filas? —Miró de soslayo a Strafford con una sonrisa—. Y, a propósito, ¿ha intentado tirarle los tejos? Es muy apetecible, y yo diría que fogosa, detrás de ese exterior tan gélido. Y, tanto por arriba como por abajo, hay dónde agarrarse.

Strafford se movió incómodo en su asiento. Estaba avergonzado, no tanto por Lascelles como por él mismo. No le gustaba su conversación levemente indecente, pero no por mojigatería ni por delicadeza, sino porque parecía introducir entre el inglés y él una forma húmeda y espuria de intimidad.

—Parece que la señorita Nashe no me tiene demasiado aprecio —dijo en un tono deliberadamente frío—. Creo que me considera más un estorbo que una ayuda.

—Bueno, desde luego esta noche no se ha cubierto usted de gloria —dijo alegremente Lascelles—. Imagino que le espera una buena bronca de su jefe, con arrancamiento de galones y demás.

—Sí, imagino que sí.

No era algo en lo que quisiera pensar, por el momento. De hecho, no le quedaban fuerzas para pensar en nada, pues parecía requerir todas sus energías en la tarea sencilla y ordinaria de mantener abiertos los párpados ardientes. Necesitaba dormir, igual que un hombre sediento necesita el agua; de hecho, también necesitaba agua.

Al llegar a un tramo recto de la carretera, Lascelles pisó el acelerador y el coche pareció encogerse un instante, igual que un corredor cuando aprieta los codos, y luego se internó a toda velocidad en un túnel de árboles y aceleró bajo un alto dosel en forma de arco de follaje púrpura y dorado.

Poco a poco, el día iba ganando fuerzas.

Tomaron una curva cerrada y vieron el coche blindado aparcado de lado en la cuneta. Había también un coche patrulla con un chófer de la Garda al volante y el casco puntiagudo y brillante echado hacia atrás, además de una ambulancia cuadrada de la Garda con el morro chato y el cristal de la ventanilla trasera reforzado con una rejilla, que en el cuerpo todo el mundo conocía como el furgón de la carne.

Lascelles detuvo el vehículo al lado de la furgoneta y Strafford y él se apearon. Al ver al subinspector Strafford, el conductor del coche de la Garda se incorporó a toda prisa en su asiento y se colocó bien el casco. Lascelles llevaba su abrigo cruzado y, al igual que Strafford, un par de botas de agua prestadas. Oyeron voces en el bosque. Lascelles miró a su alrededor con gesto malhumorado.

—Dios —murmuró—, en qué líos me dejo meter..., ¡y se supone que soy un puñetero diplomático!

Le había contado a Strafford lo del puesto en París al que había aspirado y que probablemente habría conseguido de no haber estallado la guerra. Sí, pensó Strafford, en lo que se refiere al

estilo, la elegancia y la *douceur de la vie*, Clonmillis era lo más alejado de los Campos Elíseos que un diplomático ambicioso pudiera estar.

Pasaron una zanja cubierta de hojas y fueron con cuidado hacia los árboles. Lascelles se puso delante, y más de una vez una rama de las que había apartado fustigó a Strafford dolorosamente en la mejilla. Ahí era donde Strafford había estado la noche anterior, en la oscuridad; las huellas de los pasos habían empezado ya a abrir un tosco sendero.

Delante vio a un grupo de figuras de pie debajo de los árboles, y reconoció el suave sombrero negro del inspector Hackett y sus hombros siempre encorvados. Los otros dos eran el comandante De Valera y el sargento Brody. A la luz del día, el rostro del comandante tenía una expresión bisona, sus ojos detrás de las gruesas gafas de concha parecían más llorosos que en la oscuridad y la gruesa punta de la nariz estaba roja y brillante como si estuviera dolorida.

Al oír los pasos, el inspector Hackett se volvió y le echó a Strafford una mirada amarga; por lo visto, no le quedaba paciencia ni para el subinspector ni para ninguna otra cosa de lo que veía. Era joven pero parecía viejo, apenas tenía treinta años, pero ya estaba pálido y fatigado.

—Vaya, así que por fin ha decidido honrarnos con su presencia —dijo con un sarcasmo dulzón.

A Strafford le pareció superfluo responder, así que no dijo nada.

Lascelles se adelantó, le tendió la mano a Hackett y se presentó. Hackett asintió con la cabeza; Strafford notó que el enviado de la embajada no le había causado una gran impresión.

Habían tapado con una lona, gris y arrugada por el rocío de la noche, el cadáver de Joey Harte, que quedaba oculto por completo a excepción de un hombro, que asomaba en un ángulo antinatural; Strafford volvió a pensar en las momias de Pompeya.

—¿Lo había visto antes de anoche? —preguntó Hackett, señalando con la cabeza hacia la forma encogida del suelo.

—Sí —respondió Strafford, y miró hacia el comandante—. Estaba cazando sin permiso, el comandante De Valera y sus hombres le sorprendieron.

Hackett se mordisqueó el labio inferior. No parecía especialmente interesado en los delitos de Joey Harte. Debajo de un grueso abrigo negro llevaba un traje azul que había conocido tiempos mejores, una corbata azul grasienta y un jersey marrón que debía de haberle tejido alguien. Strafford vislumbró también una funda de pistola colgada del hombro y de la que asomaba una brillante culata con muescas de lo que le pareció una Smith & Wesson del 38 de cañón corto. Nunca había visto a Hackett armado de servicio.

—No «le sorprendimos» —insistió con sequedad el comandante De Valera—. Se le detectó merodeando por el bosque y uno de mis muchachos le dio el alto.

—¿Y se detuvo?

—Por supuesto.

Hackett asintió sombrío con la cabeza.

—Es una pena que anoche no hiciera lo mismo.

Por los ojos saltones del comandante, Strafford vio que estaba dispuesto a tomárselo como una ofensa, pero pareció decidir que era mejor callar.

Los forenses ya habían estado allí y se habían marchado.

—Han sido tan esclarecedores como de costumbre —dijo Hackett—. Nos han dicho que el pobre hombre está muerto, de lo contrario nunca lo habríamos sabido.

Lascelles se inclinó y levantó una esquina de la lona para destapar el lado de la cara de Joey Harte y la herida abierta del cuello. Strafford entrevió el ojo fijo del muerto, a esas alturas velado ya por una membrana grisácea.

—Es del pueblo, ¿no? —preguntó Lascelles—. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Joseph..., Joey..., Harte —respondió Hackett.

—Eso es, Joseph Harte —metió baza el comandante De Valera, como si se creyera en la obligación de corroborarlo.

Hackett había sacado un paquete de Gold Flake y les ofreció a todos. Encendió una cerilla. Seguía mirando la forma encogida del suelo.

—Joseph Harte —repitió pensativo—. Lo hemos comprobado. Tiene algunos antecedentes: allanamiento, caza furtiva, hurto; nada grave.

Lascelles notó algo en su tono y lo miró con atención.

—¿Es él quien debería interesarnos? —preguntó—. Quiero decir, ¿no deberíamos ir un poco más allá?

—Yo diría que no, de no ser por... —Se interrumpió y se volvió hacia el sargento Brody—. Déjenos ver eso. —El sargento se puso el cigarrillo en la comisura del labio, se desabrochó el bolsillo de la guerrera, sacó con cuidado un cuadrado de papel doblado y húmedo por la lluvia y se lo dio a Hackett, que miró a Lascelles y dijo—: De no ser por esto. —Le alcanzó el pedazo de papel al inglés—. Lo llevaba encima; el sargento, aquí presente, lo encontró.

Lascelles contempló inquieto y con el ceño fruncido los rostros que le rodeaban. Estaba claro que habría preferido no enterarse de lo que fuese a informarle el papel, pero no tuvo más remedio que desdoblarlo con cuidado —estaba tan mojado que corría el peligro de desintegrarse— y ponérselo sobre la palma de la mano. Se quedó mirándolo un momento.

—¡Dios mío! —dijo en voz baja.

Strafford, inclinando la cabeza, escudriñó la fotografía borrosa.

—Reconoce a esa gente, ¿no? —le preguntó Hackett a Lascelles.

Lascelles sonrió, como si algo le doliera, y alzó la mirada de la fotografía.

—Es la puñetera familia real, claro.

—Sí —coincidió Hackett—. Y las dos niñas marcadas con un círculo son las puñeteras princesas.

Se sentaron los cuatro en el coche de Lascelles, que seguía aparcado en la cuneta —Lascelles y el inspector Hackett delante, Strafford y el comandante De Valera en el asiento trasero— y discutieron qué hacer. Hackett empezó diciendo que había que sacar a las dos niñas de Clonmillis ya, pues era evidente que corrían un peligro inminente como indicaba la presencia de la fotografía en el bolsillo de Joey Hackett. Si Joey Harte sabía quiénes eran las niñas, seguro que otros también.

Lascelles encendió otro cigarrillo; la mano que sostenía la cerilla no era muy firme.

—Todo eso está muy bien —dijo en tono irritado—, pero ¿adónde las llevamos?

Strafford notó que empezaba a haber unas grietas finas en la cuidada máscara de despreocupación del inglés.

—¿No habían hablado de enviarlas a Canadá? —dijo Hackett.

Lascelles le echó una mirada intrigada, sorprendido, al parecer, de que el policía estuviese en posesión de una información supuestamente confidencial.

«Sí —pensó Strafford—, está nervioso».

—Canadá está descartado —dijo con sequedad Lascelles—. Las rutas marítimas se han vuelto incluso más peligrosas que los puertos y las ciudades industriales de Inglaterra. —Se quedó pensando un momento, mirando su cigarrillo—. Tendremos que traer más protección. Hay una nueva unidad, creada hace poco por órdenes directas del primer ministro, la Fuerza de Comando. Estrictamente confidencial, a propósito. Tipos duros. Se encargan de llevar a cabo operaciones especiales, sobre todo detrás de las líneas enemigas. Estoy seguro de que podríamos traer discretamente un destacamento, instalarlos aquí.

Le interrumpió un ruidoso carraspeo desde el asiento trasero. El ceño grisáceo del comandante De Valera había adquirido un tono sonrosado.

—Aquí ya hay un destacamento militar, señor Lascelles —dijo con su voz extrañamente fina y sibilante alzándose hasta un registro aún más fino y agudo. Strafford, sentado a su lado, lo observó con interés. Se había dado cuenta de lo mucho que le había impresionado a De Valera la fotografía del periódico con los círculos trazados a lápiz alrededor de la cabeza de las princesas, cabezas vulnerables cuya seguridad le habían encomendado. ¿Sería de verdad posible que nadie le hubiese informado de la identidad de las dos niñas que él y sus hombres tenían que proteger?

Era típico de su padre, el líder del país, dejar a su hijo en la ignorancia. El padre de Strafford, un hombre excéntrico y bromista, a quien a veces le gustaba hablar con la voz cadenciosa de un

hombre de la regencia, le gustaba decir de Éamon de Valera que su mano derecha languidecía en permanente ignorancia de los manejos de la izquierda.

—Lo sé, por supuesto —se apresuró a decir Lascelles—. Usted y sus hombres están haciendo un buen trabajo, no hace falta más que ver la decidida acción de anoche. —Sabía muy bien con el hijo de quién estaba hablando, y no estaba dispuesto a ser la causa de un incidente diplomático—. Sin embargo...

—Sin embargo —lo interrumpió con sequedad el comandante—, no hay por qué traer a un destacamento de irregulares. ¡Por el amor de Dios, hombre, está hablando usted de tener soldados británicos acantonados en suelo irlandés! Nada de eso, nada de eso. Recordamos demasiado bien a los Black and Tans, señor Lascelles. Me han dicho que un joven de la finca perdió a su madre en manos de esos asesinos. Además, parece usted olvidar que Irlanda es una potencia neutral.

Lascelles miró de Hackett a Strafford y otra vez a Hackett.

—¿De qué joven está hablando? —preguntó con voz brusca y casi chillona—. ¿Fusilaron a su madre?

—Se llama Denton —dijo Strafford—. El tipo de la escopeta... lo habrá visto por ahí. Los Black and Tans fusilaron a su madre a la puerta de su casa, en la guerra de Independencia.

Lascelles asintió con la cabeza, más tranquilo.

—¡Ah!, entonces hace mucho tiempo.

—Veinte años —respondió Strafford—. Denton era un niño en aquel entonces. Se dice que la madre lo sostenía entre sus brazos cuando la fusilaron, pero puede que sea solo una leyenda local. La casa está por allí. —Hizo un gesto con el brazo—. Según me han contado, Denton vive en ella todavía.

Lascelles estaba perdiendo interés por el asunto.

—Muy triste —murmuró, y luego volvió a alzar la voz—. Pero, sin duda, eso ya está olvidado.

—Aquí nadie se olvida de nada, señor Lascelles —replicó Hackett con una risa flemática—. Miró de reojo a Strafford—. ¿No es cierto, subinspector?

Al jefe de Strafford le divertía meterse con él, el protestante, a propósito de esos asuntos, pero él no tenía intención de dejarse arrastrar a una absurda discusión política.

—¿No sería posible enviar a las niñas a Dublín? —inquirió—. ¿Alojarlas en una casa segura hasta que pase la amenaza?

—¿Qué le hace pensar que se pasará la amenaza? —preguntó con frialdad Lascelles. Había dejado de fingir desenvoltura; era un hombre con un problema, un problema que podía estallarle en la cara y dejarlo maltrecho para siempre—. Además, podrían estar vigilando la casa. ¿Qué les impediría bloquear la carretera? —Se volvió hacia el comandante—. ¿Podría pedir que le enviaran vehículos pesados para formar un convoy?

A esas alturas, el aspecto del comandante era el de alguien que apenas puede contener la rabia.

—Mi misión, y la misión de mis hombres —dijo, con los ojos entornados y la boca apretada—,

es montar guardia en torno al perímetro de la Granja e impedir la entrada de intrusos. Por lo que sabemos, ese tipo de anoche podía haber ido armado y estar respaldado por otros como él. El IRA sigue activo en esta región.

—Caballeros, caballeros —el inspector Hackett alzó la mano para contenerlos—, mantengamos la calma. No conseguiremos nada saltándonos al cuello unos a otros. —Se quitó el sombrero, miró la copa y volvió a ponérselo. Tenía la boca ancha, la nariz aplastada como un boxeador y oscuros ojillos brillantes y astutos.

Lascelles bajó la ventanilla y tiró la colilla a la carretera. Strafford agradeció el aire fresco que se coló en el coche. El rastro de perfume hacía mucho que había desaparecido y el interior apestaba a tabaco, abrigos húmedos y sudor rancio.

—Bueno, hagamos lo que hagamos —dijo Lascelles, poniéndose hosco—, debemos tener en cuenta la responsabilidad que pesa sobre nuestros hombros.

El comandante De Valera respiró por la nariz, se cruzó de brazos y miró sin pestañear por la ventanilla que tenía a su lado.

Lascelles giró la llave del encendido y anunció que era hora de volver a la casa.

—Entonces los dejo, caballeros —dijo el inspector Hackett, abriendo la portezuela del acompañante.

Lascelles lo miró fijamente.

—¿Adónde va? —preguntó.

—Me vuelvo a Dublín, tengo trabajo —respondió Hackett, apeándose del coche.

—Pero...

—Escuche, señor Lascelles —dijo Hackett en voz baja, dándose la vuelta e inclinándose hacia la portezuela, con una mano apoyada en el techo del coche—, su gobierno le pidió un favor al nuestro, y el nuestro aceptó colaborar. Hasta ahora hemos mantenido a esas dos jóvenes a salvo, y seguiremos haciéndolo mientras dependa de nosotros. Cuando llegue a la ciudad, llamaré al ministro...

—Yo también lo haré —le espetó Lascelles.

—... llamaré al ministro —prosiguió Hackett, sin caer en la provocación— y veré si puede proporcionar refuerzos al comandante. Es lo único que podemos hacer si no quiere llevarse a las niñas.

El comandante De Valera, que también se había apeado del vehículo, dio un tirón enfadado al dobladillo de su guerrera y se ajustó las gafas.

—Creo —dijo, dirigiéndose a Hackett— que este asunto es competencia de las Fuerzas Armadas. No hay por qué molestar al ministro... Yo mismo hablaré con mi oficial al mando.

—¡Oh, muy bien! —dijo tan tranquilo el inspector Hackett, mirándolo por encima del techo del coche. Luego volvió a inclinarse para dirigirse a Lascelles—. Buena suerte, señor —dijo, llevándose un dedo al ala del sombrero, con un saludo irónico—. Estoy seguro de que tendré

noticias suyas. —Miró a Strafford—. Subinspector, ¿se vuelve a la casa? ¿Podría hablar un momento con usted antes de que se vaya?

Strafford se apeó y Hackett lo cogió del codo y se lo llevó aparte. Strafford reparó en que el comandante, todavía de pie al lado del coche, los observaba con mirada atenta, aunque probablemente estuviera demasiado lejos para oír lo que decían.

El inspector Hackett sacó su paquete de cigarrillos y encendió uno. Levantó un pie asqueado, mostrando una bota negra claveteada sucia de barro.

—Míreme —dijo—, voy hecho un asco. —También tenía barro en el dobladillo de los pantalones—. Escuche, muchacho —dijo con calma—, tenga cuidado. Como le he dicho a su excelencia, el sabihondo de la embajada, fue su gobierno quien nos pidió que acogiéramos a esa pareja. Pero, aun así, si les ocurre algo seremos nosotros quienes pagaremos el pato: quiero decir usted y yo, no el joven De Valera ni esos pomposos de la mansión. ¿Me oye lo que le digo? No quiero que lo vuelvan a coger en falta y no quiero acabar de sargento delante de un escritorio en Ballydehob.

Strafford asintió con la cabeza. El comandante, que había estado observándolos, se volvió y se encaminó encorvado hacia el bosque.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Strafford; le dolía mucho la cabeza.

—No haga nada, a no ser que no tenga más remedio —respondió el inspector. Hizo un gesto apenas perceptible con la cabeza en dirección al coche, donde estaba Lascelles, una figura oscura detrás del parabrisas—. Deje que se encargue él, él y la chica, como se llame.

—Celia Nashe —dijo Strafford.

Hackett lo escrutó un segundo con los ojos entornados.

—Sí, Nashe, eso es —dijo en voz baja—. ¿Qué tal ha congeniado con ella?

Había una leve insinuación en su tono que Strafford decidió pasar por alto.

—Nos llevamos bien —dijo—. Es muy correcta.

Hackett se rio.

—Ah, ¿sí? —dijo, y soltó una risita desagradable—. En cualquier caso, así es como debe hacerse: con amabilidad y corrección. Ande, vaya con el señor Lascelles y súbase a ese coche tan elegante. Pero escuche... —volvió a coger al joven por el codo—, téngame informado en todo momento. No me deje de lado, como anoche.

—Muy bien, señor —respondió Strafford.

Hackett volvió a mirarlo de cerca.

—¿Se encuentra bien? Parece usted medio muerto.

—Creo que he pescado un resfriado —respondió Strafford—. No es nada.

Se dio la vuelta y se alejó, con la cabeza gacha y las manos metidas en los bolsillos de la gabardina.

Volvió a subir al coche, otra vez en el asiento trasero, aunque el asiento del acompañante estaba vacío, y apoyó la cabeza en el cabezal de cuero. Cerró los ojos en la latiente oscuridad. Se sentía débil y mareado, y no sabía cómo iba a pasar el resto del día con lo mal que se encontraba.

—¡Dios, qué gente! —murmuró Lascelles en el asiento delantero, observando a través del parabrisas al inspector Hackett mientras subía al coche patrulla y cerraba la portezuela de un portazo—. ¿Cómo puede entenderse con ellos?

Strafford no dijo nada; no tenía energía para señalar que, probablemente, él también era uno de esos que Lascelles había llamado «gente».

El inglés pisó con fuerza el acelerador y giró el volante para que el coche diera una brusca vuelta de ciento ochenta grados. Trafford, zarandeado, abrió los ojos y se enderezó en el asiento; tenía que resistir, de lo contrario podía acabar desmayándose; no le pareció nada improbable. Lascelles lo miró por el espejo retrovisor —qué siniestros parecían siempre los ojos de la gente en ese pequeño rectángulo de cristal, pensó Trafford, igual que los ojos de un carcelero asomándose por la mirilla de la puerta de una celda—, soltó una risa enfadada y dijo:

—¿Qué piensa usted de todo esto?

—¿Quiere decir del tiroteo?

—¡Pues claro que quiero decir del tiroteo! ¿Qué iba a ser si no?

—Pensaba que se refería a lo de qué hacer con las niñas.

—Es lo mismo.

Strafford miró por la ventanilla de al lado al mundo que pasaba a toda velocidad. El sol, todavía bajo, brillaba entre los setos, cegándole los ojos.

—No me acabo de creer que Joey Harte pudiera representar una verdadera amenaza —dijo—. Sobre todo ahora.

—Ah, ¿no? —replicó Lascelles con una especie de mueca. Pisó aún más el acelerador y tomó una curva cerrada haciendo chirriar los neumáticos. Ahora que había dado rienda suelta a su rabia, era un hombre distinto. Este, pensó Trafford, era el verdadero Lascelles, vengativo y amenazante, decidido ante todo a no ser la persona sobre quien cayeran las culpas.

—Una cosa que puede hacer —dijo— es ir a tener una charla con el tal Denton.

—Ah, ¿sí? —dijo Trafford desde el asiento trasero—. ¿Y de qué quiere que charlemos?

—De con quién se ha ido de la lengua —replicó Lascelles con los dientes apretados.

—¿Cree que le contó a Harte lo de las niñas?

Lascelles soltó una risa enfadada.

—Los nuestros fusilaron a su madre, ¿no? Aunque fuese hace veinte años. Una cosa que sé de los irlandeses es que nunca perdonan una ofensa, ni la olvidan.

—Muy bien —dijo en voz baja Trafford—, hablaré con él.

—Sí, hágalo.

Lascelles estaba otra vez mirándolo furioso por el espejo; Trafford habría preferido que mirase

a la carretera. La aguja marcaba ciento veinte y era una carretera muy estrecha. Para su sorpresa, se sintió de pronto con más fuerzas, el miedo debía de haber disparado su adrenalina. Nada como la muerte de otro, de cualquier otro, para agudizar la propia sensación de estar vivo. ¿O era solo la fiebre, que hacía que le hirviera la sangre?

Billy Denton había salido justo después de amanecer a terminar de colocar la valla que había dejado a medias el día que oyó a la chica llorando en el bosque y tuvo que llevarla a la mansión. Quería acabar el trabajo, no porque fuese muy urgente, sino porque siempre trabajaba con esmero y detestaba dejar cualquier tarea sin acabar una vez la había empezado. Pronto comenzaron a caer rachas de lluvia grisácea y fina como una tela de araña que era poco más que una neblina. No se apresuró; estaba acostumbrado a mojarse.

Los grajos graznaban invisibles en los árboles como burlándose de él, su némesis implacable.

Al cabo de una hora había avanzado mucho y el trabajo estaba casi terminado. Le sangraban las manos donde se había pinchado con el alambre de espino. Tampoco hizo caso de eso; la piel del dorso de sus manos y de sus antebrazos tenía muchas cicatrices de pequeñas heridas olvidadas.

Poco a poco empezó a tener la sensación de estar siendo observado, y, cuando interrumpió su tarea, se incorporó y se dio la vuelta, vio a Pike de pie entre los árboles a una cierta distancia, mirándolo.

¿Cuánto tiempo llevaba allí?

Billy no se fiaba de Pike, nunca lo había hecho, y además lo despreciaba. Se agachó para seguir trabajando, pero supo que no lo dejaría en paz.

—Pero si es el mismísimo sir Galahad —dijo el viejo, acercándose tras él y riéndose en voz baja—. Imagino que debieron de recibirte como un héroe cuando te presentaste ese día en la casa con la chica en brazos. —Billy se limitó a seguir trabajando. Los grajos estaban organizando un buen escándalo, como si supieran que Pike había aparecido en la escena y estuviesen emitiendo una advertencia general—. ¿No has traído la escopeta? A esos cabrones —se refería a los grajos— los callaba yo con un par de cartuchos de posta.

Billy suspiró, dejó de trabajar y volvió a incorporarse. Tenía unos alicates de cortar alambre en la mano derecha; las hojas en forma de gancho, parecidas al pico de un pájaro, brillaron bajo la llovizna plateada.

—¿No tienes nada que hacer? —preguntó—. Ya ves que estoy ocupado.

Pike se rio.

—¡Ah!, tú siempre lo estás. El duque —lo pronunció «dique», una broma que le hacía mucha gracia, como si fuese muy divertida— debe de pensar que eres un tesoro. Dentro de nada irá a buscar los papeles para adoptarte. —Volvió a soltar una risa sibilante—. El bueno de Billy.

Billy lo miró a los ojos.

—No tienes por qué burlarte de mí, Pike —dijo en un tono que sonó más aburrido que enfadado.

—¿Quién se burla? —exclamó Pike, arqueando las cejas y abriendo mucho el ojo bueno—. Solo digo que en la mansión te tienen mucho afecto.

Billy negó con la cabeza casi angustiado, como un animal atormentado por las moscas.

—Por el amor de Dios, ¿te importa dejarme hacer mi trabajo en paz? —rogó.

Había sido Pike quien, años atrás, había hecho correr el rumor de que Billy era el hijo bastardo del duque; nadie le había creído, pero la gente se burlaba, y a veces todavía lo saludaban por la calle con un «su excelencia» seguido de una carcajada.

—Anda, vayamos la Gaffney en la furgoneta a tomar una pinta —lo animó Pike, fingiendo un gesto amistoso, como comprendió con desprecio Billy.

—Ya te lo he dicho —murmuró—, tengo trabajo.

—¿Tienes un cigarrillo?

—No.

Entonces Pike dijo en voz baja, como si fuese una broma:

—Eres un tocacojones amargado, ¿lo sabías?

Billy había vuelto a concentrar su atención en la cerca. La nuca se le había puesto colorada. Pike se quedó de pie mirándolo, con el único ojo entornado, haciendo un movimiento rotatorio, como si masticara alguna cosa.

Los alicates de Billy soltaron un limpio chasquido.

—Ten cuidado no te vayas a cortar un dedo —dijo Pike—. ¿Qué harías sin todos los dedos?

Pike se volvió y se marchó por la hierba mojada. Los dos hombres eran conscientes de que ninguno había aludido a la muerte de Joey Harte, la noticia había pasado ya de una granja a otra y había llegado incluso al pueblo, con el lechero y el correo de la mañana.

Todavía era pronto cuando se recibió en la mansión una llamada del despacho del ministro Dan Hegarty. Strafford se enteró después de que Lascelles y él llegaron a la casa y Lascelles fuese a aparcar el Bentley.

Hynes, el mayordomo, tardó todo lo posible en responder, con la esperanza de que quienquiera que estuviese al otro extremo de la línea se desanimara y colgara, pero al final tuvo que ceder. Se acercó al aparato a la defensiva, igual que hacía siempre, como un gladiador armado con una lanza y una red, pues veía aquel artilugio —¡una máquina que hablaba!— con un temor primitivo y perpetuo. Levantó el auricular y escuchó, y oyó cómo le pedían que informara a su excelencia, el duque, de que el ministro, el señor Hegarty, llegaría a Clonmillis Hall a la mañana siguiente en un coche oficial.

¿Era el señor Hegarty quien estaba al aparato?, quiso saber Hynes.

No, no lo era: quien hablaba era su secretario personal.

Al principio el anciano apenas comprendió lo que le decían: nunca había oído hablar de ningún señor Hegarty, y no entendía por qué alguien se creía con derecho a llamar como caído del cielo y anunciar la inminente llegada de otra persona a quien por lo visto representaba.

Iba de camino a lo que al duque le gustaba llamar su despacho —un escondrijo accesible solo por una puerta baja, apenas visible, debajo de las escaleras— cuando Strafford entró por la puerta principal. Hynes le había cogido simpatía al joven, que aparte de ser educado y muy bien hablado, le había dado cinco chelines al final de su primera semana allí. El mayordomo se desvió y se acercó al subinspector, que, haciendo equilibrios sobre una sola pierna en la estera de al lado del perchero, intentaba quitarse una de las botas de agua que había cogido prestadas.

—¿Va a venir el ministro? —dijo sorprendido Strafford con la bota en la mano—. ¿Ha dicho para qué?

Hynes se lo tomó a broma. No podía concebir que alguien pensara en serio que un funcionario del gobierno, en particular el secretario personal de un ministro, le contara a nadie las intenciones de su amo, y menos a un criado; a diferencia de la señora O'Hanlon, Hynes no se hacía ilusiones sobre su estatus en la casa.

—¡Oh, no, señor Stafford, no me lo ha dicho! —Hynes, como muchos otros, no acababa de aprenderse el nombre de Strafford y siempre lo pronunciaba mal, y Strafford había dejado de corregirle—. Además, no ha sido él quien ha llamado.

—Así que va a venir —repitió Strafford con una sonrisa—. Demonios. —Comprendió que le divertía imaginar cómo se desenvolvería Dan el Hombre de la Calle con las intrincadas sutilezas

sociales de Clonmillis Hall, por no hablar de la muerte de un civil a manos de las fuerzas de defensa—. ¿Y dice usted que llega mañana?

—Eso es, señor. Después del desayuno. O eso dijo la persona que telefoneó.

—¿La persona?

—Dijo que era su secretario. —Estaba claro que el anciano consideraba altamente improbable, por no decir risible, la posibilidad de que existiera un secretario masculino—. Van a traerlo en coche.

—¿Lo sabe sir William?

—Ahora mismo iba a decírselo, señor.

—Sí, bueno, creo que será mejor que se lo diga usted cuanto antes.

Hynes esbozó una especie de saludo —Strafford sospechaba que el anciano lo tomaba por un militar de paisano que se hacía pasar por policía— y se alejó arrastrando los pies por el pasillo.

Strafford se quitó la segunda bota y se quedó flexionando los dedos y hundiéndolos con placer en la mullida estera.

Así fue como lo encontró Lascelles. El inglés había dejado el coche en el patio del establo, juzgando que sería mejor no dejarlo a la vista. «No quiero que termine lleno de agujeros de bala, si acabamos sitiados», le había dicho a Strafford con una sonrisa sardónica, antes de llevarlo a la parte de atrás de la casa.

Recibió la noticia de la visita de Hegarty frunciendo el ceño con sorpresa.

—¿A qué viene? —quiso saber.

—Bueno, se habrá enterado de la muerte de Harte. De hecho, usted mismo le informó anoche, ¿no?

—Sí, pero ¿qué tiene eso que ver con él? —Una idea se le pasó por la cabeza—. Vaya usted a saber si no tendrá pensado quedarse.

Los dos hombres se miraron en silencio, luego se rieron a la vez.

Justo en ese momento, Celia Nashe apareció en lo alto de la escalera, su aspecto dejó entender con claridad que consideraba la exhibición de frivolidad de los dos hombres muy poco apropiada dadas las circunstancias.

—El puñetero ministro viene para acá —le gritó Lascelles—. ¿Se imagina?

Ella empezó a bajar las escaleras.

—¿Qué ministro?

—Hegarty —respondió Strafford—. El de Asuntos Exteriores.

—Ah, ya. —Parecía sorprendida, como si no se le hubiese ocurrido que Irlanda pudiera tener ministros del gobierno—. Lo que nos faltaba —añadió lúgubre. Se volvió hacia Lascelles—. Les he dicho a las niñas que tendrán que quedarse en la casa hasta previo aviso.

Lascelles sonrió irónico.

—¿Cómo se lo han tomado?

—¿Y usted qué cree?

Celia Nashe parecía desconcertada y enfadada; estaba claro que Lascelles no tenía intención de dejarla olvidar que había sido ella quien había insistido en relajar el control de la libertad de movimientos de las niñas por la finca.

—¿Qué razón les ha dado para que tengan que quedarse en la casa? —preguntó Strafford.

La joven se ruborizó.

—Que había un escape de gas en la vaquería, les he dicho no sé qué de la urea. —Se mordió el labio—. Ha sido lo único que se me ha ocurrido, así de repente.

Strafford asintió con la cabeza, sin inmutarse.

—Bien, bien —murmuró Lascelles con aire ausente, aunque en realidad no la había oído. Se había quitado el abrigo, lo colgó en el perchero y lanzó el sombrero para que aterrizara pulcramente en un gancho justo al lado—. No sé si tomármelo a risa o asustarme —dijo—. Esto se está convirtiendo en una especie de farsa irlandesa..., el bueno de Shaw se lo habría pasado en grande. Apiolan a Paddy en un pinar mientras unos petimetres organizan la visita del inspector del gobierno.

Se apartó de pronto de ellos, silbando y dándose palmaditas en los bolsillos de la chaqueta en busca de su pitillera. Había recobrado gran parte de su aplomo.

—Bueno —preguntó envarada Celia, volviéndose hacia Strafford—, ¿qué novedades hay?

Él podría haberse burlado de la rigidez con que le habló: ante la duda, conviértete en robot. Pero no se burló, y le contó lo de la fotografía que habían encontrado en el bolsillo de Harte. Ella se lo tomó, tuvo que admitirlo, con una calma admirable.

—La identidad de las niñas era un secreto imposible de guardar —dijo.

—Voy a ir a hablar con el joven Denton —dijo Strafford—. Da la impresión de que es probable que el informante haya sido él.

—¿El informante?

—El que le reveló a Joey Harte la verdadera identidad de las niñas: el que le dio la fotografía del periódico. ¿Sabe que los británicos fusilaron a su madre?

—Sí. —Hizo una pausa—. ¿Cree que fue él quien rompió el secreto?

—No lo sé. ¿Y usted?

Ella se ofreció a acompañarlo. Strafford volvió a ponerse las botas de agua —todavía horriblemente calientes y pegajosas— mientras ella subía a por sus botas de campo, las que no había tenido ocasión de ponerse en las lejanas, anheladas y al parecer nunca asequibles Tierras Altas de la bella Escocia.

Fueron juntos a la puerta principal y se encaminaron hacia el bosque.

—¿Ha traído un arma? —preguntó Strafford como si tal cosa; estaba seguro de que ella no se había dado cuenta de que había visto la pistola en el cajón de la ropa interior.

—¿Y usted?

—El nuestro es un cuerpo policial no armado.

—El nuestro también.

Mientras cruzaban por la hierba, las nubes de lluvia que habían estado amontonándose toda la mañana se abrieron de pronto y un débil rayo de sol asomó y vertió sobre la hierba un esforzado resplandor pálido y amarillo.

Mary los vio desde la ventana del rellano de su ala de la casa y se quedó observándolos hasta que se perdieron de vista. Llevaba vigilándolos desde el principio, cuando llegaron a la casa, convencida de que antes o después se enamorarían. Ahora, al verlos desaparecer juntos en el bosque, se alegró de haber tenido razón.

Le gustaba que la gente se enamorara; siempre hacía que las cosas fuesen más interesantes, sobre todo si era probable que hubiese una tercera persona en escena para sazonar el guiso. El señor Lascelles podía interpretar ese papel a las mil maravillas.

Sabía de estas cosas por el mucho tiempo que llevaba estudiando a las decenas de criados entre los que habían vivido ella y su familia, como ballenas deslizándose entre omnipresentes bancos de pececillos.

Había habido una ocasión en Buck House, una tarde en la que, aburrída y en busca de algo que hacer, había entrado en uno de los dormitorios —el palacio tenía cincuenta y dos, uno para cada semana del año— y descubrió a la dama de compañía de su madre, la duquesa de Bristol, en la cama con un lacayo. No le contó a nadie lo que había visto, pero la duquesa, que conocía bien a Mary y su capacidad para guardar un secreto, se fue a toda prisa, dando una vaga explicación de su marcha, y se instaló en la casa de su marido en el sur de Francia hasta que juzgó que era seguro volver discretamente a Inglaterra, lo cual no sucedió hasta varios años más tarde.

En cuanto al lacayo, que se llamaba Fred, resultó ser una fuente abundante de regalos, de todo tipo; entre otras cosas, cajas de chokolatinas de Fortnum & Mason —robadas, claro, de los suministros de mercancías del palacio— y una rata blanca domesticada, de una camada criada por el hermano pequeño de Fred, que ella escondió una semana en una caja de cartón debajo de la cama y alimentó con trocitos de jamón cocido y pastel de frutas hasta que se escapó y no volvió a verla. Supuso que los gatos del palacio debieron de acabar con ella.

Especuló con qué irían a hacer la señorita Nashe y el subinspector en el bosque. Se besarían, abrazarían, suspirarían y demás; pero después ¿qué? Había visto animales de granja dedicados a la copulación, pero no podía creer que esos torpes, cómicos y groseros esfuerzos se parecieran en algo a lo que los seres humanos hacían en la cama; si se parecían, jamás dejaría que nadie se lo hiciera a ella.

En un rincón del alféizar vio el cadáver reseco de una avispa atrapada en los restos desgarrados de una telaraña. Soltó la momia en miniatura de los hilos de seda que, aunque grises

por el polvo, todavía seguían siendo pegajosos, la levantó con cuidado entre un dedo y el pulgar, se la acercó a los ojos y la contempló fascinada. La naturaleza era muy extraña, pensó, qué manera de despilfarrar cosas bellas. Le bastó con apretar un poco la avispa para que se convirtiera en un pellizco de polvo de color pajizo. Se limpió los dedos en el vestido y volvió al dormitorio.

Su hermana estaba en la cama, con la nariz pegada a un libro, como de costumbre.

—Acabo de ver a doña Estirada y al poli escabulléndose juntos al bosque.

A esas alturas, Mary había conseguido olvidar la noche en que se metió en la cama de Celia Nashe necesitada de calor y de consuelo, y su subsiguiente resolución de dejar de llamar a la señorita Nashe por el apodo que había ideado para ella.

—No está bien espiar a la gente —dijo su hermana, sin apartar la vista de la página.

Tenía las rodillas dobladas debajo de las sábanas y el libro apoyado contra ellas. Su tobillo ya estaba curado, aunque de vez en cuando, si se acordaba, cojeaba un poquito, para recordarle a todo el mundo lo mucho que había sufrido y las secuelas de la lesión que todavía seguía padeciendo con valentía.

—Supongo que deben de haberse enamorado —dijo Mary.

—¡Por el amor de Dios, no seas absurda!

—¿Qué tiene de absurdo? La gente se enamora todo el día, sobre todo cuando está encerrada en un sitio como este sin nada que hacer. —Se sentó en su cama y empezó a toquetearse un padrastro que tenía en el dedo corazón de la mano izquierda—. Echo de menos a Crawfie. —Crawfie era el nombre familiar de la señorita Crawford, la institutriz de las niñas, que se había llevado un buen disgusto al enterarse de que no iban a enviarla a Irlanda a cuidar de ellas—. Ojalá estaría aquí.

—Estuviese, no «estaría».

—¿Qué?

—Se dice «Ojalá estuviese aquí», es lo correcto gramaticalmente.

Mary entornó los ojos.

—Te odio —dijo.

Tiró de la pálida tira de piel al lado del dedo, y una minúscula punzada de dolor le recorrió toda la mano. El dolor era interesante. Sabía muy bien que no podría resistir mucho, ¡imagina que te torturasen! Fred, el lacayo al que tenía comprado, le había contado que la Gestapo le arrancaba las uñas a la gente cuando la torturaba para que contara secretos. ¡Imagínate! Se estremeció.

—Te agradecería que dejaras de moverte —dijo su hermana.

—¿Cuánto tiempo crees que tendremos que quedarnos en la casa? —Ellen apretó los labios y fingió concentrarse en su libro—. No me creo esa historia de la fuga de gas en la vaquería, ¿y tú? —preguntó Mary.

—No, claro que no.

Se hizo un silencio un rato; luego, Mary comentó con calma:

—Doña Estirada tiene una pistola. —Estaba mirándose el padrastro tan de cerca que la yema

del dedo casi le rozaba el globo ocular. Se acordó de cuando Pike se sacó el ojo de cristal y se lo puso sobre la palma de la mano; tenía una fina película de baba brillante por encima, como si lo hubiesen sumergido en vidrio soluble—. La guarda en un cajón de su cuarto, con las medias y sus cosas. Es una pistola, en una funda de cuero. Vi cómo la guardaba el día que...

—¡Calla de una vez, por favor! —gritó Ellen. Había cerrado el libro de golpe y estaba recostada en los almohadones con la mirada hacia arriba, interpretando a una mártir—. ¿Por qué sigues contando esas mentiras? ¿No entiendes que no me interesan lo más mínimo tus ideas absurdas?

Mary sonrió. En realidad era muy fácil sacarla de quicio.

—No miento —dijo en un tono tranquilo y razonable, que sabía que era mucho más irritante que los gritos—. Si quieres, te la enseño.

—¡Oh, sí, claro, me la vas a enseñar! —respondió Ellen, volviendo a abrir el libro.

Mary se sentó muy quieta y miró a su hermana un momento, luego se puso en pie y salió despacio de la habitación con la cabeza alta, la espalda recta y los brazos muy rígidos en los costados. Ellen, a pesar de sí misma, la miró con el ceño fruncido. ¡Qué niña tan ridícula! ¿Qué quería, imitar a un soldado de la Guardia Real?

No obstante, al cabo de un momento, Mary volvió con una funda de cuero en la mano y un extraño cinturón de piel, que al cabo de un momento Ellen decidió que debía ser para sujetarla al hombro.

—¿Lo ves? —dijo Mary, acercándose a la cama de su hermana y abriendo la funda—. Ahora dime que miento.

La encontraron con facilidad, la casita de jengibre solitaria en su hueco frondoso. Aunque estaba solo un poco apartada de la carretera principal, parecía tan aislada que lo mismo podría haber estado perdida en lo más profundo del bosque. Se detuvieron entre los esbeltos troncos de los pinos de la ladera, justo encima del claro y se quedaron observándola. Tenía un tejado muy inclinado, con una veleta de hojalata con forma de gallo plano en un rincón. En el otro, una perezosa columna de humo se alzaba casi en línea recta de una chimenea torcida.

Las ventanas no mostraban el menor signo de vida.

—Fue muy bueno con Eliz... con Ellen, cuando la derribó el caballo —dijo Celia—. La llevó en brazos hasta la casa.

—Sí, yo estaba allí cuando llegaron a los establos. Parecía todo un héroe.

—Creo que hasta ella se conmovió.

—¿«Hasta ella»?

—Bueno, no es que sea una niña muy expresiva, por así decirlo.

—No, supongo que no. —Estaba observando la casa—. No parece que haya nadie. ¿Echamos un vistazo más de cerca?

—Tenga cuidado no le dé por dispararnos con esa escopeta suya de la que no parece desprenderse nunca.

Bajaron por la pendiente, entre las hojas húmedas arrastradas por el viento. Strafford se acercó a una de las ventanas, se hizo pantalla con las manos y acercó la cara al cristal para ver el interior. El tenue perfil de una mesa, unas sillas, una estufa y una alacena de cocina. La casa de un soltero. Pensó en su propio piso en Dublín; estaba en la calle Clare, encima del despacho de unos agrimensores colegiados. Esos últimos días había empezado a echarlo de menos, aunque nunca había pensado que lo haría.

—¿Cree que está involucrado en este asunto?, quiero decir en lo de ese hombre al que han matado y demás —preguntó, y su aliento empañó el cristal que tenía delante.

—No lo sé —dijo Celia detrás de él—. Me cuesta pensar que... —Y, al cabo de un momento, añadió en voz baja—: ¿Por qué no se lo preguntamos a él?

Strafford se apartó de la ventana.

Billy Denton estaba de pie en la linde del bosque, observándolos. Llevaba la chaqueta Norfolk deshilachada, una gorra y unas polainas de cuero. Efectivamente, Strafford vio que llevaba la fiel escopeta enganchada del brazo izquierdo. Era raro, pensó, que no se le hubiese pegado a la mano, como la lira a Orfeo.

—Buenos días —dijo Strafford en voz más alta de la cuenta, lo que hizo que los árboles de alrededor parecieran temblar un poco.

—Buenos días —respondió Denton en tono neutro.

Celia pensó que, si sonriese de vez en cuando, sería bastante guapo. Tuvo una extraña sensación al verlo allí, una especie de goteo por la parte baja de la columna vertebral, desde la cintura de la falda. Una vez más, se había plantado detrás de ella sin hacer ruido; confió en que esa vez no disparase su escopeta. No había llevado consigo su propia arma, pensando que no era probable que fuese a necesitarla. Sin duda, Billy Denton no era un peligro, al menos para ella y el policía. Estaba segura de que era mucho más blando de lo que le gustaba dar a entender.

—No sabíamos si estaba en casa —dijo Strafford, alzando una vez más la voz para proyectarla a través del espacio que mediaba entre él y el joven en la linde del claro.

—No lo estaba, pero ahora lo estaré —respondió Denton, sin la menor insinuación de humor o siquiera de sarcasmo. Era una criatura sin encanto, pensó Strafford, lo cual probablemente significara, claro, que todas las chicas pensaban que era un bombón. Strafford era muy consciente de saber muy poco de mujeres..., casi nada en realidad. La imagen de Isabel Galloway se alzó ante él como un espectro y desapareció de inmediato.

Denton se adelantó y cruzó el claro con la cabeza gacha y la mirada fija en el suelo. Cuando llegó a donde estaban ellos, Celia dijo:

—No le di las gracias como es debido por rescatar a Ellen cuando se cayó del caballo el otro día.

Denton se metió la mano en el bolsillo de los pantalones de pana y sacó una llave de hierro.

—No fue nada —dijo, quitándose importancia—. Yo no lo llamaría exactamente un rescate.

—Bueno, Dios sabe cuánto tiempo se habría quedado allí con un tobillo torcido y sin poder andar si no la hubiese encontrado usted.

El joven abrió la puerta principal, la empujó y entró en la casa.

Celia y Strafford se miraron indecisos. ¿Debían tomar la puerta abierta como una invitación a entrar?

Strafford pasó primero.

La sala en la que se encontraron tenía un aire sucio y descuidado. Olía a humo de leña, a comida estropeada y a incontables teteras de té negro muy cargado. A Celia los muebles le parecieron conmovedoramente escasos. ¿Cómo podía vivir ahí solo ese joven tan hosco que, a pesar de todo, a pesar de la escopeta y de su frialdad, parecía solo un niño necesitado de una madre?

Denton se quitó la gorra y dejó la escopeta en la mesa —encima de la madera parecía la extremidad amputada de algún animal salvaje de patas finas—, fue al fregadero que había al pie de la ventana y se mojó los dedos debajo del grifo. Luego se volvió hacia sus visitantes, secándose las manos con un paño de cocina.

—¿Querían saber algo en particular? —preguntó.

Se le contraía un músculo de la comisura del labio, y eso hacía que pareciese que esbozaba una sonrisa sardónica, aunque Strafford sabía que no era así.

—¿Se ha enterado de que anoche mataron a un hombre de un disparo no muy lejos de aquí? —le preguntó Celia.

—A Joey Harte, sí —respondió Denton—. Algo he oído. —Frunció el ceño y miró a lo lejos hacia un rincón en sombras de la estancia, como si algo que solo él pudiese ver estuviese montando guardia allí—. ¿Qué sucedió?

—Había soldados —respondió Strafford—. Le dieron el alto, no se detuvo y dispararon. Es posible que fuese bebido.

—Soldados —repitió Denton en voz baja y, por primera vez desde que los tres habían entrado en la casa, miró a Strafford a los ojos; el tic de la comisura se había acelerado—. Los he visto —dijo— ocultándose por ahí. ¿Qué necesidad tenemos aquí de soldados?

Strafford lo observó con atención, intentando penetrar en ese rostro como una máscara llena de tics. Era imposible saber lo que podía estar pensando. ¿Sería posible que no pensara en nada? Al menos daba la impresión de que la muerte de Joey Harte no le importaba demasiado.

Celia dijo:

—Ha habido amenazas de que iban a atacar la mansión.

—Amenazas ¿de quién?

—No lo sé. —Ahora fue el turno de Celia de mirar hacia el rincón—. Sir William..., quiero decir el duque, lo comentó. Es probable que no sea nada.

Strafford creyó ver aparecer un leve brillo sardónico en la mirada de Denton. El joven sabía más de lo que estaba dando a entender; ¿sería posible que supiese mucho más?

—Y por eso están aquí, ¿no es así? —preguntó Billy.

—¿Nosotros? —Celia arqueó las cejas.

—Ustedes dos, y las patrullas de las que se supone que no debemos saber nada..., han venido a protegernos, ¿no? —Entonces sí que sonrió, si es que podía llamarse una sonrisa, y soltó un breve hipido de risa—. Cuéntenselo a Joey Harte.

Strafford se metió las manos en los bolsillos de la gabardina sin abotonar y contempló la habitación. Otra vez se sentía raro, como si flotara cuatro o cinco centímetros por encima del suelo, balanceándose levemente en el aire vacío. El zumbido de su cabeza era como el clamor de muchas voces lejanas contradiciéndole. La frente le ardía de un modo espantoso.

—Ha vivido aquí mucho tiempo, ¿no? —preguntó.

Denton lo miró con su sonrisa llena de tics.

—Toda mi vida —dijo.

—¿Fue aquí donde fusilaron a su madre?

Strafford se aseguró de mantener un tono amable y educado; lo mismo podría haberle

preguntado por el tiempo en la región.

—Así es —afirmó—. En esa misma puerta. ¿Por qué?

—Solo por curiosidad. —Strafford hizo una pausa de un breve instante—. Debía usted de conocer a Joey Harte, ¿no?

—Lo conocía.

—¿Era amigo suyo?

—Todos lo conocían.

—¿Cazaba a menudo sin permiso en la finca? Quiero decir... —Miró la escopeta que había sobre la mesa—. ¿Era una molestia? Usted debe de saberlo.

—¿Yo?

—Sir William dice que es usted una especie de administrador.

Esto pareció sorprender de verdad al joven, y por un segundo algo en su expresión se alteró. Por lo visto nadie, y menos que nadie el duque, se había molestado jamás en insinuarle que su presencia en la finca era apreciada. Por supuesto, si no se reconocía su posición, se le podía pagar solo una miseria y, digamos, la garantía de tener un techo sobre la cabeza. Strafford conocía las costumbres y las artimañas de su propia gente.

—Joey cazaba algún conejo de cuando en cuando, a veces un par de faisanes —dijo Denton; su expresión se había vuelto inexpresiva de nuevo, e incluso había desaparecido el tic de la comisura del labio—. Yo no diría que fuese una molestia. En cualquier caso, no tanto... —hizo una pausa— como para que mereciera que le pegasen un tiro.

Strafford sonrió con amabilidad.

—O sea, que no le prestaba usted mucha atención.

—Ni yo ni nadie. Era inofensivo.

—Sí, estoy seguro. En cualquier caso, lo que le ha ocurrido es muy triste.

Se hizo otro silencio, como una piedra en medio de un río lento. Los tres siguieron de pie, en medio de la habitación. Strafford y Celia uno al lado del otro y Denton delante de ellos. Strafford dio unos golpecitos con la yema de los dedos de la mano izquierda en el borde de la mesa.

—Cuando dispararon al señor Harte, llevaba consigo un recorte de periódico —dijo Celia—. Una fotografía arrancada de un periódico.

—Una fotografía ¿de qué?

Strafford, molesto, miró de reojo a la joven. Había pensado no decir nada de lo de la fotografía hasta que juzgase llegado el momento oportuno.

—De unas personas —respondió Celia—, de pie en un balcón.

El joven la miró sin pestañear.

—¿Qué personas?

—Solo... unas personas. Una familia. ¿No sabe nada de esa fotografía?

—¿Cómo quiere que lo sepa? No he visto a Joey desde..., no sé desde cuándo. Y, además, ¿por

qué iba a enseñarme una fotografía?

Algo se había tensado en el ambiente. Tanto Strafford como Celia miraron al mismo tiempo la escopeta sobre la mesa. Denton parecía divertido.

En la estufa, un tronco encendido se asentó con un golpe sordo.

—Bueno —dijo Strafford, volviéndose a meter las manos en los bolsillos de la gabardina—, nos vamos.

Denton asintió con la cabeza.

—Muy bien.

No pareció que le sorprendiera lo más mínimo la brusquedad del anuncio de Strafford.

Strafford y Celia fueron hasta la puerta, Strafford la abrió y la joven pasó delante y salió al claro del bosque. Él se detuvo en el umbral y se volvió hacia Denton, que no se había movido de donde estaba al lado de la mesa. Un fino rayo de sol rozó la culata de la escopeta y convirtió la madera en la superficie parda y brillante de un arroyo truchero.

Strafford miró el linóleo gastado del suelo a sus pies.

—¿Fueron los soldados o los Black and Tans quienes mataron a su madre?

Una vez más, Denton no demostró la menor sorpresa.

—¿Quién ha dicho que fuesen unos u otros? —preguntó.

—Pues casi todos con los que he hablado. ¿Se equivocan?

Denton contempló la ventana, la luz del sol y la confusión de sombras otoñales —oro pálido, oro oscuro, verde apagado, amarillo mantequilla— detrás del brillo del cristal.

—La gente de por aquí no se limita a decir sus oraciones —dijo—. No crea todo lo que cuenten.

Strafford asintió con la cabeza y se agachó para pasar por la puerta. Celia Nashe, que se había adelantado, se detuvo y se volvió para mirarlo con aire inquisitivo. Él no dijo nada y se limitó a encogerse de hombros. Echaron a andar pendiente arriba, entre los montones de hojas. Tenía la sensación de tener hinchado el cerebro. ¡Oh, no estaba bien, no estaba nada bien! Recordó de pronto su estrecho camastro al lado de la pared de piedra del establo y, en ese momento, fue una visión extática.

El Jefe Clancy asomó la cabeza por la puerta de la taberna de Redmond para comprobar quién se le había adelantado. Era pronto, apenas había empezado a oscurecer, y la única clienta era la viuda Biddy Jenkins, que estaba en un rincón con su abrigo negro comido por la polilla y su sombrero de campana abollado. En una mesita redonda que tenía delante había una copa de jerez dulce, que no era la primera del día y tampoco sería la última.

El propio Redmond estaba torpemente encaramado a un taburete detrás de la barra, adormilado, con la cabezota sonrosada apoyada en un espejo enmarcado que anunciaba cigarrillos Sweet Afton con letras cursivas doradas. El Jefe miró su reloj de pulsera por cuarta o quinta vez en otros tantos minutos. Un cuarto de hora y estarían allí. Calculó que serían puntuales; sabía lo que era la disciplina para esos tipos.

Biddy seguía mirándolo afectuosa con ojillos achispados. Probablemente estuviese demasiado borracha para saber quién era. Le hizo un gesto, llevándose un dedo a los labios y señaló al hombre que dormía detrás de la barra. Luego fue por el pasillo procurando no hacer ruido —a su zapato izquierdo le crujía la suela—, subió las estrechas escaleras y entró en su despacho.

Se quitó el abrigo. Hacía frío. Había enviado a uno de los recaderos de la tienda en su bicicleta a decirle a Redmond que le pidiera a su mujer que encendiese el fuego —la estufa de queroseno despediría un olor horrible—, pero o bien el tabernero se había olvidado, o su mujer no le había hecho caso: Sadie Redmond era una furcia muy poco servicial.

Se tiró de la pernera de los pantalones, se agachó delante de la chimenea, echó unas cuantas bolas de papel de periódico y un puñado de ramitas y encendió una cerilla. El olor de la tinta al quemarse siempre le recordaba a las tardes de su infancia, mucho tiempo atrás, cuando él y su hermana se sentaban delante del fuego en la cocina al fondo de la casa de la calle Rose aprovechando que su madre había salido —como ocurría casi siempre— y los dos fumaban tubos de papel arrancados del *Irish Catholic* y fingían que eran cigarrillos. Era raro pensar en ella, en su hermana, viuda ya y trabajando entre libros en el ayuntamiento.

Apiló tres terrones de turba formando un trípode sobre las llamas y se puso en pie sacudiéndose las manos. Volvió a mirar el reloj y, justo en ese momento, oyó un corto y leve silbido fuera. Era la señal convenida. Fue a la ventana, apartó la esquina de la cortina y se asomó al callejón.

Ahí estaban, dos de ellos, de pie uno al lado del otro con las manos en los bolsillos y mirándolo.

Debería haber preparado una pipa. Siempre tenía la sensación de estar al mando cuando tenía una pipa encendida. Pero no había tiempo. Esos dos de abajo no eran de los que uno deja

esperando. Bajó las escaleras de la puerta trasera, se detuvo un segundo antes de descorrer el cerrojo. Estaba nervioso, no podía negarlo.

No lo saludaron, se limitaron a entrar y a esperar que les indicara el camino. Uno de ellos, de mediana edad, llevaba un chaquetón marinero de lana negra, con los botones de latón, y un gorro de lana calado hasta las orejas. Era el que estaba al mando, Clancy se dio cuenta enseguida. El otro, más joven, era bajo y musculoso, ancho de hombros y de piernas arqueadas. Llevaba una cazadora de cuero con cremallera, en cuyos bolsillos laterales descansaban las manos, con los codos asomando en ángulo; su postura, con la barbilla hacia abajo y los pies separados, le daba aspecto de boxeador. Era calvo y no llevaba sombrero.

Subieron las escaleras, primero Clancy y los otros dos siguiéndolo de cerca. No hicieron el menor esfuerzo por no hacer ruido, y Clancy echó una mirada preocupada por encima de la barandilla en dirección al bar. Pero ¿de qué preocuparse? ¿Qué más daba si el ruido de los pasos en las escaleras despertaba a Redmond? El tabernero tenía cuidado de no meter las narices en lo que ocurría en la habitación de arriba. En cuanto a Bidy Jenkins, si oía el ruido, pensaría que eran los ángeles del Señor llegados para llevársela al paraíso.

En el rellano de lo alto de la escalera, donde una bombilla arrojaba un resplandor espectral sobre el rellano, Clancy observó mejor a sus visitantes. Le sorprendió el estado del rostro del de más edad. Los rasgos de la nariz hacia arriba eran normales, pero hacia abajo había solo una máscara helada de carne picada y pálida como la muerte. La mejilla derecha parecía enervada y tenía una enorme cicatriz, y los labios por ese lado estaban torcidos hacia arriba en una especie de sonrisa fija y desesperada: a Clancy le recordó a un pez retorciéndose al sacarlo del mar con un anzuelo clavado en la mandíbula.

No obstante, lo más impresionante era la nariz, que estaba reducida por los lados de forma que parecía no quedar nada de carne, solo una lámina afilada de cartílago con dos agujeros negros donde deberían estar las ventanas de la nariz. ¿Qué le habría ocurrido para causarle semejante daño? ¿Había quedado atrapado en un incendio o había esperado un segundo más de la cuenta antes de que estallara una bomba?

¡Oh, sí!, aquellos dos habían estado en primera línea, sobre todo el de más edad; eran conocidos, entre quienes estaban en el ajo, por las cosas por las que habían pasado, por lo que habían hecho.

Clancy abrió la puerta del despacho y reparó en que los dos que iban detrás se demoraron por instinto un segundo antes de cruzar el umbral. ¿Cómo sería vivir sabiendo que en cualquier cuarto en el que entrases podía haber un pelotón de hombres armados esperándote?

El de las cicatrices en la cara se quitó el gorro de lana y miró con calma a su alrededor, observándolo todo: la mesa con los papeles de Clancy, el fuego de la chimenea que no acababa de

prender, la ventana con cortinas, la fotografía enmarcada en la pared de Pádraig Pearse, líder, patriota y mártir de 1916. Era un retrato famoso, tomado de perfil para disimular su bizquera, con el rostro coqueto y delicado del héroe de uniforme levantado en un orgulloso ángulo.

—¿Queréis una pinta de cerveza o alguna otra cosa? —preguntó Clancy—. Puedo bajar al bar.

El de más edad no dijo nada, como si no lo hubiera oído, mientras que el calvo de la chaqueta de cuero soltó una risa seca, como si la oferta de la bebida fuese demasiado absurda para tenerla en cuenta. Una estrella de luz de la bombilla de sesenta vatios del techo brillaba sobre su cráneo calvo, cuya piel estaba tensa y pulida como el reverso redondeado de un guante de boxeo.

—Soy Jones —dijo, con un marcado acento de Belfast, el de más edad— y él es Smith.

Clancy frunció el ceño.

—Pero me dijeron que...

El hombre lo miró.

—Da igual lo que te dijeran. Te lo repito: yo soy Jones y él es Smith. ¿Lo has entendido?

—Claro. Claro. Lo he entendido.

El supuesto Jones se desabrochó el chaquetón marinero, dejó el gorro en la mesa, apartó la silla de Clancy y se sentó en ella con las rodillas separadas. Llevaba ropa que parecía del ejército: pantalones verde oliva, un jersey negro de cordoncillo con el cuello de polo y gruesas botas negras con la suela de goma. Esa cara destrozada con su pálido pico en lugar de nariz le daba un inquietante aspecto de pájaro; no de halcón, no, ni siquiera de grajo, sino de algo igual de mortífero y rápido, con ojos pequeños, brillantes e implacables. «Dios proteja a cualquier ser vivo, peludo y de sangre caliente con el que se encuentre», pensó Clancy.

Smith, entretanto, recorrió despacio la habitación, mirando a su alrededor con sonriente desprecio, todavía con las manos metidas en los bolsillos. Se detuvo ante el retrato de Pearse y levantó la nariz en el mismo ángulo que él mientras tarareaba un fragmento del himno nacional para sus adentros.

Por un momento aterrador, Clancy pensó si no le habrían traicionado y esos dos no serían quienes decían ser. Solo había oído hablar de ellos y no tenía ni idea de qué aspecto tenían. El de más edad tenía pinta inconfundible de soldado, tal vez incluso de oficial. ¿Habrían ido mal las cosas? ¿Habría habido una filtración? ¿Se habrían enterado los británicos de lo que tramaban y habían eliminado a los dos que tenían que ir allí y enviado a esa pareja en su lugar para engañarlo, llevarlo a alguna parte al otro lado de la frontera y meterle una bala en la cabeza?

Se dijo a sí mismo que debía mantener la calma y no dejarse llevar por el pánico. A muchos voluntarios les habían dado instrucciones de alistarse en el ejército británico y esperar, a veces años enteros, recibiendo la instrucción y aprendiendo tácticas que luego utilizarían en la campaña contra el propio ejército del que habían sido miembros. Ese podía ser el caso de esos dos.

—Bueno, dinos —dijo Jones, apoyándose en la silla—, ¿son ellas?

Clancy se sintió espantosamente expuesto de pie en medio de la habitación con los brazos

colgando y sin saber qué hacer con las manos. Era como si fuese él quien acabara de llegar, mientras el supuesto Jones se sentaba tan tranquilo delante de la mesa llena de papeles, como si ese fuese su sitio.

—Estamos bastante seguros, sí.

Jones entornó los ojos.

—¿Bastante?

—No, estamos seguros, estamos seguros —dijo atropelladamente Clancy. Tragó saliva y, cuando volvió a hablar, su voz sonó débil y entrecortada—. Estamos seguros.

Ojalá se hubiera preparado una pipa antes de su llegada; ahora, por alguna razón, era demasiado tarde. El calvo, Smith, se habría divertido mucho observándolo mientras llenaba la cazoleta de tabaco y se las veía con unas cerillas que se resistían a encenderse, por no hablar del atacapipas plateado que era el principal utensilio de cualquier fumador en pipa: sí que se habría reído aquel cabrón.

El hecho era que en realidad la pipa no le sentaba bien, por mucho que él intentara acostumbrarse. El médico le había prohibido los cigarrillos —tenía un soplo cardíaco heredado de su padre y del padre de su padre—, así que había empezado a fumar en pipa. Ahora dependía más de ella que de los puñeteros cigarrillos.

Parte del atractivo de la pipa, claro, era que uno nunca estaba ocioso, sino que siempre podía cogerla y empezar a toquetearla; si necesitaba tiempo para pensar, uno podía pasar más de un minuto encendiéndola y, al mismo tiempo, parecer sabio y pensativo. De todos modos, a menudo tenía la sospecha de que solo servía para hacerle parecer un puñetero idiota.

Jones metió la mano en el bolsillo del chaquetón, sacó un paquete de Gallaher's y encendió uno.

—Bien, entonces estás seguro —dijo Jones—. Eso está bien. —No sonó como si estuviera ni bien ni mal—. En ese caso, nuestro viaje a vuestra encantadora República no habrá sido en vano..., ¿eh, Jimmy?

Smith seguía posando delante de la fotografía enmarcada, moviendo la cabeza de lado a lado, intentando verse reflejado en el cristal.

—Eso es, Jimmy —dijo, poniéndose otra vez un dedo en la punta de la nariz y empujándola un poco para que se pareciese a la nariz de Pearse.

Clancy los miró a uno y a otro con aire perplejo.

—Sí, los dos somos Jimmy —dijo el que estaba sentado a la mesa—. Él es Jimmy Smith y yo soy Jimmy Jones.

El que se hacía llamar Smith se apartó de la fotografía, se rio y negó con la cabeza calva.

—Parece imposible, ¿eh?

Clancy sabía que se estaban burlando de él. Sabía también que estaba muy asustado de esos dos: el que en vez de cara tenía una máscara de pájaro, y el torvo y desenvuelto peso pesado con el cráneo suave y pulido. No eran como los había imaginado. Parecían más gánsteres de Chicago

que soldados de la retaguardia dedicados a la lucha por la libertad, la lucha que habían abandonado veinte años antes los chaqueteros, los chupatintas y los curas.

Pero bueno, pensó, en un esfuerzo por calmar sus temores, ellos venían del otro lado de la frontera, donde las cosas eran diferentes. Hombres duros. De todos modos esperó que no se quedasen por allí mucho tiempo. Que hicieran su trabajo y se marcharan. Por alguna razón, no creía que fuese a ser tan fácil.

Dios, ¿en qué lío se había metido?

Jones echó la ceniza del cigarrillo al suelo.

—Bueno, cuéntenos —dijo—, ¿qué hay de ese pobre desgraciado al que han matado los guerreros del Estado Libre?

—Joey Harte —dijo Clancy—. ¿Qué pasa con él?

—Eso es, ¿qué pasa con él...? Es lo que te estoy preguntando.

—No era nadie. Hacía algunos recados, nada más.

—¡Algunos recados! —exclamó Jones, abriendo los ojos. Se volvió hacia Smith—. ¡Fíjate! Tiene gente para que le haga los recados. —Volvió a mirar a Clancy, con la boca torcida contraída en una gélida imitación de una sonrisa—. Así que por eso te llamas Jefe. —Dio una calada al cigarrillo, lo cual no era fácil, dado el estado de su boca.

Clancy se pasó la punta de la lengua por el labio inferior; su propia boca se había quedado seca.

El miedo, el auténtico miedo, tenía que admitirlo, lo había dominado desde el momento en que había abierto la puerta de atrás y había visto a aquellos dos en el callejón.

No debería haber pedido a la oficina central que los enviara. ¿Qué necesidad tenía él de los tipos duros de Belfast? ¿Acaso no habría podido llevar a cabo la operación él mismo? La Brigada y él podrían haber ido a la mansión una noche oscura y..., ¿y qué? No podía ver más allá, se imaginaba andando sin ruido con la Brigada por el camino de acceso, con unos pasamontañas que no tenían —¿cómo conseguía uno un pasamontañas? ¿Pidiéndole a alguien que los tejiera?— y armados con pistolas imaginarias. ¿Qué habría ocurrido al llegar a la puerta? ¿Y dónde habrían estado De Valera y sus hombres?, ¿y qué estarían haciendo, mientras él ponía sitio al lugar?

Veinte años atrás, cuando era un voluntario en la Brigada del Sur de Tipperary, había participado en ataques nocturnos contra media docena de grandes mansiones en el vecindario, y había ayudado a quemar tres o cuatro de ellas. Pero eso había sido entonces, y esto era ahora, y, además, él nunca había sido el encargado de prender la gasolina que vertían sobre el parqué de los pasillos debajo de los retratos familiares. En esos tiempos nadie le agradecería que Clonmillis Hall fuese pasto de las llamas. El viejo Edenmore, aunque fuese británico y un unionista irredento, daba trabajo a más de veinte peones de granja y a todo el personal doméstico. El propietario de Clancy & Co., comerciante en madera y ferretería, pagaría las consecuencias si se llegaba a saber que era el responsable de que toda esa gente se quedara sin trabajo.

No, cada vez lo veía más claro y tenía que reconocerlo: no debería haber puesto en marcha todo eso.

¿Qué más daba que hubiesen enviado allí a un par de niñas para su protección, aunque fuesen las hijas del rey de Inglaterra, como él sabía? Podría haber hecho la vista gorda, podría haber tenido la boca cerrada y haber pasado de largo; pero no, oh, no, no pudo resistir la tentación de fanfarronear en el pueblo y dárselas de gran hombre. El asunto le había caído en las manos de un modo tan sencillo e irresistible que no se le ocurrió otra cosa que avisar a la oficina central en Belfast, para que tuvieran que hacerle justicia y reconocieran por fin su valía para la causa. Y míralo ahora con aquel par de bromistas.

Reparó en que alguien le estaba hablando.

—¡Eh, señor Jefe, despierta!

—¿Qué?

Era Jones, todavía sentado a su mesa, todavía mirándolo con esa cara medio muerta y esos ojos burlones.

—Te he hecho una pregunta.

—Lo siento..., estaba...

Jones se volvió hacia Smith y negó con la cabeza, asqueado. Luego se dirigió a Clancy y le habló despacio y en voz alta, como si se dirigiese a un niño retrasado.

—Te he preguntado qué distancia hay desde aquí hasta ese lugar, no sé qué Hall.

—No mucho. Quince kilómetros.

—¿Y dices que hay soldados vigilándolo?

—Solo un puñado.

—¿Qué armamento tienen?

El Jefe se encogió de hombros.

—Fusiles. Un coche blindado.

—¿Y ya está? Dios, no han reparado en gastos, ¿eh? Un coche blindado nada menos.

Jones miró a Smith y los dos se rieron. Smith se había cansado de hacerse el gracioso delante de la fotografía de Pearse, había ido a la mesa y se había sentado en ella, de hecho, con el trasero encima de los papeles de Clancy, y se había puesto a balancear las piernas, todavía con las manos en los bolsillos de su reluciente cazadora de cuero de tipo duro.

—Creo que hay una ametralladora montada en el coche blindado —dijo Clancy.

Smith sacó las manos de los bolsillos y alzó las palmas en el aire como si estuviese aterrizado.

—¡Oh, qué miedo, mi brigada! —exclamó con voz temblorosa.

—Un puñado de soldaditos, unos cuantos fusiles y una ametralladora oxidada —dijo Jones, sonriendo y moviendo la cabeza—. ¡No tenemos ninguna posibilidad! —Después de cada frase tenía que alzar el nudillo y limpiarse la sustancia blanca, como salivazo de cuco que se acumulaba

en la comisura congelada de su boca. Lanzó la colilla a la chimenea, sacó otro cigarrillo del paquete y lo encendió—. ¿Quién está al mando? —preguntó. Clancy no le entendió. Jones chasqueó la lengua y miró hacia el techo como si estuviese desesperado—. ¿Quién es el oficial al mando, puñetero idiota?

Clancy estuvo a punto de decírselo, pero se contuvo. «Espera un momento», se dijo. Cuanto menos revelara, de menos cosas podrían culparlo, si las cosas iban mal y los capturaban. Tenía la sensación en el estómago de que era más probable que fuesen mal que lo contrario.

—No lo sé —respondió—. No son de por aquí, los han enviado de Dublín..., de los cuarteles Collins —añadió, para que sonara más convincente, aunque de hecho no sabía de dónde los habían enviado.

Lo que no iba a contarles a aquellos dos, si como parecía no lo sabían ya, era que el oficial encargado de cuidar de las dos hijas del rey era el comandante Vivion de Valera, el hijo del *taoiseach*. Había una cosa llamada traición; suponía que ahí debía de ser castigada con la pena de muerte, como le constaba que ocurría en Inglaterra. No tenía intención de morir con la soga de un verdugo irlandés al cuello y acabar en una tumba en el barro de las llanuras de Kildare.

—Muy bien —dijo con energía Jones, poniéndose en pie—. Manos a la obra.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Clancy, incapaz de disimular su preocupación.

Jones lo miró y enarcó una ceja.

—¿Cómo que qué vamos a hacer? Iremos allí con nuestras ametralladoras Thompson y liquidaremos a los del Estado Libre que vigilan el lugar, después entraremos en la casa y le cortaremos el pescuezo a todos los que encontremos, sean de la realeza o no.

Se hizo un momento de silencio —a Clancy parecía que los ojos iban a salirse de las órbitas, y luego Smith, todavía sentado en el borde de la mesa, soltó una carcajada como un relincho.

—Míralo —le dijo al hombre que estaba al lado de la silla—. Creo que se ha cagado encima. —Miró asqueado a Clancy—. ¿Qué coño te pasa? ¿A qué crees que hemos venido? ¿A hacer una visita a sus altezas reales y besarles la mano?

—Bueno, vamos —dijo con brusquedad Jones. Él también se volvió hacia Clancy—. Coge el abrigo. Y deja de temblar..., no habrá disparos, si no es necesario. Nos gusta la vida tranquila, ¿verdad, Jimmy?

Smith se limitó a reírse.

Fueron hacia la puerta, luego Jones se detuvo.

—¡Ah, oye! —le dijo a Clancy—, hay un par de lecheras en el maletero, llénalas de gasolina, ¿quieres?

—¿Gasolina? —preguntó Clancy, con un deje de alarma, y por un segundo le pareció ver, igual que veinte años antes, las llamas danzando a lo largo de los suelos de madera en airosos pasillos y las puertas principales exhalando nubes y nubes de humo que olían a siglos.

Jones soltó un exagerado suspiro de hastío.

—Sí, gasolina. Eso con lo que funcionan los coches.

—¿Tenéis un coche?

—Bueno, no hemos venido andando.

—¿Dónde está?

Clancy imaginó a un grupo de personas del pueblo a la puerta de la taberna, observando el vehículo desconocido con el mayor interés. En Clonmillis no había muchos coches, y rara vez llegaban coches de otro sitio.

—Está siguiendo por la carretera, en un camino —respondió Jones—. Y no te preocupes, es un coche del Estado Libre. Lo cogimos en Dundalk.

—¿Lo cogisteis?

—Joder, no íbamos a comprarlo, ¿no? ¿O es que crees que deberíamos haber venido en nuestro propio coche desde Belfast, pegando tiros al aire y cantando *A Nation Once Again*?

Clancy cogió el sombrero y el abrigo del perchero del rincón. Palpó el bolsillo derecho y notó el reconfortante perfil de su pipa. Vaya usted a saber cuándo tendría ocasión de fumársela.

Siguiendo órdenes de Celia Nashe, a las niñas no les habían contado nada de los sucesos de la noche anterior, pero a Mary la habían despertado la mañana antes las luces del Bentley que llegaba por detrás de la casa, y un poco después había oído a gente pululando en el piso de abajo y el ruido lejano de unas voces.

No estaba asustada, solo sentía curiosidad.

¿Qué podría haber traído de vuelta al señor Lascelles, sobre todo cuando parecía haberse alegrado tanto de marcharse la primera vez? ¿Y por qué la señorita Nashe había estado tan rara, pálida y tensa todo el día, con pequeños abanicos de arrugas en las comisuras de los labios? ¿Y qué le pasaba al policía Strafford, que estaba tan pálido, mucho más pálido de lo normal —aunque ella no lo habría creído posible— y con los ojos llorosos? Al principio supuso que él también podía estar enamorado y sentirse desdichado; pero luego comprendió que era solo que tenía un resfriado o la gripe, o algo así.

¿Qué ocurría?

En aquel agujero nunca pasaba nada, y ahora de pronto era evidente que había sucedido algo, y nadie quería contárselo.

Se pasó el día especulando sobre qué podría ser. Tal vez los alemanes hubiesen invadido Irlanda y tuviesen que trasladarlas otra vez a ella y a su hermana. De ser así, ¿adónde las enviarían esta vez? Alguien había hablado, hacía siglos, de enviarlas a Canadá; se suponía que ella no tenía que haberlo oído, pero lo había hecho porque era una experta en escuchar a través del ojo de las cerraduras y las puertas de los dormitorios, y en los rellanos en rincones donde había teléfonos en mesitas y gente que hablaba en voz baja y tono misterioso.

Lo único que sabía de Canadá era que allí reconocían a su padre como rey, al igual que en otros muchos sitios del mundo, y que nevaba casi todo el año, y que había osos y lobos y muchos otros animales salvajes. También había un pueblo, o tal vez fuese una ciudad, cuyo nombre, Calgary, se le había quedado en la cabeza por alguna razón. La había buscado en la *Enciclopedia británica* en la biblioteca de Windsor, pero lo único que recordaba era que se hallaba —¿por qué se decía que las ciudades se hallaban en algún sitio?— en la confluencia de dos ríos, llamados Bow y Elbow. Eso la hizo reír.

Sería gracioso si las enviaban allí. «Queridos mamá y papá. Acabamos de volver de un viaje en barco por el Bow y mañana vamos a remontar el Elbow».

Ahora era otra vez de noche y estaba en la cama. Le gustaba su propio olor debajo de las

mantas. Olía un poco a natillas, aunque no sabía por qué. A natillas y a una especie de bizcocho. Los baños en la mansión eran primitivos, y ella aprovechaba la circunstancia y apenas se bañaba.

Maggie había tenido los ojos rojos todo el día y se había arrastrado por ahí como un cerdito enfermo. Pike le había contado a Mary que había una enfermedad de los cerdos, algo de la piel, que se llamaba «cerdo graso». Había aprendido mucho de cerdos desde que había conocido a Pike.

Pero ¿por qué habría estado llorando Maggie? Tal vez alguien de su familia hubiera muerto. No, no creía que fuera eso. La criada tenía la misma mirada que Fred, el lacayo, cuando se hacía alusión a Mopsy, también conocida como duquesa de Bristol, la dama de compañía con quien Mary lo había sorprendido en la cama y que había huido a Francia. ¿Habría alguien de quien Maggie estuviese enamorada y a quien hubiesen enviado lejos, o que incluso hubiera muerto?

Pero ¿a qué venía tanto revuelo por algo que le había ocurrido a alguien especial para una de las criadas? A nadie le importaba lo que hicieran los criados, siempre que ocultaran los resultados de sus andanzas.

¡Oh! Pero ¿no sería maravilloso si todos, también los criados, se enamorasen de quien no debían, como decían que pasaba los fines de semana en las casas de campo?

Lo del amor y sus sinsabores le hacía pensar inevitablemente en Billy Denton. Había hecho todo lo posible para que se fijara en ella, pero él seguía ignorándola; de hecho, apenas parecía saber que existía. Ojalá hubiese sido ella la que se hubiese caído del caballo y a quien hubiera llevado en brazos a la mansión. Pero, no, había tenido que ocurrirle a la mojigata de su hermana, que no sabía la suerte que tenía.

De pronto se sintió triste. Tendría que dejar de pensar en Billy Denton. No podía dejar de estar enamorada de él, pero sabía que no había esperanzas de que él le correspondiera. ¿Cómo podría, aunque quisiera? Tenía diez años. Odiaba tener diez años. Cuando tuviese veinte, buscaría a una niña de diez y sería muy buena con ella, la llevaría de excursión y la trataría como si fuese una adulta. Sería lo mínimo que podría hacer, y compensaría, aunque fuese un poco, lo harta que se había sentido todo el tiempo cuando era pequeña.

Billy también debía de estar triste, al menos a veces, pues habían fusilado a su madre. Aunque él era solo un bebé cuando ocurrió, y probablemente ni siquiera recordara cómo era. De todos modos, tal vez una tragedia así se te quedara grabada toda la vida.

Vete a saber si el *Blitz* nocturno habría empezado ya en casa. Daba igual lo que dijese su hermana, sabía muy bien que si caía una bomba en el palacio, probablemente mataría a todos los que estaban dentro, si la bomba era lo bastante grande. Antes pensaba que el palacio resistiría cualquier bombardeo, pero desde que llegó a la mansión había oído en las noticias nocturnas — bajaba de su dormitorio y escuchaba en el rellano la radio que estaba en el carrito del comedor— que fábricas y astilleros igual de grandes que Buck House quedaban reducidos a escombros y que todos los que trabajaban en ellos morían.

Apretó los ojos e intentó pensar en otra cosa.

Billy Denton: sí. Seguiría pensando en Billy aunque no la quisiera y no fuese a quererla nunca.

Pensó en su pelo, en la forma en que le caían aquellos ricitos sobre la frente. No se parecía nada al pelo del poli: el suyo era lacio y mustio, sobre todo delante, donde parecía el ala rota de un pájaro. Aunque tenía que admitir que también era guapo a su manera. O no, guapo no, esa no era la palabra..., entonces, ¿cuál era la palabra? ¿Apuesto? Tendría que contentarse con eso, aunque sonaba un poco cursi. ¡Y además era tan flacucho! Si te cogiera en brazos, se te clavarían los huesos, como las puntas de una percha.

Esa tarde había visto a Billy Denton y a Pike hablando de algo muy agitados. Estaban en las pocilgas. Billy parecía muy enfadado, y Pike no paraba de golpearlo en el pecho con un dedo tan blando como una salchicha.

Ahora oyó un ruido allí cerca, y se quedó muy quieta, escuchando. Se oyeron unos pasos precavidos en el pasillo, luego se abrió una puerta, unos susurros y la puerta volvió a cerrarse despacio, ¡oh!, muy despacio. Escuchó con más atención, escudriñando la oscuridad. Pensó en levantarse e ir a ver lo que hubiera que ver, pero en vez de eso esperó, atenta como un gato. Reinó el silencio un rato y luego se oyó una especie de grito ahogado, aunque no un grito de dolor.

Alguien había entrado con la señorita Nashe en su habitación. Bien, bien.

No era tarde. Se sentó y miró la esfera iluminada de su reloj de pulsera: las diez y cuarto, y había quien —en realidad, quienes— ya se había ido a acostar. Bien, bien, bien.

Su hermana estaba dormida, tumbada de costado y mirando a la pared, que era como dormía siempre. Mary se levantó de la cama y cruzó la habitación de puntillas, la lana fría de la alfombra le hizo cosquillas en los dedos. Al llegar a la puerta se detuvo, se volvió y se quedó montando guardia un momento, observando la silueta de su hermana; no se movió.

Abrió la puerta. Una de las bisagras chirriaba, pero había escamoteado una pella de mantequilla del desayuno en el pañuelo y la había untado con ella; necesitaba poder entrar y salir sin que la oyeran.

Apoyó el oído contra la puerta de la habitación de Celia Nashe. Ni un ruido. ¿Quién podría estar ahí con ella? No sería... ¡oh, no! ¿No sería Billy Denton? Cuando se le ocurrió la posibilidad fue como un sobresalto, igual que una descarga eléctrica. Mary había visto cómo miraba la señorita Nashe a Billy el día que disparó la escopeta detrás de ella en el bosque, y no había sido solo el susto lo que había ruborizado sus mejillas, eso estaba claro. Si era él quien estaba ahí dentro con ella, nunca se lo perdonaría..., nunca. En cuanto a la señorita Estirada...

Se volvió y avanzó un poco por el pasillo. La lámpara del techo al final de las escaleras emitía un leve resplandor. Se detuvo y, arrodillándose con el mayor cuidado para no hacer ni un ruido, soltó la madera del zócalo, metió la mano y sacó un bulto que había envuelto en uno de sus chalecos. Luego volvió corriendo a la habitación, cerró la puerta, volvió a meterse en la cama, desenvolvió el paquete y metió el chaleco debajo de la almohada.

Sacó la pistola de la señorita Nashe de la funda, que ocultó debajo del colchón, y se tumbó con el arma apretada contra el vientre. El metal estaba frío incluso a través del pijama, pero pronto se calentaría.

¡Oh!, claro, sabía que no debería haberse quedado la pistola; después de mostrársela, le había dado a entender a su hermana que había vuelto a dejarla en el cajón debajo de las cosas de la señorita Nashe, cuando en realidad la había ocultado en el hueco de detrás del zócalo.

Había descubierto el escondrijo un día, cuando la señorita Nashe la envió a su cuarto por volcar adrede una jarra de agua sobre una acuarela que estaba pintando su hermana. Al pasar por el pasillo, le había dado una patada furiosa al zócalo y se había soltado, igual que en uno de esos libros que leía su hermana de Robert Louis Stevenson, o esa otra escritora, cuyo nombre había olvidado, que escribía sobre ese estúpido internado para niñas en los Alpes suizos.

En aquel escondrijo en la pared guardaba varios de sus tesoros en la oscuridad entre las telarañas y el polvo del cemento. Había un cartucho vacío de la escopeta de Billy Denton, un billete de diez chelines que se le había caído a sir William del bolsillo de la chaqueta por accidente en el comedor una noche después de cenar y un paquete hasta el momento sin abrir de cinco cigarrillos Wild Woodbine que Pike le había dado a cambio de una pluma Swan que le había quitado a su hermana, pero la pistola, por supuesto, era el orgullo de su colección.

¿Qué ocurriría cuando la señorita Nashe mirase en su cajón, como sin duda haría antes o después, y descubriera que la pistola había desaparecido? Su cara sería digna de ver.

¿Por qué las bragas se llamarían también calzas? Le parecía especialmente raro porque no se calzaban. Algunas cosas sencillamente no tenían sentido.

Estaba a punto de dormirse cuando empezó a oírlo, un ruido leve y repetido, de algún lugar fuera de la habitación, pero no muy lejano. Al principio no lo reconoció, aunque supo que lo había oído antes. Eran unos golpes suaves y rítmicos, como si alguien estuviese quitándole el polvo a una alfombra con un sacudidor.

Se sentó ya despierta del todo. El ruido se fue acelerando y empezaron a oírse más gritos ahogados. Se levantó de la cama y se quedó un momento de puntillas: por la respiración firme de su hermana supo que estaba profundamente dormida. Bien.

Fue de puntillas hasta la puerta, la abrió y se escabulló por el pasillo hasta el cuarto de Celia Nashe. Sí, de ahí era de donde procedían los ruidos. Apoyó el oído en la puerta. ¿Qué estaba pasando? ¿Estaba alguien peleándose a puñetazos? Luego lo recordó de pronto. No era una pelea..., ¡oh, no! Los ruidos eran idénticos a los que había oído aquella tarde cuando escuchó a la puerta del dormitorio en Buck House antes de abrir y encontrar a la duquesa desnuda y a Fred, el lacayo, juntos en la cama.

De pronto, los golpes cesaron. ¿La habrían oído? Estaba segura de no haber hecho ningún ruido. Retrocedió, preparada para salir corriendo, pero era demasiado tarde. La puerta se abrió y Celia

Nashe apareció de pronto. Llevaba una combinación, y, como reveló la lámpara de la mesilla que había tras ella, nada más.

—Tú —dijo con un susurro áspero y furioso—. ¡Mocosa de...! ¿Qué haces aquí?

Mary se dio la vuelta y echó a correr, pero no antes de ver, detrás de la señorita Nashe, iluminado por la lámpara de la mesilla, a Dick Lascelles de espaldas a ella, sentado en la cama, mirándola por encima del hombro con un gesto de espanto, la sábana se había caído de su torso desnudo.

Al volver de ver el cadáver de Joey Harte, Strafford fue a la casa y se cameló a la señora O'Hanlon para que encendieran la caldera y así poder darse un baño —cuando se metió en la bañera, el agua estaba casi caliente—; luego pasó el resto de la tarde en la cama, con fiebre. Escalofríos espasmódicos le recorrían la espalda y a veces no paraba de tiritar. Había amontonado todas las mantas que pudo encontrar, más su abrigo, su chaqueta y un mantel, e incluso una alfombra, pero no lograba entrar en calor.

De vez en cuando se hundía en algo que no era ni sueño ni vigilia, sino una zona intermedia de pesadilla donde lo afligieron sueños violentos y morbosos. En uno de ellos, especialmente memorable, la señora O'Hanlon, con un par de pantalones tiroleses y blandiendo un bastón, galopaba por la casa a lomos de una vaca, convertida en una ménade enloquecida y grotesca. Tenía mucha sed, y se arrastraba a la cocina para beber vasos de agua del grifo, de pie con la alfombra envuelta alrededor de los hombros mientras contemplaba por la ventana aquella exasperante, anónima y omnipresente colina azul en la distancia.

La tarde declinó, la luz se volvió gris y llegó el crepúsculo. Con la oscuridad su fiebre empeoró, luego empezó a ceder de pronto. Volvió a levantarse e intentó preparar té en la estufa, pero le faltaron las fuerzas y se contentó con beber otro vaso de agua del grifo casi tibia. Se arrastró debajo de las mantas, y por fin llegó el sueño, un sueño de verdad, que lo arrastró a un bendito olvido.

El golpe en la puerta fue tan leve que le sorprendió que lo hubiese despertado. Se quedó unos instantes con los ojos cerrados; le ardían los párpados y tenía la sensación de que se los hubiesen hervido. Se oyó otro golpe. Se levantó de la cama metálica, que chirrió quejosa, y se arrastró más que anduvo hasta el salón, una vez más con la alfombra maloliente, la manta más caliente que tenía, por encima de los hombros.

Abrió la puerta desvencijada, su puerta principal, y notó las mejillas ardientes y el húmedo aliento de la oscuridad de fuera.

Por un momento no reconoció a la joven menuda y rolliza que había en la puerta, con un pañuelo azul descolorido y envuelta en un gabán viejo de hombre.

—Como no ha venido a cenar, señor, le he traído esto —dijo.

Era Maggie, la doncella. Llevaba una bandeja cubierta con un trapo.

—¿Qué es? —preguntó, abriendo y cerrando los ojos.

—Un poco de cena, señor. Casi se ha enfriado, pero debería comérsela de todos modos. Antes me pareció que no se encontraba usted bien.

La hizo pasar y retrocedió para dejarla entrar. Reparó en que tenía los ojos enrojecidos e hinchados, como si hubiese llorado. La joven dejó la bandeja en una mesita de naipes de patas muy finas debajo de la ventana.

—Gracias, Maggie —dijo—. Has sido muy amable al pensar en mí.

Ella estaba mirando la alfombra que llevaba sobre los hombros, las perneras de su pijama y sus pies descalzos

—¿Qué le ocurre, señor?

—Nada..., solo un poco de fiebre..., creo que he pescado la gripe.

—¡Oh!, y yo lo he despertado.

—No, no te preocupes. Estaba peor antes.

—La cena le sentará bien.

—Seguro que sí, Maggie, estoy seguro. —Se quedó mirándola con impotencia, con el cerebro dándole vueltas en una especie de niebla cálida—. Y tú, ¿te encuentras bien?

—Estoy bien.

Estuvo a punto de preguntarle por qué había llorado, pero luego pensó que sabía el motivo.

Ella quitó el trapo de la bandeja y mostró un grueso plato de loza blanca con patatas hervidas, unas tiras beis de algo que supuso que debía de ser chirivía y tres gruesas lonchas de carne de vaca en conserva.

—Vamos, coma —dijo, se sorbió la nariz y se apartó limpiándose la con el nudillo.

Strafford se sentó en la silla de respaldo recto. El olor de la comida hizo que se le revolviera el estómago. Y sin embargo tenía hambre. Esperaría un poco, y luego se obligaría a cenar; tal vez pudiera comerse al menos las patatas.

—Es tarde —dijo él vagamente, pero ella siguió sin hacer ademán de marcharse.

—Quería preguntarle, señor... —dijo en voz baja—. ¿Qué le pasó a Joey Harte?

—¿Significaba... algo para ti? —preguntó, sin saber cómo plantear de otro modo una pregunta cuya respuesta al fin y al cabo conocía.

—Nos... veíamos —respondió ella, tomando una bocanada de aire entrecortada que acabó convirtiéndose en un leve y seco sollozo—. Es decir, íbamos a prometernos para casarnos. No es que nadie lo supiera, solo él y yo. —Hizo una pausa—. ¿Qué le pasó para que le pegaran un tiro?

A Strafford le costaba trabajar concentrarse, a pesar del peso de lo que aquella desdichada criatura le había preguntado. ¿Cómo explicar la absurda muerte de Harte?

—Estaba en el bosque donde no debía. Le dieron el alto e intentó escapar.

—Pero ¿por qué le dispararon?

—Fue un error. Los centinelas se ponen nerviosos y se equivocan.

A lo lejos se oyó el quejoso mugido de lo que parecía una vaca pariendo.

En el acto, Strafford vio en su imaginación el establo iluminado por una lámpara, la paja

amontonada, el granjero con una rodilla en el suelo y el ojo de la vaca brillando de miedo y dolor, y, por un momento, le consoló la domesticidad arcaica de la escena que había evocado.

—Debería comerse la cena, señor —dijo la doncella—. Se le va a enfriar del todo.

—Lo siento —dijo.

Maggie asintió con la cabeza, de pie delante de él con el pañuelo y el viejo gabán gris —Strafford pensó que tal vez hubiese pertenecido a Joey Harte—, las manos entrelazadas sobre el regazo y la mirada gacha. Parecía una figura de Millais; sintió una punzada de piedad. Y aun así deseó que se marchara.

—Llevaba algo consigo —dijo—, una fotografía, arrancada de un periódico. ¿Sabes tú algo?

—¿Y cómo iba a saberlo? —dijo Maggie, poniéndose de pronto a la defensiva.

—Puede que te la enseñara. Tal vez..., tal vez te preguntase por ella. Por las personas que aparecían en la fotografía.

Alzó la mirada y lo miró con los labios apretados. Al cabo de un momento dijo:

—No necesitaba preguntármelo. Ya lo sabía.

—¿Qué es lo que sabía, Maggie? —preguntó con amabilidad Strafford, levantando la mirada e intentando sonreír.

—Quiénes eran.

Su rostro seguía reticente. Había algo en su mirada, algo frío, vengativo, cómplice. Por un momento fue casi como si lo odiara, o al menos odiara todo lo que representaba, el mundo duro, imperioso e implacable y quienes lo dirigían.

—Tengo que irme, señor —dijo, arrebujiándose en el gabán y dando media vuelta—. Cómase la cena. Le sentará bien.

—Maggie. —Ella se detuvo, dándole la espalda, con la cabeza baja—. ¿Lo sabe todo el mundo?

—Que si todo el mundo sabe ¿qué?

—Quiénes son las personas de las fotografías. Quiénes son las dos niñas, en torno a cuyas cabezas alguien trazó dos círculos con un lápiz.

Cuando ella habló, lo hizo en voz tan baja que él apenas la oyó.

—Hay un tipo en el pueblo, un tal Clancy. Es el dueño de la ferretería, de la más grande. Tal vez debería hablar con él.

—¿Lo conocía Joey?

—Ya le he dicho, señor, que tal vez debería hablar con él, con el señor Clancy. —Fue a la puerta, la abrió y se detuvo en el umbral—. Y tal vez debería también avisar a los soldados de que abran bien los ojos. —Él hizo ademán de levantarse de la silla—. Siéntese, señor —dijo ella con voz cansada—. Siéntese y cómase la cena, se le va a enfriar.

Él había apartado el plato, luego se había puesto en pie, con la alfombra sobre los hombros, y se dirigió hacia el teléfono de campaña.

Desde la puerta abierta, Maggie dijo:

—El pobre Joey no era gran cosa —dijo—, pero era mío.

Pero Strafford ya estaba girando la manivela del teléfono y no la oyó.

A esas alturas, Clancy había renunciado a cualquier pretensión de que llamar a aquella pareja de Belfast no había sido una locura. Estaba asustado y al borde del pánico. En cuanto los supuestos Jones y Smith subieron con él a la habitación del piso de arriba de la taberna Redmond, su vida entera empezó a desmoronarse delante de sus ojos. Todo eso de comandar una patrulla y estar deseando que llegara la siguiente fase de la revolución, ¿había sido alguna vez otra cosa que un modo de dar más sabor a su vida y dárselas de importante en el pueblo y ante sí mismo?

¿Por qué no se habría contentado con dirigir Clancy & Co., uno de los negocios principales del condado, y con que lo reconocieran como un pilar del comercio y el empleo en toda la zona? ¡Oh, no!, tenía que involucrarse en la causa, y fanfarronear con echar a los británicos al mar y liberar a la gente del norte y convertir a Irlanda en un Estado con treinta y dos condados, ¡otra vez una nación!

Y, en todo caso, ¿quiénes eran «los británicos»? Un hatajo andrajoso de colonos protestantes irlandeses y escoceses refugiados detrás de las fronteras de sus preciosos seis condados que desfilaban ondeando banderas británicas, tocando sus tambores Lambeg y sus silbatos, vitoreando al rey y la patria, cuando todo el mundo, empezando por ellos mismos, sabía en el fondo de su corazón que ni la patria ni el rey a quienes juraban lealtad daban nada por ellos o sus gloriosas tradiciones.

Sí, debería haberse ocupado de sus propios asuntos y haberlos enviado a todos al diablo. Debería haberse casado, haberse asentado y haber tenido un par de hijos que siguieran con el negocio cuando él muriera. Ahora, ¿qué dejaría tras él? Una tienda, una casa, un coche, y una hermana viuda que trabajaba en una biblioteca y apenas le dedicaba una palabra amable porque él no sabía nada de libros. Ni siquiera tenía un perro que lo recibiera al volver a casa del trabajo por las noches. Y ahora tenía ahí a esos dos, llegados de Belfast tal vez para hacer que lo mataran.

El soldado Jones y el boxeador Smith no eran tan listos como creían. ¿De verdad pensaban que sería posible transportar dos lecheras llenas de gasolina en el maletero de un Ford sedán con los amortiguadores rotos que habían robado esa tarde a la puerta de una barbería en Dundalk?

Había necesitado cinco minutos para explicarles, en primer lugar, que en el puñetero coche no habría sitio para meter las lecheras de pie, y que, incluso si lo hubiese habido, el combustible se habría derramado porque las tapas no podían cerrarse herméticamente; y, lo que es más, si el metal chocaba y saltaba una chispa la gasolina se encendería y el coche volaría por los aires con ellos dentro.

Al final los había convencido de que se deshicieran de las lecheras, llevaran el coche a la parte

de atrás de Clancy & Co., aparcasen detrás del muelle de carga y esperasen sin hacer ruido ni dejarse ver. Abrió el garaje donde guardaban la furgoneta y sacó tres latas de cinco galones con tapón de rosca y las llenó con Esso del surtidor que había en el patio. Luego volvieron a la taberna y pasaron el resto de la noche en el despacho del piso de arriba jugando a las cartas y fumando cigarrillos. No se había atrevido a encender la pipa, porque sabía que se habrían reído de él, así que bajó al bar y compró un paquete de veinte Players Navy Cut, y al acabar esa larga noche supo que la pipa era cosa del pasado y que había vuelto a los cigarrillos. Al diablo con los médicos..., le daba igual.

A primera hora de la mañana estaban otra vez en la carretera de Clonmillis con los faros apagados, dispuestos a sembrar el caos.

Tenía que haberse vuelto loco, se dijo, para meterse en semejante lío.

Debajo de la chaqueta del traje, los sobacos de la camisa empapados de sudor .

Había intentado subir al asiento trasero, pero Jones le había ordenado que subiera al del acompañante. Detrás de él, se sentó el calvo Smith con su chaqueta de cuero silbando entre dientes. Su presencia hacía que a Clancy se le pusieran de punta los pelos de la nuca que asomaban por el cuello de la camisa.

Casi le daba risa pensar que por fin estaba en una misión, como la que llevaba años soñando en desempeñar: vestido con camisa y corbata, un traje azul y un abrigo de piel de camello, y un par de zapatos con hebillas en el empeine. ¡Oh, sí, un guerrero armado para la batalla!

—Bueno, decidme —dijo, carraspeando con esfuerzo—, ¿cuál es el plan?

—¿El plan? —preguntó Jones, y golpeó el borde del volante con los dedos marcando un ritmo marcial—. ¿Qué te hace pensar que tenemos un plan? Solo estamos dando un paseo en coche por el campo.

«Sí, en la oscuridad de la noche», pensó Clancy.

—Estrictamente hablando —dijo, con voz atragantada—, estoy al mando de esta operación.

—¿Has oído, Jimmy? —dijo Jones por encima del hombro—. Aquí el comandante, que dice que tiene derecho a saber nuestras intenciones.

Smith se inclinó de pronto hacia delante, hasta tener la boca al lado del oído de Clancy.

—No tienes derecho a saber una puta mierda, camarada —dijo—, así que calla la boca y concéntrate en que no nos perdamos.

Smith volvió a arrellanarse en el asiento y siguieron adelante dos o tres kilómetros. Olía mucho a gasolina por las latas del maletero. Al ponerse en camino, Jones había hecho además de encender un cigarrillo y Clancy se lo había impedido, advirtiéndole que el coche en el que iban era, a todos los efectos, un artefacto explosivo. Jones lo había mirado con gesto torvo, pero había guardado el mechero.

—Tengo que saber lo que habéis pensado —repitió con obstinación Clancy—. De lo contrario, dejadme aquí en la carretera y seguid solos.

Jones suspiró como un padre obligado a tratar con un niño difícil.

—Primero vamos a causar un pequeño incendio, para distraer a los soldados, y mientras estén ocupados, rascándose la cabeza y preguntando quién ha encendido la hoguera, echaremos un vistazo en la casa y veremos qué pasa.

—¿Vais a llevaros a las niñas?

—Si son quienes dices, sería una pena no hacerlo, ¿no?

—¿Qué les vais a hacer en realidad? —preguntó Clancy con voz desmayada.

—Hay una pequeña cabaña en el norte, en Donegal, escondida en el fondo de un valle, es el sitio ideal para ellas mientras negociamos las condiciones de su regreso sanas y salvas al seno de su familia.

Clancy tuvo que admitir que era un plan razonable, pero Jones había usado un tono tan socarrón que no supo si creerle o no.

—¿Cómo vais a llevarlas allí? —preguntó, lamiéndose los labios reseco—. No en este cacharro, espero.

—¡Oh, no! —respondió Jones. Había aminorado la velocidad y encendido los faros, y ahora escudriñó los árboles al lado de la carretera—. ¿Dirías que este es un buen sitio para empezar el incendio?

—Tengo que deciros algo —dijo Clancy, con la sensación de quedarse sin aliento, como si estuviese a punto de caerse de cabeza desde un sitio alto.

Jones, impresionado por el tono en que había hablado Clancy, paró el coche en la cuneta y se volvió a mirarlo.

—Ah, ¿sí? —dijo en voz baja.

Clancy volvió a lamerse los labios.

—El hijo de De Valera está al mando de los soldados.

Por un momento nadie dijo nada. El motor seguía en marcha, Clancy reparó en que una de las bujías fallaba. Era increíble las cosas que se le ocurrían a uno en momentos como ese. Aunque, ¿cuándo había estado en una situación remotamente parecida a esa?, pensó.

—¿Cómo dices? —preguntó como si tal cosa Jones. Clancy notó que Smith se acercaba tras él, hasta que se puso casi al lado de su oído. Jones volvió a hablar—: El hijo de Dev..., ¿cómo se llama, Marion?

—Vivion —respondió Clancy.

Jones volvió a arrellanarse en el asiento.

—¿Me estás diciendo que ese desgraciado que dirige aquí el cotarro ha enviado a su propio hijo a proteger a las hijas del rey británico?

Clancy asintió con la cabeza; por mucho que hubiese dejado el alcohol le habría venido bien un trago de algo fuerte, en ese momento.

—¡Joder! —susurró Smith.

El motor al ralentí traqueteó sincopado.

—Bueno —dijo por fin Jones—, no solo tendremos un par de pavos para Navidad, sino también al reno Rodolfo. —Abrió la portezuela y empezó a salir del coche—. Vamos, peguémosle fuego a esos putos troncos de Navidad.

Una de las obligaciones que se había impuesto el comandante De Valera era el control del tráfico que pasaba por la garita camuflada al lado de la carretera de Clonmillis. Había una puerta un poco más adelante, en la pared de piedra seca, que era lo bastante ancha para que cupiera el coche blindado; luego podía bajar por un camino y aparcar en un hueco entre los árboles que no se veía desde la carretera. Después de comprobar que su puesto estaba lo bastante bien camuflado, se metió en la garita y se dedicó a su tarea de vigilante.

Sabía que el registro que llevaba —apuntaba con un lápiz indeleble, en un bloc escolar de seis peniques, el número de matrícula de todos los coches que pasaban— no podía considerarse ni mucho menos completo. Después de todo, solo podía estar en la garita cierto número de horas del día, o de la noche, y el resto del tiempo nadie llevaba la cuenta. Cuando no estaba de guardia, una patrulla de pistoleros del IRA —o incluso una columna de tanques alemanes— podría haber pasado por allí sin que nadie se diera cuenta.

Podría haber establecido turnos, para asegurarse de que la carretera estaba vigilada las veinticuatro horas del día, pero no se fiaba de que ninguno de sus hombres prestara plena atención a la tarea, o siquiera de que se mantuvieran despiertos. Lo cierto era que el destacamento que le habían asignado, una docena de hombres, no podía describirse como una patrulla de choque.

Por un lado, todos ellos, menos el sargento Brody, eran dublínese, y no sabían nada de la situación en el campo; a algunos, sospechaba, les daba miedo quedarse solos en el bosque, sobre todo de noche. Es cierto que el sargento era de fiar, pero era un obtuso, y ese era, en opinión del comandante, el peor rasgo que podía tener un soldado. En los primeros días de la operación había puesto a prueba el celo de sus hombres en un par de ocasiones mientras estaban de servicio. Se había ennegrecido la cara —tuvo que usar betún de zapatos, que luego no había quien lo quitara—, se puso ramas de hiedra en el casco y se les acercó arrastrándose entre la maleza, para comprobar si estaban alerta y no soñando con sus novias en la ciudad.

La iniciativa no había sido ningún éxito. Ninguno de los centinelas lo había visto u oído antes de que estuviera lo bastante cerca para, de haber sido un enemigo, saltarles encima y rebanarles el cuello con la mayor facilidad. Después los había hecho formar y ponerse en posición de firmes, si es que podía llamarse así —la verdad es que eran una panda muy poco marcial— mientras iba y venía y les echaba una reprimenda. Notó que no les afectaba mucho, a pesar de su severidad.

Todo esto era preocupante, y hacía que la carga de su deber fuese aún más pesada. Su padre ya

le tenía poco respeto como soldado; si fracasaba y algún intruso llegaba a la mansión y la gente que había allí resultaba herida, nunca se lo perdonaría.

La verdad es que era consciente de que, en realidad, no estaba hecho para ser soldado. Su padre también lo sabía, pero eso no le impedía al padre esperar que el hijo diese siempre lo mejor de sí allí donde lo destinaran y fuese cual fuese su misión.

¡Qué diría la gente, si el hijo del *taoiseach*, que también había sido uno de los líderes más destacados del levantamiento, la pifiara en algo tan sencillo como montar guardia!

Gracias a Dios, faltaban solo tres días, antes de que llegase un nuevo destacamento y pudiera volver a los barracones del campamento Curragh, donde sus obligaciones —básicamente vigilar a prisioneros del IRA— serían fáciles en comparación, y lo mejor era que estaría al mando otra persona.

En realidad, no había sitio suficiente para dos personas en la garita. El soldado que estaba de guardia esa noche era un tipo, robusto y rubicundo, que olía a Brylcreem y calcetines sudados. Ya era malo estar metidos en un sitio tan estrecho —no mucho mayor, se le ocurrió, que un ataúd puesto de pie— con uno de sus hombres más delgados, pero con aquel gordo apretado contra él era casi asfixiante. Cada diez minutos, el tipo le pedía permiso para salir al bosque a fumar un cigarrillo. Esos breves intervalos proporcionaban al comandante un agradable alivio, y podía estirar las piernas y doblar los brazos agarrotados. No obstante, cuando el soldado volvía llenaba aquel espacio tan reducido de olor a tabaco.

Era extraño estar de uniforme y de guardia cuando el país estaba en paz y la guerra se libraba en el continente. Le daba la sensación, por más que él intentaba reprimirla, de estar representando un papel menor en una de esas operetas francesas o vienesas a las que lo llevaba su madre en el Theatre Royal o las Antient Concert Rooms. Nunca había entrado en acción en el campo de batalla, y probablemente nunca lo haría, a no ser que los alemanes derrotaran a Gran Bretaña y cruzaran el mar de Irlanda.

Pero ¿habría combates incluso en esa eventualidad? Los enterados decían que la pregunta que tenían que plantearse los irlandeses era: ¿contra quién somos neutrales?

Por su parte, él era un admirador de Alemania. No le tenía simpatía a Hitler, ese ordenancista histérico y ruidoso, pero el pueblo alemán era una raza bien proporcionada y agradable. Los británicos habían sido unos idiotas al no llegar a un acuerdo con ellos. Una Europa anglogermánica habría sido una gran potencia mundial y una barrera infranqueable entre los arrogante Estados Unidos y la Rusia atea de Stalin.

Había intentado hablar con su padre de estas cosas, pero este no había manifestado el menor interés por sus opiniones. Bueno, su padre era el líder del país, y tenía muchos asuntos graves en los que pensar. Lo cierto era que no hablaba mucho con nadie a quien no considerase su igual. Y nunca hablaba de sus propios días como combatiente y dirigente en tres campañas amargas y

sucesivas: el levantamiento, la guerra de Independencia y la guerra civil. El comandante pensaba a menudo con tristeza en todas las cosas que podría contarle su padre sobre aquellos tiempos.

No era fácil ser el hijo de un gran hombre, y tener un padre que se consideraba el padre de la patria.

En los últimos diez minutos o más no había ocurrido nada, pero en ese momento oyó acercarse un vehículo por la carretera; levantó los prismáticos y los acercó a la mirilla rectangular de la puerta de la garita. Oyó a su compañero de armas —¡su compañero de armas!— respirando a su espalda; era muy molesto.

El vehículo era un coche civil, un viejo y chato Morris Oxford, matrícula ZF574. Lo reconoció porque lo había visto ya dos veces, la primera vez por la tarde, luego hacía unos veinte minutos. Había dos hombres en los asientos delanteros, y posiblemente otro en el trasero, aunque puede que fuese solo una sombra. Era raro: iba en la misma dirección que antes. Lo cual significaba que había dado toda la vuelta a la finca. ¿Por qué? ¿Y eran imaginaciones suyas o había aminorado la velocidad al pasar por el sitio donde estaba escondido? No habrían visto la garita, ¿verdad? Y menos en la oscuridad.

Pero ¿y si alguien, esa figura en sombras del asiento trasero, tal vez, conociera la situación de su escondrijo y estuviese señalándoselo, por segunda vez, a los dos hombres de delante? Eso explicaría que el coche hubiese aminorado la velocidad. Puede que estuviesen echando un vistazo más de cerca a la garita para ver si estaba ocupada.

¿Sería posible guardar un secreto, cualquier secreto, en un lugar así? En el pueblo ya se había organizado un buen alboroto por la muerte del tal Harte. ¿Y si se enteraban de quién era hijo el que estaba al mando del destacamento de vigilancia? Había mucha gente en el país que todavía odiaba a su padre; gente que guardaba las armas de los viejos tiempos enterradas y tapadas con una lona impermeable en el jardín trasero o bajo el tejado de paja de su casa.

Los dos rubíes de las luces traseras del coche se volvieron cada vez más pequeños.

No debía dejarse llevar por su imaginación.

Pero ¿y si...? Las emboscadas eran frecuentes en las antiguas guerras. Algunos decían que había sido su padre quien había dado la orden directa al francotirador que en 1922, durante la guerra civil, desde su apostadero en una colina sobre Beál na Bláth en el condado de Cork, había matado a Michael Collins, el antiguo amigo convertido en enemigo de su padre. Muchos aún querían vengar ese asesinato.

El comandante apartó los binoculares y se dispuso a esperar. El coche con matrícula ZF574 no volvió a aparecer. Pasó una hora. El soldado que tenía detrás suspiraba con frecuencia. Cuando le pidió permiso para salir a fumar otro cigarrillo, el comandante se lo negó.

Luego, el sargento Brody llegó con un recado de la mansión. El comandante salió de la garita para ir a su encuentro.

—Sí, sargento, ¿qué ocurre?

—El subinspector, señor Stafford...

—Strafford.

El sargento frunció el ceño.

—¿Señor?

—Se llama Strafford, con erre. Pero da igual, diga... ¿qué sucede?

—Ha telefonado, señor. Me ha pedido que le diga que se sabe quiénes son las niñas.

—Sí..., ¿y?

—Nada más, señor. Ha dicho: «Se sabe quiénes son las niñas». Y que tengamos los ojos bien abiertos.

El comandante soltó un bufido.

—¿Y qué se cree ese tipo que estamos haciendo aquí, si no es tener los ojos abiertos? —Se golpeó la palma de la mano con el puño, luego recordó quién era y dónde estaba—. Muy bien, sargento. Continúe.

El sargento Brody saludó, a su manera irritantemente fofa, y se marchó dando tumbos entre los árboles.

—¡Que tengamos los ojos abiertos! —murmuró el comandante para sus adentros. Volvió a la garita y se detuvo.

«¡Padre —pensó, permitiéndose un momento de sentida miseria—, Padre, oh, Padre, aparta de mí este cáliz!».

No habría sabido decir con exactitud cuánto tiempo había pasado, solo que debieron de ser varias horas, cuando salió una vez más del refugio con forma de ataúd para aspirar una profunda bocanada del húmedo aire de la noche, en el que podía saborear la ausencia del olor a sudor y a tabaco de su camarada de guardia, y vio el color rojo del cielo por encima de los árboles.

Celia Nashe estaba furiosa consigo misma, furiosa y asustada. ¿Cómo podía haber sido tan idiota de dejar entrar a Dick Lascelles en su habitación precisamente esa noche, un día después de que mataran a un hombre y la advirtieran de que sus dos pupilas corrían un serio peligro? ¡Y quién había visto a Lascelles en su cama sino una de las dos a las que la habían enviado a proteger! Podría perder su trabajo..., podría perderlo todo. La niña lo contaría. Tal vez no esa noche, ni mañana, pero en algún momento, cuando le conviniera.

¿Podría sobornarla? Era una idea espantosa, y Celia se escandalizó consigo misma por pensarla. ¿Qué podía querer?, ¿qué aceptaría? ¿Qué se le podía ofrecer a una hija de la Casa de Windsor a cambio de su silencio?

Se sentó en un lado de la cama —Lascelles había huido de la habitación, claro, con su sonrisa nauseabunda, a medio vestir y farfullando excusas—, agachó la cabeza y se apretó los dedos contra los párpados lo más fuerte que pudo aguantar.

¡Idiota, idiota!

Strafford había comido solo media patata cuando de pronto volvió a dominarlo la fatiga y, apenas consciente de lo que hacía, se desplomó despacio hasta apoyar la cabeza sobre la mesa al lado del plato y se quedó profundamente dormido.

Mucho tiempo después despertó con un gruñido de alarma, sin saber dónde estaba ni qué le había ocurrido. Tenía el labio inferior pegado con saliva seca a la mesa. La fiebre había cedido un poco y ahora estaba helado hasta la médula. Lo que le había despertado había sido la alfombra al deslizarse de los hombros y caer al suelo detrás de la silla; fue como si se hubiese despojado de su propia piel en un movimiento resbaladizo.

Se puso en pie y fue hacia el cobertizo, donde, todavía tembloroso, se arrodilló delante de la taza del váter y vomitó. Lo que salió fueron los restos de la patata que había comido y un hilillo tembloroso de baba biliosa. Después se sintió un poco mejor, aunque seguía teniendo frío.

En su habitación, abotonándose a toda prisa la ropa con dedos trémulos, se asomó a la ventana y vio un resplandor en forma de corona al rojo vivo por encima de los árboles a lo lejos. No era la luz del amanecer, sino un incendio, un incendio en el bosque.

Debía avisar, debía dar la alerta. Girar la manivela al lado del teléfono le recordó a la vieja Kate, la doncella, en la cocina de Roslea, preparando un pollo para la olla y dándole vueltas a la pata para arrancársela, los tendones al romperse rechinaban exactamente igual.

El timbre, a través de los campos, al otro extremo de la línea sonó y sonó. Se quedó al lado de la mesa, esperando, con la mirada fija en el plato de comida al lado del teléfono. ¿Dónde estaban De Valera y su desventurada pandilla de guerreros? Incluso si habían salido de patrulla, deberían haber dejado a alguien en el escondrijo camuflado donde estaba el teléfono de campaña.

Era raro, pero lo que se le quedó grabado a partir de ese momento no fue el sonido quejoso del timbre del teléfono sin responder, ni el tacto áspero del jersey de cuello alto contra la tierna piel del cuello, ni siquiera la angustiada sensación de tener un hueco en el pecho; no, lo que más llamó su atención fue el aspecto blanquecino, siniestro y sugerente de la grasa gelatinosa sobre las lonchas de ternera del plato, y las tiras de chirivía, cuatro, pulcramente dispuestas como otros tantos dedos pulposos cortados a la altura del nudillo.

El timbre siguió sonando. Entonces lo comprendió: al igual que él, el comandante y sus hombres habían visto los árboles en llamas y habían ido corriendo, todos ellos, a investigar. De momento, estaba solo.

Lo demás sucedió en lo que le pareció una larga e ininterrumpida carrera impulsada por la fiebre.

Cruzó corriendo el patio del establo, pasó al lado del coche de Lascelles e irrumpió en la casa por la puerta trasera. Maggie estaba en la cocina, poniendo a calentar un hervidor de agua, y se volvió, asustada, hacia él. Debía de haberse ido a dormir después de dejarlo y ahora había vuelto a levantarse, mucho antes de amanecer para iniciar sus tareas cotidianas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó asustada—. ¿Qué ocurre?

—Hay un incendio, en el bosque.

—¿Qué?

—Un incendio.

Se quedó donde estaba con la tapa del hervidor en la mano y la minúscula boca abierta formando una O perfecta. Él la apartó y subió los escalones de tres en tres —¿de dónde sacaba las fuerzas, estando enfermo?— y casi se chocó con la señora O'Hanlon. También ella se espantó, no tanto de verlo a él, sino de que la viera a ella, porque iba en camisón y con los rulos puestos.

—¿Dónde está el duque? —preguntó Strafford.

—¿El duque? —repitió la mujer, sorprendida—. Pues a estas horas supongo que estará todavía en la cama. Él...

Strafford la hizo callar con un gesto.

—Escúcheme. Vaya a verlo. Dígale que me lleve a las niñas. Después, dígale que cierre la casa a cal y canto, que eche los postigos..., que selle la casa lo mejor posible.

—¿Pero...?

—Haga lo que le he dicho.

Ella retrocedió un paso, con los ojos muy abiertos; nunca lo había visto así: parecía un hombre

medio enloquecido, con los ojos rojos y saltones y la cara pálida como la pared.

Strafford la esquivó y echó a correr, con los faldones de la gabardina aleteando a su espalda.

Se detuvo en la puerta de la habitación de Celia Nashe para recobrar el aliento. Tenía la garganta seca y le latían las sienas. Cuando la joven salió a abrir, envuelta en un chal de seda, comprendió enseguida que no esperaba verlo a él sino a otra persona. Lascelles, pensó; Lascelles, claro. Lo miró con intensidad e hizo ademán de hablar, pero él alzó la mano y la interrumpió.

—Tenemos que llevárnoslas —dijo, y se quedó jadeando. Los ojos de ella se volvieron inexpresivos; no sabía de qué le hablaba—. Las niñas —dijo—, las niñas, tenemos que sacarlas de aquí. Van a venir a por ellas. Le han pegado fuego al bosque.

—¿Quiénes?

—No lo sé. Los del IRA, supongo. No lo sé.

Se marchó antes de que Celia pudiera decir nada más y corrió al cuarto de las niñas.

Mary, de pie delante de la ventana, dijo:

—Hay un incendio en el bosque.

—Sí, lo sé.

Ellen, en la cama, se incorporó de pronto. Había estado durmiendo. La luz nocturna arrojaba un resplandor ultraterreno, como si la habitación estuviese cubierta por una delicada neblina de color azul pálido.

Celia Nashe apareció en el umbral, con los pantalones de pana y un jersey de lana. Se había recogido el pelo detrás de la cabeza, lo cual daba a su rostro la apariencia de estar desnudo.

—¿La ha cogido usted? —dijo con la mirada fija en Strafford. Él estaba apremiando a las niñas a darse prisa y a vestirse. Celia se adelantó de una zancada y lo sujetó del hombro—. ¿Ha cogido usted la pistola?

—No sé de qué me habla —dijo, al pasar a su lado para salir a toda prisa de la habitación. Volvió un momento después. Ellen, que se estaba poniendo una combinación, se metió debajo de las sábanas para cubrirse. Strafford se dirigió a Celia Nashe—. ¿Cuál es la habitación de Lascelles?

Esperaron en el pasillo, Strafford, Celia Nashe y las niñas, a que Lascelles volviera con el coche del establo. Las niñas llevaban sus abrigos y sus sombreros y tenían un aspecto incongruentemente formal y mojigato con las asas de sus bolsos de piel rosa sobre la muñeca. Ellen estaba muy pálida.

Mary se volvió hacia Celia Nashe.

—Se lo dije —le soltó con voz dura y aflautada—. Se lo advertí.

Celia frunció el ceño.

—¿De qué me advertiste?

—De lo del cielo en llamas.

—Pero eso fue un sueño —respondió Celia en tono casi quejoso—. ¿Cómo ibas a saberlo?

—Lo sabía y ya está.

Lascelles llegó a la puerta principal, y en ese momento el duque, en batín y zapatillas, apareció en el rellano de las escaleras. Parecía aturdido, viejo y cansado. Strafford corrió al pie de las escaleras.

—¿Tiene un arma? —preguntó. El anciano lo miró sin entender—. Un arma —repitió Strafford en voz más alta—. ¿Hay alguna en la casa? ¿Una escopeta, un revolver del ejército, lo que sea?

Lascelles hizo sonar las llaves del coche.

—Vamos —dijo con sequedad—, no hay tiempo de ponerse a buscar un trabuco.

Bajaron a toda prisa las escaleras y se metieron en el coche, Celia detrás con las niñas, y Strafford en el asiento del acompañante. Cerraron de un golpe las portezuelas, el motor soltó un rugido gutural y las ruedas traseras despidieron dos chorros idénticos de gravilla.

Sir William había bajado las escaleras y se había quedado en la puerta iluminada, perdido y asustado. Estaba pensando en la guerra, en el silbido de las explosiones, las alambradas, el gas y los muertos. Mientras el coche se alejaba, Strafford vio a la señora O'Hanlon llegar detrás del anciano y ponerle la mano en el hombro. Esperó que recordara lo que le había dicho sobre lo de cerrar la casa. Aunque no es que tuviera demasiada importancia. Si quienquiera que fuese a ir quería entrar, una puerta cerrada y un pestillo echado no lo detendrían.

Se dijo que debería haber vuelto a sus habitaciones a probar suerte con el teléfono de campaña. A esas alturas, De Valera y sus hombres podían haberse dado cuenta de que lo del incendio era un movimiento de distracción.

Lascelles estaba furioso. ¿Qué demonios pasaba?, quiso saber. Strafford no respondió; sabía que el inglés ya debía de estar buscando chivos expiatorios en su imaginación.

El coche salió disparado. Las estrellas giraban detrás de las ramas negras y sin hojas de los árboles de la carretera.

Strafford se acurrucó en el asiento con los ojos cerrados, balanceándose de un lado al otro con el movimiento del coche. Pensó que iba a desmayarse. Los latidos de la cabeza eran muy fuertes y notaba la sangre corriéndole por debajo de la piel, una marea roja y ardiente. No habría creído que fuese posible estar tan enfermo y seguir consciente.

—¿Va a decirme lo que pasa —le espetó Lascelles— o va a quedarse ahí sentado como un cadáver?

—Hay un incendio en el bosque —dijo Strafford—. Alguien lo ha provocado. —Bajó la voz para que no le oyeran en el asiento trasero—: Saben que las niñas están aquí, y quiénes son.

—¿Quién lo sabe? —gritó Lascelles—. ¿Qué demonios está diciendo?

—Probablemente ese tipo del pueblo, ese del que me habló.

—¿El tal Clancy? No parecía una amenaza seria, solo un fanfarrón de pueblo.

Lascalles golpeó con fuerza el volante con la palma de las manos. El vehículo siguió avanzando, con las luces de los faros perforando la oscuridad.

Acababan de tomar una curva larga y poco pronunciada cuando vieron el Ford sedán detenido en ángulo delante de ellos y bloqueando la carretera. Lascalles apretó el pedal del freno y el Bentley se desvió bruscamente a la derecha con un chirrido de los neumáticos, chocó contra el seto y se detuvo en seco con dos ruedas en la cuneta; el motor se paró con una especie de jadeo.

Strafford se volvió para mirar el asiento trasero. Celia Nashe había salido despedida de lado y se había golpeado la cabeza contra la portezuela, y las dos niñas habían caído encima de ella. Nadie había hecho ni un ruido, y en el silencio todos oyeron el tictac del motor apagado.

Lascalles estaba desplomado contra la portezuela, en apariencia inconsciente. Parecía extrañamente sereno, como si lo hubieran colocado así: con la barbilla apoyada en el pecho y los ojos un poco cerrados. Strafford dudó de si estaría muerto, pero decidió que no...; habría sido demasiada suerte.

Los faros del Bentley seguían encendidos, y a su luz vieron a dos hombres apearse del Ford. Uno era bajo, ancho de hombros y calvo; el otro llevaba un chaquetón marinero y un gorro de lana calado hasta las orejas. Ambos iban armados, el del gorro llevaba una escopeta con los cañones recortados y el otro, una pistola semiautomática con la culata de madera.

Al ver al primero, Mary, en el asiento, contuvo el aliento de pronto. Strafford se volvió hacia ella.

—Es él —dijo, señalando hacia la carretera—. El hombre con la cabeza de pájaro.

—No pasa nada —dijo en voz baja Strafford—. No os hará daño, te lo prometo.

Estaba mucho menos convencido de lo que parecía.

En ese momento apareció un tercer hombre que se apeó del asiento trasero del Ford, un tipo corpulento, nada menos que con un abrigo de pelo de camello con un cinturón y un sombrero de fieltro negro con el ala levantada.

El hombre del gorro de lana fue directo hacia el Bentley y dio unos golpecitos en la ventanilla del asiento del acompañante con el cañón del arma.

—Fuera —dijo, haciendo un ademán con la escopeta.

Strafford iba a abrir la portezuela cuando notó que algo le rozaba el codo izquierdo. Era una mano pequeña y caliente que sostenía algo metálico. Miró por encima del hombro y vio el brillo de los ojos de Mary justo detrás de él. Cogió la pistola y se la guardó en el bolsillo de la gabardina. Luego abrió la portezuela y salió a la carretera. El hombre de la escopeta le ordenó que tirase su arma al suelo.

—No voy armado —mintió Strafford.

Pese a lo asustado que estaba, no podía dejar de mirar fascinado el rostro quemado y lleno de cicatrices, la boca torcida y el pico de la nariz; sí que parecía un pájaro.

—¿Qué coño miras tú? —le espetó.

Celia Nashe abrió la portezuela trasera y salió del coche.

—Somos agentes de seguridad —dijo, con voz clara y calmada—. Aparte el arma.

El hombre la miró y se rio.

—La caballería, ¿eh? —respondió—. Bueno, pues ya podéis saludarnos, porque nosotros somos los pieles rojas. —Se agachó para escudriñar en el interior del coche y vio a Lascelles reclinado contra la portezuela del conductor—. ¡Eh, tú! ¿Estás dormido, muerto o qué? —Lascelles no respondió. El hombre volvió a reírse. Asomó la cabeza por la puerta y escudriñó el asiento trasero—. ¡Ah!, ahí estáis —dijo—, las dos señoritas elegantes. Salid de ahí, vamos. Dejad que el perro vea a los conejos, ¿eh?

Las niñas salieron despacio, primero Mary y luego su hermana, y se quedaron una al lado de la otra en la carretera con sus abrigos y sus sombreros.

—Muy bien —dijo el hombre de la escopeta—. Todos presentes. —Celia empezó a decir algo, pero él movió el cañón y le apuntó en el escote—. ¿Quieres callarte la puta boca, señora Oficial de Seguridad? ¿Nos haces ese favor? —Alzó el arma para que la viera—. ¿O prefieres que te parta en dos con esto?

Sostenía la escopeta con naturalidad, con el primer y el segundo dedo de la mano izquierda ligeramente apoyados en el gatillo; Celia pensó en el cabo Lucas, en el campo de tiro a las afueras de Guildford, enseñándole a disparar.

Strafford la estaba observando, y sintió de pronto una extraña y angustiada ternura. Tuvo la necesidad de extender el brazo y tocarla, de ponerle la mano en la mejilla, en el hueco entre los omoplatos, en la nuca, donde llevaba el pelo sujeto con una cinta elástica. En vez de eso se hizo a un lado, lejos de la luz directa de los faros, metió la mano en el bolsillo de la gabardina y curvó los dedos alrededor de la culata de la pistola que le había pasado Mary. Con el pulgar, quitó el seguro, sorprendido de recordar cómo se hacía. El corazón le golpeaba lánguido como un remo en el pecho, y notaba la raíz de la lengua extrañamente engrosada, lo que supuso que debía ser efecto del miedo. También temblaba un poco, pero eso, estaba seguro, era por la fiebre.

Y, no obstante, ¡qué tranquilo estaba!

Todo se alejaba ante sus ojos, se alejaba y se empequeñecía con nitidez como en el tubo de un telescopio cogido del revés, y al mismo tiempo parecía estar contemplando una escena teatral iluminada desde algún lugar en la copa de los árboles. ¡Qué compostura sentía, qué extraña serenidad! Incluso el rumor de la sangre en sus venas se había callado. Por un momento, dudó de si no le habrían disparado ya, sin que se diera cuenta, y si no estaría muriéndose o incluso si no

habría muerto ya. Contempló la escena con ecuanimidad, pensando, casi divertido, que, si eso era el final, era algo muy trivial después de todo.

En ese momento, Billy Denton salió de la oscuridad del bosque, con su escopeta, y en ese mismo instante los faros de un vehículo aparecieron a lo lejos por la carretera en la distancia más allá del Ford, y Strafford reconoció el ruido del coche blindado.

«Ahora sí que ha llegado la caballería —se dijo—, aunque demasiado tarde».

Alguien se movió, alguien dijo algo, le pareció que fue Celia Nashe, y de pronto, sorprendentemente, empezó el tiroteo.

Dejaron a dos de los heridos en la carretera, que estaba en parte acordonada por los hombres del comandante De Valera, y llevaron al tercero a la casa.

Todo era confusión, y al mismo tiempo reinaba un silencio fúnebre; llevaron whisky al salón del desayuno y se lo administraron a los hombres, mientras las mujeres tomaban té, todas menos la señora O'Hanlon, que, cuando el duque insistió, se permitió una copita de jerez dulce. Todo era muy decoroso y extraño, y a Strafford le recordó la noche del funeral de su madre, cuando numerosos parientes, la mayor parte de los cuales pensaba que habían muerto, se congregaron en el salón de Roslea, vestidos de *tweed* y carraspeando.

Maggie preparó el té, y Florence, la del cuello de cisne, lo sirvió. Strafford, sentado al lado del fuego con su gabardina, la observó, impresionado otra vez por su frágil belleza. ¿Debería tal vez...? Pero no, no; tenía su propio código de comportamiento. Sin embargo, Florence era una belleza, y la recordaría a menudo con lúgubre melancolía. Al salir, la joven le sonrió, y su sonrisa fue, en cierto modo, una confirmación de lo que ya sabía: que ya no era lo que había sido, que era otra persona, un desconocido al que tardaría mucho tiempo en acostumbrarse y a quien tal vez no le gustase demasiado conocer.

El duque se había vestido ya, llevaba una chaqueta de caza, pantalones de golf y unos calcetines marrones de lana. Se bebió tres whiskys uno detrás de otro, luego se sentó de pronto en una silla y miró a su alrededor con una expresión de desazón perpleja.

Lascelles, nada más llegar a la casa, se había escabullido a alguna parte, con un aire al mismo tiempo apremiante y furtivo. Strafford no estaba seguro de si no se habría hecho todo encima, al entrar por la puerta principal detrás del inglés le parecía haber notado un persistente olorcillo fecal. También tenía la sospecha, que no podía quitarse de la cabeza, de que el tipo no había perdido el conocimiento cuando el coche chocó contra el seto, sino que había fingido estar inconsciente en un alarde de valor. De ser así, pensó, no había sido muy caballeroso, ¿verdad, muchacho?

Los acontecimientos en la carretera habían sido una confusión de lívidos destellos y estampidos apagados y extrañamente insulsos, no muy distintos, pensó Strafford, de las húmedas noches de la festividad de Guy Fawkes en su infancia, que celebraba, o al menos observaba, la familia y unos pocos amigos en un campo en barbecho detrás de las pistas de tenis.

Billy Denton había matado al hombre llamado Jones —en realidad, se llamaba Seamus Molloy,

alias Birdy, por su nariz en forma de pico—, y Strafford, apuntando con la pistola de Celia Nashe al joven calvo, se las había arreglado, para su consternación, para acertarle al hombre del abrigo de pelo de camello. La bala le había dado a lo largo de la mejilla izquierda y le había arrancado la oreja, una herida de la que, después de muchas semanas en la lista de enfermos críticos, se las arreglaría para sobrevivir. Los hombres de De Valera pensaron que estaba muerto, y solo cuando llegó el furgón de la carne a recoger los dos cadáveres de la carretera descubrieron que seguía con vida. Resultó ser Thomas Clancy, de Clancy & Co., conocido como el Jefe; después de esa noche, en el pueblo ya siempre lo conocerían como Tom Clancy a secas.

Celia Nashe sufrió una herida que debería haberla matado.

El joven calvo, al ver caer de espaldas a su compañero con un estallido de sangre en el pecho—Billy Denton disparó solo uno de los dos cañones, pero con eso fue suficiente—, había hecho una serie de disparos nerviosos con la pistola automática antes de dar media vuelta y huir al bosque. Una de las balas acertó a Celia en el costado izquierdo, le atravesó el bazo y se alojó peligrosamente cerca de la columna vertebral: los médicos que la trataron y que le sacaron la bala expresaron su sorpresa de que hubiera sobrevivido a semejante agresión a su organismo.

Strafford se había arrodillado en la carretera y había abrazado a la joven, murmurándole tonterías en voz baja y apremiante; ella no dio síntomas de oírle. Tenía los ojos abiertos y miraba a la oscuridad con una expresión de vaga sorpresa. Entre los labios separados se formó una burbuja que se hinchó, se hinchó y estalló: Strafford estaba convencido de haber oído el ruido que hizo.

Lascelles salió por fin del Bentley accidentado, dando tumbos y parpadeando más de la cuenta; al menos a Strafford su manera de comportarse le había parecido exagerada, aunque él no era precisamente imparcial.

El comandante De Valera había salido con sus hombres en persecución de Smith, pero en vano. El verdadero nombre del tipo era Vinnie Considine y había sido boxeador, e incluso había ganado un título cuando era adolescente. Luego, detrás de los establos, había estallado un incendio, que los bomberos de Clonmillis estaban apagando en ese momento. Se pensaba que la deflagración había sido el último gesto vengativo de Smith antes de huir, por rutas clandestinas, a Belfast. Allí lo detuvieron, aunque luego tuvieron que soltarlo, pues alegó una coartada para la noche en cuestión que ni siquiera la gendarmería real del Ulster pudo desmontar.

—¡Dios mío! —dijo el duque, mirando vacilante su vaso de whisky—. ¡Qué espanto que esto haya tenido que pasar aquí!

Habían acostado a Celia Nashe en un sofá en el salón de abajo, envuelta en mantas; a esas alturas estaba ya sumida en una profunda inconsciencia. A Mary, que se las había arreglado para verla antes de que se la llevaran, le sorprendió lo tranquila que parecía: su cara pálida y frágil y en cierto modo distante, como el rostro de una estatua encima de una tumba. Mary se sintió

culpable por haber sido tan mala con ella, por haberla apodado señorita Estirada, por haberle puesto las cosas tan difíciles, y no digamos por haberle robado la pistola.

A ella y a su hermana las metieron en la cama con una aspirina, un vaso de leche y una bolsa de agua caliente. Aunque su hermana, que estaba muy afectada, se había ido de buena gana, Mary había protestado con todas sus fuerzas. Habría querido quedarse cerca de Strafford. Él era su verdadero amor, tal y como había comprendido en el momento en que le puso la cálida pistola en la mano en el coche. Evidentemente, Billy Denton tenía mejor puntería, pero en general no podía compararse con Strafford, ¿cómo podía haber tardado tanto en darse cuenta? Bueno, todo el mundo decía que el amor era ciego, pero, gracias a Dios, se le había despejado la vista antes de que fuese demasiado tarde.

Celia había perdido una bota mientras la llevaban a la casa, y al acabar el día todavía seguía en el vestíbulo, donde la habían olvidado los adultos. Mary, que se levantó de la cama a pesar de las quejas de la señora O'Hanlon y se escabulló al piso de abajo, la recogió, fue a la cocina, cuando no había nadie, y la puso en el fogón para que se quemara. No supo por qué lo hacía; le dio la sensación de que así ayudaría a la señorita Nashe a recuperarse, aunque sabía lo tonta que era esa idea.

La bota tenía la suela de goma, y produjo un olor espantoso, que perduraría muchos días después de que sus altezas reales se hubiesen ido.

Cuando Strafford y Lascelles llegaron a la mansión cargando con Celia entre los dos, la señora O'Hanlon tuvo la presencia de ánimo de telefonar al doctor Taggart.

El médico, que llevaba cuidando de los achaques de la familia desde que todos tenían memoria, era un hombrecillo feroz e irascible, de rostro atezado y con patillas, con un traje de *tweed* ajustado y gruesos zapatos marrones de piel. A Strafford le pareció la viva imagen del señor Hyde de Stevenson.

Se quitó el gabán de *tweed* y el sombrero en el vestíbulo y entró a grandes pasos en la habitación donde habían acostado a Celia. Enseguida reparó en la gravedad de la herida y le gritó a la señora O'Hanlon por no haber llamado a una ambulancia enseguida.

—¡Demonios, mujer!, ¿en qué estaba pensando?

La señora O'Hanlon reprobaba el lenguaje del médico —era un malhablado empedernido—, pero en esa ocasión se abstuvo de protestar. Estaba al borde de las lágrimas. ¡Menuda mañana!

Enviaron la ambulancia desde Tipperary; tardaría un poco en llegar.

El doctor Taggart aceptó un vaso de whisky y el último trozo del pudín de ciruelas de la hermana de la señora O'Hanlon. Se quedó en el salón del desayuno, con el vaso en una mano y el plato con el pudín en la otra, reprendiendo a todos los que pasaban con intimidante distancia; ya había dictaminado que en esa casa eran todos un «hatajo de zoquetes». Había combatido en la

misma compañía que sir William en la última guerra, y lo habían condecorado por salvar, bajo fuego intenso, la vida de numerosos soldados.

Sir William le preguntó su opinión sobre el estado de Celia Nashe.

—¡No tiene la menor esperanza! —gritó el médico, los obuses en Passchendaele lo habían dejado medio sordo y daba por sentado que a todos los que le rodeaban les ocurría lo mismo—. Tiene destrozadas las entrañas. Lo más probable es que haya muerto cuando llegue la puñetera ambulancia.

Como le sucedía a menudo, se equivocó.

Lascelles había reaparecido, y hecho una llamada a la embajada y otra a Londres desde el teléfono especial de la habitación de Celia Nashe. Luego había salido de la casa con su sombrero hongo, su abrigo militar y un par de botas de agua prestadas, murmurando no sé qué de «ir a echar un vistazo al pobre coche», y no se le volvió a ver hasta la hora de la cena.

Strafford también se escabulló, agobiado por el ambiente en el salón del desayuno, que era un poco furtivo, como si se hubiese desvelado un secreto culpable; después sir William siempre se referiría a él como «el salón donde por poco se muere la chica».

Todo el mundo estaba tenso, temeroso de que pudiera haber más hombres del IRA en los alrededores, y de que pudieran atacar la casa. El comandante De Valera había pedido refuerzos con urgencia, y, a mediodía, un camión con una compañía de soldados llegó retumbando y traqueteando por el camino de acceso.

Desanimado, pero inquieto, Strafford estuvo deambulando un rato por ahí y luego fue a la biblioteca y cerró la puerta. Se sentó en una butaca junto al fuego, contemplando las brasas frías del hogar, con las piernas largas y huesudas alargadas y las manos metidas en el bolsillo de la gabardina, que aún no se había quitado, solo en ese momento reparó en las manchas de sangre de Celia Nashe en la pechera. El incendio del establo casi había destruido su alojamiento, no tenía cama donde dormir y, una vez más, se encontraba claramente mal.

Por fin se quedó dormido en la butaca, y soñó que estaba en un valle alpino muy verde, rodeado de altos picos, riscos nevados y el dulce canto de muchos pajarillos invisibles.

Al día siguiente recogió su pila de libros prestados y la devolvió a la biblioteca del condado. Tenía la esperanza de ver a la señorita Broaders para charlar con ella de esto y aquello, pero había ido al hospital a ver a su hermano, que, dio la casualidad, de que estaba en una habitación en la misma ala que Celia Nashe. Le entregó los libros a la subdirectora de la biblioteca, que lo miró con un brillo de curiosidad en la mirada, pero no tuvo valor de preguntarle por lo ocurrido la noche anterior.

Se quedó uno de los libros de recuerdo y lo ocultó con gesto culpable debajo del abrigo. Años

después, cuando se mudó de su piso en la calle Clare, volvió a toparse con aquel volumen, que se había caído detrás de uno de los estantes. Leyó el título y sonrió: *Eustacia va a la escuela Chalet*.

Por la mañana, después del desayuno, un enorme coche negro apareció por el camino. Maggie fue la primera en verlo y corrió a avisar a la señora O'Hanlon. ¿Quién podía ser? Luego lo recordaron: el ministro, el señor Hegarty, iba a hacerles una visita. Lo recibió en la puerta principal su excelencia el duque, que, para sorpresa del dignatario, llevaba el pijama debajo de la chaqueta de caza. Los dos hombres se miraron con impotencia, ambos sin saber qué decir, cada cual por sus propios motivos.

Los teléfonos llevaban horas sonando: ¿cómo podía ser que Dan el Hombre de la Calle no supiera todavía nada de lo sucedido la noche anterior? ¡Había habido muertos! ¡Era el ministro! Su tez se puso púrpura. Fuese cual fuese la razón para habérselo ocultado, alguien pagaría por ello.

No, no quería entrar, a pesar de la insistencia del duque, no, gracias, no. Tenía que volver a Dublín. Se apresuró escaleras abajo con sus pies incongruentemente minúsculos y delicados. Antes de volver a desaparecer en el interior del coche, se detuvo y, apoyando la mano en la portezuela abierta, levantó un pie para mirarse la suela del zapato, como si creyera haber pisado algo, algo desagradable y pegajoso, que resultaría muy difícil despegar.

Los bomberos se las arreglaron para salvar a todos los caballos del establo, menos uno. El que murió fue Príncipe. Cuando llegó la noticia a la casa, las niñas estaban vestidas y listas para partir, esperando a que Lascelles las llevara, bajo escolta, al aeródromo de Baldonnel. Allí subirían a un avión de transporte sin distintivos de la real fuerza aérea y las llevarían sin dilación a Brize Norton, y desde allí, a un lugar no revelado de Escocia. Decidieron no decirle a Ellen que Príncipe se había quemado vivo. Las cosas ya estaban lo bastante mal así.

Billy Denton fue a ver el daño sufrido en los establos. Se asomó a la puerta de la caballeriza de Príncipe. Los restos del animal estaban en el suelo. Uno de sus ojos, que había quedado intacto, miró al joven con brillante indiferencia.

Oyó unos pasos leves a su espalda. Era Pike. Él también se asomó por encima de la puerta carbonizada y con la pintura saltada.

—¿Es ese el caballo de la niña? —preguntó.

—Sí —respondió Billy—. Lo que queda de él. —Tomó aliento—. Has sido tú, ¿verdad? —dijo.

—Si he sido yo, ¿qué?

—¿Crees que no te conozco, Pike, que no sé lo que eres y con quién estás? —dijo Billy,

volviéndose hacia él—. Tú has quemado este sitio..., ni siquiera has tenido redaños para quemar la casa, has preferido pegarle fuego a los establos y matar a este pobre animal.

Pike escupió jugosamente en el suelo.

—He oído que al Jefe Clancy le pegaron un tiro —dijo en tono conversacional—. ¿Fuiste tú quien le disparó?

—¿Y qué si fui yo?

—Solo que me sorprendería —dijo Pike—. Me sorprendería que tomaras partido por los tipos que asesinaron cruelmente a tu pobre madre.

Billy guardó silencio un momento.

—Sé quién le disparó a mi madre —dijo—, y no fueron los británicos. Fueron los de tu pandilla.

—Ah, lo sabes, ¿eh?

—Sí, lo sé. Siempre lo he sabido.

Pike levantó una mano y se frotó la barbilla, haciendo un ruido de papel de lija.

—¡Ay, tu pobre madre era muy alocada! Sí, muy alocada. Le volvían loca los uniformes...

—Cierra la boca o te la cierro yo —dijo Billy en voz baja.

—¿Igual que hiciste con Birdy Molloy? ¡Oh, no me mires así! Sabemos que fuiste tú quien lo mató.

Billy le puso la mano en el pecho al viejo y lo empujó con violencia. Luego dio media vuelta y se alejó.

—¡Ay, Billy! —lo llamó en voz baja Pike—. ¡Ay, Billy, muchacho, vuelve!

Pero Billy se marchó.

Esa noche, Billy encendió el fuego de la cocina y después de cenar sus alubias de lata y su puré de patatas recogió el plato y los cubiertos, sacó su álbum de fotos, pasó despacio las páginas y se detuvo un buen rato en la única foto que tenía de su madre. Todo a su alrededor estaba en silencio, hasta que de pronto oyó un golpe en la puerta. No era que hubiesen llamado: habían arrojado alguna cosa. Se puso en pie despacio y cogió la escopeta.

Fuera en la noche no se veía a nadie. Cruzó el umbral, escudriñando la oscuridad que lo rodeaba. Sus pies se toparon con algo blando justo al lado de la puerta. Se agachó para ver qué era. Un grajo, con el cuello retorcido.

Notó una punzada aguda y una especie de golpe en el centro de la frente, y un instante después oyó el disparo; después ya no vio ni oyó nada. Ni siquiera notó cuando cayó.

Pike, en la oscuridad de debajo de los árboles, se pasó la bandolera de su fiel Mauser por el hombro y echó a andar pendiente arriba, entre los delgados troncos de los pinos, con la luna iluminándole el camino. La subida le resultó difícil con aquel dolor de espalda. De todos modos,

estaba contento. Siempre había sido un tirador de primera, y le alegraba comprobar que no había perdido puntería.

Con el tiempo, Celia Nashe se recuperó y dejó el servicio. No le quedó otra elección.

—Lo siento, querida —dijo Manling, conteniendo apenas una sonrisa—. Empezábamos a verla como a uno de los muchachos.

En ese momento, faltó muy poco para que Celia lo golpeará.

Años después, en una de sus raras visitas a Londres, Trafford se la encontró en el Strand. Se vieron antes de que él tuviese tiempo de escabullirse en la multitud. Fueron a un Lyons' Corner House pidieron un té y comieron unos bollos calientes. Los dos se sintieron mutuamente avergonzados. El doctor Taggart acertó con lo de las «entrañas» de Celia, pues nunca se recuperaron de la herida; además, andaba con una marcada cojera. Se había hecho maestra de escuela. Creía estar contribuyendo con su granito de arena a la recuperación de la nación después de los horrores de la guerra. Así lo dijo: «la recuperación de la nación después de los horrores de la guerra». No había cambiado.

—Por supuesto —dijo—, no tiene nada que ver con el trabajo que hacía entonces, pero algo es algo. —Dejó el cigarrillo en equilibrio sobre el borde de un cenicero de porcelana.

«Qué rara es la vida», pensó Trafford, ni mucho menos por primera vez.

El salón de baile estaba inundado de luz dorada bajo una hilera de arañas relucientes, los incontables cristales reflejaban fragmentos de los bailarines al dar vueltas. El aire estaba cargado de los olores de la carne perfumada, el fijador de los hombres, la comida sabrosa y el dulce champán.

Ella estaba en brazos de su príncipe, que era alto y rubio y, con diferencia, el hombre más apuesto de la sala. Daban vueltas y vueltas, como si estuvieran en el borde de una gran rueda dorada.

Voces, miradas, colores, movimiento.

Estaba aturdida de felicidad.

El príncipe se inclinó y le dijo una palabra al oído.

La música volvió a empezar. Ella pareció reconocer la melodía, pareció recordarla.

—¿Cómo se llama? —preguntó—. ¿Lo sabes?

—¿Eh? —Philip se volvió y miró hacia la orquesta—. Es el vals de *La viuda alegre*, ¿no?

Lo era. Y de pronto ella se vio en otro salón de baile, nada parecido a ese. Había un gramófono en el suelo y, apretado contra su pecho, un descolorido vestido de baile que olía a alcanfor; la luz del otoño detrás de las ventanas, la lluvia y los árboles lejanos y mojados. Un mundo desaparecido.

Por un segundo, algo pareció atragantársele.

Su hermana estaba sentada a una mesa en una galería por encima del salón de baile, con un vestido ajustado de satén rosa que había costado una fortuna, tomándose un sorbete de frambuesa y fumándose un cigarrillo con una larga boquilla de ébano. Su último enamorado estaba sentado enfrente, con un codo apoyado en la mesa y un dedo en la mejilla. Tenía el pelo liso, bonitos dientes y un apuesto bigotito. Se llamaba Gerald y trabajaba vendiendo coches en un concesionario en Berkeley Square. Era muy divertido y un excelente bailarín, aunque un poco disoluto; la familia lo desaprobaba, claro. A esas alturas seguro que habían hecho que lo investigara el MI5 para encontrar algo turbio en su pasado. A ella le daba igual.

La semana siguiente iba a llevarla a Ascot. Sería divertido. Se pondría un sombrero estrafalario y se pasaría toda la tarde colgada del brazo de su vendedor de coches, solo para que lo vieran.

Miró a su hermana, bailando con su —¡oh, qué adorable!— marido. A la familia le encantaba, claro, aunque fuese un griego zalamero. Tarareó la música.

«Ta ra ra ra raaa, ta ra ra ra raaa».

Por supuesto, no se casaría con Gerald, pero de momento le serviría. La ayudaba a apartar de la

imaginación cosas que prefería olvidar.

BENJAMIN BLACK

EN RBA

1. Pecado (XI Premio RBA de Novela Policiaca, 2017)

En una región rural de la Irlanda de la década de 1950, un sacerdote es brutalmente asesinado. El circunspecto inspector Strafford se traslada a la zona y comienza una investigación que le lleva a conocer al círculo habitual del fallecido. Son muchos los secretos que todos ocultan y pocas las personas que quieren que la verdad salga a la luz.

2. Las invitadas secretas

Ha empezado la Segunda Guerra Mundial y Londres sufre bajo los bombardeos nazis. Los reyes de Inglaterra no piensan moverse de la capital, pero han decidido alejar a sus hijas del peligro. En una operación secreta, las dos princesas parten hacia Irlanda de incógnito. Allí están a salvo de la guerra, pero siguen corriendo un grave peligro.

PARA MÁS INFORMACIÓN VISITA:

www.serienegra.es